

El Papa Pedro II ha sido asesinado.
Suenan una hora tenebrosa...



ALFONSO DEL RÍO

IOANNES



Lectulandia

Año 452 después de Cristo. Atila se acerca a Roma. El Papa León sabe que si «el azote de Dios» no la conquista, será otro quien lo haga antes o después. Así que encomienda a Ioannes, un caballero que parece estar bendecido con la inmortalidad, sacar de la urbe un misterioso cofre y huir hasta una nación que está emergiendo en ese momento, llamada a convertirse en la poderosa Serenísima República de Venecia.

Carnaval de Venecia, en nuestros días. El Papa Pedro II es arrojado desde el Campanile por un encapuchado. La ciudad queda sitiada hasta que se resuelva el crimen, y atrapa en su red de canales al hijo de un millonario inglés, a una joven arqueóloga española y a toda una panoplia de personajes que ignoran hasta qué punto la historia en la que participan puede cambiar el mundo.

Ioannes es una novela vertiginosa. La intriga alcanza hasta la cúpula de la Iglesia y se sumerge en el túnel del tiempo. Intereses políticos y espirituales entran en conflicto en una Venecia retratada por Alfonso del Río con precisión histórica y rasgos legendarios. En la lid entre conspiradores implacables y hombres y mujeres dispuestos a la victoria del bien, el lector sólo al final encontrará respiro.

Lectulandia

Alfonso del Río

Ioannes

ePub r1.0
xelenio 11.07.13

Título original: *Ioannes*
Alfonso del Río, 2013
Diseño de portada: Opalworks

Editor digital: xelenio
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mis hijos, mi familia. Para Ana, apoyo y coautora.
Por Maya, Álvaro, Alfonso y M. a Luisa.
A mis amigos, por lo compartido. A Pablo y Jon, por lo pendiente de compartir.

EL AZOTE DE DIOS

Mantua, norte de Italia, año 452 d. C.

Amanecía. En la verde llanura, la hierba y el follaje de los árboles se movían al son que dictaba el suave viento mediterráneo.

Todo estaba tranquilo. Todo estaba en tensión.

Por una de las largas praderas que adornaban la colina avanzaban los bárbaros. Ruidos de mal augurio comenzaban a violentar el paisaje: los cascos de los caballos sobre la hierba, el batir de los metales de armaduras y espadas y los ocasionales gruñidos de los guerreros.

El que encabezaba la comitiva era de aspecto temible y todos los demás lo seguían con un fervor reverencial. Llevaba una armadura sencilla pero bien acabada. El yelmo estaba tachonado de hierro con protuberancias cónicas, gruesas pieles de zorro y de rata le cubrían la espalda y los hombros. Su espesa melena negra ondeaba acompañada al ritmo del avance de su descomunal corcel. Los rasgos asiáticos impresos en su rostro delataban el largo camino que habría recorrido desde su lugar de origen.

No muy lejos de allí, otra figura, inalcanzable a la vista de los bárbaros, permanecía incólume en lo alto de una colina, observando a las hordas orientales sin perder detalle. Montaba un caballo blanco como la nieve y portaba una armadura de perfecto forjado y bruñido. En el peto que cubría su pecho había tallada una figura: un águila. No llevaba yelmo que protegiera su cabeza. Solo la capucha de una larga capa blanca que caía por su espalda cubría su testa y parte de su rostro.

No dejaba de mirar al grupo. Sobre todo al imponente líder que lo guiaba. Se fijó en la espada que aquel hombre portaba. Aquélla que ya era temida en toda Europa. «La Espada de Marte», había oído que la denominaban. Se decía de aquel hombre que donde pisaban los cascos de su montura jamás volvía a crecer la hierba. Se contaba que su ira era implacable. Que era un bárbaro aun más temible que los demás porque en su absoluta austeridad jamás sucumbiría a las tentaciones de placeres, dinero o codicia. «El azote de Dios», lo llamaban... porque una capacidad destructora tan perfecta solo podía provenir de lo alto.

—Atila... —murmuró el caballero blanco—. Confío en probar algún día si tu acero es tan rápido como dicen. Tan implacable como el mío. Por suerte para ti, maldito huno, hoy no será ese día.

No era la primera vez que Atila se acercaba peligrosamente a la capital del Imperio. El año anterior ya había llevado su invasión hacia tierras del Oeste, y esto provocó una alianza entre el reino visigodo de Touluse y el Imperio Romano de

Occidente de Valentiniano III.

La alianza logró frenar al bárbaro, pero el mundo sabía que pronto encontraría alguna excusa para volver a intentarlo. Y aquí estaba. Un año después, invadía Italia so pretexto de exigir la mano de la hermana del emperador Valentiniano, llamada Honoria. La muchacha había sido comprometida años atrás con un senador que no era de su agrado, y aquello le había llevado a cometer, en aquel entonces, el error de su vida. Reclamó ayuda a quien en ese momento se consideraba un aliado del Imperio: Atila, el rey de los hunos. Le envió una misiva rogándole auxilio en su desdicha amorosa y le remitió también su anillo de compromiso. El bárbaro interpretó aquello como una propuesta de matrimonio... Una propuesta que aceptaba gustoso.

Ahora venía tan solo a reclamar lo que era suyo. Y destruía todo lo que se oponía a ese deseo.

El caballero blanco ya había visto suficiente. Tiró de las bridas indicando a su corcel que diera la vuelta. Después, con un golpe de espuelas, le hizo galopar como alma que lleva el diablo hacia donde los aguardaba su señor.

* * *

El papa León esperaba en otro enclave con su séquito.

—¿De verdad creéis que esto es una buena idea? —le preguntó su ayudante personal por enésima vez.

—Supongo que es tan buena o mala idea como hace unos instantes... cuando me lo preguntaste por última vez —respondió el papa con una sonrisa tranquilizadora—. Debo impedir que los hunos invadan Roma, y creo que soy el único que puede convencerlo de que ceda en su avance. Veremos si atiende a razones.

—¿Y si se enfada por cualquier motivo y nos mata a todos? ¿Acaso no teméis?

—Todo hombre muere. Lo fundamental es darle un sentido. Esto es lo que debo hacer. Lo sabes tú y lo sé yo.

—Pero ¿cómo sabremos si no se trata de una trampa? Quizá Atila venga con todo su ejército y...

—Tranquilo, Lucio, tranquilo. Ioannes se encarga de eso.

—¿Ioannes? ¡Otra vez ese soldado! Confiáis demasiado en él. Es demasiado turbio, demasiado... oscuro.

León dirigió una penetrante mirada hacia su lacayo. Sonrió.

—Creo que podrás comentarlo con él en persona —indicó con una pausa y miró después hacia el horizonte—. Por ahí llega.

Así era. En la línea donde se juntaban la llanura y el firmamento apareció la imponente figura del soldado cabalgando vertiginosamente, en perfecta sintonía con su corcel.

La comitiva papal retrocedió unos metros. Se hacía así palpable el temor que les inspiraba aquel soldado en el que el papa depositaba tamaña confianza.

—¡Se acercan! No son demasiados y tampoco parece una trampa —soltó la gutural voz del caballero blanco, según desmontaba e hincaba su rodilla en el suelo ante el pontífice.

—Levántate, Ioannes —le dijo León—. Y vayamos, entonces.

El soldado hizo una pausa aún en el sitio. Apretó los puños antes de volver a hablar con el máximo respeto.

—¿Por qué no se me permite acabar con él y terminar así con sus amenazas de una vez por todas?

—Siempre tan fogoso... eres como el hijo del trueno. Ya sabes la opinión que me merecen esos comentarios, Ioannes. Quien a hierro mata a hierro muere.

* * *

Horas más tarde se erigían frente a frente las dos figuras más opuestas existentes sobre la faz de la Tierra. El bien y el mal. La luz y la oscuridad. La esperanza y el terror.

El papa León, más tarde conocido como «El Magno», y Atila, rey de los hunos, «El azote de Dios».

Sus séquitos los circundaban a ambos y tan solo una figura permanecía ajena al resto, atenta. León no quería a Ioannes en el encuentro. Sabía que tenerlo alejado de los demás resaltaría aún más el misterio de su identidad. Sabía que Atila se fijaría en él. Los grandes guerreros siempre sabían reconocer a sus iguales.

—¿Quién es el que se oculta bajo la capucha? ¿Por qué diablos no se acerca? —acabó preguntando el huno, tras dirigir varias miradas furtivas por encima del hombro del papa.

—Es el jefe de mi guardia personal. Prefiero que esté ahí. ¿Por qué te preocupa?

Atila suspiró exageradamente y sus poderosos hombros se elevaron y descendieron.

—No me gusta no poder ver la cara de quien me observa —apuntó con hastío.

El caballero blanco, a varios metros de la escena, dibujó una sonrisa en su rostro escondido. Sabía que el rey de los hunos estaba inquieto por su presencia.

EL AEROPUERTO

Venecia. Sobrevolando los Apeninos

John T. Sheppard hojeaba el periódico que le había ofrecido la azafata que atendía a los pasajeros de primera clase.

De madre romana y padre londinense, dominaba el italiano desde niño a pesar de haber residido siempre en el Reino Unido. El *Corriere della Sera* mostraba precisamente su próximo destino en la portada. Venecia iba a ser durante aquellos días el centro del mundo.

Además de la circunstancia de que en esos momentos acababan de comenzar los Carnavales, cuya celebración provocaba la asistencia de miles de personas de todo el mundo, había otro evento que elevaba a Venecia a lo más alto del candelero mundial: el papa, a pesar del atentado ocurrido contra el Vaticano días antes, había acudido finalmente a la ciudad para reunirse con los máximos mandatarios francés e israelí. El presidente italiano Albertini había cedido la ciudad como escenario neutral y a medio camino para el encuentro.

Sea como fuere, es absurdo que un encuentro de cariz tan importante como éste deba verse celebrado en un lugar coyunturalmente tan poco apropiado, discreto y pacífico como lo es Venecia en el período de Carnaval. Precisamente cuando es sosiego y calma lo que debe imperar en una negociación tan delicada, en la que los hoy por hoy máximos estandartes de la Unión Europea (el representante de la religión católica del Viejo Continente y el actual presidente de la Comisión Europea) quieren conseguir concesiones por parte del estado israelí para con Palestina. Nadie duda de la bondad de los organizadores del encuentro y de las buenas intenciones para tratar de paliar la insostenible situación del conflicto en Oriente. Sin ir más lejos, es loable que el pontífice se haya repuesto de las recientes calamidades para asistir al encuentro. No hace ni una semana que el Vaticano sufriera el atentado de un coche bomba dentro de sus propias fronteras y, sin embargo, el papa no ha cancelado su agenda. Pero, aun y todo, Venecia y el Carnaval hacen que no sean adecuados ni el sitio ni el momento. Ya han llegado los insignes personajes políticos a la ciudad y mañana (por hoy) será el día del Vuelo de la Paloma, uno de los tradicionales actos de apertura de las fiestas en el que una paloma gigante de cartón-piedra se descolgará desde lo alto del Campanile hasta el balcón del Palacio Ducal. El que durante un tiempo también fuera llamado indistintamente el Vuelo del Ángel esta vez corresponderá ser representado en su versión de Paloma, ya que, según parece, el comité organizador ha dispuesto que la maqueta porte en su pico una rama de laurel en alusión al importante evento diplomático que tendrá lugar en la ciudad. Y

esperemos que, en efecto, sea la Paloma de la Paz.

John suspiró, dobló el periódico y lo arrojó al sitio vacío que había a su lado. Todo aquello le traía sin cuidado. Sus motivos para acudir a Venecia tenían muy poco que ver con la diplomacia y con los disfraces. Se frotó los ojos, cansados. Llevaba sin dormir demasiados días. A pesar de eso, bien podía asegurar que había estado viviendo una pesadilla.

El capitán del avión les informó de que estaban llegando al aeropuerto Marco Polo. La gente en la cabina comenzó a agolparse en las ventanillas para observar la espectacular imagen aérea de aquella ciudad que se erigía en mitad de una laguna y que solo quedaba unida al continente por el Puente de la Libertad de casi cuatro kilómetros de largo. El puente cuya primera versión databa del siglo XIX y del que los venecianos decían en sus acostumbrados alardes de vanidad que «si no existiese, Europa sería una isla».

John ya había visto aquel paisaje antes y, en ese momento, no tenía el mínimo interés por apreciar la belleza de nada.

Por fin aterrizaron y todos los pasajeros abandonaron con cierta urgencia el avión, quizá ansiosos por sumergirse en la ciudad que históricamente había sido capital del lujo y desenfreno, y que, por unos días al año, retomaba aquellos viejos galones.

Ya desembarcados, John esperó como todo el mundo a que su maleta apareciese en aquella cinta giratoria con colores rojos y negros e inundada de distintos números, cual ruleta de casino. Otro reclamo publicitario más para el dinero de los turistas, esta vez a cargo del famoso Casino de Venecia.

Cuando por fin apareció su petate, se dirigió con rapidez hacia las salidas del aeropuerto. Y fue entonces cuando reparó en que algo extraño pasaba. Se escuchaba un revuelo mayor del habitual en un aeropuerto: discusiones acaloradas, sirenas y gritos de frustración. Enfiló con avidez la estancia que daba a la salida y vio lo que ocurría.

Cientos de policías inundaban las puertas del aeropuerto impidiendo que nadie abandonara el Marco Polo. Fuera, a través de las hojas de cristal, podían vislumbrarse numerosos vehículos de la Polizia Nazionale, algunos de ellos con las sirenas aún encendidas.

Cientos de miles de personas llegaban a Venecia desde distintos lugares de todo el mundo para el Carnaval. Y la mayoría de ellos desembarcaban en el aeropuerto veneciano. De ahí el caos.

John hizo uso de su gran corpulencia y se procuró un hueco entre la airada marabunta, hasta colocarse frente a frente con uno de los agentes.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó con una mala educación de la que no se sintió excesivamente orgulloso.

—No puede salir, señor. No se van a admitir más entradas en Venecia. Estamos

cerrando el aeropuerto y todos podrán volver a sus aeropuertos de origen, no se preocupe.

—¡Yo no quiero volver! —exclamó él—. ¡Yo quiero entrar en Venecia!

—Eso no va a ocurrir, señor. Ahora se cerrará el aeropuerto... pero mañana por la mañana se cerrará la ciudad entera. Nadie entrará en la isla... y nadie podrá abandonarla.

—¿Se va a sitiar la ciudad? ¿Estamos locos?

—Ha ocurrido algo, señor... Algo terrible.

John no podía aguantar aquella situación. Ya eran bastante duras sus circunstancias como para hallar más obstáculos. Con una actitud agresiva que quiso atribuir al cansancio, acercó peligrosamente sus ciento noventa centímetros a escasa distancia del agente.

—No me importa lo que haya ocurrido. Tengo que pasar.

—No va a pasar, señor —objetó el policía con dureza.

John apretó las mandíbulas y sus labios comenzaron a temblar levemente. El agente pareció amilanarse.

—¡Voy a pasar! ¡Voy a entrar en Venecia! ¡Y voy a recoger el cadáver de mi hermano recién fallecido en esta puta ciudad para darle una sepultura digna en su país natal!

El policía mutó su expresión, pero no dijo nada. Miró hacia detrás, por donde seguían llegando sus compañeros del cuerpo. Volvió a dirigir sus ojos a aquel tipo enorme.

Y se hizo a un lado.

John echó a correr con la gran mochila al hombro y cruzó por entre el resto de policías que le miraron con impotencia. Tenían que contener un mar de personas y aquel tipo tan solo era una gota que se les escapaba.

El guardia que permitiera su paso segundos antes le dirigió una mirada mientras John se alejaba.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, muchacho —bisbiseó.

EL VUELO DE LA PALOMA

Venecia

Riccardo Loredan caminaba por la callejuela atestada de gente. Iba refunfuñando, como casi siempre. Era veneciano. Pero odiaba su ciudad. O más bien a los venecianos, por muy contradictorio que le sonase incluso a sí mismo.

—Malditos turistas —farfulló al enésimo empujón que le propinó alguna de las miles de personas disfrazadas que le dificultaban el paso hacia su destino. A esos sí que los odiaba: a los turistas. Sobre todo durante el Carnaval.

Andaba con urgencia. Esquivaba con asombrosa agilidad las mareas de extraños atuendos. De estatura media, demostraba estar en forma a pesar de sus cincuenta años ya rebasados. Sus pasos se aceleraban. No quería reconocerlo pero le apetecía ver el Vuelo de la Paloma, aunque llegar hasta la Plaza de San Marcos resultara una tarea poco menos que imposible.

De pronto se detuvo ante él un grupo de varios americanos con atuendo totalmente negro: chaqueta de botones pegada, medias hasta la cintura y las habituales máscaras de nariz ganchuda.

—¡Eh, tío! —le gritó uno de ellos en inglés—. Ese disfraz de cura que llevas está ya muy visto. ¡Renuévate!

Riccardo soltó un suspiro cargado de impaciencia. Miró al cielo como pidiendo una explicación y después se dirigió al muchacho.

—¡Soy sacerdote! ¡Sacerdote de verdad! Y para anticuado, tu disfraz... —Riccardo vio la cara de desconcierto del joven—. Porque sabes de qué vas disfrazado, ¿no?

El chico miró a sus amigos y se encogió de hombros al ver que tampoco ellos tenían idea de lo que decía aquel tipo.

—¡Por el amor de...! ¡Vas disfrazado de *dottor Balanzone*, majadero! Es un atuendo típico del Carnaval, que lleva existiendo desde el siglo dieciséis, si no me equivoco. ¡Tú eres el anticuado!

El americano no dijo nada. Riccardo quiso pensar que su ingeniosa respuesta le había dejado sin habla pero la verdad era que aquellos jóvenes estaban demasiado borrachos como para continuar un careo que les había dejado de resultar interesante. Así, unos y otro siguieron su camino.

El sacerdote suspiró y emprendió su paso con urgencia.

—Malditos turistas —volvió a soltar por lo bajo.

Poco después llegaba a la Plaza de San Marcos y veía cómo la gente se agolpaba ya frente al Campanile. Todas las nuca inclinadas hacia atrás, a la espera del

espectacular Vuelo de la Paloma. Él tomó su lugar en mitad del gentío.

Ruido, música, expectación... Se preparaba el lanzamiento y había revuelo en lo alto de la torre. Era la hora.

La Paloma se arrojó al vacío.

Pero algo extraño ocurría: la maqueta no se desplazaba por la cuerda preparada que unía el Campanile con el Palacio Ducal. Estaba cayendo vertical y directamente hacia el suelo, de suerte que la gente congregada alrededor empezó a apartarse a la carrera para no verse aplastada por la enorme paloma.

Solo que aquello no era una paloma.

Riccardo lo vio todo como a cámara lenta. No fue capaz de mover un músculo: tan solo esperaba que aquella masa blanca que caía de forma irremisible no fuera lo que creía que era.

Cuando el enorme bulto se estrelló contra el suelo entre miles de personas y un líquido rojo comenzó a inundar el adoquinado, los gritos de terror comenzaban también a inundar la plaza.

El papa Pedro II había sido asesinado.

El sacerdote se quedó inmóvil, en contraposición a toda la marabunta de gente que se apartaba del cuerpo yacente, como si estar cerca de él conllevara participar en su profanación. Gritos y llantos habían tomado el lugar de los cánticos previos y las carcajadas.

Riccardo se sobrepuso sacudiendo violentamente su cabeza y reparó en que si alguien había tirado al pontífice desde el Campanile, ese alguien seguiría allí arriba.

Dirigió su mirada hacia lo alto y lo que vio hizo que un escalofrío le recorriese el cuerpo. Jamás olvidaría aquella visión: una figura encapuchada y con una larga capa blanca permanecía inhiesta en la repisa exterior de la torre del Campanile. Terrorífica y desafiante. Como deseando ser contemplada.

Varias personas en la plaza comenzaron a gritar y a apuntar hacia aquel hombre. Y ante la atónita mirada de las miles de almas congregadas, el asesino abrió sus brazos en cruz... y saltó al vacío.

—Por todos los santos... —musitó Riccardo, incrédulo.

La siniestra figura pareció deslizarse por el aire hasta el tejado del Palacio Ducal. Una vez aterrizó allí con gracia, se quedó inmóvil durante unos segundos y permitió que todo el mundo lo observase. Después, desapareció de la vista de todos sus espectadores.

La Plaza de San Marcos vivió el silencio más terrorífico que jamás se produjera en ella en toda su historia.

Riccardo fue el primero en recordar, con profundo dolor, que había un cuerpo a escasos metros de él. Moviéndose en la dirección contraria a la que todo el mundo miraba, se acercó al papa asesinado.

Y lloró.

Lloró al ver muerto al cardenal Angelo Deanna, que había sido elegido papa tan solo hacía dos años. Se aproximó con respeto y miedo y al contemplar el rostro deformado y el cuerpo en postura antinatural un escalofrío le recorrió la columna de arriba abajo.

De pronto, vio algo extraño en el atuendo immaculado del papa: una especie de naipe adherido a su pecho. Llevaba un extraño dibujo de un águila con un pequeño felino descansando bajo su ala. Lo examinó sorprendido pero sin tocarlo. Había unas letras extrañas en él.

Sin saber las razones que le impulsaban a hacerlo, decidió cogerlo con cuidado sin tocar nada más. Lo introdujo en su sotana, todavía extrañado por lo que acababa de hacer. Después, gritó:

—¡Ayuda! ¡Han matado al papa!

LA TURISTA

Istanbul. Hagia Sophia

María Ayarza llevaba un buen rato caminando por Ordu Caddesi. Había llegado la noche anterior a Estambul y se había alojado en el Crowne Plaza, un hotel de cinco estrellas en el corazón de la parte vieja de la costa europea. Casi no había podido dormir. La urgencia por descubrir lo que había ido a buscar a aquella ciudad la tuvo en ascuas durante toda la noche. Se había levantado temprano y, con el escaso bagaje de un fugaz café en el restaurante del hotel, había salido a la calle.

No necesitaba mirar el mapa que le habían facilitado en la recepción. Conocía bien qué camino tomar: seguiría recto desde donde estaba para alcanzar la calle Divanyolu y así llegar al barrio del Sultanahmet. Había estado en la ciudad en varias ocasiones, pero esta vez no sería para ir de compras por la avenida de Istiklal, ni para degustar un té de manzana en el café de Pierre Loti disfrutando de las vistas de la ciudad... Jamás habría imaginado que toda la historia —o más bien, la pesadilla— en la que había estado inmersa los últimos meses, le llevarían a recalar allí... en búsqueda de responder el último interrogante de todo el rompecabezas.

Diez minutos después llegaba a su destino. Entró en el parque que separaba las dos culturas, las dos religiones. A un lado, Santa Sofía, en su día y hasta la construcción de la Basílica de San Pedro, el templo cristiano más importante del mundo y con casi 1500 años de historia. Al otro, la Mezquita Azul: inmensa y orgullosa, presumiendo de sus seis afilados minaretes como si los blandiera desafiante ante su archienemiga cristiana.

María no pudo menos que deleitarse unos segundos con aquella estampa, aunque al poco su ánimo volvió a ensombrecerse al recordar la tarea que guiaba sus pasos.

Se dirigió a la puerta del lateral izquierdo de Santa Sofía, para adquirir un billete de entrada al templo. Nada más hacerlo, varios guías ávidos de vender sus servicios se le acercaron para cogerle del brazo y darle cariñosas palmaditas en la espalda, hablándole en un más que aceptable castellano. Si de algo podían presumir los comerciantes de la antigua capital de Turquía era de acertar en un noventa por ciento de las veces el país de procedencia de sus potenciales clientes. En el caso de María no existía mucha dificultad: ojos marrones, tez morena y pelo más rubio que castaño recogido en una apañada coleta. Las posibilidades acerca de su nacionalidad no eran demasiadas: o portuguesa, o española, o italiana.

En cualquier caso, los guías acertaron con el idioma —ya que María era de Bilbao— pero no con su mercado. Una mujer sola, bella y de unos treinta años no solía ser objetivo habitual de sus servicios. Solían tener éxito más bien entre las típicas parejas

que habían rebasado la cincuentena y lucían en sus cuellos abultadas cámaras fotográficas.

Después de sacudirse de encima a todos ellos, María avanzó por el lateral de la basílica para entrar por su ala oeste. En su camino, observó las fuertes medidas de seguridad del edificio: aparte de las inmensas vallas que circundaban el recinto, estaban las puertas que había cruzado segundos antes, con arcos detectores de metales y varios guardias vigilantes, que atestaban los alrededores de la antigua iglesia. Por no hablar de los compactos portones de la propia basílica cuyo umbral cruzaba en esos instantes. Todo ello le decía que sería imposible entrar furtivamente en Santa Sofía si, como preveía, necesitaba estar a solas dentro del templo.

Nada más entrar, una empleada del museo le indicó por dónde debía avanzar para acceder a la nave superior.

La basílica, concebida por el emperador Justiniano, había sido centro de la Cristiandad hasta que Mehmed II conquistara la ciudad y la convirtiera en mezquita, ocultando toda la rica simbología de la que los cristianos orientales habían presumido durante siglos. Fue Mustafa Kemal, al que acabó conociéndose como Atatürk, quien en los primeros años del siglo xx convirtiera Turquía en una república, aboliera el sultanato y sus excesos y, con el sentido común que le guiara en todas sus acciones, determinara que aquella joya arquitectónica no debía estar vetada para ninguna de las dos grandes religiones.

Fue así como Santa Sofía pasó a ser un museo. Aunque a María Ayarza aquella calificación no terminara de gustarle.

Llegó al piso superior desde el que podía contemplarse la inmensidad de la nave central, pero no se detuvo a regalar su vista. Su cabeza estaba muy lejos de allí. No solo en un sentido físico sino también en un plano temporal: básicamente, su mente estaba absolutamente encallada entre el siglo xii y el xiii y en algo que por entonces debía de haber ocurrido. Algo que había sido pasado por alto a lo largo de la Historia. O algo, más bien, en lo que la Historia había sido engañada.

Por fin, sus pasos se detuvieron ante aquella minúscula tumba. «Henricus Dandolo», rezaban las letras de la sepultura. Era el nombre de uno de los más grandes dux que había tenido Venecia.

El nombre del dux que había guiado a la República con mano de hierro, a pesar de contar con más de ochenta años cuando liderara la potencia. El nombre del dux que había llevado las mayores glorias militares para su ducado. El nombre del dux que, precisamente, había conquistado Constantinopla de una manera ignominiosa en el año 1204.

Pero ese dux, cuyo nombre deletreaba la piedra grabada ante la que se encontraba María, no reposaba en aquella tumba. Ése era el desengaño que la Historia había padecido y en el que había pensado ella hacía tan solo unos instantes: los libros

aseveraban que el gran dogo veneciano recibió sepultura en el mayor templo de la Cristiandad de la época. Pero no era cierto.

Y fuera lo que fuese lo que María había ido a buscar en Estambul, debía encontrarse debajo de aquella losa mortuoria. Cómo iba a violentarla y cuándo iba a hacerlo era algo que desconocía por completo.

De pronto, unas voces más altas de lo normal se hicieron escuchar por encima de las tenues conversaciones de admiración de los turistas que recorrían la nave.

—¡Debe marcharse, señora! —amenazaba constantemente en un rudimentario inglés uno de los empleados de Santa Sofía a una mujer mayor.

María se dio la vuelta y observó la extraña escena. La señora a la que perseguía el empleado iba envuelta en un sari negro que solo dejaba vislumbrar sus diminutos ojos. Su ancianidad la marcaba aquel andar encorvado y la dependencia que mostraba del bastón en el que se apoyaba. El empleado la estaba echando del recinto por el barullo que ella montaba con sus gritos inteligibles. La vieja parecía amenazar a todos los turistas con extrañas imprecaciones en un idioma desconocido. María podía jurar que aquellas palabras que la anciana profería blandiendo en alto su bastón no eran ni turcas, ni inglesas, ni de ningún idioma que hubiese escuchado en ninguna parte del mundo.

De pronto, la problemática señora reparó en María. Y se detuvo en seco. Tanto, que obligó al empleado a frenar bruscamente para no chocar con ella.

María Ayarza sintió que aquellos ojos, grises según pudo comprobar a pesar de la relativa distancia, se clavaban en lo más profundo de su alma. La vieja inclinó la cabeza, la ladeó como si quisiera observar a su nueva presa desde otro punto de vista. La joven bilbaína comenzó a sentir miedo, pero su subconsciente le invitó a no aparentarlo y le hizo adoptar un ademán desafiante. Como si se resistiera a amilanarse.

De súbito, la anciana, con su viejo sari negro a cuestas, se lanzó hacia María gritando aun más fuerte en aquel idioma incomprensible. La joven no quiso ponerse agresiva con una persona mayor y aguantó estoicamente el embate. La vieja soltó el bastón y tomó a María de los cuellos de la camisa blanca que llevaba: la zarandeo varias veces, entre gritos y después... le dio un largo abrazo.

María, que ya era el centro de todas las miradas de los turistas atónitos, no supo si quitársela de encima, no hacer nada o devolverle el abrazo... Tampoco tuvo que decidirse por ninguna de las alternativas porque pronto llegó el empleado del museo y las separó a ambas. El hombre habló de nuevo a la anciana, ora en inglés ora en turco, explicándole que debía acompañarle a la puerta de salida.

Para entonces, la vieja parecía haber mutado absolutamente y se mostró dócil con la voluntad del empleado. Le acompañó sin rechistar y tan solo se giró medio segundo para clavar una última mirada gris en la inquieta María.

Segundos después, ambos desaparecieron de su vista y los cientos de turistas centraron de nuevo su atención en la belleza de aquellas paredes. Pero la bilbaína permaneció inmóvil unos instantes más, para digerir lo que había ocurrido.

Casi sin pensar lo que hacía, se volvió hacia la lápida de Enrico Dandolo. Se obligó a centrarse en lo que le había llevado hasta Turquía. Debía pensar en un plan para averiguar lo que de verdad escondía aquella tumba, ya que bien podía ser la clave para el enigma que la había tenido subyugada tanto tiempo. Miró de nuevo a su alrededor y comprendió que no habría muchas ocasiones en las que aquel lugar no estuviese atestado de turistas. Debía volver un día a primera hora: quizá eso redujese la cantidad de testigos para su pequeño sacrilegio.

Con cierto descorazonamiento ante la dificultad de su empresa, se puso a sacar todas las fotos que pudo del lugar, para verlas con calma en el hotel y esperar que se le ocurriese alguna idea genial. Después, bajó a la planta baja y salió del templo. El choque de luminosidad que padeció repentinamente al llegar a la calle, le encendió un poco el ánimo.

A la vez que se le revitalizaba la moral, comenzó a sentir su propio cuerpo: el estómago reclamaba un poco de protagonismo y ella decidió concedérselo. Resolvió comer cualquier cosa por la calle, lo cual, en Estambul, significaba kebab. Mientras caminaba hacia las verjas de la salida, introdujo su mano en el bolsillo en busca de alguna lira turca suelta.

En su lugar, el tacto de sus dedos le informó de algún cuerpo extraño en el bolsillo de su pantalón de lino. Su mano reapareció sujetando ante sus ojos algo que ella no había puesto allí: una especie de naipe.

Había un águila impresa en él.

LAS ISLAS

Roma, año 452 d. C.

La luz crepuscular se colaba por las ventanas del gran salón, iluminando la escena con matices rojizos y de color ámbar. Ioannes permanecía arrodillado ante el papa.

—Levántate, hijo mío —no le gustaba a León ser objeto de actitudes reverenciales.

—¿Para qué me habéis hecho llamar? —inquirió escuetamente el caballero que solo había retirado la capucha de su testa al verse a solas con el papa.

—Estoy inquieto. Roma está en peligro.

—Pero vuestra reunión con el bárbaro fue un éxito. Renunció a su avance...

Era cierto. Atila, el azote de Dios, había sucumbido a la voluntad del representante del Altísimo en la Tierra. Nadie sabría nunca a ciencia cierta qué habría podido convencerle. Mucho se especularía con aquel encuentro. Mucho se hablaría de leyendas milagreras o de las dotes negociadoras del papa. Lo importante era que León había ido a encontrarse con el rey de los hunos para intentar salvar las vidas de ciudadanos romanos. Y lo había conseguido.

—Si no es Atila, será otro —repuso el papa—. Quizá menos implacable pero sí más avaricioso. Invadir la capital del mundo es una idea demasiado tentadora como para no aprovecharla ahora que, debemos reconocerlo, somos más débiles.

Ioannes asintió molesto.

—El ejército ya no es la maquinaria perfecta de antaño. Siempre he repudiado la idea de tener por mercenarios de nuestro ejército a los extranjeros del norte.

—Sabes perfectamente que las fronteras eran incontenibles —repuso el papa con tono paciente—. Además, aparte de sus servicios en el ejército, pagan estipendios por la ocupación de las tierras romanas.

—Y por eso ha ocurrido lo que ha ocurrido. Que el bárbaro se rebela y acaba por ser otra amenaza más peligrosa aún, por cuanto que ya les hemos abierto las puertas de nuestro Imperio.

—Puede ser...

León se levantó de su asiento y paseó cabizbajo, seguido por la atenta mirada de Ioannes. Luego suspiró y se dio la vuelta para clavar sus ojos en los del caballero.

—Tienes que irte, Ioannes.

Él no dijo nada. Esperó a que su señor siguiera hablando.

—Sabes bien por qué usé tus servicios. Quiero que lo protejas. Has nacido para ello y por eso debes irte. Roma no es ya una ciudad segura.

—¿Y dejaros aquí, mi señor?

—No me llames así, Ioannes —le reprochó León—. Y por supuesto que permaneceré en Roma. Soy el papa. He de quedarme aquí y morir aquí si es necesario. Donde descansa la tumba de Pedro. Del primer sucesor de Cristo.

Caminó con paso firme hacia el caballero y le cogió por los hombros. Le dirigió una mirada cargada de cariño, de paternalismo... y de esperanza.

—Llévatelo de Roma, Ioannes. Si los bárbaros entran y se enteran de su existencia lo violentarían y... —su voz se quebró.

—¿Adónde podría llevarlo? ¿Qué lugar del mundo es hoy seguro para un romano? Los enemigos nos rodean...

León le soltó y le encareció con un gesto a que lo acompañara hacia la mesa que descansaba en el lado derecho de la estancia, frente a uno de los ventanales. Sobre ella reposaba un mapa en el que León posó su dedo.

—Irás al Véneto.

—Toda la zona está invadida ya por los hunos.

—No me refiero a la zona terrestre. Se cuenta que los habitantes de la región están huyendo hacia el mar.

—¿Hacia el mar?

—El área marítima de la costa oriental del norte de Italia —indicó León trazando círculos con su dedo sobre el mapa— está poblada de pequeñas islas. Esta parte de la costa no da exactamente a mar abierto. Está poblada de lagunas en las que se hallan esas islas de las que te hablo. Hasta ahora estaban despobladas o habitadas tan solo por pescadores. Hay gente que habla de que es posible que allí se levante una nueva urbe, una nueva sociedad.

—¿Un país flotante? ¿Sobre una laguna?

—Piénsalo, Ioannes. Ahora no hay nada, ya lo sé. Solo islas sueltas y despobladas. Pero ¿se te ocurre una mejor protección frente a los bárbaros que la de interponer el mar y las lagunas de por medio?

Ioannes no quiso realizar ningún comentario más. No quería poner en duda la autoridad de León. No lo comprendía, pero lo acataba.

El papa volvió a clavarle su mirada.

—Por favor, Ioannes. Has sido bendecido con la inmortalidad... una inmortalidad papal para acometer la misión para la que naciste. Debes protegerlo. Debes llevártelo... Debes huir.

El caballero blanco no añadió nada. Miró largamente al sucesor de Pedro. Después, inclinó su cabeza y dio media vuelta para abandonar la estancia.

Era una despedida para siempre y ninguna palabra había salido de la boca del soldado. El papa León sabía que no volvería a ver jamás a Ioannes.

Una hora más tarde, un corcel blanco montado por el caballero encapuchado cruzaba velozmente las calzadas de la urbe y el puente sobre el río Tíber, para

abandonar la ciudad. Nadie, ni soldados ni guardias pretorianos, frenaron la carrera de la misteriosa figura. Muchos de los que lo vieron partir no sabían quién era aquel caballero blanco pero les inspiró un temor paralizante. Muchos otros sí sabían de quién se trataba. Y esos lo temían aún más.

Así fue como Ioannes abandonó la capital del Imperio de Occidente guardando en sus alforjas el tesoro que debía proteger con su vida.

* * *

El papa León perdía la mirada por los ventanales de la estancia que horas antes compartiera con su más fiel servidor.

Las palabras pronunciadas por su propia boca —«si no es Atila, será otro»— aún resonaban en sus oídos. Estaba seguro de ello y por eso sabía que había actuado correctamente.

—Que Dios nos ampare —musitó.

Después, hizo llamar a uno de sus ayudantes.

—Quiero grabar algo en el interior de mi anillo.

El joven lacayo echó una mirada furtiva al dedo anular del pontífice. Pareció dudar antes de responder.

—Pero... —repuso al fin— ¿en el anillo papal?

—Sí, ya lo sé. Pero es importante. Haz que venga alguien, por favor.

El ayudante salió de las dependencias algo confuso, dejando de nuevo solo al pontífice.

León sabía que si no dejaba algún mensaje oculto a su sucesor en el trono de Pedro, el secreto moriría con él. Ioannes desaparecería con el cofre hasta que el mundo volviera a tener paz. Algo que entendía que llevaría un largo tiempo.

Y los siglos venideros le darían la razón.

Aunque Atila murió al año siguiente, en el 453, y con ello sobrevino la disolución gradual del reino huno instaurado en el norte del Danubio, otros bárbaros reclamaron la atención del Imperio. Los vándalos, guiados por Genserico, entrarían en el año 455 en Roma y ni siquiera el papa León evitaría el saqueo, aunque sí lograría salvar las muchas vidas de los romanos que se habían refugiado en basílicas de la urbe, al convencer a los vándalos de que respetaran esos suelos sagrados.

Y por fin, en el año 476, llegó lo inevitable. Tras un periodo de rápidas sucesiones de emperadores que no hacían sino reflejar la profunda crisis en que se hallaba inmersa la ciudad y el Imperio, Flavio Orestes, un político romano de origen germano, depuso al emperador Nepote. Para ocupar su trono, no se le ocurrió un mejor César que su propio hijo, Rómulo Augusto, todavía un niño imberbe. Un emperador que sería conocido, como coloquial referencia al candor de su niñez, como

Rómulo Augustulo, diminutivo de su nombre real.

Pasaría a los anales de la Historia como el último emperador de Occidente puesto que el bárbaro Odoacro, con su cruel ejército, logró quitar la púrpura al César. Una púrpura que ya nadie se pondría de nuevo.

Era el fin del Imperio Romano de Occidente. Pero para entonces, como el buen papa León le había recomendado, el caballero blanco Ioannes se hallaba a muchos kilómetros de allí.

Protegidos él y su tesoro por las lagunas que separaban el Véneto marítimo de la costa, Ioannes se hacía pasar por un ciudadano más, un pobre pescador de la extraña sociedad emergente en aquellas tierras.

Aun cuando no era un ciudadano más en absoluto.

LA OTRA CARTA

Venecia, día del Vuelo de la Paloma

John Sheppard permanecía sentado en una pequeña sala de espera completamente vacía. Le habían pedido que aguardase allí mientras preparaban el cadáver de su hermano y los enseres personales que tenía. Miró a su alrededor: en aquella especie de tanatorio todo estaba yerto e inmóvil, en concordancia al propósito del establecimiento.

Habían asesinado al papa, lo cual John había averiguado pocos minutos después de abandonar el aeropuerto, y allí dentro nada parecía hacerse eco de la pesadilla que vivía la ciudad.

Cuando logró zafarse del policía del aeropuerto, no le costó más que un puñado de dólares sobornar a uno de los conductores de taxis acuáticos para que le introdujera en la ciudad.

Tampoco había sido complicado arribar a una de las ensenadas del norte de la isla, esquivando las infinitas grúas que estaban instauradas en mitad de la laguna, por las famosas obras que se llevaban a cabo en el limo y el barro del fondo de la laguna: todo para que la isla parara de hundirse.

Y si había sido sencillo entrar en Venecia, era porque las autoridades estaban más preocupadas por la desbordante tarea de controlar la gente que quería salir. Los que quisieran entrar, por el momento, les traían sin cuidado. John, en el trayecto por la laguna, había podido apreciar cómo se permitía salir a los turistas a cuentagotas. Según le informó el taxista —se lo había contado su cuñado, que era policía—, solo se iba a consentir que abandonasen la ciudad a las personas de visita que tuvieran su hotel fuera de la isla, en Mestre, y siempre que en el momento del magnicidio no se hubiesen encontrado en la Plaza de San Marcos, la cual se había clausurado por completo por los miembros de seguridad que controlaban el acto del Vuelo de la Paloma, dos minutos después de que ocurriese la tragedia.

Su cuñado también le había dicho que las lanchas y barcasas de la policía iban a circundar la isla para que nadie más la abandonase.

—Señor Sheppard —la voz del empleado de aquel funesto lugar le sacó de sus cavilaciones.

—¿Sí?

—Su hermano está... listo.

—Gracias —dijo levantándose.

Siguió al hombre por un largo y angosto pasillo. El empleado estaba extremadamente delgado y llevaba una bata blanca. John pensó que se trataba de un

médico forense.

Recordó el momento en que había recibido aquella llamada en Londres. Un número privado se había iluminado en la pantalla de su móvil y, poco después, una voz italiana le contaba que su hermano estaba en Venecia. «Primera noticia de que está allí», recordó John pronunciar con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que se desdibujó cuando la voz se identificó como un miembro de la Polizia y le solicitó que fuera a la ciudad a reconocer el cadáver de Dave Sheppard.

Su hermano se había caído a un canal y, al hacerlo, se había dado un mal golpe en la cabeza. Le habían encontrado unas horas después. Flotando.

A John le había resultado raro pensar en su hermano trastabillando o dando un paso en falso. De dos años más que él, siempre había sido un gimnasta estupendo. Todavía lo recordaba en el escalón más alto del cajón con la medalla dorada colgada al cuello...

—Aquí está, señor Sheppard —le interrumpió de nuevo la voz del lánguido personaje.

John vio una especie de sábana cubriendo un cuerpo humano. No dijo nada. El ya bautizado definitivamente como médico forense se ubicó junto al cadáver y aguardó unos instantes. Instantes durante los cuales John siguió sin decir o hacer nada más que observar aquella maldita sábana.

—¿Y bien, señor Sheppard? —se aventuró a decir el hombre.

—Perdón —reaccionó él, aunque sin saber muy bien que se esperaba que hiciera—. ¿Qué tengo que...? —preguntó gesticulando.

—Ha de reconocer el cadáver.

—¡Oh! Ya veo...

Sin preámbulo ni tacto alguno, el forense levantó el lienzo de la zona del rostro. Y John reconoció vagamente la faz de su hermano.

—Es curioso —apuntó por fin, tras unos instantes de observación.

—¿Qué es curioso, señor Sheppard?

—Llevaba siete años sin estar con él y ahora le veo... así.

—Ya entiendo... —musitó el forense—. Tiene el rostro hinchado por el agua y algo desfigurado por los peces que...

—Déjelo —le interrumpió John. Aquellas palabras le estaban resultando demasiado gráficas—. Es él. Es mi hermano.

El médico comprendió de inmediato que lo que tenía delante era un ser humano que acababa de perder a un hermano. A veces se le olvidaban esos detalles. Así, para intentar cambiar de tema, y básicamente porque era lo que correspondía hacer, el forense cogió un bolígrafo del bolsillo de su bata y señaló, sin tocarla, la nuca del inerte Dave Sheppard.

—Aquí es donde se golpeó al caer, ¿ve? —le dijo con suavidad—. De hecho, en

el talón derecho y en la pierna izquierda tiene unas rozaduras que se hizo al tropezar con el borde del canal.

—No me imagino a mi hermano resbalando en un descuido o algo así... ¿sabe que fue plata olímpica en barra y en anillas?

—No...

—Hace nueve años. Él tenía veinticuatro. He de decir que yo también participé: de hecho, me llevé los oros de esas dos especialidades y una plata en esgrima. ¿No recuerda aquellas olimpiadas con los famosos hermanos Sheppard? —preguntó haciendo esfuerzos por sonreír.

—La verdad es que no —contestó su interlocutor con sequedad—. Con lo que su hermano ha fallecido con treinta y tres... —dedujo el forense apuntando el dato en una ficha y dando cuenta del poco interés que tenía en el asunto olímpico—. Y ¿dónde residía normalmente? —preguntó para seguir cumplimentando el formulario.

—Antes, en Londres, con mi familia. Desde hace muchos años, en mil sitios del mundo.

—¿Mil sitios del mundo? Eso no puedo ponerlo aquí...

—Era arqueólogo. Después de haber sido gimnasta, quiero decir... ¿Sabe qué? Ponga Londres o lo que quiera —resolvió John sin ganas—. Es igual.

—Londres... —murmuró el forense mientras escribía.

John permaneció mirando a su hermano un largo rato más. Difícilmente reconocía la vitalidad que antaño adornara aquel rostro ahora inerte y blanquecino.

—Éstas eran las pertenencias que llevaba encima —le dijo el médico pasándole por encima del cuerpo yacente una bolsa de plástico negra.

Él la cogió pero no la abrió por el momento. Dirigió su mirada al forense.

—Y con el cuerpo, ¿qué se supone que...? —susurró.

—Pues por ahora nada. Lo lógico sería prepararlo para que usted pudiese repatriarlo a Londres. Pero ahora no es posible. Nada ni nadie puede salir de Venecia.

—¿Nadie?

—Nadie. Ahora ya no: todos los que quedamos en la ciudad deberemos permanecer en ella.

—Pero hace unas horas he visto una cola enorme de gente esperando a ser evacuada...

—A eso me refiero. Solo se iba a consentir la salida de la gente que había pedido permiso para abandonar Venecia. Acabo de escuchar en la radio que para la noche las autoridades ya habrán sacado a las miles de personas de las que no cabe ninguna sospecha. Todos los que se alojaban fuera y aquellos que pueden demostrar no haber estado en la Plaza de San Marcos en el momento del asesinato, tendrán la posibilidad de salir.

—Pero estarán haciendo controles, ¿no?

—Evidentemente, a todo el mundo se le ha exigido la documentación para la comprobación de antecedentes. En cualquier caso, nadie puede abandonar Mestre ni las zonas costeras. Se ha permitido a la gente salir de la isla pero no volver a sus países de procedencia.

—Sí... ya sé que el aeropuerto está cerrado.

—Exacto.

John asintió apretando sus labios. El médico, por su parte, pareció dar por terminada aquella «visita» y volvió a cubrir el cadáver de Dave Sheppard. Se giró hacia una mesa y ordenó unos papeles antes de apagar la luz de la estancia.

—Nos pondremos en contacto con usted cuando todo esto haya acabado y pueda repatriar el cuerpo de su hermano. Hasta entonces lo mantendremos incorrupto, no se preocupe.

—De acuerdo —musitó John—. Gracias.

Minutos después, estaba fuera de aquel aciago lugar. Cerró sus ojos y elevó el mentón permitiendo que el sol bañara su rostro. Suspiró. La quietud reinaba a su alrededor, a pesar de lo que había ocurrido horas antes en la ciudad. Gran parte de los turistas había podido abandonar la ciudad bajo una libertad condicionada a que no dejaran sus hospedajes en tierra firme. Los restantes estarían recluidos en la habitación de su hotel hasta que todo aquello se solucionase.

Permaneció de pie durante unos minutos. Reparó en que todavía sostenía en su mano la bolsa negra de plástico que el forense le diese con las pertenencias de su hermano. No tenía muchas ganas de ver lo que contenía, pero la abrió de todos modos.

Metió la mano y encontró unas llaves. Las observó detenidamente. Junto a ellas había un pequeño plástico en el que se leía una dirección escrita en italiano. Ya le habían avisado a su llegada al local que la policía había facilitado una dirección de registro de la víctima en Venecia: John había pedido que la metieran junto con el resto de enseres de Dave. Las llaves que sostenía serían posiblemente del lugar indicado en la dirección. Esperaba que los datos fueran correctos y que se tratara realmente de la última vivienda de su hermano.

También había una cartera con escasas tarjetas y menos dinero. Notó que aún quedaba algo en la bolsa.

Introdujo su mano y extrajo el último objeto. Era un naipe.

Y una de sus caras estaba grabada con un águila con un cachorro de león debajo de su ala.

LOS OJOS GRISES

Istanbul

María Ayarza sintió un escalofrío: aquella carta parecía un mensaje para ella. Buscó casi a hurtadillas, sin poder apartar su mirada del naípe, algún sitio donde apoyarse.

Su estómago, evidentemente, ya se había resignado a volver a un segundo plano.

Volvió a leer la carta. Al reverso del grabado del águila había unas letras manuscritas en turco:

El antídoto contra el envenenamiento de la ciudad. Allí sabrás la verdad.

«¿Pero qué narices significa esto?», se preguntó la bilbaína. Había pasado en Turquía mucho tiempo, en períodos intercalados, y podría jurar que conocía suficientemente bien el idioma como para no errar en la traducción que acababa de hacer.

De pronto, un estruendo le sacó de sus cavilaciones. La llamada a la oración. Desde los cientos de minaretes que inundaban la ciudad, comenzó a proclamarse la grandeza y la unidad de Alá.

Observó cómo mucha gente a su alrededor sacaba de sus bolsillos el *tasbith* con treinta y tres cuentas que los musulmanes repasaban con sus dedos en tres vueltas: para proclamar los noventa y nueve nombres de Alá. Otros, según dedujo María en un vistazo a su alrededor, parecieron dirigirse a la mezquita a lograr una mayor concentración en su rezo.

En ese rápido repaso visual a lo que la rodeaba y que hasta entonces había ignorado, reparó en varias cabezas cubiertas con pañuelos, numerosos grupos de turistas, cientos de comerciantes callejeros... y en unos malditos ojos grises, enmarcados en un burka, que se le clavaron en el alma.

Entonces, entendió lo que debería haber sabido desde el primer momento. La persona que había introducido aquella carta en su bolsillo no era otra que la misteriosa anciana de Santa Sofía.

—¡Eh! ¡Señora! —se descubrió María a sí misma gritando de repente.

Se levantó con decisión y caminó hacia ella. La vieja se encontraba a unos sesenta metros de María. Y en cuanto observó que ésta se encaminaba hacia ella, se giró para alejarse con una agilidad nunca atribuible a una persona de su supuesta edad.

La joven se detuvo un segundo, pasmada. No sabía si correr tras ella y llamar la

atención de todo el mundo o, sin más, dejarla escapar. Pero entonces recordó la carta con el águila... recordó su objetivo de aquel viaje. Y supo que debía llegar hasta el final.

Se lanzó en la persecución de aquel burka negro que había desaparecido de la explanada y se había adentrado en las entrañas de la ciudad.

Maldijo su indumentaria, poco propicia para una carrera. Llegó a la calle de Yerebatan, por donde había desaparecido la anciana. Y la vio a lo lejos. Ya era una distancia de casi cien metros. Una distancia que hubiera resultado insalvable de no ser porque la vieja había decidido detenerse y fijar de nuevo su atención en María... como si esos ojos grises encareciesen a la joven a que continuara con la persecución.

Y María no tuvo otro remedio que atenerse a lo que aquellos ojos le ordenaban... por eso siguió corriendo. La anciana se puso de nuevo en camino. La joven nunca llegaba a perderla pero tampoco conseguía reducir demasiado la distancia. Sudaba y respiraba entrecortadamente: estaba en buena forma, pero no era el ejercicio físico lo que la hacía jadear. Era la incertidumbre, la urgencia... y el miedo.

De nuevo, perdió a su objetivo. Supuso que habría tomado la calle de Nuru Osmaniye, y se adentró en ella agravándose su sensación de desasosiego. Corrió y corrió... pero no pudo distinguirla entre los cientos de personas que inundaban la vía. Decidió reducir el ritmo de su persecución... y miró a su alrededor por si la anciana se hubiese podido detener. La bilbaína comenzó a dudar acerca de si había tomado la calle correcta.

María intentó reparar en las caras de la gente que la rodeaba. Muchas estaban observándola, como era lógico: no era habitual ver a una mujer joven y atractiva corriendo desbocadamente como si la vida le fuera en ello.

—¡Eh! ¡Rubia! —gritó alguien desde la acera en castellano, pero con fuerte acento turco.

Ella miró hacia uno de los establecimientos que se encontraban a su derecha y adivinó quién había intentado llamar su atención. Un hombre alto y de panza prominente, con abultado bigote y barba de un par de días, estaba sentado en el escalón que daba entrada a la que sería su propia tienda. La miraba con atención y expresión indiferente.

María le inquirió con una dura mirada el motivo de su llamada de atención. Él no dijo nada: tan solo señaló con el dedo índice hacia el fondo de la calle sin dejar de mirarla. Después de hacerlo, se encendió un cigarrillo de papel liado y se metió en su establecimiento.

La bilbaína, sudorosa y cada vez más impaciente, miró hacia donde el hombre le había señalado. Y de nuevo, volvió a sentir clavados unos ojos grises que la aguardaban al final de su camino.

María sintió ganas de llorar... o de borrar de un puñetazo la maldita sonrisa

condescendiente que imaginaba que adornaría la cara de la anciana detrás de aquel velo.

Como si la vieja hubiera adivinado este último pensamiento de la joven, volvió a mostrarle su espalda, para adentrarse entre el gentío. Y María, después de suspirar sentidamente, la persiguió sin perderla de vista. Aquella mancha negra, giró una vez más por otra bocacalle a su derecha y después de cincuenta metros, tomó otra desviación por la dirección contraria. María la tenía muy cerca... seguía sudando y sentía la ropa pegada a su cuerpo, pero preveía que la carrera estaba llegando a su fin. Fue cuando tomó el último desvío que había tomado la anciana por Kiliçilar cuando comprendió que todo esfuerzo sería inútil.

—Maldita señora... —susurró por lo bajo, antes de elevar su mirada al cielo desesperada—. Cómo no me he dado cuenta de que venía hacia aquí...

A escasos metros ante sí, se encontraba Kapalicarsi: el Gran Bazar de Estambul.

Era uno de los mercados más antiguos del mundo: el edificio cubierto de mayor planta que María jamás hubiese visto y que, dividiéndose en casi sesenta callejuelas laberínticas interiores, recibía diariamente a unos 350.000 visitantes... En definitiva el escenario óptimo para encontrar a alguien. «Lo tengo a pedir de boca...», pensó ella con amarga ironía.

La opción de volver cabizbaja al hotel y regar sus pensamientos bajo los chorros del spa le resultaba demasiado tentadora. Pero concluyó que no había más remedio que intentar buscar su particular aguja de ojos grises en aquel gigante pajar.

Así, se adentró en el Gran Bazar de Estambul, y al hacerlo, una orgía de colores, sabores y olores invadió sus sentidos.

EN LA CASA DE DAVE

Venecia, día del Vuelo de la Paloma

John había decidido dejar en su hotel el escaso equipaje que llevaba. Después iría a buscar el piso en el que seguramente habría estado viviendo su hermano los últimos meses.

Su alojamiento era la Residenza Cannaregio, ubicado precisamente en el barrio que llevaba ese mismo nombre, al norte de la isla. Era una de las zonas más tranquilas de la ciudad. En su día, había sido el barrio judío y ahora era eminentemente residencial. Por eso lo había escogido John: porque quería estar lo más lejos posible del barullo turístico. Aunque podía permitirse cualquier alojamiento dada la boyante posición económica ligada a su apellido, había preferido sosiego en detrimento del lujo. En cualquier caso, el hotel escogido no era deslucido en absoluto, sino todo lo contrario: de pequeñas dimensiones, era un hospedaje muy agradable que daba al Río de San Alvise. En sus orígenes, había sido un antiguo monasterio. De ahí el vistoso patio interior que caracterizaba al edificio.

John se acercó a la recepción y le atendió una bella mujer morena, de treinta y tantos años, que le indicó amablemente cuál era su habitación. Él subió a dejar sus cosas y procedió a obsequiarse con una larga ducha.

Mientras el agua recorría su cuerpo cansado, John intentó ordenar sus pensamientos. Su hermano era la única familia que le quedaba. Su padre, Liam, había muerto hacía años en una expedición arqueológica. Y su madre, Donatella, había fallecido de cáncer de pulmón unos meses después de que los hermanos Sheppard triunfaran en las Olimpiadas que se habían celebrado en la ciudad española de Valencia.

Su hermano Dave se había dedicado entonces a aquello que parecía ser una tradición en la familia. Su padre y antes su abuelo, habían sido arqueólogos, además de importantes hombres de negocios. Siempre había existido cierto fanatismo con la Historia y ciencias similares en su familia por parte de padre. John mismo y su madre habían sido unas ovejas negras en aquel rebaño de obsesos. Pero Dave había estudiado Historia Antigua y después de una vida dedicada, al igual que John, al deporte de competición, había optado por ejercer una profesión con más recorrido vital.

John se decantó por la ingeniería dado que era lo que había estudiado... para disgusto de la familia de su padre.

Lo del atletismo había venido por su tío: un hermano de su madre. Y por eso era algo que jamás había entusiasmado a la familia paterna. Su tío Francesco había sido

entrenador de gimnastas de alta competición. Lo de cómo acabaron también compitiendo en esgrima era otra historia...

Cerró el grifo de la ducha y se quedó un rato metido en la bañera con la frente apoyada en las baldosas de la pared. Estuvo así unos segundos. Después salió y se ciñó la toalla a la cintura para afeitarse ante el espejo.

Y siguió dando vueltas en su cabeza. Su hermano, muerto. Siete años sin estar con él... y hoy le había visto tumbado en una camilla, con el cuerpo más frío que el propio metal que componía su lecho.

Dave se había marchado de Londres justo después de la muerte de su madre, en busca de trabajo en excavaciones y yacimientos arqueológicos repartidos por todo el mundo. Durante los dos primeros años había recalado en Londres en contadas ocasiones, entre viaje y viaje. Pero a partir de entonces, nada. John y él habían mantenido escaso contacto por teléfono y vía correo electrónico. No por ninguna razón en concreto: tan solo, quizá, porque eran muy distintos. Dave, como su padre y John, como Donatella. Y el éxito cosechado en sus vidas había sido suficientemente absorbente como para no necesitarse mutuamente. Ni siquiera para acordarse el uno del otro...

Dave parecía haber triunfado al poder vivir de su pasión y John había entrado y prosperado en un importante estudio de ingeniería de la City. Tanto, que había llegado a ser socio de la empresa en tan solo seis años.

John terminó su afeitado y se vistió con las primeras prendas que logró sacar de su maleta, aún sin deshacer. Después acudió a la mesa donde aún reposaba la bolsa negra con los enseres de su hermano.

Suspiró y miró en su interior por enésima vez. La cartera solo contenía una tarjeta American Express, el carnet de conducir inglés, así como su carnet de identificación y dos billetes de veinte euros. Por otro lado, estaban las llaves con la dirección y un naipe absurdo con un grabado de un águila en una cara y unas frases inconexas en la otra. John suponía que sería algún ridículo recuerdo de cualquiera de las expediciones de su hermano.

Ahora debía llegar hasta la casa de Dave. Según se indicaba en la nota, estaba ubicada en la Ría de Verona, en el barrio de San Marco y cerca del teatro La Fenice.

«En fin...», musitó asiendo fuertemente la llave en su mano derecha y abandonando la habitación.

Una vez salió del hotel, torció a su izquierda dirigiéndose hacia la Fondamenta degli Ormesini para avanzar después por la Strada Nuova. Era en algún canal de esa calle donde esperaba encontrar alguna embarcación particular, cuyo patrón estuviera dispuesto a hacer de taxista. En condiciones normales, se habría dirigido hacia la parada del *vaporetto* más cercana, en San Alvise, a cinco minutos andando desde el hotel. Pero le habían comentado en Recepción que al menos durante aquel día y el

siguiente, los autobuses acuáticos habían suspendido sus servicios. Por eso quería buscar una embarcación particular.

Lo que jamás habría imaginado es que nadie más que un gondolero, más habituado a ofertar paseos románticos a parejas de turistas que a otra cosa, fuera quien se prestara a ayudarlo.

—¿Góndola, caballero? —le soltó el joven con camiseta de rayas azules horizontales, cuando John pasó por su lado.

John se detuvo frunciendo el ceño y esbozando una sonrisa. Se giró hacia el hombre que había reclamado su atención.

—¿Me toma el pelo? —le preguntó extrañado.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Dadas las circunstancias, no creo que vaya a conseguir mucho negocio estos días, ¿no? —inquirió John afable.

—Ya sé que no hay mucha alegría por la ciudad, pero ¿qué voy a hacer? ¿Quedarme en casa? Además, estamos en Carnaval... pensaba que me iba a cansar de trabajar estos días y fíjese... Así que si hay alguna salida que pueda conseguir...

—Ya entiendo... —concedió John.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—El paseo en góndola.

—Pues la verdad es que estaba buscando un medio de transporte. Pero nada tan ostentoso como una góndola... ni tan caro.

—No hay más que hablar, caballero. Mi nombre es Marco Alfieri —apuntó tendiéndole la mano.

—John Sheppard —respondió él, estrechándose.

—No encontrará a nadie más que pueda darle un paseo y por el precio no se preocupe. Le haré de taxista... y no de gondolero —le dijo con sorna.

—Bueno... ¿seguro que no tengo más posibilidades?

—Usted mismo lo ha dicho antes... Dadas las circunstancias, solo a mí se me ocurriría ofrecer un paseo en barco —concluyó Marco.

Minutos después, John se sentía un poco fuera de lugar sentado él solo en el suntuoso sillón de cojines granates con borlas doradas de la góndola. Bajaban por el Gran Canal, dirigiéndose hacia el sur de la isla, donde se encontraba la dirección apuntada en el llavero de su hermano.

Marco llevaba la embarcación con agilidad. Era un hombre espigado pero muy fibroso y tendría la misma edad que John, según él mismo dedujo. A pesar de su edad, tenía el pelo grisáceo y lo llevaba calculadamente despeinado. Por otro lado, tenía una nariz algo redondeada, lo que confería a su rostro un aire afable.

—Yo solo digo que hay que ser idiota para asesinar a alguien en Venecia. ¡Y al

papa ni más ni menos! —apuntó Marco en un momento de la conversación.

—¿Por qué? A mí me parece que Venecia es precisamente el lugar más indicado para un asesinato... Cierto que hacerlo en mitad de la Plaza de San Marcos no es de lo más discreto, pero no conozco ninguna ciudad en el mundo con más callejuelas solitarias o escondites... Es muy fácil que nunca haya testigos.

—Tú no conoces demasiado esta isla —le acusó Marco con ironía.

—Pues la verdad es que de pequeño vine muchísimo. Mi padre tenía cierta obsesión con esta ciudad. Bueno, con casi todas las ciudades que tuvieran una historia interesante... Además, mi madre era veneciana. Y yo creo que por eso se casó mi padre con ella... —John se encogió de hombros con expresión de indiferencia—. En cualquier caso, no estoy muy puesto en su historia... aunque tampoco sé qué puede tener que ver eso con lo de si es una ciudad segura o no.

—¡La más segura del mundo! Siempre lo ha sido. En casi toda su historia... Nunca hubo demasiados asesinatos al año, mientras el resto de las ciudades europeas eran caldo de cultivo para los delincuentes. De hecho, es por eso por lo que, en la actualidad, hay bastantes personas amenazadas por el IRA o por otros grupos terroristas que han venido a vivir aquí por recomendación de la Interpol.

—¿Y eso?

—Piénsalo: si alguien mata en Venecia, solo tienes que cortar una vía. La del único puente que une a esta isla con el mundo. Hoy mismo lo has podido comprobar.

—Ya veo... —asintió John—. Así que lo que está claro es que el asesino sigue en Venecia.

—Exacto —aseveró Marco condescendiente.

Pasaron unos segundos en silencio.

—¿Y has venido... solo a Venecia? —preguntó el gondolero con discreción.

—Claro...

—Quiero decir... ¿no tienes a nadie que te acompañe en este mal trago?

—Ni familia directa, ni mujer... nada.

—Vaya, lo siento.

—Mis padres murieron, el resto de mi familia está esparcida por el mundo y, en cuanto a lo de estar soltero... ésa es una historia que prefiero no contar. Solo me quedaba Dave.

Marco Alfieri no añadió nada. Le pareció ridículo volver a expresarle sus condolencias, así que prefirió permanecer callado.

—Pero es igual —continuó John—. Ahora lo que tengo en la cabeza es recoger las cosas de mi hermano. A ver qué encuentro en esa maldita casa...

Hablaba mientras miraba los escasos enseres de la bolsa negra que le dieran en el depósito. Sujetaba el naipe del águila en la mano. Volvió a mirar la otra cara. Unas letras manuscritas con trazos cargados de tinta rezaban:

«Siempre fuiste un extravagante, Dave», se quejó John para sus adentros.

—¿Es ésa una de las cosas que dejó tu hermano? —preguntó extrañado Marco, mientras manipulaba la góndola con maestría.

—Así es... Es una carta del tarot o algo así. Supongo que será alguna de las miles de chorradas que adquiriría en sus viajes por el extranjero.

—La verdad es que es curioso: arqueólogo —apuntó Marco en referencia a la historia que le había contado John—. Suena interesante. Una vida más interesante que la mía, desde luego.

—Si eso fuera todo... No te he contado ni la mitad de nuestras vidas —rió John.

—Bueno, aunque sea solo una parte, nunca había sabido tanto de un pasajero en tan poco tiempo...

—Supongo que necesitaba hablar... —admitió John, que era perfectamente consciente de su carácter a veces demasiado extrovertido. Justo al contrario que su hermano.

—Tranquilo, me gusta escuchar.

—Oye, Marco —dijo John tras unos segundos—. Pienso usarte como taxista particular para que me lleves y traigas por la ciudad si es que mi estancia, como parece, se alarga más de lo previsto. Si te parece bien, claro.

—Me parece bien —asintió Marco.

—Tarifa de taxista... no de gondolero. Entiendes, ¿verdad?

—Entiendo, John —sonrió él—. ¿Y qué es tan interesante de la otra mitad?

—¿La otra mitad?

—De vuestras vidas. Has dicho que no me habías contado ni la mitad...

—Bueno, es una tontería, pero es una anécdota que suele tener bastante éxito entre el público... Ya sé que no te sonará de nada, pero mi hermano y yo fuimos a unas Olimpiadas y ganamos las medallas de oro y plata en...

—¿Los hermanos Sheppard! ¡Lo sabía!

—No me lo puedo creer...

—¿Bromeas? No me he perdido una retransmisión deportiva en la vida... Y las Olimpiadas...

—Eres de las pocas personas que se acuerda de nosotros.

—¿No decías que era una historia con mucho éxito?

—Mentía. Ya te he dicho que estoy soltero... Ninguna mujer cayó en mis brazos por esta historieta, la verdad.

—¡Pero si fue bastante sonado! Dos hermanos que arrasan en tres disciplinas: barra fija, anillas y... ¡esgrima! Vale que las dos primeras son compatibles pero... ¿esgrima?

—Sí, eso fue precisamente lo que nos hizo más conocidos. Era bastante raro, pero todo fue por la familia de mi padre. Nunca les atrajo el tema de que dejásemos de lado nuestros estudios durante un tiempo para dedicarnos al deporte... pero una vez, viéndonos a mi hermano y a mí hacer el idiota con dos palos a modo de espadas, se preguntaron: «¿Y si aprovechamos la calamidad de la circunstancia para que estos chicos triunfen en una práctica más noble?».

—¿Más noble?

—Sí, mi familia paterna se dedicó siempre a la Historia y...

—Como siguió haciendo tu hermano —apuntó Marco.

—Exacto. Y claro, la esgrima la asociaban con algo más... no sé...

—¿Romántico?

—Sí, puede ser. La cuestión es que comenzamos la práctica, se contrató a dos entrenadores y... unos años después, oro y plata.

—¿Quién fue el oro y quién la plata?

—Me sorprende que no lo sepas después de todo lo que recuerdas.

—Es para dejarte hablar... —bromeó él—. Ya me has dicho que lo necesitas.

—Mi hermano consiguió el oro en esgrima y yo lo conseguí en la barra fija y las anillas.

—Ésa sí es una buena historia...

John no añadió nada más. Con la absoluta naturalidad que le daba su carácter despreocupado, tornó el gesto de su rostro, antes afable, para mostrar un atisbo de alerta. Estaban cerca de su destino y lo intuía. Segundos antes, la góndola había girado hacia su izquierda para internarse en los más pequeños canales que surcaban las callejuelas del barrio de San Marcos. Acababan de entrar en la Ría de Verona.

—Aquí es —musitó Marco.

John ya lo sabía. Era una angosta calle formada en su casi totalidad por el canal de agua. Tan solo en su orilla izquierda existía un metro escaso de empedrado por el que se podía acceder a las casas de esa rivera. Pero en la cercana orilla contraria, las puertas daban directamente al agua, lo cual hacía suponer a John que gran parte de las viviendas estarían abandonadas o tendrían entrada por alguna otra calle. Al fondo, podían observar cómo el canal iba a dar a otro de más amplitud que orillaba con uno de los miles y viejos *palazzos* que había en la isla.

El inmueble en que se debía encontrar la casa de Dave Sheppard era muy viejo, con la fachada ocre descascarillada en varios puntos: como casi todas las casas en Venecia. Había varios balcones con flores, lo cual daba a entender que el edificio estaba habitado.

—Si quieres, te espero aquí —apuntó Marco con solemnidad. Había llevado a su tripulante a la casa de su hermano fallecido y no quería ser indiscreto.

—Por favor —le pidió John, sin apartar su mirada del inmueble.

—Llevaré la góndola allí a la derecha porque aquí podría molestar, ¿de acuerdo?

Pero John ya no podía escucharle. Había saltado al pavimento con gran agilidad y buscaba el número de la puerta.

Cuando llegó hasta ella, vio que en el portero automático no había un detalle de pisos y manos, sino de nombres y apellidos. Así se estilaba en Venecia. Su dedo índice buscó de arriba abajo con avidez el nombre de su hermano en la corta lista. «Sheppard», musitó cuando dio con él. Segundo piso.

Introdujo la llave y la vieja cerradura de la puerta de madera cedió sin problemas. John dudó de que aquella puerta no se hubiese abierto también si hubiese probado con cualquiera de sus propias llaves de casa de Londres.

Subió las crujientes escaleras hasta el piso correspondiente y se dirigió a la puerta de la que se suponía que había sido la última vivienda de su hermano. Suspiró y la abrió con la otra llave que colgaba del llavero.

La hoja de madera, al deslizarse por sus goznes, permitió ver a John una vivienda cargada de extravagancia y misterio. Definitivamente, su hermano había vivido allí. Tenía ante sí una gran estancia que hacía las veces de salón, de unos treinta metros cuadrados. A su derecha había una ventana que daba precisamente al canal y que permitía que tenues rayos de sol inundaran la estancia, iluminando las diminutas partículas de polvo flotantes en el aire como si de copos de nieve se tratara. John observó que al fondo había una puerta, que daba a un pequeño aseo. Y justo enfrente, a la izquierda de la entrada, donde John se encontraba, el salón se abría para dar cabida a una minúscula cocina.

El joven cerró la puerta y paseó en absoluto silencio por el salón que, como pudo comprobar por la cama que había en uno de los rincones, también hacía las veces de dormitorio. Todo lo que había en aquella gran habitación parecía sacado de una película de Indiana Jones. Papeles desordenados y apilados en una gran mesa en el centro del salón, viejos y gruesos volúmenes de historia repartidos por todo el suelo, varias cámaras de fotos en las baldas de una ajada estantería... y un mapa. Un gran mapa de Venecia, de un metro de alto por dos de ancho, pegado en la pared del fondo. Según pudo observar John, se trataba más bien de un grabado antiguo en blanco y negro con recargados dibujos de los diferentes lugares emblemáticos de la isla en el año 1500 d. C. Que es de cuando databa la ilustración realizada por Paolo Forlani, según constaba en la parte inferior de la gran lámina.

A su vez y en la misma pared, había otro mapa, más pequeño y actual, en el que había clavadas distintas fotos sin conexión aparente de distintos lugares de la ciudad. Las imágenes estaban pegadas sobre el mapa justo en las zonas a las que correspondía cada una.

De pronto, el sonido del viejo teléfono que descansaba sobre una mesilla le extrajo desagradablemente de sus pensamientos. John le dirigió una mirada cargada

de hastío. No iba a cogerlo por nada del mundo.

Después, se volvió hacia la gran mesa que tenía detrás de él y repasó con su mirada lo que había en ella. Papeles y más papeles. Libros y más libros.

En ese momento, escuchó un ruido fuera del piso que lo estremeció. Aguzó su oído.

Alguien quería entrar en la casa de su hermano.

EL DILEMA

Venecia, día del Vuelo de la Paloma

—No tienes idea sana, hijo mío. ¿Cómo se te ocurre haber cogido eso de los vestidos del mismo papa? Te haces a ti mismo sospechoso del magnicidio, por el amor de Dios...

—Ya lo sé, madre... Ya lo sé —contestó Riccardo.

El sacerdote daba paseos acelerados y sin rumbo por la casa de su madre.

—Para una vez que vienes a la ciudad a visitar a tu madre, y montas este lío. ¡Desde luego! —apuntó ella, que permanecía imperturbable en el sillón, mirando el extraño naipe que su hijo había robado de la escena del crimen más importante del siglo.

Riccardo miró a su madre, Paola. Parecía tranquila a pesar del sermón que le estaba soltando. Tenía los ochenta años mejor llevados del mundo. Pelo grisáceo y constitución menuda. A su edad, no necesitaba ni gafas ni auriculares auditivos. Solo llevaba un bastón de madera que su hijo siempre había pensado que era más un elemento ofensivo para cualquiera que se atreviese a importunarla que un instrumento de apoyo que realmente necesitase.

—No sé por qué lo hice, madre. Es un dilema... Sentí que debía hacerlo. Sé que me he metido en un lío. Sin embargo, aún no sé si me arrepiento.

—¿Por qué lo dices? —dijo ella desviando su mirada desde el naipe hasta su hijo.

—El naipe... tiene que ser algo importante. Esto ha sido un asesinato, eso está claro. Pero trasciende más allá del hecho de que alguien haya querido matar al papa. Si no, no habría habido tanto... teatro.

—Las imágenes son terroríficas —apuntó Paola que, como todo el mundo a esas horas, ya había visto el magnicidio en la televisión—. La caída del papa y ver a ese encapuchado...

—Esto tiene que ser su tarjeta de visita —prosiguió Riccardo mirando la carta—. Un sello... una firma. Y seguro que está relacionado con el atentado de hace unos días.

—El coche bomba... —afirmó ella.

—Sí, con dos empleados del Vaticano dentro...

—Una tragedia.

El sacerdote negó con la cabeza. No necesitaba volver a mirar la carta para recordar exactamente su contenido. A un lado, el águila. Al otro, unas extrañas letras manuscritas:

La nota estaba en latín, y él estaba seguro de que la traducción era correcta. Pero no tenía ni idea de lo que podía significar. ¿Y si realmente no era nada? ¿Y si era tan solo algún recuerdo del papa? Todo era tan extraño...

—¿Y por qué no se lo dejaste a la policía? Llévaselo sin más y coméntales lo que opinas.

—Ya es tarde... Me preguntarán por qué lo he robado...

—No sería raro que lo hicieran, desde luego —apuntó Paola, que volvió a centrar su atención en la labor de bordado que estaba tejiendo antes de que entrara su hijo en casa con las «buenas» noticias.

—Es que... —proseguía Riccardo sin importarle que su madre le hiciera caso o no— sigo creyendo que, por extraño que parezca, he hecho lo correcto. Si lo piensas con detenimiento, la policía estará demasiado ocupada en mantener el orden público, en que todo el mundo esté a salvo, en cerrar Venecia... Y el hecho de que el asesino haya dejado esta nota, pasaría a un segundo plano en sus prioridades hasta que todo el mundo estuviese evacuado o controlado.

—Lo que es cierto, hijo mío, es que ahora ese naipe no puede estar en ninguna de las prioridades, primeras o últimas, de las autoridades...

—Por Dios, madre... siempre tienes las palabras que necesito para levantar mi ánimo.

Paola siguió tejiendo y Riccardo siguió caminando. Unos minutos después, el robusto sacerdote interrumpió sus silentes cavilaciones al mismo tiempo que detenía su paso.

—¡Tengo que averiguar cómo le raptaron!

—¿Y eso por qué, cariño? —preguntó su madre, no sabiendo muy bien si quería saber la respuesta.

—Eso me dará información. Conozco muy bien a una persona de su escolta, Giacomo Meazza: puedo preguntarle a él. Tengo que indagar un poco y después, cuando tenga más información, ya iré a la policía. Podré darles un punto de partida que seguramente ellos habrían tardado en encontrar dadas las circunstancias...

—¿Pero por qué quieres complicarte la vida?

—Angelo... Pedro II, fue mi amigo, madre, ya lo sabes. Se lo debo.

—Lo que tú digas...

Pero su hijo ya había desaparecido por la puerta como una exhalación después de coger el misterioso naipe de la mesa.

* * *

—Don Riccardo, usted sabe que esto es información confidencial —se quejó el hombre.

—Giacomo, después de tantos años. Soy yo... No pasa nada, no se lo voy a contar a nadie ni nada por el estilo —le presionó el sacerdote.

Se encontraban en una minúscula cafetería del barrio de San Polo. Giacomo Meazza, un inmenso escolta de cabeza rapada al cero, había accedido a reunirse con el sacerdote al que conocía desde hacía más de diez años. Pero no pensaba que fuera a encontrarse con alguien desesperado por conocer respuestas. Respuestas a preguntas que no debería hacer...

—Siempre ha sido usted un cabezón, Don Riccardo —apuntó el maduro y grueso miembro de la escolta papal.

—No soy cabezón, Giacomo, tan solo...

—¡Un burro de arar, Don Riccardo! Eso es lo que es. No me niegue lo evidente...

El escolta negó con la cabeza y suspiró. Después se acercó a su interlocutor unos centímetros.

—Mire, la verdad es que no sé si debería contárselo o no... pero lo voy a hacer.

EL PRÓJIMO

Venecia, dos días antes del Vuelo de la Paloma

Aún no había amanecido. Angelo Deanna, Su Santidad Pedro II, no había querido renunciar a su largo paseo diario. Le encantaba caminar y a sus sesenta y ocho años, además, era una recomendación de lo más saludable.

Desde que habían llegado a Venecia, los miembros de su escolta personal no habían hecho otra cosa que invitarle a que se olvidara de su ejercicio físico durante aquellos días de estancia en la isla. Al menos del ejercicio al aire libre.

Pero Pedro II era muy convincente.

Por eso, en aquellos instantes, cuando todavía no había sol en el cielo pero sus primeros rayos de luz ya lo precedían, el papa y cuatro agentes de seguridad que tenían orden de no apartarse de Pedro II por nada en el mundo, caminaban a un rápido ritmo por la Fondamenta Nuove. Era una calle al norte de la isla que delimitaba la ciudad con el mar. Sus únicos e insólitos viandantes a esas horas de la madrugada admiraban las formidables vistas de toda la laguna.

Angelo Deanna iba concentrado en sus pasos. Pensaba que era un deber el mantenerse en forma para mostrar la vigorosidad y fuerza que exigía su vocación.

—¡Señores! —enunció Pedro II en alto—. Me parece que vamos a tener que aflojar el ritmo porque estamos agotando a Richard, ¿no es así, muchacho?

—No es así, y lo sabe... —negó el agente Richard.

—¡Tengo sesenta y ocho años y llevo mejor ritmo que tú, por favor...! Reconócelo, Richard, no pasa nada. Estamos en confianza. Si quieres, vamos más despacio.

Todos rieron: Giacomo, Dave, Fred y también Richard. Y bajaron la velocidad de su paseo. Llevaban cuarenta y cinco minutos de camino y todos, sobre todo el papa, agradecieron la relajación de la marcha.

La calle por la que avanzaban tenía en aquel punto un puente que pasaba por encima del Rio dei Mendicanti, un canal que desembocaba en la laguna. Y de repente, cuando estaban a punto de cruzar el pequeño viaducto, vieron algo extraño.

Algo que parecía un cuerpo humano flotando sobre el agua.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tenemos que sacarlo de ahí! —dijo el papa.

—Nadie va a ningún sitio —ordenó Richard a sus hombres—. Hemos de quedarnos junto al protegido.

—Pero, Richard, ese hombre está en peligro, ¡quizá siga vivo!

Giacomo, que era el segundo al mando de la seguridad en el Vaticano, miró a su superior, Richard. Le encareció con un gesto a que les dejase saltar al agua para

salvar la vida de aquel hombre. Pero éste seguía reacio.

—¡Llamaré para que manden a alguien inmediatamente, pero yo de lo que me ocupo es de que sea usted quien siga vivo! —objetó al pontífice.

—¡No hay tiempo para que venga nadie! Es una vida humana...

—La suya también, ¿no es así? Esto puede ser una trampa, o...

—¡Estaría siendo infiel a mis creencias si buscase mi integridad antes que la del prójimo... antes que la de aquel hombre que aún sigue flotando! —Pedro II hizo una pausa para clavar su mirada en Richard. Era una mirada firme y desesperada—. Así que si no le salváis vosotros, yo mismo me lanzaré al agua.

Richard no dijo nada. Un sudor frío perlaba su frente. Sabía que su obligación era no abandonar a su protegido por nada del mundo. Pero aquel hombre podía morir. «Maldita sea», dijo en su cabeza.

—Giacomo y Dave... al agua —les ordenó al fin—. Fred y yo nos quedamos con él.

Los interpelados, que habían estado nerviosos esperando la orden durante la discusión, no lo dudaron un segundo.

Arrojaron la chaqueta y sus armas antes de lanzarse en el agua, para nadar como auténticos atletas hasta aquel desafortunado, que ya comenzaba a adentrarse en la laguna.

Fred y Richard apretaban sus labios sin quitar ojo a la escena. El papa musitaba una oración.

De pronto, Richard sufrió una fuerte convulsión. Abrió su boca desmesuradamente, como si intentase coger un aire que no podía respirar. Y Fred, antes de poder averiguar lo que ocurría, cayó también al suelo, inerte de un modo fulminante.

Richard, que aún conservaba un hálito de vida, miró al papa.

—Corra... váyase de aquí —le dijo Richard antes de desplomarse con un puñal clavado en la espalda.

Pedro II sintió una punzada agudísima de dolor en su alma.

—¡Richard! —gritó mientras se agachaba para abrazar un cuerpo que ya no tenía vida.

El papa percibió un movimiento a escasos metros de él. Elevó su mirada y encontró una figura encapuchada en una inmaculada capa blanca. A duras penas podía entreverse el atuendo que escondía bajo aquella túnica, pero Angelo Deanna entrevió un peto... con un águila tallada en él.

Pedro II no dijo nada. Pero se levantó. Dirigió la mirada a sus otros dos escoltas, que estaban a demasiados metros de la orilla buscando el cuerpo del hombre que acababan de ver minutos antes.

—Ese hombre ya está muerto, ¿verdad? —preguntó con serenidad el papa.

Ioannes no dijo nada.

—Un buen truco para desviar la atención.

—No habría tenido éxito en otras circunstancias —pronunció una voz lúgubre desde las profundidades de aquella capucha—. Una suerte que haya mantenido la costumbre de su paseo matutino... Santidad. Eso me facilita las cosas.

—Lo que lamento es que haya tenido que quitar tres vidas tan solo por atraparme a mí —dijo con sinceridad el pontífice.

—¡Pedro II, el Magnánimo! —bufó Ioannes—. Sería un buen calificativo para que le recordasen, ¿no cree? Un buen apodo para el primer papa que osa retomar el nombre del primer sucesor de Cristo.

El papa permaneció en silencio escrutando a aquel hombre.

—De todos modos —continuó el encapuchado—, no se preocupe por ellos... y empiece a preocuparse por su vida.

—Más me importa la de mis amigos... y la de aquel hombre ahogado, la verdad. Desconozco quién es pero no tiene culpa de nada.

—Un turista sin importancia. Un cebo... que ha conseguido una pesca de éxito gracias a su mal entendido concepto de «ayuda al prójimo». ¡Qué estupidez abandonar la protección de su escolta por un incidente así! Una idea que nunca he llegado a comprender del todo: en mi opinión, cuando el beneficio para el prójimo implica un perjuicio propio, deja de ser justo... Pero ya sé que es un principio fundamental para su religión. Yo mismo conocí en su día a otro pontífice que también era así...

—León Magno... —susurró taciturno el papa.

—Exacto. Ha hecho los deberes. Lo cual justifica aún más este encuentro, Santidad.

LOS IMPERIALES

Heraclea, año 809 d. C.

El sol comenzaba a hacerse un hueco en el todavía cielo estrellado.

La laguna estaba ya salpicada por varias barcas propiedad de los pescadores más madrugadores de la región. En los muelles de Heraclea, algunos mercaderes montaban sus puestos, portando barriles, tablones y carretillas llenas del género que esperaban vender aquel día. Todos ellos trabajaban a destajo a la luz de los primeros destellos del amanecer, hundiendo resignadamente sus pies en el barro: la noche anterior había llovido con fuerza y el pavimento de las calles era algo que todavía le quedaba muy lejano en el tiempo a aquella ciudad.

Los distintos navíos amarrados se movían acompasadamente al ritmo de la marea. Aun con las velas arriadas... aun estando inmóviles, resultaban imponentes esos barcos vénetos que constituían el mayor motivo de orgullo de los paisanos. Desde el siglo VI no existía una industria de construcción de navíos como la nacional. El vivir en el mar les había acabado infundiendo ese don. Barcos para la pesca, barcos para la guerra, barcos para el comercio en el que ya eran el referente del Mediterráneo. No existían comerciantes como los vénetos: Constantinopla, Siria, África... ya podían empezar a presumir del monopolio del comercio internacional. Y esa riqueza, lógica consecuencia de sus habilidades, era la que había comenzado a suscitar ciertas envidias y ambiciones entre los países poderosos.

Una de esas escasas barcas que verían el amanecer desde la laguna, portaba a una extraña pareja con vieja y manida indumentaria. Un anciano con rala barba blanca y un joven fornido con el pelo largo y desordenado, permanecían inmutables sujetando los aparejos.

Fue el mayor el que rompió el silencio de la ya mortecina noche.

—¿Qué opinas tú de todo esto, Marco? —preguntó el viejo a Ioannes, que se hacía conocer con ese nombre en su «vida pública».

—¿Qué opino de qué, Leo?

—¿De qué va a ser? Del imperio franco, y de Bizancio. Todo el mundo tiene una posición.

Desde que en el año 781, Pipino, hijo de Carlomagno, había asumido el título de rey de Italia, sometida al gran imperio franco, todo estaba muy revuelto.

La nación véneta siempre había sido independiente: de Italia y del mundo. Las lagunas, unos pequeños mares que tan solo eran navegados con solvencia por los paisanos vénetos, habían otorgado desde su fundación la particularidad y autosuficiencia a la emergente nación. También, y a raíz de su creciente industria

naviera y su asentado comercio, era un país que todo el mundo quería acoger o anexionar. Ioannes lo sabía bien: desde siglos atrás, todos los países y regiones habían ido amparándose bajo uno de los dos imperios existentes... pero el Véneto siempre se había debatido entre la soberanía de Occidente y de Oriente.

En esta ocasión, Occidente había pasado de significar ligarse a los lombardos a suponer el acogimiento al imperio franco, bastante más civilizado. Pero muchos de los vénetos querían seguir sometiéndose a la supremacía oriental de Bizancio... es decir, querían seguir estando acogidos a un poder más lejano geográficamente que les cediera así más independencia.

Las luchas entre los partidarios de Pipino y los que predicaban la supremacía oriental se habían hecho cada vez más palpables y violentas. Sin ir más lejos, el famoso patriarca Juan, de la región véneta de Grado, había sido hecho matar por el dux por ser aquél acérrimo defensor del imperio franco. El dux Mauricio había mandado a la ciudad de Grado a su hijo para arreglar las cosas de un modo más políticamente correcto. Lo que ocurrió es que, lamentablemente, el malentendido no acabó de resolverse y el dux no tuvo más remedio que ordenar que se arrojase al patriarca desde la torre más alta de la población. Para aclarar conceptos, y que la gente se cuestionase muy mucho a quién brindar su apoyo en público.

Posteriormente, había llegado el dux Obelerio que ahora regía y que era proclive al mando de Pipino. El hijo de Carlomagno se había apoyado en él para intentar anexionar a su imperio el país véneta, pero eso no le hacía mucha gracia al pueblo, que se había revuelto contra los francos y contra su propio dux... que había optado por el exilio, ante la inminente situación.

Y la inminente situación era que Pipino había decidido conquistar por la fuerza a los vénetos. Quería su dinero, quería sus barcos, quería su exuberancia oriental... era un país que le atraía enormemente y estaba dispuesto a todo por dominarlo.

—Sabes que yo no tengo opinión, Leo —respondió Ioannes escuetamente.

—¡Pero, Marco! ¿Cómo no vas a tener opinión? Heraclea está a punto de ser invadida por el imperio de Carlomagno y tú estás tan tranquilo...

—¿Y qué quieres que haga yo, viejo?

—No te conozco, Marco... Nadie en el muelle te conoce. Llevas saliendo a faenar conmigo desde hace más de un año. Apareces, trabajas, llegamos a puerto, te doy tu parte y desapareces. Yo, y todo el mundo, nos preguntamos qué es lo que hace un joven de tan imponente figura perdiendo el tiempo con un viejo como yo en la pesca menor.

—Tan solo me dedico a hacer aquello para lo que he nacido... tan solo eso.

* * *

No hubo de pasar mucho tiempo para que la profecía del viejo pescador se hiciera realidad.

Los hombres de Pipino habían llegado a Heraclea. Y sus soldados francos destrozaban todo a su paso. Mataban, incendiaban, robaban, violaban.

Ioannes perdía su mirada por la ventana. Todas las ciudades colindantes o presentes en el Véneto terrestre estaban cayendo: Grado, Caorla, Fine, Jesolo... y por supuesto Heraclea, donde él se encontraba y que hacía las veces de capital del Véneto. Sus pensamientos se movían agitadamente. La verdad era que la invasión estaba siendo más rápida de lo esperado. Por eso él ya estaba dispuesto. Inhiesto frente a su ventana, se hallaba presto para el combate: armadura enfundada, espada ceñida y la capa cayendo sobre sus hombros. Entre sus manos sostenía el cofre. El cofre que debía proteger con su vida y para el cual, el ataque de los francos era una gran amenaza.

El caballero sabía que debía abandonar el anonimato bajo el que normalmente se refugiaba y salir a luchar. Debía proteger a la gente y debía proteger el cofre.

Suspiró. Dejó el arcón en la repisa de la ventana. Y con sus dos manos, tomó la capucha de la capa que caía a su espalda y la desplegó cubriendo con ella su testa... velando de nuevo su rostro.

Ioannes bajó las escaleras del inmueble. Los batientes de la puerta del edificio que abandonaba estaban destrozados y bailaban sobre los goznes. Fuera, todo era ruido, sangre, fuego y lágrimas.

Vio aglomeraciones de gente que se dirigía a los muelles. Todo el mundo quería huir hacia las islas más adentradas en las lagunas del Véneto: Burano, Torcello, Murano, o la región central de Rivoalto.

—¡Señor, por favor, ayuda! —le gritó una paisana que llevaba un bebé en sus manos—. ¡Vienen por mí!

Ioannes no pronunció palabra. Elevó su mirada y comprobó que cuatro soldados, entre la marabunta de escuadras del ejército imperial, parecía haberse encaprichado con aquella jovencita. Y ahora corrían hacia donde ella estaba.

—Sujetad este cofre y quedaos a mi espalda —dijo él con voz profunda sin siquiera mirar a la mujer.

—¡Es mejor que vayamos a refugiarnos! ¡Vámonos! ¡Vamos a un lugar seguro, os lo suplico!

El caballero movió su cabeza hacia la señora, cuyo hijo no paraba de llorar. Ella no podía distinguir sus ojos. Se podía ver, en su todavía adolescente mirada, que comenzaba a dudar si había acudido a la persona correcta en busca de auxilio. Aquella figura imponente despertaba tanta admiración como intranquilidad.

—Os aseguro, señora, que no existe en todo el mundo un lugar más seguro que éste... detrás de mi espalda.

Le dio el cofre, sabiendo que la mujer permanecería allí quieta con él.

Los soldados francos llegaron hasta ellos, y se detuvieron bruscamente.

—¡Apártate o muere! Solo queremos pasar un buen rato —dijo uno de ellos en su idioma.

Él no respondió nada. Tan solo desenvainó su espada.

—No seas idiota —bufó uno de ellos—. ¿Quieres morir por una campesina?

—Sois vosotros los que moriréis por ella —apuntó pausada la voz gutural que salió desde la capucha, en el mismo idioma en el que ellos hablaban.

—¡Quítate esa estúpida capa! ¡Queremos ver tu cara antes de matarte!

—¿Qué es esa águila de tu armadura? —preguntó otro de los francos—. ¿A quién representas, maldito pueblerino? ¿Y qué hay en ese cofre que le has dado a la mujer? ¿Llevas joyas?

Ioannes no se movió un ápice. Uno de los soldados, el más joven e impaciente, cargó contra él con rabia. Le lanzó una estocada de arriba hacia abajo, dirigida a la cabeza del encapuchado. Éste esperó a que la espada del franco comenzara a descender y fue entonces cuando se movió. Hizo avanzar tan solo uno de sus pies y sobre él dio una vuelta entera como si fuera un bailarín. Un bailarín bailando la danza de la muerte. Con ese movimiento, el inexperto franco quedó totalmente desconcertado a la retaguardia de Ioannes y tan solo golpeó el aire con su espada. El franco no sabía cómo pero, de repente, estaba espalda con espalda con el hombre que un minuto antes creía su presa. El encapuchado tan solo tuvo que mover hacia detrás el brazo que empuñaba su hoja y hundirla en el cuerpo de su enemigo.

Los otros tres soldados y la mujer con el niño quedaron atónitos. Ioannes permanecía inmóvil con la cabeza inclinada y con la capucha impidiendo distinguir sus gestos, sus rasgos... y su sonrisa de triunfo.

Los imperiales sabían que aquello no podía acabar ahí... Ioannes sabía que aquello no acabaría allí.

Todo ocurrió muy rápido. Los francos cruzaron unas fugaces miradas: los ánimos de unos compelieron a los otros y, sin mediar palabra, parecieron acordar atacar al unísono. Ioannes liberó su espada del cuerpo inerte del cuarto soldado y la alzó sujetándola con las dos manos. Fulgurante y vestida con sangre, aquella hoja se hacía temible. Pero ninguno de los atacantes osó reconocer su miedo y, sin dejarse arredrar, continuaron en su acometida.

En menos de un instante, los tres sucumbieron. La mujer que Ioannes protegía tan solo había sido capaz de distinguir los volatines de una capa blanca y fugaces destellos de una espada. Solo de una espada.

El caballero estaba dando la espalda a la mujer. Ella observó impávida los hombros de aquella figura moviéndose en relajada armonía con sus jadeos casi inaudibles.

—¿Hacia dónde os dirigíais, mujer? —preguntó él volviéndose con parsimonia.

—Yo... tan solo huía —apuntó ella todavía sin saber si podía fiarse de aquel personaje.

—Hemos de ir al puerto. Abandonar Heraclea.

—¡Pero no puedo dejar mi casa!

—Vuestra casa estará ya ardiendo. O venís conmigo o morís: esas son las opciones.

Y comenzó a caminar en dirección al puerto, arrebatando el cofre de las manos de la mujer. Ella le siguió. Y durante el trayecto, invitó a todos los que pudo a que lo acompañaran, de tal modo que Ioannes fue seguido al cabo de unos momentos por un largo séquito de paisanos de Heraclea.

Porque, efectivamente, su espalda era el lugar más seguro de toda la isla.

EL ATUENDO

Venecia, día del Vuelo de la Paloma

—Cuando alcanzamos a nado aquel cuerpo, vimos que estaba muerto —continuó relatando Giacomo.

—Entiendo —apuntó Riccardo.

—Lo llevamos a la orilla entre Dave y yo, para llamar a las autoridades locales y que se llevasen el cadáver para identificarlo. Pero cuando llegamos allí...

—El papa ya no estaba —adivinó el sacerdote.

—Y Richard y Fred estaban muertos, con sendos puñales a la espalda. Puñales ordinarios, sin ninguna particularidad: ni símbolos, ni huellas, ni nada.

—No me lo puedo creer...

—Sí... Imagine cómo estábamos Dave y yo. Nos habíamos alejado de nuestro protegido y...

—Solo cumplíais órdenes.

—Sí, sí, ya lo sé. Evidentemente no hemos tenido ningún problema para demostrar que tan solo cumplíamos nuestro deber. Suficientes problemas hay ya...

Riccardo negó con la cabeza y suspiró. Tomó su taza de café y apuró la bebida. Volvió a mirar a su amigo con actitud inquisitiva.

—Don Riccardo... Se preguntará por qué no le dijimos nada... —comenzó a decir el escolta con tono de disculpa.

—No digas tonterías —zanjó Riccardo—. Lo importante es que no visteis a nadie que se llevase al papa, ¿no?

—No... solo pensábamos en llegar hasta aquel hombre que creíamos en peligro de muerte.

—¿Y habéis contemplado la posibilidad de que ese hombre en el agua, no fuera más que un turista o un don nadie que el propio asesino mató y utilizó para desviar vuestra atención?

—Es una de las posibilidades que se barajan, desde luego.

Riccardo no se creía lo que estaba pasando... No sabía si revelarle a Giacomo Meazza lo del naipe. Aquel escolta, de unos cuarenta años, llevaba casi veinte ejerciendo la profesión. Primero fue agente de las fuerzas especiales italianas y después escolta. El sacerdote sabía que tenía muy buenos contactos en las autoridades italianas. Riccardo pensó que Giacomo podría ser una buena vía para deshacer el entuerto de su «robo» de la carta... Si se la diese a él, podría mover los hilos necesarios para que llegara a la Polizia y nadie preguntase de dónde había venido...

Pero todavía no quería dársela. Algo le decía que debía averiguar por su cuenta el

significado de aquella carta. Algo le hacía intuir que, si él no indagaba sobre su contenido, nadie de las autoridades lo haría...

—¿Se sabe ya la identidad del hombre ahogado? —inquirió tras sus cavilaciones.

—Un tal Sheppard... pero no se sabe mucho más. Hemos buscado información sobre él y era el típico historiador que quería pasar unos meses en Venecia. Hay mil como él. Pero ha tenido la mala suerte de...

—¿Y su familia?

—Una persona en Londres, creo... Se le avisó el mismo día en que desapareció el papa y se encontró su cuerpo. Evidentemente, no se le ha dicho nada de la posibilidad de que su hermano haya sido asesinado y utilizado como cebo para llegar al papa... Cuando se sepa la verdad, ya se pensará si se les dice algo a los allegados.

Riccardo sintió lástima por aquel hombre y su escasa familia. Triste muerte la suya. Rezaría por ellos...

—¿Pero por qué ocultasteis al público la desaparición del pontífice durante estos casi dos días? —volvió a preguntar.

—¿Qué íbamos a hacer? —Giacomo encogió sus hombros ostensiblemente—. No podíamos dejar que trascendiera. Habría sido el caos absoluto.

—¿El mismo caos absoluto que se ha producido después de que lo tiraran desde el Campanile o...?

—No me busque la boca, Don Riccardo... Usted sabe bien que no teníamos otra alternativa.

—Lo sé, Giacomo, lo sé... —admitió el sacerdote—. ¿Y durante este tiempo habéis podido averiguar algo más acerca del secuestro?

El enorme escolta se revolvió en su asiento, haciendo crujir la silla de un modo casi preocupante. Cruzó sus brazos y negó con la cabeza al mismo tiempo que apretaba los labios.

—Absolutamente nada. Ese hombre, si es que es solo uno quien está detrás de esto, es una maldita sombra.

—Supongo que, ahora, el máximo sospechoso es ese encapuchado extravagante del demonio... —apuntó Riccardo airado.

—¿A usted qué le parece? Después del numerito...

—Era una afirmación retórica, majadero.

—Evidentemente es el objetivo número uno. Pero sigue siendo un interrogante. Estoy al tanto de todo lo que se está haciendo: ya sabe que tengo muy buena relación con los altos cargos.

—¿Pero estás metido en la investigación? —se interesó Riccardo.

—Como una especie de asesor externo, podría decirse. Trabajé con muchos de los que están llevando el caso y como estuve involucrado en la investigación del secuestro, pues... Sí, voy a estar todo lo metido que pueda.

—Ya...

—Y por lo que ya sé, se han estado examinando todas las imágenes de cámaras televisivas y de particulares requisadas en las que aparecía ese hombre hoy en la plaza... En ninguna imagen se logra sacar nada concluyente. No se ve ni un rasgo de su rostro...

—Pero ¿no han logrado encontrar nada relevante? ¿No ha dejado ninguna huella? Estaría un tiempo preparando todo en el Campanile, digo yo...

Giacomo bufó y lanzó un suspiro de impotencia.

—Todo el personal del comité organizador que debía estar allí arriba, apareció inconsciente en lo alto de la torre, y sin recordar nada al despertar. Todo apunta a que inhalaban algún somnífero o...

—¿Y las huellas? ¡No me pareció que llevara guantes cuando presencié aquella desgracia!

—Efectivamente, no tenía guantes. Pero tampoco huellas dactilares...

—¿Qué? —exclamó Riccardo incrédulo.

—Tenemos registrado en los vídeos varios sitios que tocó con sus manos: barandillas, determinadas paredes del Campanile... ¡Y todo limpio!

—¿Pero ya lo han examinado? Si solo han pasado unas horas...

—Han matado al papa, Don Riccardo... Aquí no hay reserva de medios.

—Ya —admitió el sacerdote.

—En conclusión, la única posibilidad viable es que este tío no tenga... huellas dactilares. Así de claro.

—Dios mío... —susurró él.

—Pero bueno, algo sí se ha sacado de los vídeos. Nada que por ahora pueda darnos ninguna pista, pero sí que se ven cosas.

—¿Sí?

—Sí... de su atuendo. Sabemos lo que llevaba puesto.

—¡Fantástico! El asesinato más sonado del mundo desde el de JFK y solo se averigua lo que todo el mundo ya sabe: ¡que llevaba una maldita capa blanca!

—Bueno... —prosiguió apaciguador Giacomo—. Se entrevisté algo de su atuendo interior. Parece que llevaba una especie de armadura de cuero. Y todo es de buena manufactura. Manufactura antigua, quiero decir. Como si fuera... real.

—¿Insinúas que no era un disfraz? ¿Qué la armadura y la capa eran auténticas? ¿De hace siglos o algo así?

—Al menos eso parece. Pero hay más...

—Y ya no sé si quiero que me lo digas...

—Puede parecer una tontería, pero al menos es un dato... En el pecho, en esa especie de armadura que parecía llevar... había tallada un águila.

Riccardo se quedó lívido. Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda.

Introdujo su mano en el bolsillo y apretó fuertemente el naipe, como si quisiese impedir que escapase de allí. Tras unos segundos, consiguió volver a despegar sus labios.

—¿Un... un águila?

EL BAZAR

Istanbul

—*Buon giorno...*

—Hola...

—¿Zapatos, *shoes*?

Miles de preguntas llegaban a los oídos de María por parte de los innumerables comerciantes que encontraba a su paso. Al menos, se le acercaban con más amabilidad que los vendedores de los zocos tunecinos, pensó ella. Tenían hasta cierta gracia, aunque ella no estuviera en aquel momento para bromas.

—¿Quizá un bolso? —le preguntaba uno que llevaba siguiéndola un par de segundos—. Son auténticos —aseveró poniéndole en la cara un Carolina Herrera.

—Seguro... seguro que lo son, amigo —dijo ella, dirigiéndole una forzada sonrisa.

Continuó unos minutos girando indiferentemente en unas direcciones u otras. Aparte de sentirse completamente perdida, sabía que había fracasado en su misión de encontrar a la maldita anciana.

Fue entonces, cuando ya no sentía la urgencia de la persecución, cuando reparó en que no había pensado hasta entonces en lo que hubiese hecho de haber alcanzado a la vieja...

—Bueno, habría empezado por preguntarle qué significa esta puñetera carta... —musitó observando las frases absurdas del naípe.

Aprovechó para pasarse un pañuelo que llevaba por la frente. Tenía la camiseta empapada y los pantalones, aun siendo de lino, se le antojaban pesadísimos. Estaba allí de pie, en medio de una de las callejuelas del bazar, con la gente que iba y venía, rodeándola y apretujándola. Todo para contribuir a su sensación de asfixia.

—Señorita Ayarza —le dijo alguien en inglés con un acento turco que le sonaba casi familiar.

Ella se dio la vuelta y vio al mismo hombre de bigote y gran estómago que minutos antes le indicara por dónde había huido la anciana. Sintió un escalofrío al reparar en que aquel tipo la había llamado por su nombre. Pero mantuvo la compostura. Elevó su mentón, desafiante, y le miró directamente a los ojos.

—¿Quién es usted y por qué demonios sabe mi nombre?

—Acompáñeme —dijo, mientras le daba la espalda y se ponía a caminar entre el gentío.

De nuevo se presentaba la maldita disyuntiva entre el spa del hotel o seguir adentrándose en todo aquel embrollo de personas desconocidas, misterios y ojos

grises. «Ya que he llegado hasta aquí...», pensó María, mientras apretaba su paso.

El camino tras la espalda del misterioso comerciante turco fue acelerado y estuvo sembrado de miles de quejas mentales por parte de María.

—¡Ah! Señorita, si ha vuelto es que quiere comprarme un bolso, ¿verdad? —los pasos tras el desconocido les habían llevado a pasar de nuevo por delante del establecimiento del mismo comerciante con quien antes hablara María, y que aún sostenía un Carolina Herrera en la mano.

—Te equivocas, muchacho —le dijo María al joven vendedor, esforzándose por ser educada.

—¡Vamos! Son solo doscientos euros —dijo sujetándole del brazo, para fastidio de la bilbaína.

—De verdad, tengo que irme —respondió, sin perder de vista el hombre al que seguía y que no había hecho ademán de esperarla.

—¿Qué pasa? ¿El dinero lo tiene tu marido y tienes que consultarlo con él? —añadió el chico, con unas malas formas muy poco habituales en el resto de vendedores del bazar.

Para María aquello fue demasiado: seguía empapada de sudor, respiraba entrecortadamente por la incertidumbre de la situación y ahora venía aquel niñato... Se soltó violentamente de la mano del chico, le arrebató el falso Carolina Herrera y lo lanzó contra el mostrador de su establecimiento con todas sus fuerzas.

—¡No quiero tu bolso falso, imbécil! ¡Pagaría el doble de lo que pides por él para que me dejaras en paz de una vez!

El chico se quedó aturdido pero no dijo nada. El resto de personas cercanas que había presenciado el arrebato, tampoco abrieron la boca.

Y María volvió a acelerar el paso para no quedar a la zaga del misterioso hombre que conocía su nombre.

Aproximadamente un minuto después, el hombre se introdujo por una angosta bocacalle que no parecía existir hasta que se estaba delante de ella. María se detuvo ante la callejuela: no tendría más de metro y medio de anchura y conducía a unas escaleras por las que en ese momento subía su perseguido. Allí ya no había turistas ni comerciantes. A María, se le antojó tan solitario como peligroso. Aun así, y no sin antes bisbisear su enésima maldición, subió las escaleras.

Como pudo comprobar en escasos segundos, el estrecho camino llevaba hasta una especie de patio interior, también cubierto. Había varias puertas en un piso superior al que solo se podía acceder por unas escaleras de metal que había en uno de los rincones de la pequeña plaza.

Esta vez, el hombre sí había esperado a María y le invitó, sin abandonar su mutismo, a que lo siguiera por las escaleras.

María quiso preguntar a dónde se dirigían y, de hecho, abrió la boca para formular

la pregunta, pero las palabras no se atrevieron a abandonar su cuerpo. Así que tan solo siguió haciendo lo que hasta ahora había sido su patrón de comportamiento: dejarse llevar por los acontecimientos.

Subieron y el hombre caminó hasta una de las puertas, donde se detuvo. Golpeó con sus nudillos la hoja de madera de color verde botella, bastante desgastada.

La puerta se abrió, primero unos centímetros y después, tras un cruce de miradas entre anfitrión y visitante, por completo. El hombre miró a María y entró en la casa. La persona que había abierto la puerta llevaba la cara cubierta de negro y tenía los ojos grises.

A María aquello le pareció excesivo y esta vez sí que habló.

—Mire, si piensa que voy a seguirle ahí dentro y permanecer sumisa, se equivoca.

—Usted busca respuestas y nosotros podemos dárselas —apuntó escuetamente el hombre.

María le lanzó una mirada desafiante. Y entró.

La vieja de ojos grises cerró la puerta detrás de ella con urgencia y pronunció unas breves palabras en turco, aunque María no pudo entenderlas. Acto seguido, el hombre cambió por completo su actitud indiferente, y la sujetó con rudeza por los brazos.

—Debes aprender a no meterte donde no te llaman, zorra —le susurró al oído por la espalda.

María se sintió invadida por el temor y la adrenalina, y se revolvió como una fiera. Eso cogió por sorpresa al hombre y la joven logró desasirse de él. Se dio la vuelta y le propinó una fuerte patada en la boca del estómago que hizo que el hombre retrocediera unos metros encogiéndose de dolor.

Eso provocó cierto optimismo en María... hasta que notó que la vieja de ojos grises se abalanzaba sobre su espalda y le ponía en su rostro un pañuelo que desprendía un olor extraño.

De repente, todo se volvió borroso y, aunque ya nadie la sujetaba, ella no se sentía capaz de moverse o escapar.

Lo último que vio antes de desvanecerse, fue al hombre del bigote abultado acercarse a ella con ojos cargados de odio. No pudo hacer nada por detener el brutal puñetazo que le lanzó aquel tipo, haciéndola caer al suelo.

Después, todo se ensombreció y el negro reinó en su visión y en su pensamiento.

EL ENCUENTRO

Venecia, día del Vuelo de la Paloma

Riccardo llamó a todos los depósitos y clínicas forenses que conocía. Tampoco existían muchas posibilidades, y no tardó en dar con el que buscaba.

—Sí, de hecho su cuerpo sigue aquí —contestó la voz del forense al otro lado del teléfono.

—Quería saber si ha ido alguien a identificarlo o... —inquirió el sacerdote.

—Pues, aparte de las autoridades, claro, su hermano ha estado aquí hace un rato.

—Entiendo... ¿Y qué pertenencias llevaba encima?

Hubo una pausa después de la pregunta.

—Perdone, pero ¿quién es usted? —preguntó el médico.

Riccardo Loredan tragó saliva. Sus posibilidades eran pocas y no demasiado creíbles: un amigo de la familia, una de las personas asignadas al caso, un periodista...

—Pues mire: soy primo de la difunta madre del señor Sheppard —apuntó finalmente. Recordó que Giacomo Meazza le había dicho que tenía muy poca familia y apostó fuerte por que su madre hubiese fallecido—. La verdad es que no veo a los chicos desde la muerte de mi prima y quería estar con él porque estoy pasando unos días en Venecia y ahora que no puede abandonarse la isla...

—¡Ah! Sí, estoy al tanto de lo de su madre —el forense pareció convencido—. Pues mire, sé que había unas llaves de un apartamento posiblemente, también una cartera con poca historia y... un calendario o una carta del tarot o algo así.

—¿Un naípe?

—Sí, podría decirse.

—Con un águila grabada —añadió el sacerdote con el labio tembloroso.

—¡Sí! Eso es. ¿Cómo lo ha sabido?

—Una costumbre heredada de su madre... Una superstición —dijo el sacerdote con agilidad.

—Entiendo.

—Y no recordará exactamente la dirección donde vivía mi sobrino, ¿verdad? —se aventuró Riccardo.

Otra nueva pausa. El sacerdote hubiese cruzado los dedos si no pensase que era una estupidez hacerlo.

—Precisamente aquí tengo una apuntada —contestó el forense que había hecho un alto en la conversación para buscar la información y no porque volviese a tener dudas sobre la indiscreción de su interlocutor.

—Se lo agradezco —apuntó Riccardo con sinceridad—. Dígamela, por favor...

* * *

El sacerdote caminaba con urgencia hacia la dirección que le habían dado. ¡Había otro naípe! Necesitaba averiguar qué era lo que decía si es que, como el suyo, también tenía unas letras manuscritas. Y, sobre todo, ver si con las dos cartas podía sacarse algo en claro. Quizá una fuera la clave para entender la otra...

Llegó a la dirección. Vio que el portal que buscaba estaba al final de la calle. Buscó el nombre de Sheppard y justo cuando estaba a punto de tocar el timbre, observó que la puerta estaba abierta. Entró y subió por las escaleras de madera, haciéndolas crujir a cada peldaño que ascendía.

* * *

John Sheppard escuchó las pisadas de alguien que se acercaba al piso de su hermano. Podría ser Marco, pero lo dudaba.

No veía ninguna razón para ponerse nervioso... Pero se puso nervioso. Aquel escenario y la circunstancia de encontrarse en el último lugar en que había residido su hermano muerto, le invitaban a tener los nervios a flor de piel.

Buscó a su alrededor para ver si podía encontrar algo con lo que defenderse. «Joder, pero qué estoy haciendo», pensó para sus adentros. Al final se decidió por un grueso libro de tapa dura que suponía que algún perjuicio causaría si lo lanzaba con la debida fuerza hacia su objetivo.

De repente, los pasos que escuchaba al otro lado de la puerta se frenaron. La hoja se deslizó sobre sus goznes chirriando levemente y un hombre de unos cincuenta años, de poca estatura pero de fuerte complexión, apareció bajo el marco de la puerta. Llevaba *clergyman*, con chaqueta y pantalón, y la camisa de cuello mao para mostrar un alzacuellos.

—¿Señor Sheppard? —preguntó el hombre.

—Eso es un disfraz o realmente...

—Segunda vez en el mismo día —suspiró el sacerdote—. Fantástico.

John permanecía con el enorme libro aún en su mano ligeramente levantada y presta para cualquier actuación heroica.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Puede dejar ese libro sobre la mesa —le invitó Riccardo mientras entraba en el piso y se quitaba la chaqueta—. Se me ocurre que su autor perseguía para su obra otra finalidad distinta que la que usted prevé darle.

John depositó el libro sobre la mesa. Pero permaneció mirando a aquel sacerdote,

sin decir nada.

—¡Por el amor de Dios, no tiene de qué preocuparse! —dijo Riccardo viendo que John Sheppard mantenía su actitud defensiva—. Usted mide casi dos metros y está hecho un armario, ¿qué opina que podría hacer yo contra usted?

El cura dejó su chaqueta colgada en el respaldo de una de las sillas y se acercó a John con la mano tendida.

—Soy Riccardo Loredan, sacerdote.

—John Sheppard —respondió él, estrechándole la mano.

De pronto, el teléfono volvió a sonar. John suspiró con fastidio.

—No va a cogerlo... —supuso el sacerdote.

—No tengo ánimo, la verdad.

—¿Quiere que...? —dijo él, señalándose a sí mismo.

—Por favor —apuntó John elevando su mano en dirección al teléfono.

Riccardo se dirigió hacia el aparato y tomó el auricular.

—¿Sí?... Así es... —respondía el cura con desinterés a las preguntas de su interlocutor—. Eso no es posible, señorita, porque el señor Sheppard ha fallecido. Pero ¿quién es usted?... Pues me temo que tendrá que arreglarlo con el casero y no tengo ni idea de quién es. De acuerdo, gracias.

Y colgó.

—De la compañía eléctrica. Tu hermano debía haber dejado impagadas algunas facturas... —le informó Riccardo con indiferencia. Había decidido apartar el trato de usted para mostrar cercanía.

—Gracias —apuntó John alicaído. Dio unos pasos sin rumbo por el piso y se volvió hacia el cura—. ¿Qué te ha traído al piso de mi hermano? ¿Le conocías?

—No. Y lo primero que quiero hacer es darte mi más sincero pésame. ¿Eras tú toda su familia?

—Así es.

—Vaya... me he acordado en mis oraciones de ti y de tu hermano —le reconoció.

—Eso a mí no me dice mucho, pero te lo agradezco —dijo John con sinceridad—. Si no le conociste, ¿por qué has venido?

El sacerdote, antes de responder, sacó el naipe de su bolsillo y se lo mostró a John.

—Porque suponía que sería aquí donde te encontraría.

* * *

Sacerdote y laico, una vez vencidas las barreras iniciales, departían sentados en dos de las viejas sillas que encontraron en el propio piso de John. Por recomendación expresa de Riccardo, habían abierto las ventanas que daban al canal para airear el

piso. «Huele a cerrado, dejemos que entre un poco de aire y de vida», había sugerido.

También había sido Riccardo quien había encontrado dos vasos de plástico y abierto una vieja botella de vino barato que había en una alacena.

El sacerdote buscaba que su interlocutor estuviera lo más a gusto posible para que escuchara lo que le tenía que decir: algo de lo más desagradable.

—Esta otra carta demuestra una cosa —soltó John tras el periodo de silencio que se había impuesto mientras el sacerdote preparaba el contexto de las ventanas, las sillas y el vino—. Que mi hermano no resbaló.

Después de todo, pensó Riccardo, no tuvo que ser él quien lo dijera en voz alta.

—Exacto —apuntó escuetamente.

—El hecho de que en la muerte del papa hubiese un naípe y en la de mi hermano, otro... quiere decir que también Dave ha sido asesinado —se lamentó John levantándose de la silla y acudiendo al pequeño balcón como si la idea le ahogase.

—Sí, hijo mío —le compadeció Riccardo.

Y el sacerdote le contó la historia de Giacomo. Cómo el papa salió aquella mañana a caminar. Cómo el equipo de escolta del pontífice había sido engañado. Cómo Pedro II había sucumbido por pensar que debía ayudar a alguien en apuros. Y cómo había sido secuestrado.

No necesitó contarle cómo había muerto. Eso lo sabían casi todas las personas que había sobre la faz de la Tierra, posiblemente.

—Es decir, que mi hermano fue un cebo. Un desafortunado cebo humano.

—Eso parece.

—¿Por qué razón dejaron unos naipes? —se preguntó mientras negaba con la cabeza.

—No lo sé...

John no podía creerlo. Llevaba varios días sin dormir. Había llegado aquella misma mañana. Había tenido que entrar furtivamente en la ciudad en la que se había cometido el más grave asesinato del siglo. Y después de tener que identificar a su hermano muerto, averiguaba ahora por medio de un sacerdote que había robado una evidencia de la escena del crimen que... la muerte de su hermano y la de uno de los papas más prometedores de la Historia, Pedro II, estaban relacionadas.

Riccardo se levantó y posó una mano sobre el hombro de John. Su rudo carácter se veía en ocasiones vencido por la desbordante compasión que tenía por las personas.

—¡Pero mi hermano! Él no tenía nada que ver con... nada ni con nadie.

—Lo sé —admitió Riccardo apenado.

—Era una persona solitaria, pero inofensiva. Siempre se había dedicado a sus papeles y a sus libros. Por lo que he visto en el piso, estaba estudiando la historia de Venecia.

—Sí, ya me he fijado —apuntó el sacerdote, volviendo su cabeza para pasear la mirada por la vivienda.

—Estaba pasando un tiempo aquí. Sé que solía hacerlo entre excavación y excavación: estar una temporada en alguna ciudad cuya historia le interesase. Y ésta seguro que le interesaba. Como a mi padre...

Hubo un silencio.

—Era arqueólogo —aclaró John al ver desconcierto en el rostro del sacerdote—. Ambos lo eran: mi padre y Dave, quiero decir.

—Entiendo.

—En definitiva, era una persona normal y corriente ¡disfrutando a su manera de unos días en Venecia! ¿Por qué él?

—Momento y lugar equivocados —apuntó el sacerdote comprimiendo sus labios.

—Ya lo supongo... Pero ¿por qué tienen que ocurrir estas cosas a gente inocente? Seguro que su religión tiene alguna explicación para esto. ¿No lo tiene para todo? ¿Por qué Dios lo permite? —apuntó inquisitivo elevando su voz.

—La gente inocente no tiene por qué estar a salvo de la gente culpable —aclaró el sacerdote que no se dio por ofendido por el tono usado por John—. Se supone que Dios nos ha dado inteligencia y voluntad: es lo que hace grande al hombre. Grande y libre. Somos libres para decidir nuestros actos. Nos ha hecho libres incluso en nuestra relación con Él: podemos elegir amarle, podemos elegir ignorarle... incluso podemos elegir odiarle. Sin el libre albedrío, no seríamos hijos suyos, sino sus esclavos. Y el hecho de que seamos libres, provoca que un demente como este asesino —señaló enérgicamente esta última palabra— pueda «elegir». Y él ha elegido actuar mal... matar. Contra eso, Dios no puede hacer nada.

Se produjo otro pequeño silencio. Éste más incómodo. Ambos apuraron sus vasos y ambos maldijeron el gusto por el vino del difunto Dave Sheppard.

—Lo siento —dijo finalmente Riccardo—. Siento mucho lo de tu hermano.

—Bueno, no te preocupes. Llevábamos miles de años sin hablar. Nunca congeniamos, supongo.

—Lamento oír eso.

—Es lo que hay...

—Por cierto —cambió de tema Riccardo—, una materia interesante la de la historia de Venecia: yo mismo hice el doctorado de la carrera de Historia sobre esta ciudad. Mi ciudad natal.

—¿Pero vosotros no tenéis que estudiar Teología para llevar ese atuendo? —apuntó con sorna John, rompiendo un poco el clima trágico que había adoptado la conversación.

—También la estudié, claro. Pero no siempre fui sacerdote, por el contrario de lo que todo el mundo piensa cuando ve un alzacuellos. Antes de entrever mi vocación

había estudiado Historia. Quería ser profesor...

—Supongo que los caminos del Señor son misteriosos —sonrió John.

—Supongo...

John volvió a sentarse en la silla, abandonando el balcón donde había permanecido durante toda la conversación.

—Bueno, yo también te tengo que dar el pésame, según creo —dijo John.

—¿Perdón? —se extrañó Riccardo.

—Bueno... han matado a tu jefe, ¿no?

—Lo dices por Pedro II.

—Claro.

—Mi jefe... —bufó Riccardo—. Era un gran hombre, ¿sabes? Estaba llamado a ser un gran papa.

—Se decía que era quien conseguiría por fin intermediar con éxito entre israelíes y palestinos —apuntó John.

—Sí, era un gran diplomático. Las reuniones que iban a mantener aquí eran de mucha importancia, pero...

—Ya no tiene remedio.

—No, no lo tiene.

—Y ahora esta locura de averiguar quién es el asesino... ¿No deberíamos llevar estos naipes a la policía ahora que sabemos que están relacionados?

—Sí, tengo un contacto que está metido en la investigación y que puede hacer llegar en cualquier momento las cartas a la autoridad... sin involucrarnos a nosotros.

—Entonces, vamos a dárselas.

—Bueno... —el sacerdote ladeó sus labios.

—¿Qué ocurre?

—El tema es que mi propio contacto, Giacomo Meazza, me ha reconocido que ahora mismo hay un enorme revuelo para intentar calmar a la gente y para controlar las entradas y, sobre todo, las salidas de la isla. Me ha confesado que están sobrepasados y que hay escasez de medios.

—¿Y qué?

—Pues que si les hubiese llegado a entregar este naipe desde el principio, sé que lo habrían pasado por alto. Habrían pensado que se trataba de una carta absurda de, no sé, cualquier cosa...

—Del tarot, por ejemplo. Como pensé yo.

—Por ejemplo. Y gracias a haber seguido mi instinto, hemos descubierto que existía otra carta y que, por tanto, están relacionadas. El asesino quiere decir algo a través de ellas. Una vez que lo averigüemos, podremos dárselas a la policía indicándoles un punto de partida.

—Porque de otro modo, ahora no podrían ponerse a investigarlo... —acabó John

el razonamiento.

—Eso es.

—No me convence.

—A mi madre tampoco —reconoció Riccardo por lo bajo.

—¿Perdón?

—Es igual.

—Bueno... me convenza o no, creo que no hay vuelta atrás. Así que estoy contigo: hay que averiguar lo que significan estas cartas. Pero yo nunca he sido bueno con los jeroglíficos y cosas de ese estilo...

—¿Seguro que quieres inmiscuirte en esto? Puedo quedarme yo las cartas y apartarte a ti la responsabilidad —se ofreció el sacerdote.

—No. Alguien me ha inmiscuido ya. Han matado a mi hermano sin ningún motivo y quiero saber de qué va todo esto.

—Bueno, tranquilo. Tú vete a descansar. Según dices, llevas varios días sin dormir. Dame tu número de teléfono y mañana, ya descansado, decides si quieres seguir adelante o no... Egoístamente, reconozco que no me vendría mal alguien con quien compartir esto...

—No cambiaré mi decisión. Llámame mañana. Me alojo en la Residenza Cannaregio. Además... —John se encogió de hombros y esbozo una sonrisa— con Venecia cerrada, supongo que tampoco tengo nada mejor que hacer, ¿no?

EL ANTÍDOTO DE LA CIUDAD

Istanbul

Abrió los ojos. Resplandores escarlatas y ondulantes vestían columnas de imperios perdidos. Cerró los ojos. Su cabeza se vio invadida de nuevo con temores, agobios, persecuciones y violencia... «No me gusta», pensó María con su mente todavía abotargada. Volvió a abrir los párpados.

El resto de sus sentidos acompañó en esta ocasión al de la vista. Notó que su cuerpo cansado yacía en un respaldo duro. Sintió también un punzante dolor en el pómulo, fruto del puñetazo que creía haber recibido antes de entregarse al sueño. Percibió la humedad que embriagaba el ambiente y un leve balanceo que confundía su sentido del equilibrio.

María observó que su primera visión, por extraña que le hubiese parecido, no había sido fruto de la imaginación: cientos de columnas sostenían la extraña estancia en la que se encontraba y unas luces púrpuras en las bases de las pilastras conferían a la escena un aire melancólico.

Su atención fue captada por un cuerpo extraño a escasos metros de ella. Una larga capa blanca cubría las anchas espaldas de un hombre encapuchado que llevaba un remo en la mano. Comprendió entonces que estaba en una barca y que aquel tipo la tenía raptada...

La joven bilbaína se incorporó haciendo uso de las fuerzas inyectadas por la adrenalina. El hombre no le prestó atención y siguió remando. Miró a su alrededor y lo comprendió todo. Estaba en la Cisterna de Yerebatan... Era la más grande de las sesenta cisternas que existían en la ciudad. Ese inmenso espacio subterráneo conformado por cientos de columnas traídas de distintos lugares del mundo, se había construido en el siglo VI para almacenar agua dulce dentro de las murallas de la ciudad, y así contrarrestar los asedios que Constantinopla sufriría a lo largo de su historia.

El agua dulce que usaron los habitantes diariamente se llevaba a la ciudad desde los bosques de Belgrado a través del acueducto de Valente, pero los enemigos de Constantinopla, envenenaban a veces el agua arrojando sustancias nocivas en los canales del acueducto. Así, el agua limpia almacenada en las cisternas era entonces la vía de salvación de la ciudad.

Y entonces, María recordó las extrañas palabras del naipe que la vieja de ojos grises introdujera en su bolsillo en Santa Sofía.

—El antídoto contra el envenenamiento de la ciudad —bisbiseó.

El hombre de la capa blanca detuvo el movimiento de su remo. La barca fue

reduciendo su velocidad hasta quedar al pareo.

—Exacto, mujer —pronunció una voz grave.

Ella, como casi siempre que se sentía amenazada, respondió con gallardía y logró levantarse sobre la superficie de la barca, para ponerse a casi la misma altura que la fantasmagórica figura.

—¿Quién eres? ¿Qué queréis de mí? —le preguntó con una entereza poco creíble.

—Soy aquel al que llevas tanto tiempo buscando.

María sintió un escalofrío.

—No te entiendo. Es... —musitó.

Entonces el hombre se dio la vuelta. Visto de frente era aun más majestuoso: su estatura y gran corpulencia, sus facciones ocultas en la negrura de la capucha, y esa especie de halo sobrenatural que rezumaba...

—¿Imposible? —preguntó casi con ironía.

—Pero... —María estaba muerta de miedo—. No puede ser... —las preguntas se agolpaban en su cabeza—. ¿Qué hay debajo de la tumba de Enrico Dandolo, en Santa Sofía?

—No te interesa saberlo, mujer.

—¿Por qué estoy aquí? —siguió interrogando María.

—Porque has llegado a molestarme, cosa que muy pocos han conseguido a lo largo de la Historia.

El hombre extendió su brazo como mostrando la basta extensión en la que se encontraban.

—Mira a tu alrededor, mujer. Te hemos traído aquí porque aquí es donde se hallan algunas de las respuestas. Porque desde aquí puedo llegar a los puntos cardinales de la ciudad. Porque este lugar me recuerda que yo también soy el antídoto al veneno que ha intentado hacer fracasar mi misión durante siglos. Porque este espacio —señaló el agua sutilmente—, me recuerda a mi República...

María enarcó las cejas.

—Venecia... —concluyó con voz tenue.

—Estoy cansado —apuntó él—. Cansado de defender mi misión, de huir, de luchar... de matar. Estoy cansado de gente como tú. Pero esta vez va a ser la definitiva. Voy a acabar con todos los que me suponéis una amenaza...

—Pero... ¿cuál es tu misión? —se atrevió a preguntar María, haciendo que su curiosidad venciera al miedo.

Él hizo a un lado su immaculada capa blanca, dejando ver una especie de armadura de cuero que llevaba grabada un águila. Llevó su mano derecha a la empuñadura que sobresalía de su cinturón y desenvainó una fina hoja de acero que brilló incluso en aquella penumbra. Inclino su cabeza y su voz grave inundó la estancia.

—Mi misión es matarte.

LA RÍA

Bilbao, veinte años atrás

—¡María! —le gritó su padre por enésima vez aquella mañana.

—¿Qué? —contestó ella con impaciencia.

—Te he dicho que cojas el remo con las dos manos y te estés sentada y quietecita. No muevas todo el cuerpo porque nos harás volcar.

María Ayarza no podía entender cómo ella, con tan solo catorce años, podría hacer volcar una barca en la que iban su fornido padre y uno de sus hermanos mayores.

Toda su familia había estado siempre enamorada del mar. Tenían un pequeño velero y una lancha, pero hoy su padre había decidido tomar una de las viejas barcas de madera que le guardaban en el Club Marítimo del Abra, para que su hija se acostumbrara a lidiar con el mar a fuerza y maña de brazos, sin la ayuda del viento o de ningún motor. «Es así como se siente el mar... y como se llega a conocerlo de verdad», solía decir.

Con lo que allí estaba María. Hastiada. Coger el pesado remo no le divertía lo más mínimo. Y eso que iban con Quique, su hermano, que siempre velaba por ella y la hacía reír constantemente.

—Papá, no seas tan exigente con ella —dijo precisamente su hermano—. Es la segunda vez en su vida que coge estos remos.

—¡A mí me gusta más el velero! —añadió ella, para demostrar su malestar.

Su padre explotó en una carcajada y la miró con ternura. Era imposible resistirse a esos ojazos, por mucho enfado que mostraran.

—¡No te rías de mí! —protestó María—. ¿Crees que no soy capaz de remar como vosotros?

Y, tras introducir de nuevo el pesado remo en el agua, se puso a bregar con toda su alma, haciendo que la embarcación volviera a zarandearse.

Entonces, a las carcajadas de su padre, se unieron también las de su hermano.

—¡Mi preciosa vikinga! —bufó su padre—. Eres tan terca como tu madre.

—¡Si al final vas a hacernos volcar de verdad! —añadió Quique.

—¿Pero cómo voy a poder volcar una barca con tres personas? ¡Es imposible! —protestó María.

—¿Crees que exageramos o qué? Volcar es más fácil de lo que piensas —le explicó su hermano.

—¡Y una leche!

—¡Esa boca! —le advirtió su padre que todavía se preguntaba de dónde había

heredado aquel carácter su hija.

—Perdón...

Entonces Quique se volvió a su padre y pareció proponerle algo con la mirada. Su padre, por toda contestación, miró al cielo y después metió la mano en el agua.

—La verdad es que está a buena temperatura —dijo casi por lo bajo.

—Y sería una buena lección, sobre lo que esta señorita debe aprender acerca del mar —añadió su hijo.

María les miraba a ambos extrañada. Quique se volvió hacia ella.

—Solo dos movimientos son necesarios, María. Solo dos movimientos.

Y su hermano, sin previo aviso, apoyó uno de sus pies en la baranda de estribor, haciendo que la embarcación se inclinara.

—Uno... —dijo su hermano. Y después, aprovechando el movimiento de la barca al recuperar su posición, apoyó todo su peso en el extremo de babor—. ¡Y dos...! —gritó.

Y la embarcación volcó, para regocijo de su padre y de su hermano. Y para hastío de María.

Cuando salieron a superficie, los dos hombres todavía reían, y María, haciéndose la airada, les miró desafiante.

—¿Estáis locos o qué? Ahora vamos a estar con la ropa empapada hasta volver a casa...

—Eras tú la que no nos creías, hija mía —dijo su padre, que ya se acercaba hacia la barca para sujetarla y que sus hijos pudieran subir de nuevo.

Pero ella era lo suficientemente orgullosa como para no volver a embarcar. Estaban solo a trescientos metros de la playa y era una gran nadadora, como todos en la familia. Así que decidió rehusar altivamente a volver con su padre y su hermano y se puso a brucear hasta la orilla después de descalzarse y arrojar sus zapatillas a Quique, que las esquivó cómicamente.

Mientras se alejaba nadando, su hermano le miraba con media sonrisa.

—¡Solo dos movimientos son necesarios, María! ¡Solo dos...! —oyó que le gritaba a su espalda.

LA HUIDA

Istanbul

«Solo dos movimientos», se dijo a sí misma María, que permanecía de pie en la embarcación, a demasiada poca distancia de la hoja de aquel hombre.

No tenía otra opción. Si no hacía nada, moriría. Por otro lado, pensó que también acabaría igual si lo intentaba, porque no tenía ni la más remota idea de cómo escapar de allí después.

Aun así, lo hizo. Con rapidez, llevó uno de sus pies a un lado de la barca y después al otro. La embarcación volcó. Ella cayó al agua. Cubría muy poco. Podía ponerse de pie. Y así lo hizo. Con urgencia, intentó alejarse de la nave y se quitó el pelo de la cara para poder avistar a su enemigo.

Pero no le veía por ninguna parte. «¿Pero dónde?», musitó. Y al elevar la mirada, lo vio. Inhiesto y absolutamente seco, apoyado en la base de una de las columnas que quedaba a dos metros de la barca. La miraba fijamente. O al menos eso creía adivinar María, que decidió no gastar ni un segundo en intentar averiguar cómo había llegado ese hombre hasta allí. Así que se dispuso a avanzar hasta la pasarela de madera más cercana, sin saber si nadar o proseguir caminando por el agua.

La confusión la envolvía. Avanzaba a lo loco, con el agua salpicando por todas partes y sin saber qué hacía su perseguidor. Tan solo pensaba en trepar por la pasarela que ya le quedaba a dos metros. Y lo logró.

Pero un grito desgarrador que inundó la sala ancestral, la detuvo en seco.

—¡Mujer! —vociferó el caballero.

Ella se sintió compelida a girarse. Y al hacerlo, resbaló por el verdín que cubría el suelo en aquel punto por el que María había ascendido... Eso le salvó la vida.

Un brillo intermitente, como el de una estrella fugaz, recorrió a una velocidad inhumana la distancia que separaba al asesino de su presa. La enorme espada del caballero pareció silbar a escasos centímetros de la cabeza de la bilbaína y se clavó en la barandilla de madera que tenía tras de sí.

Después, hubo unos segundos de silencio. María temblaba de tal modo que a duras penas podía levantar su cuerpo magullado. Su ropa empapada se le antojaba tan pesada como una armadura de hierro. El asesino no hizo nada más. Tan solo permaneció incólume en la pilastra, observando a su víctima.

María Ayarza sacó fuerzas de flaqueza y corrió velozmente por toda la pasarela hasta al pasillo central y de ahí hasta las escaleras que conducían a la superficie. Rogaba a todos los santos que la puerta principal, normalmente destinada a los turistas, estuviese abierta. Sabía que aquel día de la semana, martes, estaba cerrada al

público y por eso aquel maníaco le había podido montar el numerito.

Pero estaba abierta. Y una señora totalmente tapada y de ojos grises estaba haciendo guardia en ella. La supuesta anciana pareció totalmente descolocada al ver subir a María como una exhalación, empapada, con la mirada cargada de desesperación... y sujetando como si fuera un arma letal un cenicero metálico en su mano derecha.

Un cenicero que, un segundo después, impactaría brutalmente en la cabeza de la guardiana, permitiendo que María tuviera vía libre en su salida.

Salió a la calle. Atardecía. Echó a correr hacia su izquierda, dirigiéndose a la calle Alemdar, que recorrió hasta llegar a Soguk Çesme, en las faldas del Palacio de Topkapi. Allí dobló la esquina y apoyó su espalda contra la pared para descansar, consciente de ser objeto de todas las miradas curiosas de paisanos y turistas, por su ropa empapada y aspecto desaliñado.

Fue entonces cuando reparó en que había alguien más que la observaba. A unos cuarenta metros de donde se hallaba, un hombre sobre una moto Honda de color negro, parecía fijarse en ella a través de la opaca visera de su casco. Al principio, pensó en que se estaba obsesionando... pero cuando el anónimo motorista alzó su mano para mostrarle desde lejos la pistola que sostenía, cambió de opinión. Y se dispuso a correr de nuevo como alma que lleva el diablo.

Subió corriendo como pudo hasta llegar a Ebussuut Caddesi. La vio tan concurrida que decidió seguir por ella. Escuchó los acelerones de la Honda. El motorista cada vez estaba más cerca. María suponía que no la habría atacado todavía precisamente por la algarabía de la calle. Pero anochecería en un rato. Y la joven sabía que las sombras de la noche turca podían ser buenas cómplices de la muerte.

Fue por ello por lo que hizo lo que hizo. Porque de otro modo, quiso pensar ella, jamás se habría atrevido...

Vio cómo un imberbe repartidor se desmontaba de una vieja moto *scooter* de 125 centímetros cúbicos, que había visto tiempos mucho mejores. En un alarde de ingenuidad o de profundo desinterés por su vehículo, el chico había dejado la motocicleta con las llaves puestas, mientras entregaba una cesta de mimbre al hombre que regía un establecimiento a dos metros de donde había aparcado.

Y María dudó... miró hacia detrás y vio la Honda a demasiada poca distancia, avanzando lentamente, y acechándola. Después, dirigió su mirada al frente y observó cómo el muchacho reía por alguna ocurrencia soltada por el hombre al que acababa de entregar la cesta de mimbre. Por último, miró la moto: sucia, vieja, destartalada y con una especie de cesta metálica atada en la parte de atrás a modo de maletero. No le habría extrañado a María que aquella jaula hubiese contenido un par de gallinas vivas o cientos de barras de pan.

Aquella era su única vía de plantar cara a la persecución de la Honda.

Así que, en un alarde de inconsciencia, echó a correr en dirección a la maltrecha motocicleta y, después de arrancarla con una agilidad pasmosa, aceleró al máximo para desconcierto del conductor de la Honda, del muchacho al que acababan de robar... y de todo el mundo que había podido ver cómo una bella joven desaliñada había llevado a cabo la actuación del día.

María fue sorteando los vehículos de la calle, rogando a todos los santos que su moto no se despedazara en cualquier momento. Se sentía muy cansada y estaba calada por la mezcla de sudor y del agua de la cisterna. Pero al sentir la brisa en la cara, le invadió cierta sensación de triunfo. Una sensación que desapareció por completo cuando escuchó el potente acelerón de la Honda a sus espaldas.

La joven echó una ojeada hacia detrás, puesto que en su vehículo no había nada que se pareciera a un retrovisor y observó la preocupante cercanía de quien le perseguía. «Cabronazo», pronunció María, dejando que sus palabras se perdieran en el viento.

Volvió a centrarse en la carretera. Poco más adelante, había un cruce donde habría de detenerse, ya que cientos de vehículos lo atravesaban de izquierda a derecha a una velocidad vertiginosa. ¿Esa maldita luz roja del semáforo iba a ser el final de su huida? La Honda rugía a sus espaldas. María se quedaba sin opciones. Apretó con fuerza el manillar de su scooter hasta emblanquecer sus nudillos. Suspiró... Y giró el acelerador hasta el máximo, dirigiéndose hacia el suicidio de aquella intersección atestada de coches.

Su perseguidor pareció vacilar. Al menos, eso quiso pensar María. Le quedaban escasos diez metros para ser arrollada por los miles de vehículos del cruce. La gente en la calle comenzó a dirigir su atención hacia aquella destartalada motocicleta que se abocaba a una muerte segura. Pero María no pensaba en nada más que en conducir. Siguió acelerando mientras todas y cada una de las piezas de su vehículo se quejaban, amenazando con abandonar su puesto.

Y llegó al cruce. Se introdujo en la marea de la circulación y, después de frenar arriesgadamente su motocicleta, inclinó todo su peso hacia la derecha, posando el pie en el cemento y haciendo que el vehículo virara. Los sonidos de los chirriantes frenos de los coches y de los neumáticos friccionando con el suelo invadieron la calle. Después, se escucharon varios impactos entre carrocerías. Pero María, por el momento, había salido ilesa. A continuación, volvió a revolucionar al máximo el pequeño y viejo motor para desaparecer por la intersección de la calle Ankara, dejando a sus espaldas miles de bocinazos e imprecaciones... y a un motorista armado boquiabierto.

María Ayarza sintió ganas de gritar para celebrar su hazaña. Avanzaba como una exhalación entre los coches, dirigiéndose hacia el mar: hacia el Cuerno de Oro. Allí, carreteras generales circunvalaban las antiguas murallas de la ciudad, con lo que

pensaba que sería más sencillo desaparecer entre la circulación. Ya era noche cerrada y ella sería una lucecita más en la carretera.

Pero de nuevo, los seiscientos centímetros cúbicos de la Honda le fueron útiles a su perseguidor para colocarse a la zaga de María.

Ella miró hacia detrás y maldijo por lo bajo. El hombre enfundado en un traje de cuero negro alzó su brazo en dirección a María. Le apuntaba con la pistola. La joven bilbaína volvió a dirigir su atención hacia el frente e intentó zigzaguear entre los coches para dificultar que el motorista afinara su puntería. Pensó en que quizá fuera solo un farol. ¿Realmente iba a disparar en mitad de la calle? Aunque, por otro lado, era noche cerrada y nadie podría reconocer a aquel tipo con el casco. No sabía qué pensar...

Pronto se le aclaró la duda. En concreto, cuando la ventana de uno de los coches aparcados sobre la acera explotó muy cerca de ella.

—¡Joder! ¡Están locos! —gritó con desesperación—. ¡Perfecto, perfecto!

Más aceleraciones, más rugidos de motor, más zigzagueos entre coches. María entendió que era imposible escapar. Iba a morir.

Otro disparo. Y esta vez más cercano a su objetivo: la especie de jaula que llevaba en la parte de atrás de la moto, saltó por los aires, cayendo a la carretera. Eso, al menos, logró frenar a la Honda en su persecución al tener que sortearla.

María se agazapaba todo lo que podía, casi perdiendo la visibilidad de su dirección. Por fin llegó al ramal del puerto. Muchos barcos reposaban en la ribera. Varios coches embarcaban en un trasbordador que les llevaría a la otra orilla. María contempló la opción de colarse en el ferri: era cierto que por carretera no tendría ninguna posibilidad de escapar, pero aquello ya le parecía un callejón sin salida.

Así que continuó por su izquierda dirigiéndose hacia el puente de Gálata. Miró hacia detrás y observó cómo aparecía la Honda desde las entrañas de la ciudad como un rayo. La gran motocicleta, inclinándose hasta casi rozar con el suelo, tomó una curva perfecta que la colocó a escasos metros de María.

Tomaron el puente. Por la noche, solía estar lleno de personas pescando y charlando: María pensó que eso coartaría a su perseguidor. Pero un nuevo estallido rompió el aire, indicando a María que volvía a equivocarse. Y un agudo dolor en su muslo derecho comenzó a reclamar su atención. Miró su pierna y la vio levemente ensangrentada. La bala tan solo la había acariciado, provocando una fuerte rozadura en la parte exterior de su muslo.

Tenía que hacer algo. No podía esperar más fallos por parte del tirador al que, por otro lado, cada vez tenía más cerca. Reparó en que la pantalla que estaba fijada en el manillar de su moto, como parabrisas, vibraba violentamente: estaba casi suelta. Miró hacia detrás y después hacia su derecha: estaba cruzando el Cuerno de Oro y al fondo veía su desembocadura en el estrecho del Bósforo. «Qué demonios... no es peor

alternativa que morir», pensó para sus adentros.

Y soltó la mano izquierda del manillar para llevarla al pequeño parabrisas. Lo zarandéó violentamente hasta conseguir arrancarlo. Después, lo arrojó hacia atrás, consciente de que eso le daría tan solo unos segundos. Miró por encima de su hombro y comprobó que, efectivamente, había logrado desviar la atención de su perseguidor, haciéndole esquivar el obstáculo.

Entonces, María frenó en seco y dejó su moto tirada en la propia carretera. Corrió hasta la acera y llegó a la barandilla del puente, colocándose entre dos pescadores que la miraron con extrañeza. Ella miró hacia abajo. Suspiró. Se subió a la barandilla y echó una última ojeada hacia su perseguidor: él también había detenido su moto y corría hacia ella apuntándola con su arma. María no esperó a comprobar si disparaba. Tan solo deseó que no apareciera debajo alguna embarcación que estuviera cruzando el puente en aquel momento.

Y saltó.

LA TABERNA

Rivoalto, año 810 d. C.

La noche estaba más oscura que de costumbre. Toda la isla dormía al son de los suaves vientos marinos que se deslizaban por las calles y playas. Las barcas, varadas en distintos puntos de la costa, parecían hacerse eco de aquel letargo, flotando al paio, mecidas por la marea.

Lo único que se desmarcaba de aquel ambiente apagado era la silueta de un hombre que velaba... Un pescador andrajoso que permanecía sentado cerca de la orilla, a escasos metros de donde los leves golpes de la marea iban a morir.

Ioannes llevaba un tiempo refugiado de nuevo bajo el nombre de Marco en Civitas Rivo Alti, el grupo de pequeñas islas más adentradas en el mar de todo el Véneto marítimo y que quedaban rodeadas por las de mayor extensión: Burano, Murano y Torcello.

Allí estaba protegido. Pero también inquieto. Le inundaban las preocupaciones que ahora lanzaba al mar.

Las tropas de Pipino habían avanzado peligrosamente en sus ataques. Ioannes tenía claro lo que el conquistador tenía en mente. Dominar o destruir todas las regiones terrestres o cercanas a la costa del nuevo Véneto y después acometer la invasión final lanzándose a la laguna. A pesar de que los vénetos habían intentado cerrar todos los pasos marítimos hacia las islas más adentradas en el mar, con postes clavados en el limo, con rocas o con viejos barcos inutilizados, el temor seguía respirándose en el ambiente. Todos eran sabedores de la ambición de los francos.

Pipino había mandado a sus hombres hacia el Sur por toda la zona costera del Véneto: las llanuras del río Po, Fossone, Laureto, Brontolo... todas las poblaciones estaban o incendiadas o sumisas bajo su dominio. En aquellos días, toda su flota se hallaba instalada en el puerto de Albiola, esperando dar la estocada final: se dirigirían primero hacia Malamocco y después, con dicho enclave estratégico ya tomado, hacia las islas interiores de Rivoalto y las que la circundaban.

Eso pondría en peligro su misión vital, pensaba Ioannes mientras lanzaba piedrecillas hacia el agua con desgana. No había mejor protección que la de aquel país independiente y enquistado en que se estaba convirtiendo el Véneto. Con lo que pasar a vivir bajo el dominio del imperio franco no era una opción deseable.

Pero ¿de verdad tenía él que implicarse en la vida política de la ciudad? Él solo tenía una misión... proteger el cofre durante toda la eternidad. Sin embargo, si no intervenía...

Por otro lado, ya sabía lo que ocurriría si se enfundaba de nuevo la armadura. Ese

instinto brutal que le había convertido siglos atrás en lo que era su personaje, volvería a tener rienda suelta. Eso no le habría gustado a su antiguo señor, el portador del anillo papal, que nunca predicó las vías violentas.

Pero resultaba muy atractivo tomar la justicia por la mano cuando se era tan poderoso como lo era él. Aun sabiendo que, de ese modo, cabía la posibilidad de apartarse de la doctrina recibida en su día por su protector, León Magno...

Se levantó decidido y se sacudió la arena acumulada en los pliegues de su sayo. Miró a la línea del horizonte que separaba mar y firmamento. Cielo y Tierra. Se sentía identificado con aquella delgada línea: en él también era muy fina la frontera que separaba lo divino de lo humano. Su misión y su instinto.

Lo tenía claro: Marco habría de descansar un tiempo. Ioannes volvería.

* * *

—¿No lo entendéis? ¡Tenemos que actuar! —gritaba Angelo a una muchedumbre de unos veinte hombres jóvenes y de mediana edad que se agrupaban en una taberna del puerto.

—¿Para qué vamos a arriesgarnos? En estas islas estamos seguros. Es imposible que lleguen hasta aquí —repuso un hombre con barba oscura y facciones marcadas, que parecía ser de los mayores del grupo.

—¡Eso es! —apuntaron varios.

—Yo soy de Heraclea —dijo Angelo—. Y también pensaba que no nos pasaría nada allí. Ahora no me queda nada en esa isla. ¡Nada! Os lo repito: hay que tomar medidas si no queremos morir todos.

—Pero hay que contar con que Malamocco resistirá. De ahí no podrán pasar —volvieron a protestar varios.

—Estáis muy equivocados —protestó Angelo, impacientándose por la actitud pasiva de sus conciudadanos.

—¡Tú qué sabrás si estamos equivocados! —le gritaron varios dándose por ofendidos.

—Lo estáis... malditos cobardes —se oyó una voz grave y poderosa desde la entrada de la taberna.

Todos se volvieron. En el umbral de la puerta se recortaba una corpulenta figura. Un caballero con una larga capa blanca, cuya capucha le cubría la cabeza. No llevaba coraza pero sí un peto de cuero negro, con un águila tallada en él.

Nadie quiso darse por ofendido por el insulto.

—Estáis dejando que vuestro temor a la muerte os ciegue de la realidad más flagrante —continuó diciendo aquel caballero, para desconcierto de Angelo y de todos los demás—. ¡Los francos llegarán hasta aquí! Y si lo único que os mueve es

vuestro miedo a morir os vaticino lo siguiente: si lucháis, la muerte será tan solo una posibilidad... si no lo hacéis, será una certeza.

Un segundo de silencio. Un segundo de desconcierto general.

—¿Por qué dices eso? —se atrevió a preguntar Angelo que, aunque compartía su opinión, quería saber las razones del completo convencimiento por parte de aquel extraño.

El caballero abandonó el umbral de la puerta, para dirigirse caminando lentamente hacia el centro de aquel grupo de hombres. Hablaba mientras lo hacía:

—Porque antes Pipino solo buscaba conquistar: aumentar sus dominios. Y se comportaba precisamente como un conquistador para con los vencidos. Ahora ha sido ofendido: no solo no ha existido sumisión por parte de los vénetos al imperio franco, sino que además le hemos plantado cara en alguna de las islas. Ahora le mueve su orgullo y el afán de venganza... ahora solo busca destruir y humillar. Y se comportará en consecuencia. No habrá cuartel.

—Perdona, pero —intervino de nuevo Angelo, con prudencia—, ¿quién eres tú?

Él no dijo nada. Tan solo paseó su mirada por el resto de asistentes a aquella reunión. Les encomiaba con su mirada a que se sometieran a su voluntad.

—Vosotros marchaos —ordenó a todos los hombres de la taberna—. Y pensad si queréis vivir o morir. Los que lleguéis a la conclusión correcta volveréis mañana al amanecer a esta misma taberna. Angelo os dirá lo que hacer...

—Pero ¿quién demonios te crees que eres, maldito engreído? —le reprochó el mismo hombre de barba oscura y de mayor edad que parecía llevar la voz cantante en aquel grupo.

Ioannes se acercó todo lo que pudo hasta aquel que lo había insultado. Le sacaba una cabeza. Y el antes engallado isleño tragó saliva intentando mantener la compostura.

—Yo soy la línea que separa la vida de la muerte. Yo soy quien decide si vives o mueres, viejo.

El interpelado se mantuvo frente al caballero unos instantes. Pareció descubrir que sus palabras no eran amenazas, sino promesas. Y abandonó la taberna taciturno. Todos los demás lo siguieron.

Ioannes quedó frente a frente con Angelo. El primero clavó su mirada en el segundo.

—Entonces, ¿quién eres? —inquirió finalmente el marino, tras superar el hipnotismo inicial por lo extravagante de la situación.

—Eso no importa. No es relevante quién soy yo. Lo que importa es quién eres tú.

Angelo Partecipazio era un habitante de Heraclea que lo había perdido todo. Era un hombre valiente que pensaba más en el país véneto que en su propia seguridad. Desde que llegara a las islas interiores tras la invasión de su pueblo, no había dejado

de intentar convencer a la gente de las claves para resistir a los francos. Había arengado a todos los que había podido: a unos los había convencido y otros lo habían tomado por loco. Ioannes había sabido de él y le había parecido el hombre idóneo para ser su cara visible en aquel lance.

—Lo único importante —continuó Ioannes— es saber qué es lo que quieres, Angelo. Es esto último lo que te responderá a tu pregunta sobre mi identidad.

—No lo entiendo.

—Si tus motivaciones son las que creo... si lo que buscas es defender el Véneto por encima de todo, entonces yo soy tu mejor arma. La más efectiva, la más rápida... la más mortal.

—¿Y si no es ese mi objetivo?

—Entonces soy una sombra en esta noche que tan solo has imaginado. Una sombra que desaparecerá tan rápido como apareció.

Angelo suspiró mientras mantenía su mirada con aquel hombre. Por alguna extraña razón creía en él. O quizá era que deseaba tanto sentir el apoyo de alguien en su empresa que necesitaba creer en aquel soldado. Se acercó hasta él y tendió su mano.

—De acuerdo. Cuento contigo —dijo mientras mantenía su mano suspendida en el aire.

Pero Ioannes no la estrechó. Los hechos y no las palabras serían los que dictarían si era merecedor de su confianza. Tan solo se dio la vuelta y se dispuso a abandonar la taberna mientras decía:

—Partiremos mañana al amanecer. Iré a buscarte y embarcaremos con todos los que se presenten aquí con las primeras luces de la mañana.

—Pero ¿a dónde? —preguntó Angelo totalmente desconcertado.

El caballero se giró cuando ya estaba en el umbral de la puerta.

—A Malamocco, por supuesto. Tenemos que obligar a todos a que abandonen la isla.

—Protegerla es absurdo —musitaba asintiendo Angelo—. Perderíamos demasiados hombres y recursos.

—Exacto. Debemos esperar a los francos aquí. En nuestro terreno.

—De acuerdo... Pero tardaremos varias semanas en convencer a todo el mundo para que abandone la isla. Habrá muchos que querrán permanecer en ella y defenderla.

—La evacuaremos en un solo día. Mañana. El que se quede allí morirá. Los convenceremos.

Angelo no dijo nada pero se quedó pensativo. Ioannes, por su parte, hizo ademán de marcharse por fin, pero algo pareció frenarle.

—¿Angelo?

—Sí...

—Yo también cuento contigo. Más vale que no me falles.

Y desapareció tal y como había prometido. Como una sombra que nunca hubiera existido.

EL BÓSFORO

Istanbul

Y saltó.

Todo pareció transcurrir a cámara lenta. Se dejó llevar. Le llegaron los ecos lejanos del estruendo de un disparo, varios metros por encima de su cabeza. Los gritos de los pescadores. La superficie del mar acercándose. Y después, la sensación de verse envuelta por el agua, en la que se sumergía violentamente.

Y ahí fue donde supo que debía recobrar su sentido. No podía aparecer en la superficie así por así. El motorista estaría esperando a que emergiera para meterle una bala en la cabeza. Así que permaneció bajo el agua y una vez se ubicó, mirando hacia las luces de la superficie, buceó hasta debajo del puente donde su perseguidor no podría alcanzarla.

Al sacar la cabeza, respiró una fuerte bocanada. Podía imaginar la algarabía que reinaría en el puente de Gálata con unos pescadores boquiabiertos y un motorista muy cabreado.

—Muchacha, ¿estás bien? —oyó que alguien le farfullaba en un flojo inglés a poca distancia.

Ella, con los nervios a flor de piel, se dio la vuelta en el agua. Vio a un turco de edad avanzada sobre una lancha motora, que se dirigía hacia ella lentamente. El hombre le tendía la mano para que pudiera subir. María escudriñó al viejo. Tenía la cara ajada por el sol y el pelo, aunque lacio y débil, aún cubría toda su testa. Entre sus dientes, sujetaba una vieja pipa de madera que humeaba constantemente. Llevaba una camisa remangada que mostraba un antebrazo fornido. La joven decidió confiar en él. Porque tampoco tenía otra alternativa.

Así, con la ayuda del viejo, subió a la lancha. Una Rebel, modelo del 62, con un motor fuera borda bastante nuevo. En su interior había varias cañas, que no parecían haberse usado últimamente, al encontrarse recogidos y limpios sus sedales y anzuelos. Sobre uno de los asientos, había un libro abierto.

—En casa digo que vengo a pescar, pero lo que en realidad hago es encender mi pipa y leer —se excusó el viejo, que parecía haber adivinado el desconcierto de María—. Creo que mis hijos lo entienden mejor si les digo eso. Mis pulmones están de acuerdo con mis hijos en que no debería fumar... Pero es que me encanta estar en el mar con mi pipa y un buen libro. Qué más da que eso me lleve a la tumba antes o después...

—Entiendo.

—Es el único hobby que me permito —siguió hablando como quien no tiene

muchas ocasiones de explayarse en su vida diaria—. Vengo aquí un par de noches por semana y me pongo debajo de alguno de los puentes o cerca de la costa para tener luz, y así no tener que sujetar una linterna.

—Ya veo —apuntó María con desinterés, fijando toda su atención en que la lancha no se desplazara lo suficiente como para abandonar el refugio del puente.

El viejo abrió un pequeño compartimento y sacó una toalla que tendió a María.

—Mi nombre es Kemal. Séquese, que está empapada.

—Es mi segundo chapuzón en esta mierda de día —bisbiseó ella.

—¿Perdón?

—Yo soy María —apuntó ella en voz alta—. Gracias por la toalla.

La lancha proseguía al paio y se alejaba lentamente de debajo del puente. María reaccionó bruscamente y viró el volante de la embarcación para que cambiara su dirección. Después, miró a Kemal con un aire de disculpa.

—María —apuntó él con parsimonia—, me he fijado en que estás herida.

—¡Oh! No es nada. Tan solo una rozadura.

—Ya. Y supongo que te has lanzado al agua desde el puente para aliviar el escozor.

María le miró durante unos instantes. Pensó en que su perseguidor se las estaría ingeniando para acudir en su busca. No podía huir hasta la costa porque seguramente el conductor de la Honda estaría allí cuando llegase. Su única vía de salvación era por mar... en aquella lancha. Decidió que debía ganarse la confianza de aquel viejo.

—Me persiguen, Kemal. Un asesino o lo que demonios sea. Tiene una pistola y me ha disparado —dijo, señalándose la pierna—. No sé qué es lo que quieren de mí... Pero necesito ayuda.

El viejo permaneció callado unos instantes. Sopesando sus opciones. Como si dudase sobre si ahondar en la historia de la chica o no...

—¿Qué tipo de ayuda necesitas? —preguntó al fin.

María echó una sugerente mirada a la lancha en la que se encontraban.

—Llévame a la orilla, sin abandonar el cobijo del puente y llévatela —apuntó Kemal con tranquilidad.

—Pero... yo me refería a que me llevases tú hasta la otra orilla. No a la orilla del otro lado del puente, sino a...

—A la parte asiática. Cruzar el Bósforo.

—Así es.

—Hagamos lo que te he dicho. Estoy mayor para persecuciones.

—Pero la lancha... ¿Cómo te la devuelvo si...?

—No es mía. Bueno, en realidad sí. Tenemos varias en la familia y le regalé esta antigualla a mi yerno. El muy idiota ni me lo agradeció y jamás la ha usado.

—¡Si ni siquiera me conoces! ¿Cómo puedes saber que no estás ayudando a

alguien que no se lo merece?

Kemal le sonrió.

No puedo saberlo. Y ahora, en vez de seguir perdiendo un tiempo más precioso para ti que para mí, ¿qué tal si nos vamos?

* * *

El motorista había levantado la visera de su casco modular para hablar por teléfono. Seguía en el mismo sitio. En la barandilla del puente por donde aquella loca se había lanzado al agua. Todavía había barullo alrededor: comentarios, rumores y conjeturas acerca de la extraña y deslustrada joven que quizá había querido suicidarse...

De pronto, una pequeña lancha surgió entre las sombras de debajo del puente. Y una rubia melena al viento indicó al motorista que quien la conducía era la mujer. «Prepara el barco», fue lo último que dijo en turco al interlocutor del otro lado del teléfono.

* * *

María conducía la Rebel con la seguridad de quien se había criado en el mar. Cruzaría el Bósforo. Cambiaría de continente. Cuando llegase a la parte asiática de Estambul ya decidiría lo que hacer: dónde pasar la noche o qué comer eran temas por ahora secundarios. Lo importante era que sabía que, para que su perseguidor le siguiese con su motocicleta, debería atravesar gran parte de la ciudad, hacia el norte, hasta encontrar el primer nexo de unión entre las orillas continentales: el puente del Bósforo. Y para cuando cruzase, ella ya estaría muy lejos...

Pero minutos después, cuando ya salía del Cuerno de Oro para adentrarse en el Estrecho, por enésima vez aquel día hubo de retractarse en su optimismo. Lo que hizo que despertasen de nuevo sus sentidos, no fue otra cosa que una bala que surcó el aire a escasos metros de ella. Lo que hizo que volviesen los miedos, los sudores y las ganas de llorar...

María echó un vistazo hacia detrás y comprobó que su perseguidor, sin el casco pero aún con el mono de cuero negro, había cambiado de vehículo... y había solicitado compañía. Él y otro hombre, que María no podía distinguir, conducían una lancha Windy cuya proa se levantaba exageradamente sobre la superficie del mar, por la tremenda velocidad que llevaba.

—¡Perfecto, joder! —gritó María con todas sus fuerzas, aunque el viento dejó insonoras sus palabras.

Ella aceleró su Rebel, pero sabía que, de nuevo, tampoco podría competir con sus

acosadores. Se apuntó a modo de nota mental que la próxima vez que se viera perseguida por unos asesinos, robaría o pediría prestados mejores vehículos para escapar.

Otro disparo. María creyó ver un impacto sobre la superficie del mar a un par de metros a su derecha pero, dada la negrura de la noche, no supo si tan solo había sido su imaginación. «¿Es que no hay patrullas costeras o algo que se le parezca en esta maldita ciudad?», protestó interiormente. Tercer disparo. Explotó el parabrisas de su lancha. Eso ya no había sido su imaginación.

Volvió a girarse. Estaban más cerca. Todavía les sacaba una distancia, pero sabía que la Windy podría salvarla antes de llegar a la costa asiática. Había de tomar una decisión.

Llegaban a Kiz Kulesi, la pequeña isleta con la torre que hiciera de faro desde tiempos inmemoriales. Ése era el pedazo de tierra más cercano que tenía María. Tuvo una idea. De nuevo, una idea descabellada... Aunque todo parecía más razonable cuando la alternativa era la muerte.

Se maldijo por lo que iba a intentar... pero el cuarto disparo que creyó escuchar por encima de su cabeza, le sacó de dudas. Puso dirección hacia Kiz Kulesi, fijó el volante y puso la máxima velocidad.

Después, rebuscó a su alrededor en el interior de la barca algo que pudiera servirle de ayuda. Pensó que Kemal habría tenido que encender su pipa con algo. Abrió varios compartimentos y sus manos revolviéron nerviosas sus contenidos. Debía encontrar algo ya... Y lo hizo. Vio un pequeño paquete de cerillas posado sobre un trapo viejo. Ambas cosas le servirían.

Otro disparo. Éste volvió a acertar en la lancha, reventando el contenido de gomaespuma de uno de los asientos. «Venga, venga», se tarareaba mentalmente María.

Buscó el depósito de gasolina, lo abrió y, enrollando el trapo, lo introdujo a modo de mecha. Miró hacia delante: se acercaba a Kiz Kulesi. Se giró y comprobó que unos cincuenta metros le separaban de sus perseguidores. Esperó impacientemente. Quería hacer coincidir alguno de los disparos con la jugada que se proponía hacer. Volvió a tomar el volante... y a rogar al cielo que el próximo disparo que necesitaba para su plan, no fuese acertado. Su cuerpo estaba empapado y magullado, y tenía la ropa casi a jirones. Jadeaba y el fuerte latido de su corazón casi no le permitía atender a sus propios pensamientos.

Y, por fin, escuchó la explosión del proyectil. Comprobó mentalmente que estaba indemne y, haciendo todo el teatro que pudo, derrumbó su cuerpo sobre la cubierta, para perderse de vista de los ocupantes de la Windy. Desde el suelo, elevó su mano hasta el volante para girar la dirección y así hacer pensar a sus perseguidores que la Rebel se conducía a la deriva por la muerte de su patrón.

Después, se arrastró sobre sus codos hasta el extremo del trapo que llegaba hasta el depósito de gasolina. Fue entonces cuando el dolor de su pierna derecha le hizo recordar que estaba herida. «No es nada, María, ya ni siquiera sangras», se convenció.

Sacó las cerillas. Encendió una e hizo prender el trapo, que ya había comprobado que estaba completamente seco. Elevó levemente su cabeza para comprobar que seguían en dirección a Kiz Kulesi. Esperó que su plan no causara tanto estropicio en el monumento como para hacerla pasar a la Historia por aquel acto de locura.

Después, se medio incorporó cerca de la borda. Aquélla era la peor parte de su estúpida idea. Debía dejarse caer al mar sin ser vista por aquellos hombres. Y debía hacerlo ya, porque el trapo se iba consumiendo por el fuego. Se encomendó a la oscuridad de la noche y a las ondas del Estrecho que de vez en cuando dificultaban el avistamiento entre ambas lanchas. Y se deslizó en el agua.

Todos los sonidos enmudecieron al verse envuelta por las aguas del Bósforo. Percibió que la hélice de su Rebel pasaba demasiado cerca de su cabeza, pero que ya se alejaba hacia su cita con el destino... y con Kiz Kulesi.

El corazón de María comenzó a palpar de un modo menos preocupante. Bregó con sus brazos para sumergirse al máximo en el agua y no correr el peligro de ser arrollada por la lancha Windy. Se alejó de la trayectoria que había tomado su persecución para poder salir a la superficie a coger aire sin ser vista.

Y justo cuando sacó la cabeza, casi minuto y medio después de haberse sumergido, fue cuando pudo ver la explosión. Una gran bola de fuego iluminó la noche de Estambul por unos segundos: la lancha de Kemal se había estrellado contra las rocas de la orilla de Kiz Kulesi, poco antes de que la mecha encendida llegara hasta el depósito de gasolina. Para alivio de María, la histórica torre seguía intacta.

Las llamas seguían consumiendo la embarcación. María pudo observar cómo sus perseguidores se acercaron al lugar del siniestro, intentando buscar algo que se pareciera al cadáver de la mujer. Pero como el fuego seguía siendo intenso y en breve atraería la atención de las autoridades, María supo que deberían abandonar la escena del crimen.

Fue por eso por lo que decidió centrarse otra vez en sí misma. Estaba a una distancia considerable de Kiz Kulesi y su salida a la superficie había sido invisible para sus perseguidores. Miró hacia la costa asiática y después hacia la europea: la primera le quedaba a unos doscientos cincuenta metros y la segunda a poco más o menos de un kilómetro y medio.

La opción por nadar hasta la zona asiática de Estambul era evidentemente más sencilla. Y precisamente por eso, la más obvia. Con lo que María intuyó que si sus perseguidores querían asegurarse de que su objetivo no había escapado ileso milagrosamente, irían a buscarla a esa zona de la costa.

Volvió a mirar a la orilla europea. En el horizonte nocturno se recortaban el palacio, la mezquita y Santa Sofía, iluminados sugerentemente. Suspiró. Más de kilómetro y medio a braza... Ya lo había hecho muchas veces en su mar natal, el Cantábrico, en varias de las travesías que se celebraban anualmente. Pero este mar no lo conocía y suponía que las corrientes que iban por el Estrecho del Bósforo entre el Mar de Mármara y el Mar Negro, serían importantes.

Suspiró de nuevo, y aprovechó para coger aire y espirarlo con fuerza en varias ocasiones para anchar sus pulmones. Se quitó los zapatos y dejó que se hundieran poco a poco, pensando que ya se las apañaría cuando llegara a tierra descalza... ese sería el menor de sus problemas, por el momento. Y comenzó a nadar grácilmente, haciendo que su cuerpo pareciera deslizarse por encima de la superficie.

* * *

—Aquí no está —dijo en turco el hombre que había recogido en la lancha al motorista.

—Eso parece.

—Es imposible que haya sobrevivido a la explosión. Vámonos de aquí antes de que llegue la policía.

Y puso de nuevo en marcha el motor para dirigirse hacia el norte y perderse en las sombras de la noche.

Mientras su compañero conducía, el motorista cogió su móvil y marcó un número. Cuando alguien descolgó al otro lado, él tan solo dijo:

—La mujer está muerta. Ya no será un problema.

* * *

María había alcanzado la costa casi deseando que su muerte no hubiera sido simulada. Las corrientes del estrecho le habían parecido más violentas de lo esperado. Y la herida de la pierna, aunque había ido cicatrizando, le había molestado en toda la travesía. Pero lo importante era que ya había llegado.

Estuvo tirada en las rocas de la orilla durante más de veinte minutos, jadeando y reponiéndose del esfuerzo realizado. Agradeció al cielo lo templado de la noche. De no hacer una temperatura tan agradable, habría muerto de una hipotermia estando como estaba: empapada y a la intemperie.

Una vez su corazón volvió a latir con normalidad, se acercó a la carretera que circundaba la costa, por el exterior de las antiguas murallas de la ciudad. Tomó el tercero de los taxis que logró detener: los dos anteriores habían declinado fiarse de la oferta de aquella extraña mujer, descalza y deslucida, que prometía pagarles en

destino, una vez subiera a su hotel a coger el dinero que en aquel momento no tenía.

María perdió su mirada a través de la ventana del taxi pensando en el infierno que había vivido aquel día. La nota, el bazar, las persecuciones... alguien quería verla muerta: eso era lo único que le había quedado claro de aquella jornada.

Y aquel encapuchado y el escenario de la Cisterna de la Basílica, con la pista acerca del «antídoto de la ciudad»... ¿Para qué tanta parafernalia?

—Espere, pare aquí —soltó en inglés cuando se percató de que llegaban al hotel.

—Pero, el Crowne está dos manzanas más adelante —repuso el taxista.

—Sí, pero... espere aquí y ahora vendrá alguien a pagarle.

—Yo creía que...

—¡Confíe en mí, maldita sea! —se impacientó ella abriendo la puerta del taxi—.

Si quiere cobrar, espere aquí.

María abandonó el vehículo dejando desconcertado al taxista. Después, se acercó a la acera donde un vendedor ambulante nocturno ofrecía colonias y coloridos saris y pañuelos. La bilbaína se acercó apresuradamente hacia él.

—¿Cuánto por un sari? —le espetó con urgencia.

—¿En liras turcas? —respondió él en casi perfecto castellano.

—En euros.

—Cuatro euros.

—Te pago veinte por este azul —dijo María señalando uno de los saris que el hombre sostenía debajo del brazo—. Pero siempre que me dejes pagarte dentro de cinco minutos.

El vendedor la miró con la desconfianza que solo se adquiere después de diez años operando en la calle.

—De acuerdo, vuelve dentro de cinco minutos y te llevas el sari.

—No me has entendido: me llevo el sari ahora y el dinero te lo traigo en cinco minutos.

—¿Qué sentido tiene eso? —preguntó él indignado.

—¿Y qué sentido tiene entonces que te ofrezca veinte euros, por algo por lo que pides cuatro y que tan solo vale un euro como mucho? —repuso ella elevando su voz.

—¿Cómo sé que me pagarás?

—¡No lo sabes, joder! Es una apuesta que haces, ¿comprendes? Quizá pierdas cuatro euros... o quizá ganes veinte, dentro de unos minutos.

Él no dijo nada. Intentó sostener la mirada a María, pero no lo logró. Un par de segundos después, tendió el sari a la mujer. Ella musitó un fugaz «gracias» y dio media vuelta mientras se envolvía en él.

Caminó hacia su hotel. Enfundada en aquel sari, sería difícil para cualquiera reconocerla. Salvo por el detalle de que iba descalza, claro, pero ninguno de sus perseguidores tenía porqué saber eso. Además, María había parado adrede su taxi en

un punto alejado al hotel, para comprobar si había alguien apostado a la entrada para vigilarla.

Pero no vio nada raro. Escondiendo su rostro bajo el sari, recorrió con la mirada toda la calle. Era lógico, por otro lado, que no hubiese nadie: la daban por muerta y eso facilitaba las cosas. Por el momento.

Se acercó a la recepción. Los miembros del personal del hotel se quedaron observándola extrañados pero nadie le dijo nada. Ella pidió una tarjeta para entrar a su habitación alegando su pérdida. No le pusieron objeciones. María se dirigió a su habitación.

La ascensión en el elevador acristalado se le hizo eterna. Volvió a pensar en la cisterna y en el caballero encapuchado. Había dicho algo así como que aquel lugar le recordaba a Venecia... y que era el centro de los puntos cardinales de la ciudad. O algo parecido.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella se dirigió a su habitación. Introdujo la llave e hizo una pequeña pausa deseando no encontrar ninguna otra sorpresa desagradable allí dentro. Pero no había nada extraño. Todo parecía estar en su sitio. Abrió la caja fuerte de la habitación: allí seguían su teléfono móvil, su cartera y algo de documentación. Aquella mañana solo se había llevado algo de dinero y una cámara de fotos para retratar la tumba de Dandolo: ambas cosas las había dado por perdidas después de sus chapuzones y carreras. Pero aparte de eso, tenía todo lo importante intacto. Ciertamente, sus nuevos amigos la habían dado por muerta y ya no había nada más que pudiera interesarles.

Se dirigió al cuarto de baño y giró el grifo. Dejó correr el agua para que se fuera calentando. Después, llamó a recepción y explicó su situación, o al menos, parte de ella. Le dijeron que no se preocupara de nada: el botones pagaría a su taxista y al vendedor ambulante y cargarían los importes a su habitación.

Se tumbó en la cama. Escuchar el sonido del agua de la ducha le recordó por enésima vez a la maldita cisterna. Casi podía oír la voz grave del caballero: el antídoto de la ciudad... donde se hallaban las respuestas...

Y entonces, recordó también con exactitud las siguientes palabras que él había pronunciado... Se incorporó con urgencia mirando al infinito.

—Porque desde aquí puedo llegar a los puntos cardinales de la ciudad —musitó María parafraseando lo que había oído—. ¿Y si...?

Miró su reloj. Podía permitirse descansar un rato. Pero antes tenía que llamar a la compañía aérea para que cambiara su billete.

Por primera vez desde que llegara a la ciudad, creyó saber qué tenía que hacer.

LAS LETRAS

Venecia, un día después del Vuelo de la Paloma

John había recibido la llamada del sacerdote a primera hora de la mañana, mientras veía las noticias en la televisión, donde no paraban de poner una y otra vez, de un modo casi humillante, la caída al vacío del papa.

Habían quedado en el Ristorante Florida, un local turístico por su cercanía con el puente de Rialto pero que, a primeras horas de la mañana, tendría muchos huecos para dos personas que quisieran tomar un café en una de las mesas pegadas al Gran Canal.

Marco Alfieri, que el día anterior había esperado pacientemente a que John bajara del piso de su hermano, llevaba en ese momento en su barca al londinense. El gondolero guardaba silencio dejando que la brisa matutina revolviere su enmarañado pelo grisáceo.

—Lo notas, ¿verdad? —preguntó por fin a John, que había estado examinando el naipe desde que salieran del hotel.

—¿Qué tengo que notar, Marco?

—Que Venecia es Venecia.

—Eso me lo deja más claro, gracias.

—Me refiero a que —Marco gesticulaba a la manera típicamente italiana— esta isla contagia con su carácter a propios y extraños.

—¿Qué has desayunado, amigo?

—Mira a tu alrededor —le indicó con un gesto las aceras a ambos lados—. ¿Acaso no ves más gente por la calle?

John, desde su cómodo asiento en la barca, miró hacia las dos orillas. Era cierto: desde luego que había venecianos por las calles, al igual que la tarde anterior, pero ya comenzaba a verse también a algún turista que otro, paseando con sus cámaras y con sus mapas. El día anterior, por respeto y por temor, esa gente que no había podido dejar Venecia habría permanecido recluida en sus hoteles. Pero hoy, algunos parecían haberse decidido a olvidar las circunstancias y disfrutar de la isla, que era lo que habían ido a hacer allí.

—Siempre ha sido así —explicó el gondolero—. Venecia siempre ha disfrutado de la vida, independientemente de las circunstancias, y ese es un sentimiento que logramos contagiar a los que nos visitan.

—Puede que tengas razón, Marco —le concedió John, que percibió como él mismo tenía más vitalidad que en el aciago día anterior. Navegar por el Gran Canal en un día tan luminoso como aquel le había pegado cierto optimismo.

Minutos después, Marco lo dejaba cerca de Rialto, para que John solo tuviera que caminar unos metros hasta su cita. Acordaron hablar por teléfono cuando John volviera a necesitarlo. El inglés no sabía cuánto le costaría aquel taxista particular pero, desde luego, era bastante cómodo. Además, quería pensar que Marco también disfrutaba con su conversación y que terminaría por hacerle un precio económico a tanto alzado por aquellos días que pasasen juntos.

Llegó al restaurante y vio a varios camareros apostados en la puerta del local. Parecían ávidos de poder prestar un servicio que escasearía aquellos días en Venecia, dadas las circunstancias. Todos ellos llevaban chaqueta granate y corbata negra y parecían de origen indio por el color de la piel, aunque John no era muy bueno adivinando esas cosas. El más rápido de ellos, reparó en el posible cliente y se lanzó hacia él para disgusto de sus compañeros. Le acompañó a una mesa pegada al Canal.

Todo el mobiliario de la terraza estaba demasiado apelotonado, en opinión de John. Aunque con sus ciento noventa centímetros de estatura y su corpulencia, eran escasas las veces que en no se sentía incómodo en una de aquellas minúsculas terrazas.

Como Riccardo Loredan todavía no había llegado, fijó su atención en la gaviota que estaba posada, muy próxima a su mesa, en uno de los miles de postes que inundaban los canales venecianos para sujetar las embarcaciones. Antes de que pudiera llegar a determinar si la extrema cercanía de aquel pájaro tenía más de antihigiénico que de bucólico, una voz potente le sacó de su embotamiento.

—¡Buenos días, John! ¿Qué tal has dormido? —apareció el sacerdote risueño pero con ojeras y aspecto cansado.

—Creo que mejor que tú.

—Eso seguro. Pero no pasa nada. ¿Café?

—Con leche, por favor —dijo John.

—¡Dos cafés con leche, por favor! —indicó el sacerdote al mismo camarero que le llevase a John a la mesa segundos antes.

John respiró hondo el aire limpio que el Gran Canal traía desde la laguna. Miró a su alrededor. Poco a poco, la ciudad iba cobrando vida. Y, como había dicho Marco, los turistas se dejaban ver más.

—Lo notas, ¿verdad? —preguntó John esta vez, recurriendo a su previa conversación con el gondolero.

Riccardo lo miró un segundo y después, echó una ojeada a su alrededor.

—Claro que lo noto —admitió.

«O yo soy idiota o el resto de la gente aquí es muy lista», pensó John con desconcierto.

—Venecia siempre ha sido así —continuó el sacerdote—. Es lo que ha venido ocurriendo a lo largo de su historia. La fiesta, la diversión, el ocio... siempre han

ocupado un lugar preponderante en el gobierno de esta ciudad. Era la manera por la cual el pueblo dejaba de preocuparse por no formar parte de la oligarquía que gobernaba su destino.

—¿Algo así como el opio del pueblo? —preguntó John, interesado en la repentina clase de Historia.

—No, no me malinterpretes. Venecia casi siempre ha tenido un buen gobierno. No se le denominaba la «Serenissima Repubblica» por nada. Y las oligarquías que conformaron los gobiernos en las distintas épocas, fueron déspotas o discrecionales solo en contadas ocasiones. Los controles que existían para cada decisión tomada en el Palacio Ducal fueron famosos por su complejidad y pulcritud. Incluso el dux siempre estuvo constreñido a las reglas de la República.

—Pero es cierto que había una oligarquía —dijo John poco convencido.

—Sí, pero también es cierto que esa oligarquía trataba de tener contenta al pueblo. No porque lo desmerecieran, sino porque querían que los venecianos estuviesen felices de vivir en Venecia, cosa que en casi toda su historia ocurrió. De ahí la importancia que siempre tuvo el ocio y la celebración en la ciudad.

—Entiendo —dijo John.

—De hecho... el Carnaval siempre tuvo una importancia tremenda en la vida social de la ciudad, pero fíjate que los años en que peor estaba la situación política de la República, allá por el siglo XVIII antes de que Napoleón nos conquistase, fueron los que tuvieron Carnavales más opulentos, más descontrolados, más largos...

—¿Más largos? —se extrañó John.

—Duraron meses...

—No está mal.

El camarero apareció de súbito, y dejó los cafés sobre la mesa. John tomó un sobre de azúcar para aderezar su café. Mientras daba vueltas al brebaje con la cucharilla, volvió a mirar a su alrededor. El sol ya se iba elevando y disminuía la longitud de las sombras alargadas de los edificios. El Gran Canal comenzaba a animarse y a reflejar en sus aguas la luminosidad del día.

Solo un día antes, la isla había vivido una de las jornadas más negras de su historia, pero de nuevo se respiraba optimismo. De nuevo se respiraba Venecia.

—He estado toda la noche pensando, John.

—¿Sobre los naipes?

—No, sobre la vida y la muerte —contestó Riccardo—. ¡Claro que sobre los naipes!

—Era más bien una pregunta retórica.

—La cuestión es que me he centrado en analizar la primera de las cartas.

—La que apareció con el cuerpo de mi hermano.

—Sí... Por seguir un orden cronológico —dijo Riccardo, mientras sacaba el

primer naipe que le dejara John el día anterior.

Lo dejó en mitad de la mesa y ambos lo miraron por enésima vez:

Portador de Luz, CCLXVII A IX, I

—Portador de Luz —leyó John—. ¿A qué puede referirse?

—Lo primero que me llamó la atención de esta carta es que estaba escrita no en latín, sino en italiano.

—Es cierto —admitió John—. En cambio, el naipe del papa estaba en latín.

—Con lo que se me ocurrió que quizá lo que buscara el asesino es que esta vez, se debiese hacer la traducción a la inversa.

—¿Del italiano al latín?

—Sí.

—¿Y qué sale de esa traducción?

—Luz se traduce como «lux» y portar, como «fero». Si juntásemos ambas palabras, tendríamos la raíz etimológica de un nombre propio... —apuntó el sacerdote dejando suspendidas sus últimas palabras.

John no dijo nada y se quedó mirando a Riccardo con cara de desconcierto.

—Pero ¿qué os enseñan en las universidades hoy en día? —prorrumpió el sacerdote.

—¡Ah! Perdona, pensaba que sin más habías hecho una pausa para aumentar la tensión.

—Lux y Fero... ¡Lucifer!

—¡Joder! Con perdón... —se excusó John.

—Tranquilo.

—¿Ésa es la traducción de Lucifer? ¿Portador de Luz?

—Sí —confirmó él dando un sorbo a su café.

—¿Entonces qué se supone que nos está diciendo ese asesino? ¿Se está dando a conocer como el mismo demonio?

—Desde luego que no será mucho mejor que él, pero no... Ésta es otra de las cosas que me quitó el sueño: en todo momento, estuvimos pensando que esas cartas nos darían información sobre quién es el asesino. Como si fueran unas cartas de presentación. Pero claro, esto no me daba ninguna solución... Lucifer y el número romano de doscientos sesenta y cinco, no eran ningún tipo de firma... al menos a mí no se me ocurría que pudiera serlo. Fue entonces cuando pensé que estos naipes pudieran significar otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Pensé... que las cartas podrían ser una pista acerca del crimen siguiente.

John se quedó unos segundos pensativo.

—Es decir, que la carta hallada en mi hermano daba una pista sobre el asesinato del papa.

—Y lo que es peor: la del papa, sobre el siguiente que se cometerá...

Ambos guardaron silencio. Aquello ya era más impactante: saber que lo que tenían en su poder y que escondían de la policía no era otra cosa que la pista para un crimen aún no cometido, eran ya palabras mayores.

—Así que, cuando me vino esa idea a la cabeza, me fue más fácil desentrañar lo que significaba la carta hallada en... Dave —dijo con tacto.

—Porque ya sabía la solución al acertijo —añadió John, dando a entender al sacerdote que no se había sentido afectado por la mención de su hermano.

—Exacto.

—Íbamos por Lucifer 265...

—¿Qué otro nombre tiene en la Biblia Lucifer, John?

—Satanás, el Príncipe de las Tinieblas, el Ángel Caído...

Riccardo Loredan hizo un gesto de afirmación al escuchar este último nombre. Lo cual fue suficiente para que John comprendiera.

—¡El Ángel Caído! —dijo el joven pegando un pequeño golpe sobre la mesa.

—El asesinato se cometió justo en el día del Vuelo de la Paloma, también conocido como el día de...

—El Vuelo del Ángel.

—Y para más inri, el nombre del papa, antes de que fuera nombrado como Pedro II, era Angelo...

—Todo encaja. Pero ¿y el número 265?

—Su número de papa. El primero fue San Pedro y éste era el número 265... eso fue más fácil descifrarlo una vez caí en lo primero. Lo que no sé todavía es lo que significa ese «A IX, 1».

—Igual es un pasaje bíblico —apuntó John.

El sacerdote rompió en una sonora carcajada.

—¡Ves demasiadas películas, majadero! —bufó Riccardo.

John también rió como si admitiera haber dicho una estupidez. Y Riccardo se mordió el labio inferior negando con la cabeza. «¡Bíblico...!», musitaba de vez en cuando con sorna. Estuvieron así en silencio unos largos segundos, sin saber qué hacer o decir. Miraban alternadamente a la carta, a sus cafés y al Canal... Y fue John quien, finalmente, dijo en voz alta lo que ambos pensaban.

—Será mejor que lo comprobemos por si acaso, ¿no crees?

—Será lo mejor —admitió el sacerdote mientras sacaba atropelladamente una biblia del bolsillo de su sotana.

—¿Los curas siempre lleváis eso encima? —bromeó John cuando vio el compacto libro, tamaño bolsillo.

—¡Adelante con los clichés y los prejuicios, claro que sí! —dijo el sacerdote haciéndose el indignado.

John respetó los minutos en los que Riccardo Loredan estuvo buscando entre las páginas de aquel libro. El sacerdote pensaba que los dos números podían tratarse de Capítulo y Versículo evidentemente, pero había que averiguar de qué parte de la Biblia se trataba. Por la letra A, podía entenderse que se trataría o del libro de Abdías, el de Ageo, el de Amós o... el Apocalipsis.

Al cabo de un rato, Riccardo miró fijamente a John con cara de consternación. Después miró a su Biblia y leyó:

— «Entonces vi una estrella del cielo caída en la tierra y se le dio la llave del pozo del abismo». Apocalipsis 9, 1.

—Joder —dijo John antes de llevarse la mano a la boca—. Perdón otra vez.

Esta vez, Riccardo elevó su mirada y se encogió de hombros negando con impaciencia.

—Los sacerdotes también dicen tacos, majadero, aunque no quede demasiado bonito. No tienes que excusarte cada vez que dices uno.

—Bueno, ¿qué significa eso que acabas de leer? Parece que tiene total relación con el asesinato del papa, ¿no?

—Sí —apuntó Riccardo mirando fijamente el libro—. La estrella caída simboliza a Satanás: por eso se dice lo de «se le dio la llave del abismo». Porque es quien guarda el Infierno, por decirlo así.

—Lo cual tiene también relación con lo del «ángel caído».

—Eso es.

Permanecieron un rato sin hablar. John vivía una tormenta de pensamientos que suponía que serían un perfecto eco de lo que en aquel momento también estuviera teniendo lugar en la cabeza de su acompañante. Los asesinatos, las pistas, el hombre encapuchado... todo aquello era demasiado. Demasiado como para ser llevado sobre los hombros de tan solo dos personas, que ni siquiera estaban metidas en la investigación oficial de los delitos.

Mucha responsabilidad, concluyó John. Sobre todo, si se tenía en cuenta que el naipe hallado por Riccardo Loredan en la escena del crimen de Pedro II estaría dando pistas sobre el siguiente asesinato. John alzó su mirada repentinamente hasta el sacerdote.

—Si no averiguamos rápidamente lo que significa esta segunda carta... —dijo en voz baja.

—Alguien más puede morir, efectivamente —añadió el sacerdote.

—Esto lo tenemos que contar ya a las autoridades.

—Sí, voy a hablar con mi amigo... Él sabrá lo que hacer. Pero estaría bien que resolvamos desde ya lo que significa este naipe.

—Vuelve a tener una referencia bíblica, ¿no? —dijo John cogiendo la segunda carta de la mesa—. Será Apocalipsis, VIII, VIII...

—«Tocó la trompeta el segundo ángel. Entonces fue arrojado al mar algo como un gran monte que ardía en llamas; y se convirtió en sangre la tercera parte del mar» —leyó Riccardo tras unos segundos.

Permanecieron pensativos un tiempo.

—Quizá en el próximo asesinato queme vivo a alguien y lo arroje a la laguna... ¿no? —propuso John con cierto reparo.

—Puede ser... —susurró el sacerdote—. El tema es saber dónde y cuándo ocurrirá para que podamos alertar a mi contacto y éste a la policía.

—La carta también dice algo así como que «después de nacer el pez, apareció la garra», ¿no?

—Exactamente.

—Pero no tengo ni idea de qué significa.

—Yo tampoco, hijo.

Riccardo alzó la mano hacia un camarero para pedir la cuenta. Después, frunció el ceño y miró a John.

—¿Y si...? —comenzó a hablar el sacerdote—. Dice que el segundo ángel tocó la trompeta. ¿Puede querer decir que cuando se escuche una campanada tendrá lugar el segundo asesinato?

—Una campanada suena si es la una, ¿no?

—Sí, claro: me refiero a que ya que lo del monte de llamas arrojado al mar sería el «cómo», quizá lo del toque de trompeta sea el «cuándo».

—¿Y el «dónde»?

—¡Y yo qué sé, muchacho, todavía no lo he pensado!

—Bueno, bueno... le había visto tan metido en el tema que... ¿Será la una de la madrugada?

—Supongo —asintió Riccardo.

—Tiene más sentido ya que, en realidad, la una del mediodía es la decimotercera hora del día. En cambio, la una de la noche es la primera.

—Y sobre todo que es más discreto cometer un asesinato por la noche.

—Como si el anterior asesinato hubiera sido discreto —replicó John.

—Touché...

El camarero se acercó con la cuenta y Riccardo la pagó. Ambos se levantaron de la mesa y el sacerdote le tomó del brazo a John.

—Yo ahora voy a las bibliotecas para ver si encuentro algo relacionado o con el pasaje del Apocalipsis o con lo del pez y la garra. Tú busca desde tu hotel en Google, o en algún sitio de esos donde sea que busquéis los jóvenes —dijo agitando su mano con desdén.

—De acuerdo. Estaré pendiente del móvil, pero vete llamando ya a tu amigo. Si realmente el asesinato va a producirse a la una de la mañana, solo nos quedan unas horas.

—Ahora mismo llamaré a Giacomo.

El sacerdote se volvió con agilidad y, con sus característicos movimientos nerviosos esquivó las mesas de la terraza. John se había quedado inmóvil observando cómo se alejaba. Todavía tenía una duda que le atenazaba y no sabía si quería escuchar su respuesta.

—¡Riccardo! —dijo por fin.

—¿Sí? —se volvió él.

—Para mi hermano... quiero decir —John miraba al suelo y al sacerdote alternadamente—, no existió carta que diera pistas sobre su muerte, ¿verdad?

Riccardo Loredan relajó su expresión y le miró con compasión.

—No existió un naipe para él, John. No hacía falta, porque no era un objetivo de ese majadero... Fue un cebo. No hubo pistas sobre cómo moriría... No se hubiera podido hacer nada por salvarle. Quédate tranquilo.

—Ya. Está claro.

—Vete al hotel, muchacho. Ya me encargo yo de esto.

* * *

Minutos después, el taxista particular de John Sheppard guiaba la góndola de vuelta a su hospedaje. Marco Alfieri notó que algo preocupaba a su pasajero ya que no había abierto la boca desde que había regresado de su cita. Tan solo miraba la carta que sostenía entre las manos. Después la guardó y paseó su mano por la barandilla ornamentada de la góndola.

—Estás inquieto... —le dijo Marco.

John abandonó su ensimismamiento y le dirigió una mirada indiferente.

—¿A ti te dicen algo las palabras de «pez» y de «garras» en relación con algún sitio de la ciudad?

—No, no me dice nada —contestó, tras unos segundos de reflexión.

—Ya...

Con desidia volvió a perder su mirada, mientras paseaba sin rumbo su mano por la barandilla.

Y reparó en lo que su sentido del tacto le advertía. Sus dedos se posaban en aquel momento sobre la figura dorada de un pequeño león.

—El león...

—¿Qué dices?

Pero John no respondió. Su mirada se levantó ávida, rastreando lo que se veía en

las fachadas y riberas al alcance de su campo visual. Leones, leones y más leones. Por todas partes.

—El león representa a San Marcos y está por toda la ciudad —se dijo más a sí mismo que a su interlocutor.

—Qué gran noticia.

John Sheppard obvió la ironía de Marco. «El león... la garra. ¿Y el pez? Cuando nació el pez...», se repetía a sí mismo.

Su ágil mente de ingeniero le hizo elevar su pensamiento. Y entonces, cuando volvió a mirar a su alrededor, no vio estatuas, canales y turistas. Vio calles, intersecciones, ensenadas y estructuras. Vislumbró el mapa de la ciudad y distinguió su contorno, identificándolo con las láminas que viera el día anterior en casa de su hermano. Y John jamás olvidaba ningún mapa de ninguna ciudad del mundo.

—La isla tiene forma de pez —musitó—. La cabeza al Oeste y la cola en Oriente.

Con el desconcierto de Marco de telón de fondo, John sacó con urgencia el móvil de su bolsillo y marcó un número. Riccardo Loredan cogió al otro lado y le explicó lo que acababa de concluir.

—Pues claro, ¡seré majadero! ¿Cómo no se me había ocurrido?

—No te atormentes. En cualquier caso, esto no nos indica un lugar —replicó John.

—Sí lo indica —aclaró el sacerdote después de una pausa—. A principios del siglo noveno, se instauró la capital del Véneto en Venecia, como una conjunción de islas unidas y que vistas en un mapa tienen forma de pez. Justo después, se trajeron a la ciudad los restos de San Marcos, evangelista que siempre ha sido representado bajo la forma de un león, y que sustituyó a San Teodoro como patrón del país.

—Cuando nació el pez, llegó la garra del león... —concluyó John—. Pero ¿qué lugar indica en concreto?

—El de la representación más importante de la leyenda que hay en la ciudad...

—¿Pero cuál es la leyenda? —inquirió John.

—Dos mercaderes acudieron a Alejandría a comerciar —explicó impaciente Riccardo—. Como era inminente la invasión de los moros en la ciudad, ellos intentaron negociar con los religiosos de allí para llevarse los restos de San Marcos alegando que debía evitarse la profanación por parte de los musulmanes. Ellos se negaron, pero cuando comenzó la invasión, los mercaderes robaron el cuerpo y lo sacaron del puerto atravesando las inspecciones de los musulmanes escondiendo las reliquias en un cesto con carne de cerdo.

—Que los musulmanes no pueden ni ver...

—Exacto. Y esa leyenda está representada en uno de los pórticos exteriores de la basílica.

—¿Me estás diciendo que va a volver a asesinar en la plaza?

—Puede ser...

Hicieron un silencio que rompió John.

—Pues entonces llama a tu amigo policía. Dile que esta noche tiene que acompañarnos a ver una de miedo en la Plaza de San Marcos...

PECES Y MEDUSAS

Istanbul

María había dormido poco y mal. Muy mal. Permanecía tirada sobre la cama de su habitación.

«Desde aquí puedo llegar a los puntos cardinales de la ciudad»... las palabras del encapuchado se repetían una y otra vez en su cabeza. Tenía que comprobarlo. No sabía cómo, pero tenía que hacerlo.

Pero su avión saldría en nueve horas, con lo que solo le quedaban ocho para intentar lo que quería intentar. Debía averiguar de una vez qué era lo que había debajo de la tumba de Enrico Dandolo.

Era su única posibilidad. Justo en aquel día en que Santa Sofía estaba cerrada al público. De otro modo, con cientos de turistas y miembros de seguridad a su alrededor, le sería imposible hacer nada.

Tras levantarse, se pegó una ducha y recogió sus enseres de la habitación en la mochila que después dejaría en recepción, para no tener que cargar con ella en su periplo. Tan solo llevó consigo un pequeño zurrón atado a su cinto, en el que portaba varias cosas que podrían serle de utilidad si conseguía su objetivo.

Dejó pagada la habitación y abandonó el hotel para coger un taxi. Cuando su propia boca pronunció la dirección a la que quería llegar, las palabras se le hicieron extrañas: volver al mismo lugar en que la tarde anterior casi había perdido la vida era absurdo...

Minutos después, el taxi llegó a su destino: las cisternas de la basílica. María pagó y salió del taxi. Miró su reloj: le quedaban siete horas. Se dirigió con urgencia a la taquilla y compró una entrada. Después, bajó las empinadas escaleras que el día anterior subiera empapada y muerta de miedo y llegó a la cisterna.

El enorme espacio, inundado por miles de columnas que salían del agua iluminadas por tenues luces rojizas, se le hacía menos terrorífico sin el caballero encapuchado como protagonista.

«Desde aquí puedo llegar a los puntos cardinales de la ciudad», seguía escuchando en su cabeza.

María había llegado a la conclusión de que podía existir una especie de pasadizo que llegara hasta los puntos cardinales de Estambul. Y uno de esos puntos podría ser Santa Sofía.

Deseaba pensar que la posibilidad no era tan remota. María sabía que a mediados del siglo XVI, un hombre llamado Petrus Gyllius, buscador de antigüedades bizantinas, había escuchado de varios vecinos de la ciudad que, por arte de magia, los

sótanos de sus casas quedaban inundados con agua en la que podían incluso pescar. Eso le hizo sospechar a Gyllius de la existencia de una estancia subterránea y secreta en la ciudad. Y así fue como se halló la Cisterna de Yerebatan. Se descubrió que, efectivamente, tenía conductos que llevaban hasta algunos sótanos de distintas casas y, evidentemente, hasta los puntos importantes de la ciudad como el Palacio de Topkapi o la basílica, para abastecerlos de agua potable en caso de asedio. Para eso había sido construida en su día por el Imperio de Oriente pero, tras la invasión otomana de 1453, había permanecido en secreto para los musulmanes hasta un siglo después.

María pensó que si podía colarse allí, si de verdad existía un conducto que le introdujera en la antigua basílica, podría acercarse a la tumba sin preocuparse de sortear las innumerables medidas de seguridad que circundaban Santa Sofía. Además, tampoco tendría que inquietarse por la gente ya que, aquel día, el templo estaba cerrado a las visitas. Era la única manera de estar a solas con la tumba. Ya pudo constatar el día anterior que el recinto sería inexpugnable de otro modo.

Pero, si de verdad existía, ¿cómo iba a buscar la entrada al conducto secreto? Estaba claro que aquel día no habría gente en Santa Sofía... pero la cisterna estaba abarrotada.

Recorrió las decenas de pasillos de madera elevados sobre el agua y sostenidos por postes que se sumergían en el fondo. Se le hacía extraño pensar que precisamente el día anterior había estado corriendo por uno de esos pasillos temiendo por su propia vida. Volver a aquel escenario era una especie de acto masoquista, pero no había tenido otra opción.

Estuvo más de media hora vagando por la estancia sin rumbo fijo. No sabía dónde había de buscar ni qué forma podía tener lo que buscaba... no sabía siquiera si de verdad existía aquello que se afanaba por encontrar. Comenzó a desanimarse y a pensar que su idea acerca de un pasadizo secreto había sido absurda.

—¡Tened cuidado, Will y Michael! —oyó que gritaba en inglés una señora a los que parecían ser sus hijos—. Os vais a caer y no seré yo quien vaya a buscaros.

María se dio la vuelta. Vio a dos niños de unos cinco y siete años, jugando al borde de la pasarela, en una zona sin vallar.

—Tampoco importaría demasiado, mamá —repuso el mayor de ellos—. Hace mucho calor incluso aquí abajo.

—¿Cómo que no pasaría nada? Esta zona de la cisterna está llena de medusas —mintió la madre con convicción.

—¿De medusas? —preguntaron ambos casi al unísono y mirando con recelo al agua.

—Claro, hombre —dijo la madre, satisfecha por la eficacia de su invención—. El resto de la cisterna está llena de peces, pero aquí no... ¿Por qué crees si no que están

justo ahí detrás esas dos columnas con la base en forma de cabeza de Medusa? — apuntó señalando con su pulgar por encima del hombro—. El resto de las columnas son parecidas pero aquí están esas dos para indicar que hay medusas, jovencitos...

María Ayarza dio un respingo. Era cierto: la única zona de Yerebatan diferenciable del resto era la del rincón noroccidental en la que unas columnas se distinguían por tener en su base sendas cabezas del monstruo mitológico Medusa. Cientos de teorías existían acerca de ellas. Al igual que Santa Sofía, la Cisterna fue construida en el siglo VI por el emperador Justiniano y nadie sabía la razón de aquella extrañeza en la obra subterránea. Se decía que se hicieron como un altar a las ninfas de las aguas, o que se invocaba la protección de Medusa para la ciudad, o que... muchas conjeturas para algo que podía no tener significado en absoluto. Así lo había pensado siempre María... hasta entonces.

«¿Y si el lugar del pasadizo había sido señalado con aquellas cabezas?», pensó la bilbaína.

Se acercó más a las columnas. Eran focos habituales de concentración de turistas, que las fotografiaban salpicándolas de flashes. María buscó y rebuscó con su mirada. Hasta que, siguiendo la ascensión de una de las columnas y el arco que después formaba en su conjunción con la pared, halló en el techo una piedra distinta. De un color y una forma diferentes al resto... si es que la vista y sus propios deseos no le estaban jugando una mala pasada. ¿Y si ésa era la trampilla de acceso? Pero ¿iba a subir hasta allí solo para empujar una maldita piedra que ni siquiera sabía si era o no lo que buscaba? Miró a la pared. Los muchos salientes y la distancia entre ladrillos podría hacerle relativamente sencilla la escalada. Además, cada una de las columnas de la cisterna estaba unida a sus colindantes, en su parte superior y antes de hacer el arco, por una barra de metal, lo cual facilitaría el apoyo para empujar o intentar remover la piedra.

Aparte estaba el asunto de los testigos... Lo que María tenía claro era que ni los cientos de turistas, ni los vigilantes del museo le jalearían en su aventura. Era imposible pasar desapercibida.

—¡Pero qué os he dicho! —la madre de los niños volvió a sacarla de sus cavilaciones.

—¡Mamá, no veo las medusas! —le dijo el mayor de los dos, que volvía a estar con su hermano en el borde de la misma pasarela.

A María se le iluminaron los ojos, pero poco después sacudió su cabeza. «Ayer robas una moto y haces explotar una lancha... ¿y hoy esto?», se reprochó a sí misma.

Echó una ojeada a su reloj: menos de seis horas para llegar al aeropuerto. Miró de nuevo la trampilla. Después, dirigió su atención hacia los turistas que se agolpaban cerca de las famosas columnas... y, finalmente, se volvió hacia los chicos.

Negó con la cabeza y suspiró. «¿En qué me estoy convirtiendo?», se preguntó.

Echó a andar hacia los niños, aparentando tranquilidad. Alternaba su mirada entre los muchachos, que estaban a lo suyo, buscando peces y medusas, y la madre que ahora parecía volver a dirigir su atención a las columnas.

Los jovencísimos Will y Michael tenían su tronco inclinado hacia el agua, señalando las distintas sombras que buceaban en la escasa profundidad del agua. María comprendió que era su oportunidad. Chasqueó la lengua, sintiendo aversión por lo que iba a hacer. Pero...

—¡Los niños se han caído! ¡Ayuda! —gritó en inglés, llevándose las manos a la cabeza y aparentando una profunda desolación.

—¡Oh, Dios mío! —se escuchó la voz de la madre por encima de toda la algarabía que se había formado en un par de segundos—. Pero ¿cómo?

—¡Han resbalado, señora! —exclamó María.

Eso y que ella les había propinado un pequeño empujón, claro. Pero se reservaría ese detalle.

Se congregó un gran tumulto alrededor de la zona. Los niños gritaban atemorizados, pero más por las mentiras de su madre acerca de las medusas que por otra cosa. María decidió acogerse al anonimato de la turba y desaparecer entre el gentío.

Y sin tiempo para reconsiderar su decisión, consciente de que tenía poco tiempo por la gran capacidad del ser humano para perder rápidamente su interés por las cosas, comenzó a escalar.

En poco más de medio minuto, llegó hasta la barra de metal que abandonaba la pared para unirse a la parte superior de la columna más cercana, donde se hallaba la piedra que ella había vislumbrado desde abajo. Ahora estaba segura de que aquel conjunto de ladrillos, o no pertenecían a la construcción inicial o, al menos, eran distintos por la razón que fuera.

Apoyándose entre la barra y el techo, llegó hasta ella. Miró al tumulto que seguía aglomerado debajo. Un guardia se había echado al agua para rescatar al par de traviosos. María cogió aire y empujó la piedra con todas sus fuerzas.

El grupo de ladrillos venció, girando pesadamente sobre unos goznes que María no había podido ver desde abajo. La trampilla dejó un hueco de casi un metro cuadrado. María introdujo sus manos y asió fuertemente los laterales de la entrada. A fuerza de brazos, dejó suspendido su cuerpo, alzándose en equilibrio.

A lo lejos, varios metros debajo de ella, pudo escuchar una voz de niño.

—¡No nos hemos caído, mamá! ¡Nos han empujado!

—¿Quién? —preguntó la voz de la mujer.

—Una chica... iba por ahí... ¿dónde está?

María sintió que su corazón le salía por la boca. «Perfecto, maldito chivato», pensó. Y, con urgencia, se introdujo por completo en el techo de la Cisterna de

Yerebatan y cerró la trampilla de falsos ladrillos.

Apoyó sus manos sobre las rodillas y esperó a que su corazón se desacelerara. Jadeaba fuertemente y, al igual que el día anterior, ya tenía su ropa empapada de sudor y completamente mugrienta.

Elevó su cabeza y ante sí vio un pasadizo con una altura de metro y medio que se bifurcaba en tres caminos.

—Perfecto... —susurró María.

LA BATALLA

Rivoalto, año 810 d. C.

El sol despuntaba en lo alto. El manso oleaje parecía querer apaciguar los ánimos guerreros de las flotas que en aquel momento surcaban la laguna.

Ése era el día en que se resolvería el destino del Véneto. El día en que los francos atacarían con toda su flota las islas de Rivoalto.

Ioannes zarpaba en uno de los barcos que contestarían el ataque: el barco que capitaneaba Víctor de Heraclea, un buen marino de la confianza de Angelo Partecipazio que lideraría a toda la flota para defender el país.

Los francos saldrían desde Malamocco, isla que habían podido tomar fácilmente tan solo unos días atrás, cuando Ioannes y Angelo lograron dejarla desierta. Esa maniobra había desconcertado al hijo de Carlomagno. Al encontrar la isla vacía cuando preveía haber encontrado resistencia, Pipino dudó sobre lo que debía hacer: sabía que perseguir a los vénetos laguna adentro podría resultar peligroso. Ya era famosa la destreza de los marinos de la zona y evidente el gran conocimiento que tenían de sus lagunas.

Pero como había predicho Ioannes, ahora Pipino se movía por orgullo y por odio. Quería perseguir a los vénetos y derrotarlos. Aniquilar al soberbio pueblo que había osado no someterse a su poder.

Ambas flotas se dirigían hacia el centro de la laguna. Aquel combate sería el definitivo para el futuro de los vénetos. Si perdían la batalla, nada frenaría ya a los francos. No existían más islas a las que huir. Rivoalto y las poblaciones marítimas circundantes eran el último reducto. Los vénetos habrían de defenderlas con su vida.

Ioannes se erguía en la parte más saliente de la proa del barco. Suspendía su cuerpo hacia delante, sujetándose a los cabos que partían desde allí hasta los mástiles. Como si tuviera prisa por llegar al combate.

La brisa hacía que su capucha y su capa ondearan como si él mismo fuera el estandarte de aquel navío. Y en cierto sentido lo era. A pesar de tener descubierta su testa, cubría su rostro con un paño también blanco que llevaba ceñido justo por debajo de los ojos. No quería que cuando volviera a convertirse en un vagabundo, en un andrajoso pescador corriente, alguien le relacionara con Ioannes. Así, su eterna misión de proteger el cofre tenía más posibilidades de éxito.

Apareció el enemigo. En la línea del horizonte, comenzaron a superponerse los barcos de los francos. Eran naves mucho más grandes que las vénetas. De mayor envergadura y armazón... pero también de mayor peso. Eso las hacía más lentas. Ioannes miró a su alrededor: los compatriotas de su navío y de los circundantes

también habían reparado en lo inminente de la batalla. La tensión era palpable. Una tensión de la que la mansa laguna parecía querer permanecer ajena. Como si solo fuera una espectadora neutra de la perentoria confrontación.

Pero Ioannes sabía que no iba a ser neutra. La laguna habría de favorecer a sus moradores desde hacía siglos, a sus fieles inquilinos... a sus hijos.

—¡Seguid avanzando! —gritó la desgarradora voz de Ioannes.

—¡Adelante! —se hizo eco Víctor de Heraclea, que quería arengar a la tripulación de su barco y a toda la flota.

Los navíos de francos y vénetos se acercaban poco a poco. Podía atisbarse el movimiento de los soldados del Imperio por las cubiertas de sus barcos, aprestándose para entrar en combate. Ioannes era el único hombre de ambas huestes que permanecía inmóvil, entornando su mirada para averiguar la estrategia de los francos.

—Si buscas a Pipino, has de saber que no estará en ninguno de esos navíos —le interrumpió Víctor, que había dejado el puente de mando para acercarse al caballero blanco.

—Lo sé. El hijo de Carlomagno no hace honor a su padre.

—Ioannes, he bajado aquí para decirte algo sin que lo escuche la tripulación...

—No vamos a virar todavía —apuntó él sin desviar su mirada del frente.

—¡Están muy cerca! No tendremos tiempo para que nuestros barcos huyan.

—Si viramos ahora los francos pueden adivinar que les estamos tendiendo una emboscada. Lo mejor es demorar nuestro cambio de rumbo para que, cuando lo hagamos, los francos nos vean tan cerca que solo puedan optar por seguirnos... que es de lo que se trata. Si no nos persiguen, todo esto no valdrá para nada.

—Pero...

—¡Seguid avanzando! —gritó de nuevo Ioannes cortando los argumentos de Víctor, para que todos le escuchasen.

A pesar de la cercanía de los francos, los marineros vénetos sintieron una pequeña oleada de confianza al notar la seguridad que demostraba aquel soldado.

—Víctor —añadió Ioannes, hablando ahora solo para los oídos del capitán—, eres uno de los mejores marinos que he conocido en siglos. Entiendo perfectamente la confianza que Angelo tiene en ti y yo la comparto. Si hay alguien capaz de hacer que todas nuestras naves viren casi sin espacio, ese eres tú.

Víctor de Heraclea no añadió nada. Tan solo tomó aire y procedió a ocupar de nuevo su lugar en el puente de mando, arengando a sus tripulantes mientras cruzaba la cubierta.

Pasaron los minutos. La laguna, antes calmada, se removía por el oleaje provocado por las flotas. Ya no había tanto movimiento dentro de las embarcaciones. Todos estaban preparados para el ataque. Los tripulantes esperaban lo inminente. En breve, ambas flotas colisionarían dando comienzo a la batalla definitiva para el

Véneto.

Ioannes podía escuchar a sus espaldas las respiraciones entrecortadas de sus hombres. Había quienes incluso mascullaban por lo bajo alguna oración. Ioannes sonrió al escucharlos. Se giró y dirigió su mirada hacia Víctor.

—¡Ahora! —exclamó con fuerza.

—¡Ahora! —se hicieron eco tanto Víctor, como el resto de los hombres de su flota.

Y todas las embarcaciones vénetas viraron de borda hacia tierra firme: de vuelta a la costa, para desconcierto de los francos. Como era previsible, las huestes de Pipino, viendo tan cerca a su enemigo, no pudieron sino optar por perseguirles e intentar darles caza.

Ioannes comprobó que todo salía según lo planeado y cruzó como una exhalación la cubierta hasta donde se encontraba Víctor.

—¡Nos siguen! —exclamó triunfante mientras se acercaba al capitán.

—Es cierto —corroboró Víctor—. Ahora tan solo hay que llevarles al punto indicado.

—La laguna nos está ayudando... —observó Ioannes.

—Sí, la marea baja poco a poco.

—No dejes que la distancia con los francos sea insalvable. Por nada del mundo hemos de provocar que se desalienten en nuestra persecución.

—De acuerdo.

Los francos navegaban a toda vela tras los vénetos, pero no lograban darles alcance. Los barcos de los isleños eran más ligeros y de quillas más planas y por tanto menos profundas.

Y eso era precisamente lo que los vénetos querían aprovechar.

Todo ocurrió muy rápido. Repentinamente, cuando los francos creían tener a sus presas más cerca que nunca, sucedió algo. Los barcos del ejército imperial dejaron de navegar con soltura. La arena del fondo marino impidió progresivamente el avance de algunos navíos y los hizo frenar. Otros, encallaron bruscamente en el limo, haciendo que sus tripulaciones rodaran por la cubierta o, incluso, se precipitaran al agua por la borda.

Habían caído en la perfecta trampa de Víctor de Heraclea, al llevar su persecución hasta una zona de la laguna de muy poca profundidad. Allí solo podían navegar las embarcaciones vénetas por su constitución liviana y forma plana.

—Perfecto —musitó Ioannes mirando desde la popa hacia la flota franca.

—¡Los tenemos! —gritó Víctor a su tripulación—. ¡Ahora, acabemos con ellos!

Y las naves se volvieron hacia sus previos perseguidores, que permanecían inmóviles y totalmente a su merced. Los rodearon y comenzaron su ataque.

Los arqueros vénetos tensaron las cuerdas de sus armas e hicieron silbar las

flechas en el aire. Muchos de los proyectiles habían sido incendiados para que prendieran en llamas sus objetivos: los barcos imperiales.

La laguna era minutos más tarde un mar de sangre y fuego. Los navíos francos parecían teas repartidas por la superficie de la laguna. La previa soberbia de la armada imperial se consumía poco a poco entre las llamas.

Víctor sonreía satisfecho y lanzaba ya más arengas que órdenes a su tripulación, sabedor del buen cauce que llevaba la batalla. Sus hombres se habían atenido al plan disciplinadamente y todo parecía estar resuelto...

Hasta que, de pronto, su nave sufrió un fuerte impacto que hizo que el capitán y toda la tripulación se derrumbara sobre la cubierta.

Habían chocado contra una de las naves de Pipino. Por un fortuito movimiento de la marea, un barco imperial había logrado salir del limo en que los vénetos habían cercado a sus presas. El navío franco tenía seriamente mermada a su tripulación por la lluvia de flechas sufrida y sus velas ardían violentamente.

El barco de Víctor no había reparado en él hasta el impacto: toda la batalla se centraba a estribor de la nave véneta. Y el navío franco que había escapado del cerco, más por casualidad que por habilidad, se había situado a babor de la barcaza principal de los vénetos. Los imperiales, en un último ataque a la desesperada, habían intentado realizar un asalto colisionando con él.

Víctor de Heraclea se alzó del suelo. En la frente tenía sangre que le caía por los ojos, dificultando su visión. Todo le daba vueltas. Había humo y caos por todas partes. Vislumbró a la mayoría de su tripulación en el suelo, por el brutal impacto recibido.

Los francos, con su barco encendido en llamas, lanzaron cabos con garfios para que se incrustaran en la cubierta del barco de Víctor de Heraclea. De ese modo, podían tirar de las cuerdas para juntar ambas embarcaciones y abordarlo saltando de una cubierta a otra.

Víctor logró erguirse y caminar entre todo aquel desorden. Sus hombres todavía estaban aturridos.

—¡Levantaos! ¡Nos están abordando! ¡Hay que cortar los cabos! —gritaba sin cesar mientras se acercaba tambaleándose hasta los garfios que ya se habían adherido a la cubierta.

Desenvainó su espada y comenzó a seccionar algunos de los cordajes que los enganchaban a aquella batalla contra unos francos desesperados... una batalla en la que tenían mucho más que perder que por ganar. Miró hacia sus adversarios: en cubierta no habría más que diez o quince soldados, encolerizados y rodeados por los cadáveres de sus antiguos compañeros. La imagen de aquellos hombres tirando rabiosamente de los cabos para acercar ambas embarcaciones, con las llamas inundando las inmensas velas a sus espaldas, resultaba escalofriante.

De pronto, cuando sus hombres parecían despertar del letargo para contrarrestar el ataque, Víctor vislumbró la figura del caballero más extraño que jamás había tenido como tripulante.

El capitán jamás llegaría a creer lo que vio... o lo que creyó ver. Ioannes, con su blanca capa ondeando al viento y ajeno a la gravedad, pareció volar hasta el barco enemigo. El experimentado marino se pasó el dorso de la mano por los ojos para librarlos del sudor y del hollín, y volvió a mirar para concluir que lo que había visto no había sido imaginación suya.

Fuera como fuese, Ioannes había caído de cuclillas en medio de la cubierta de los francos para desconcierto de éstos... y de los vénetos, que asistían incrédulos al espectáculo desde su barco. El caballero se alzó en toda su altura con las llamas a sus espaldas. Y desenvainó su hierro.

Víctor y sus hombres no pudieron ver con exactitud lo que ocurrió. Solo lograron ver cómo la decena de francos se abalanzaba sobre el caballero. Se abalanzaba sobre la muerte. Destellos de espadas, pasos imposibles, gritos desgarradores y fuego por doquier... minutos después, todo quedó opaco por el humo del incendio.

Pasó un largo rato sin que nadie viera nada. Hasta que alguien rompió el silencio.

—Capitán... —apuntó uno de los marineros de Víctor—. Ese hombre ya estará muerto. Debemos aprovechar la confusión para deshacernos de los garfios enganchados a la cubierta y escapar.

—Sí —añadió otro—. La batalla principal ha terminado y no podemos arriesgarnos a morir por acabar con una única nave franca. Su flota ha sido derrotada. Huyamos y hagamos que el sacrificio de ese hombre no haya sido en balde.

—Vivirá —apuntó escuetamente Víctor de Heraclea, sin dejar de mirar a la gran masa de humo y llamas en que se había convertido el barco enemigo.

De improviso, oyeron un grito a su espalda, desde la proa de su propia nave.

—¡Volvamos a puerto de una vez!

Todos se giraron. Vieron unas espaldas cubiertas por una capa menos blanca que de costumbre, llena de ceniza y de sangre. Con la cabeza gacha, oculta también por la capucha. El caballero volvía a estar, inexplicablemente, en la nave véneta.

Pasados unos instantes de silencio, todos se pusieron manos a la obra. Víctor dio las órdenes a toda la flota para regresar a las islas de Rivoalto, mientras en la laguna permanecían flotando miles de cadáveres y los restos de la destruida flota franca.

Nadie entre la tripulación preguntó nada. Nadie buscó las respuestas a aquel suceso. Pero, a partir de aquel glorioso día, una leyenda flotaría en el ambiente de las tabernas de los puertos vénetos.

La leyenda de un caballero blanco. La leyenda del protector del Véneto.

EL NICHO

Istanbul

María llevaba corriendo en postura encorvada durante unos quince minutos. Las gotas de sudor caían por su frente y se le metían en los ojos. Le faltaba el aire y hacía un calor infernal. Inmersa en una oscuridad absoluta, se ayudaba de la luz que emitía su teléfono móvil para vislumbrar tan solo su siguiente zancada.

Pero lo peor de todo era no saber si corría en la dirección correcta.

En la bifurcación, había optado por el camino de su derecha. Se había posicionado mentalmente en el mapa de la ciudad y su sentido de orientación había llegado a la conclusión de que la dirección que tomaba aquel pasadizo era la de la basílica.

Curvas y más curvas. Comenzaba a desesperarse. Le quedaban cinco horas para huir de la ciudad y no sabía cuánto más duraría aquello. Pensó que se había equivocado. Visualizó mentalmente la escasa distancia que, en la superficie, existía entre las cisternas y Santa Sofía y concluyó que los metros que llevaba recorridos por aquel extraño pasadizo excavado en la roca excedían por mucho la distancia entre ambos lugares. Así, decidió detenerse para dar media vuelta e intentarlo por alguno de los otros dos pasadizos.

Pero justo en ese momento vio que, al final del corredor, el camino terminaba en una pared. María se acercó por curiosidad. Según lo hacía, se convenció de que, realmente, el pasadizo que había escogido no llevaba a ninguna parte.

Hasta que llegó al final. Frente a sí tenía pura roca, pero al elevar su cabeza observó que había unas escaleras escarpadas para ascender por un pequeño conducto. No podía ver hasta dónde alcanzaba. Estaba demasiado oscuro.

Cogió el móvil entre sus dientes y comenzó a ascender. Su ropa era ya una mezcla de polvo, arenisca y sudor. Al menos, la pierna no le dolía por el disparo de la noche anterior. Todo había quedado en una rozadura.

Estuvo dos minutos subiendo hasta que su cabeza golpeó con la piedra. Todo estaba tan negro que ni siquiera la luz de su móvil había podido alertar a María del final del camino. «Perfecto», bisbiseó con un gesto de dolor.

La joven soltó una de sus manos del peldaño y palpó la superficie que le quedaba por encima. También era de piedra, pero completamente lisa. Tomó aire y empujó con todas sus fuerzas hacia arriba con la mano derecha.

La losa cedió silenciosamente, dejando que entrara un retazo de luz en el pasadizo. María colocó sus pies en los peldaños superiores para poder elevar su posición y mirar por el hueco dejado entre la piedra que aún sujetaba y la superficie.

Sus ojos vieron a no más de diez metros unos pies que se alejaban en dirección contraria. María concluyó, por el uniforme que llevaba aquel hombre, que se trataba de un vigilante de seguridad. Lo demás que podía ver de la estancia era que había un techo de gran altura y que todo estaba revestido en piedra. No se oía ningún ruido, aparte de las pisadas de aquel tipo.

Estaba en una de las pequeñas naves que daban entrada a Santa Sofía.

El guardia se dio la vuelta repentinamente. Y María, sobresaltada, dejó vencer el peso de la losa, intentando que no diera golpe alguno al fundirse con el resto del suelo. La joven, de nuevo en la más absoluta oscuridad, cerró sus párpados con fuerza y mordió su labio inferior, deseando que el vigilante no hubiese reparado en ella.

Aguzó su oído para ver si oía algo extraño en la superficie. Los pasos se acercaban. A María se le volvió a acelerar el corazón... por enésima vez desde que llegara a Estambul. La tensión le hacía jadear y volvió a sudar a mares. La arenisca de aquel maldito pasadizo se le estaba incrustando en los pulmones.

Las pisadas eran cada vez más audibles: María pudo percibir que estaban justo encima de la losa cuando, de pronto, se detuvieron. La joven contuvo la respiración y no movió ni un músculo. Intentó escuchar qué ocurría arriba. Deseó con todas sus fuerzas que el guardia no estuviese agachado sobre la losa intentando manipularla. Ya se veía bajando precipitadamente por el conducto para huir del vigilante, cuando, repentinamente, escuchó un leve chasquido que se repetía un par de veces. Después un resoplido forzado y el arrastrar de unos pies.

María permaneció desconcertada unos instantes hasta que cayó en la cuenta de lo que ocurría. «El tío se está echando un cigarrito, sentado aquí encima», se dijo a sí misma. «Perfecto...».

¿Y qué iba a hacer ahora? ¿Esperar ahí agarrada durante media hora hasta que el vigilante diera por terminado su descanso? Volvió a mirar el reloj: poco más de cuatro horas era todo lo que le quedaba. Los brazos comenzaban a estar entumecidos y ya no le quedaba líquido en el cuerpo que expulsar por los poros. Se juró a sí misma que jamás volvería a aquella ciudad... la suerte no le había acompañado en ningún momento desde que pusiera sus pies sobre ella.

Todavía estaba compadeciéndose cuando escuchó unos saludos pronunciados en turco por parte del empleado de Santa Sofía. Percibió que se levantaba de la piedra y se alejaba unos metros, como si estuviera dando la bienvenida a alguien. Así lo confirmó cuando llegaron a sus oídos palabras pronunciadas por otra voz distinta y en el mismo tono animado.

«Perfecto...», volvió a repetir María, que ahora tendría que evitar ser vista por dos vigilantes. En cualquier caso, intentó aprovechar la circunstancia y elevó escasos centímetros la losa para avistar la posición de los guardias.

Vio que se encontraban a unos treinta metros y que no miraban en su dirección.

Después, dirigió su atención hacia su izquierda para comprobar que el camino que ascendía hasta la nave superior de Santa Sofía, donde se encontraba la tumba, le quedaba a unos diez metros.

Sopesó sus posibilidades. Tampoco podía demorar mucho su estado porque los guardias podrían contemplar en cualquier momento que había una losa del suelo elevada de un modo antinatural. Por el momento, ellos continuaban charlando animosamente.

Suspiró. «Joder, joder, joder...», musitó, maldiciendo lo comprometido de su situación. En ese momento, los vigilantes comenzaron a caminar hacia el lado contrario a donde se encontraba María.

Ella comprendió que era su oportunidad. Y ascendió por fin a la superficie intentando no hacer ruido. Después, tomó la losa con ambas manos para depositarla calladamente sobre la trampilla, y hacer que volviera a fundirse con el suelo. Hecho esto, se giró sin dejar de mirar a los guardias y recorrió de puntillas los diez metros que la separaban del camino que ascendía a la planta superior.

Consiguió alcanzarlo sin ser vista. Se apoyó en la pared para tomarse un segundo y suspiró intentando expulsar el aire sin emitir sonido alguno. Miró la estancia en que se encontraba. Era una cuesta ascendente totalmente lisa.

De repente, escuchó cómo el volumen de la charla entre los vigilantes aumentaba. Se estaban acercando. María renunció al segundo de descanso que se había concedido y comenzó a correr de puntillas hacia la nave superior.

Llegó hasta ella y comprobó que no había nadie en aquel nivel. Por si acaso, corrió agachada para que nadie la viera desde la nave central del piso inferior.

Y, por fin, alcanzó la tumba de Enrico Dandolo.

Tan solo era una losa en el suelo con su nombre, vallada con unas finas cadenas unidas por cuatro postes. A su lado un pequeño pedestal portaba una placa que enunciaba de quién eran los restos que allí reposaban. También indicaba las circunstancias de su muerte: decía que Enrico había sido el dux veneciano que liderara las huestes latinas que invadieron Constantinopla en la Cuarta Cruzada y que, al morir en dicha expedición, fue enterrado en Santa Sofía.

—Mentira —musitó María.

Volvió a aguzar su oído. No escuchó nada más que las voces muy lejanas de los vigilantes. Después, se remangó y comenzó a pensar en cómo levantar la lápida. Miró al pedestal pero comprobó que su base estaba atornillada al suelo. En cambio, los postes que sujetaban la cadena que hacía de valla, estaban sueltos. Y además, su base redonda era lo suficientemente delgada como para intentar introducirla entre la losa y las baldosas de mármol que circundaban el nicho y así hacer palanca. Pero antes de probarlo, debería escarbar el borde de la lápida para poder encajar después la base del poste.

Sacó de su zurrón una navaja de diez centímetros de filo y se dispuso a introducir su punta en el borde del nicho. Pero, al hacerlo, le desconcertó que la hoja se clavara en toda su longitud entre las baldosas y la tumba. Frunció el ceño y sacó su cuchillo para observar de cerca el polvillo que impregnaba el filo.

Comprobó extrañada que parecía una argamasa reciente. Tenía la suficiente experiencia como para distinguir que esa sustancia no había estado ahí durante varios siglos ni muchísimo menos: ni siquiera durante muchos años. Y eso solo podía significar una cosa.

—¡Perfecto! Tarde como siempre, María —se reprochó a sí misma—. Tarde, tarde, tarde.

Procedió a hurgar con su cuchillo con mayor rapidez que antes. Intentó hacer un surco lo suficientemente profundo como para introducir la base de uno de los postes metálicos. Después cogió el que le quedaba más a mano, lo separó de la cadena que lo ataba al resto e intentó hacer palanca en la losa.

Se mordió el labio inferior mientras ponía todo su peso en el poste y rogó al cielo que su operación no produjera ningún ruido.

De pronto, observó cómo la losa vencía a la presión y se elevaba con facilidad. Eso no hizo sino confirmar las sospechas de María. Sujetó el borde de la piedra y soltó con cuidado el poste. Dejó la losa a un lado y miró hacia el interior. Tenía menos de un metro de profundidad.

No había nada dentro.

—¡Perfecto! —se lamentó la joven.

Alguien se le había adelantado. Por eso había argamasa reciente uniendo las losas y por eso había sido tan fácil mover la losa. Comprendió de inmediato que aquel maldito caballero misterioso había tenido la precaución de vaciar el contenido de la tumba para evitar posibles curiosidades de gente como ella.

Miró de nuevo su reloj y comprobó que le quedaban tres horas y media. No supo determinar si era o no tiempo suficiente. Después, sacó de su zurrón una pequeña linterna y se tumbó boca abajo al borde del nicho, dejando su cabeza sobre la tumba abierta. Recorrió toda la cavidad con el delgado haz de luz que emitía la linterna: no quería que se le pasara por alto ningún detalle que pudiera haber quedado olvidado por el primer saqueador.

Recorrió con su mano el mismo itinerario que seguía con la luz para palpar toda la superficie. Hasta que dio con una protuberancia extraña. Se colocó la linterna entre los dientes y echó su brazo hacia detrás para buscar a ciegas con la mano algo de su riñonera. Finalmente extrajo un pequeño cepillo de púas lacias pero cortas. Y lo pasó por el área iluminada para quitar el polvo y la arenisca que había adheridas.

Al irse definiendo los contornos del grabado de un águila con las alas desplegadas, María se quedó boquiabierta... lo que provocó que la linterna cayera

ruidosamente dentro del nicho. «Perfecto», volvió a repetir con fastidio.

Permaneció inmutable para escuchar si existía algún movimiento en la planta de abajo por parte de los guardias. Y así fue. Se oyeron unas voces nerviosas y unos pasos que subían por la larga rampa.

—Mierda... —se quejó María, recogiendo con rapidez sus enseres.

Al ir a tomar la linterna, volvió a ver el águila y negó con la cabeza, desconcertada. Comprobó que, debajo había un nombre también grabado.

IOANNES

Frunció el ceño. «¿Ioannes?», se preguntó mentalmente. Ya pensaría en su significado más tarde. Se dispuso a tomar la linterna del fondo del nicho y después sacó una foto con el móvil al grabado del águila.

Los pasos de los guardias eran cada vez más audibles. María tomó la losa y la colocó en su lugar. Hizo lo propio con el poste y colocó la cadena en su sitio. Después, suspiró y se mesó los cabellos para aparentar un aspecto respetable. Cogió su móvil y caminó hacia la salida con tranquilidad, esperando toparse con los guardias.

Cuando estaba a punto de encontrarse con ellos, se llevó el teléfono a la oreja y simuló una conversación.

—Sí, muchas gracias, ya la he encontrado —dijo en inglés justo cuando los dos empleados de Santa Sofía la avistaron—. Le agradezco que me abriera. Sí, ahora salgo. Adiós.

—Los guardias no daban crédito. Una mujer de buena apariencia, hablando por el móvil en medio de la soledad del templo vacío, y mostrando una actitud totalmente inocente y risueña...

—¿Quién es usted? —le preguntó también en inglés el guardia más alto de los dos.

—¿Y qué demonios hace aquí? —añadió el otro.

—¡Oh! Ya han venido. Su compañera me había dicho que ustedes vendrían conmigo para buscarla y, como no aparecían, he tenido que subir aquí sola.

—¿Para buscar qué?

—¡Mi cartera! Me la dejé aquí ayer. He hablado con la señora de la entrada que me ha dejado pasar y me ha dicho que unos guardias me acompañarían, pero... No saben qué miedo se pasa con todo vacío y a oscuras... —explicó, intentando aparentar una actitud desvalida que conmoviera a los hombres.

Pero era difícil que María Ayarza inspirara compasión. Sus movimientos enérgicos eran más bien provocadores, decididos... Además del hecho de que su aspecto desaliñado y sucio no le daba la apariencia de una turista común. Y los

vigilantes lo percibieron.

—Vamos a tener que pedirle que nos acompañe a una comisaría, señorita —dijo sin galanterías uno de ellos.

—Pero si no he hecho nada.

—Entonces no tiene de qué preocuparse —le aclaró el guardia.

—¡Eh! Mira eso —le dijo el otro vigilante a su compañero.

El de menor estatura señalaba desconcertado la arenisca que cubría todo el suelo alrededor de la tumba de Enrico Dandolo y que, evidentemente, a María no le había dado tiempo a limpiar.

Ambos se miraron y, después, se volvieron hacia María, inquisitivos. Ella les sonrió con inocencia y se encogió de hombros... Después, comenzó a correr como no lo había hecho nunca en la vida.

—¡Quieta! —gritó uno de los hombres—. ¡Vuelva aquí!

«Sí, ahora mismo», pensó María mientras escapaba. Giró su cabeza hacia atrás y comprobó que, gracias a la sorpresa de su fuga, les sacaba cierta ventaja a los perseguidores.

Descendió por la rampa que conducía hasta la planta baja, con peligro de comerse la pared en cada una de las curvas de la pendiente. Pero logró llegar ilesa. Y, al alcanzar la nave de entrada, se le planteó la disyuntiva. Podía volver a mover la losa y desaparecer por el conducto secreto, aunque eso supondría tener que descender luego desde el techo de la Cisterna de Yerebatán que estaría abarrotada. O, si no, podía largarse por la puerta principal pero, en ese caso, la persecución tendría lugar en campo abierto y eso le hacía perder muchas posibilidades.

* * *

—Ya me parecía a mí que esa zorra estaba demasiado buena como para ser inocente... —dijo atropelladamente el guardia más bajo.

—¡Calla y corre, imbécil! Como se escape, despídete de tu empleo.

Llegaron a la planta baja. Todo estaba tranquilo. Pero repararon en que había una losa levantada.

—Pero qué... —dijo uno de los hombres.

Se acercaron y vieron los escalones escarpados en la roca, que descendían hacia la negrura de lo que parecía ser un pasadizo.

—¿Tú conocías la existencia de esto?

—No.

—Yo tampoco.

—Venga, te sigo.

—¿Perdona?

—Baja, que voy detrás de ti. No querrás que escape, ¿verdad?

* * *

María asaltaba a un taxi en ese momento.

—Al Crowne Plaza, por favor —dijo entre jadeos.

Se derrumbó en el asiento, inclinando su cabeza hacia atrás. Por la ventanilla veía alejarse la Mezquita Azul y Santa Sofía. Su corazón iba recuperando ritmos normales.

Pensó en los guardias. Les suponía corriendo agachados por un laberinto de roca y arena. Lamentó tener que perderse el espectáculo de aquellos dos hombres haciendo su aparición estelar en lo alto de la Cisterna de Yerebatan.

Cuando llegó al hotel para recoger su escaso equipaje, volvió a mirar el reloj: le quedaban dos horas y media. Sonrió. Lo había conseguido.

LAS ESPALDAS

Aeropuerto Marco Polo, día del Vuelo de la Paloma

María Ayarza llevaba la mochila a la espalda y caminaba entre el gran revuelo que se había montado en el aeropuerto. Al principio, había pensado que todo se debía al Carnaval, pero después ya advirtió que algo extraño había ocurrido y que las autoridades habían cerrado las salidas del recinto.

Estaba de mal humor. Había tenido que hacer dos escalas de más de cuatro horas cada una y las incómodas cabezadas que había podido echarse en los aviones no habían conseguido sino agriar aún más su carácter. Por si fuera poco, ahora le venían con que no se podía entrar a Venecia... «Perfecto», se lamentaba una y otra vez.

A pesar de los rumores que corrían acerca de la imposibilidad de salir del Marco Polo, María se acercó a las puertas para intentarlo. La gente agolpada allí era espeluznante.

Pero ella sabía que debía entrar en Venecia sí o sí. Decidida, arrancó su paso para atravesar la marea humana aglomerada en las puertas.

Todo el mundo pedía explicaciones a los policías que intentaban contener a la gente con bastante éxito. Salvo por un hombre...

María pudo distinguir unas grandes espaldas encarándose con uno de los guardias. Ambos parecieron elevar el tono de su conversación hasta que, de repente, el policía se hizo un lado y permitió el paso de aquel tipo.

María vio ahí su oportunidad. Zigzagueó entre la muchedumbre hasta llegar al mismo policía.

—Perdone, pero yo voy con él.

—¿Con quién? —le espetó irritado el hombre.

—Con ese chico que acaba de pasar. Le conozco, es mi amigo y no le puedo dejar solo —mintió ella con poco acierto.

El policía parecía cansado. Tenía una labor ingente y farragosa por delante. Todo parecía darle igual.

—Mire, señorita, no me joda. Bastante mal día tengo ya, como para...

Entonces María no lo dudó: echó a correr zafándose del agente para salir del aeropuerto. Usó hasta la última gota de energía que quedaba en sus ateridos miembros para correr lo más rápido posible.

Solo cuando se había alejado unos cincuenta metros volvió a mirar hacia detrás. El policía y el resto de sus compañeros parecían tener cosas más importantes que hacer. Debían contener un ingente rebaño y no podían descentrarse con un par de ovejas descarriadas.

María volvió a mirar al frente. Quería buscar a aquel hombre, ya que suponía que él también querría entrar en Venecia: si había seguido sus pasos para lograr abandonar el aeropuerto, quizá también pudiera hacerlo en el modo de llegar hasta la isla.

Pero John Sheppard ya había desaparecido de la escena.

* * *

Una hora después, María dejaba su petate sobre la cama de un modesto hotel del barrio de Castello. Era lo único libre que había podido encontrar. Había llegado gracias al ofrecimiento de un comerciante que tenía que ir en su lancha particular hasta la ciudad.

Gracias a ese hombre, María se enteró de pasada de que habían matado el papa, pero desconocía las circunstancias. La noticia la había dejado en shock. Era terrible... Pero lo único importante en aquel momento seguía siendo que contactara con la persona a la que había ido a ver a Venecia. Él sabría lo que hacer cuando ella le contase lo que había ocurrido en Estambul.

Tomó su teléfono y marcó el número mientras deambulaba por su pequeña habitación. Se oyó un chasquido al realizarse la conexión: «Hola, ha llamado a Dave Sheppard. Déjeme un mensaje después de la señal. Gracias».

—Dave, soy yo, María Ayarza. He estado en Estambul y... bueno, llámame cuando puedas, por favor. Es urgente.

Y colgó, lamentado no poder hablar con Dave de inmediato.

Miró a su alrededor y pensó que ya desharía su mochila en otro momento. Le urgía más atender al estómago al que había relegado demasiadas veces a un segundo lugar. Bajó a recepción y le indicaron que en el bar podría tomar un sándwich y un refresco.

Mientras esperaba allí a que se lo sirvieran, María ojeó el periódico veneciano *Il Gazzettino*. Evidentemente, no recogía lo ocurrido en el propio día con el asesinato del papa... y a la luz de ese suceso, desmerecían el resto de noticias que leía María.

Aun así, estuvo echándole un vistazo con desinterés hasta que topó con algo que llamó su atención. Una breve reseña daba cuenta de la muerte de un turista británico al caer en un canal. No era algo que fuera extraordinario. María sabía que cada cierto tiempo, había que lamentar alguna caída inoportuna en los canales de la isla. Pero se hablaba sobre un turista inglés... cuyas siglas respondían a D. S.

El sándwich del que ya había comenzado a dar buena cuenta se le atragantó al leer las siglas. No podía ni pensar que se tratara de Dave Sheppard. Pero se decía que era un turista inglés y...

Terminó el último bocado que le quedaba y subió a la habitación con urgencia. Al

llegar, tomó su móvil y llamó a la policía, pero no obtuvo ninguna ayuda por su parte. Lógico por otro lado. Aquel día tenían cierto revuelo.

Decidió llamar a *Il Gazzettino*.

—¿Hola? —dijo la voz con la que le habían pasado a María tras preguntar por el redactor de la noticia.

—Sí, hola. Mire, me llamo María Ayarza. ¿Es usted Aldo?

—El mismo —contestó afable.

—¿Usted fue el que escribió acerca de un turista inglés que cayó en un canal?

—Sí... —contestó, esta vez con cierto recelo.

—Mire, creo que puedo conocer a esa persona. Tenía un amigo inglés que estaba pasando un tiempo aquí y que responde a las siglas D. S. Le llamo al móvil y es imposible contactar con él.

—He de decirle que no puedo contarle nada. Es confidencial y va contra las normas...

—¡Pero si solo quiero que me confirme el nombre! Se llamaba Dave Sheppard.

—Lo siento —prosiguió Aldo—. Quizá en la policía puedan ayudarla...

—¡Ya he llamado a la policía! ¡Y nadie me dice nada! Se lo pido por favor...

—Mire, puede llamar al número de información general y preguntar si ese amigo suyo tenía una dirección aquí en Venecia. Nosotros solemos conseguir así muchos contactos.

—¡Perfecto! —se quejó María—. Me está siendo usted de mucha ayuda... Mi amigo podría estar muerto, ¿no lo entiende? Solo le pido que mire en su maldito ordenador si era el nombre de Dave Sheppard.

—¿Le doy el número de información? —le preguntó con un extraño tono confidencial.

—¡No! Gracias, ya lo puedo conseguir yo solita...

—No, señora... —apuntó Aldo conciliador—. Tome nota del número. Hágame caso...

María dudó un segundo. Y fue a buscar un bolígrafo a la mesa de su habitación.

Segundos después, María marcaba el número que el periodista Aldo le había proporcionado justo antes de colgar. Nadie cogió al otro lado. «Perfecto...», musitó. Se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. Aquello era surrealista. Se encogió de hombros y presionó el botón de rellamada con más resignación que esperanza.

—¿Sí? —apuntó una voz masculina que no era la de Dave.

—Hola, buenas —dijo María descolocada—. ¿Es la residencia de Dave Sheppard?

—Así es —dijo el hombre para confirmar la sospecha de María por el secretismo de Aldo al proporcionarle el número.

—¿Y podría ponerse, por favor?

—Eso no es posible, señorita, porque el señor Sheppard ha fallecido. Pero ¿quién es usted?

—Le llamo de la compañía eléctrica —mintió María sin convicción—. El señor Sheppard había dejado unos recibos impagados y queríamos saber si había algún problema o...

—Pues me temo que tendrá que arreglarlo con el casero y no tengo ni idea de quién es.

—Sí, claro, no se preocupe —dijo casi sorprendida de que su ficción hubiera resultado creíble para su interlocutor—. En estas circunstancias... ya veremos lo que hacer.

—De acuerdo, gracias.

María colgó. Se llevó las manos al rostro. «Muerto...», musitó. Ya se lo esperaba desde que viera la noticia en el periódico pero. Necesitaba tomar el aire. Despejarse. Salió con urgencia de la habitación. Las paredes comenzaban a caérsele encima.

Cuando cruzaba la pequeña recepción, observó con extrañeza que varios empleados del hotel estaban inmóviles observando la televisión que había fijada en la pared. Ella dirigió también su atención. Se hablaba del asesinato del papa. La verdad era que María, por las urgencias del momento, no se había detenido a interesarse por las circunstancias de la muerte...

De pronto, pusieron unas imágenes en el informativo, mientras la voz en *off* seguía retransmitiendo. Y María sintió que el alma se le encogía.

La figura de un caballero blanco encapuchado llenó la pantalla.

Y María lo comprendió todo.

Dave había sido asesinado por el mismo cabrón que había intentado matarla a ella hacía un par de días. El mismo que también había matado al papa.

Sin poder controlarse, estalló en lágrimas.

LA GALA

Venecia, quince años antes del Vuelo de la Paloma

John y Dave se dirigían hacia el palacio, perseguidos a poca distancia por sus padres. Habían llegado escasas horas antes en el jet privado de Liam Sheppard y, después de dejar sus pertenencias y cambiarse en el Hotel Danieli, una góndola acababa de dejarles en el pequeño muelle. Ahora empezaba lo aburrido para los dos muchachos de dieciséis y dieciocho años.

Vestían de esmoquin y con pajarita. Ambos se sentían ridículos, pero su padre les había advertido de que aquella fiesta era muy importante.

Como siempre que una de las galas organizadas por la sociedad de su padre se hacía pública por algún desliz, decenas de protestantes se agolpaban en los alrededores con pancartas. Increpaban a todos los invitados y les acusaban de ultraderechistas, prevaricadores, capitalistas y varias cosas más que a John solían hacerle bastante gracia. Aunque las más de las veces, los encuentros de la organización World's Angels quedaban en el más absoluto de los secretos.

—Estoy empezando a hartarme de esta isla —admitió John ante su hermano.

—Eres idiota —le reprochó Dave—. Esto es increíble y lo que hacen papá y sus socios para conservar esta ciudad tiene mucho mérito.

—A mí me parece que son todos unos ricachones que solo quieren hacer fiestas y galas para pasarlo bien. El hecho de dar dinero para la reconstrucción de Venecia es una excusa...

—Papá ha consagrado su vida a esto, entre otras cosas importantes... no creo que lo haga por las fiestas.

John puso los ojos en blanco y entró detrás de su hermano al patio de recepción. Cuando llegaron, no pudieron contener su gesto de asombro. Era la planta baja del típico *palazzo* veneciano de tres plantas. En aquel nivel tendría lugar la recepción y el *cocktail* y, como siempre, la cena y el baile se celebrarían en el *piano nobile* del edificio, escaleras arriba. El patio en el que se hallaban estaba revestido por telas de rica seda, con los estandartes venecianos y cientos de velas en cada rincón, confiriendo a la escena un aire romántico. También se habían instalado tres pequeñas fuentes adornadas con juegos de luces diferentes, que parecían bailar al son de la música tocada por la pequeña orquesta sinfónica que había en uno de los laterales.

A su entrada, muchas personas dirigieron su mirada hacia la familia Sheppard. Desde allí podían distinguirse famosos rostros de actores consagrados, nobleza europea o insignes empresarios. Sonrisas, guiños y copas de champán levantadas hacia uno de los insignes miembros de la fundación World's Angels. La organización

era, entre tantas otras que ya existían, la más importante en cuanto a donaciones para las infraestructuras de la ciudad. También era la más relevante en lo que se refería a sus propios integrantes: algunas de las personas más influyentes del mundo pertenecían a la organización y estaban en aquel momento levantando la copa hacia Liam.

El propio Sheppard era además socio mayoritario de una de las mayores empresas de transporte de la Unión Europea, pero era algo que había heredado de su padre, y que tan solo había tenido que gestionar con cierta cabeza. En realidad, su pasión habían sido la arqueología y World's Angels.

El padre de John y de Dave asió la mano de su mujer Donatella y alzó su otro brazo con la palma abierta agradeciendo la efusividad del recibimiento. Después, se acercó hacia un rincón de la derecha del recibidor, donde un enorme libro dorado reposaba en un atril recargado de ornamentaciones.

Allí, un sirviente le tendió una pluma de oca que él untó en un tintero. Realizó un par de trazos con solemnidad, con su característica y simple firma de la L y la S rodeadas por un círculo. Después le pasó la pluma a Donatella para que ella hiciera lo propio. Tras ello, Liam Sheppard metió la mano en el bolsillo interior de su indumentaria y extrajo un sobre que introdujo en una rendija que había en la pared cercana al libro.

John comprendió que aquel era el lugar donde la gente dejaba sus donaciones de aquella noche. Suspiró y acudió con su hermano a pedir un refresco a la barra que se había instalado en uno de los rincones del patio. Allí pasarían las dos aburridas horas siguientes.

* * *

—Voy a hablar con el cardenal Bellini, cariño —dijo Liam tras ofrecer a su mujer una copa de champán.

—De acuerdo, pero no tardes. Ya sabes que me aburro si no estás conmigo.

Liam echó una risotada y posó un beso en la mejilla de Donatella.

—Lo sé, lo sé —admitió—. Tan solo espero que los chicos y tú no me lo reprochéis demasiado. Es algo que...

—Ve tranquilo, Liam —le dijo ella sonriendo.

El señor Sheppard devolvió la sonrisa a Donatella y se sumergió en la marabunta.

—Ilustrísima —enunció Liam al llegar a la vera del cardenal.

—Señor Sheppard. Gracias por acceder a invitarme.

—Sabe perfectamente que la curia es bien recibida en todo evento que World's Angels organice.

—Bueno, bueno —respondió él azorado—. No es bueno que la curia se prodigue

en este tipo de actos.

Liam estalló en una sonora carcajada.

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo —añadió tras coger aire—. Creo que se han vuelto ustedes un poco laxos desde el Concilio Vaticano II.

—Por favor... —bufó el cardenal negando con la cabeza.

Ambos quedaron en silencio. Liam Sheppard había intuido la incomodidad de su interlocutor y prefería no seguir hablando. El cardenal Bellini había llamado el día anterior para solicitar un encuentro con él en la fiesta que organizaba aquella noche. Liam había accedido, pero desconocía los motivos que pudiera tener alguien de la jerarquía eclesiástica en asistir.

—Cada vez hay más notoriedades en esta fiesta —apuntó por lo bajo el cardenal al observar que la reina de España, María Luisa Torres, pasaba cerca de ellos—. No sé si venir ha sido una buena idea.

—Tranquilícese —dijo Liam apaciguador—. Precisamente por las personalidades que asisten, este evento goza de la más absoluta discreción. Venecia sabe que hay una fiesta en este *palazzo* pero no quiénes participan en ella.

—Es que... se respira tanta...

—¿Prepotencia? ¿Altivez? —preguntó Liam airado, intuyendo lo que el cardenal pensaba.

—No es eso... —se defendió el cardenal con firmeza—. Pero es cierto que ustedes... son unos peces gordos que parecen reunirse y decidir cosas importantes para el mundo entre copa y copa de champán.

—Eso es injusto —dijo Liam atusándose el bigote como siempre que se alteraba.

—¿Me está diciendo que no ha habido muchas de sus «fiestas» que han influido en posteriores decisiones del G-20?

—No lo sé... Yo creo que somos personas que usan sus capacidades para el bien común: el medio ambiente, la pobreza de muchos países... o la preservación del patrimonio artístico como hacemos hoy aquí, recabando donaciones para Venecia.

Liam paró de hablar y miró con discreción a ambos lados. Había subido un poco el tono de su voz y lamentaba haberlo hecho. Y más con un ministro de la Iglesia. Pero él era un hombre comprometido que dedicaba su vida a ideales nobles. Siempre lo había entendido así. Era consciente de las suspicacias que levantaban aquellas reuniones de personalidades, pero nunca le había dado importancia. Sus socios eran gente como él. Conscientes de su suerte y dispuestos a compartirla para hacer del mundo un lugar mejor. Suspiró y relajó los músculos de su rostro.

—¿Y qué era eso que quería comentarme? —preguntó con tono reconciliador.

El cardenal volvió a recuperar esa disposición de zozobra con que Liam lo encontrara minutos antes.

—Aquí no. Vayamos a un lugar más privado.

EL FUEGO

Venecia, día siguiente al Vuelo de la Paloma

Eran las once de la noche. Faltaban dos horas para su cita con el destino. John corría por las calles desiertas. Eso le ayudaba a despejarse. Llevaba más de cuarenta minutos y en todo su recorrido no había escuchado más que el sonido de sus zapatillas al chocar con el suelo. A salvo de alguna de las zonas turísticas en las que ya había gente que se animaba a salir, Venecia era una ciudad dormida.

Eso siempre le había gustado a John. La noche veneciana era una noche como serían las de las épocas antiguas: sin ruidos, oscuras, tranquilas. El hecho de que no hubiera coches en la isla, ni vehículos motorizados, hacía que sus sonidos nocturnos fueran únicos. Era la única ciudad del mundo que podía verse prácticamente tal y como sería en los siglos XVI y siguientes.

No obstante, de vez en cuando y por las excepcionales circunstancias, se oían de fondo las barcazas patrulleras que vigilaban los bordes de la isla y algún helicóptero sobrevolando la ciudad. Pero, por lo demás, estaba todo tranquilo. Y John se sentía único corriendo por las calles y puentes de la ciudad.

Lo único malo era que el complejo entramado de calles hizo que John no supiera por dónde iba y menos aún, por dónde habría de regresar a su hotel. Pero no le importaba.

Ahora se centraba en correr y en pensar en lo que podía ocurrir en un par de horas en la Plaza de San Marcos. La cita del Apocalipsis de «será arrojado al mar algo como un gran monte que arde en llamas y que convertirá en sangre la tercera parte del mar», se repetía una y otra vez en su cabeza, casi de modo literal.

Riccardo Loredan ya le había confirmado que había puesto al tanto a su amigo Giacomo Meazza, miembro de la escolta papal con muchos contactos en la policía y que estaba metido en la investigación del caso. Eso le dejaba más tranquilo. Ya no habría de pesar en su conciencia un posible asesinato.

Había algo dentro de él que le hacía sentir atracción por aquella trama. Aquel asesino había usado de cebo a su propio hermano. Y a John el cuerpo le pedía venganza. Además, todo el misterio que envolvía el asesinato del papa... Se había cometido ante las televisiones de todo el mundo y nadie había podido sacar nada en claro sobre el caballero. Los naipes, las pistas, las águilas... ¿Qué buscaba el asesino? ¿Solo llamar la atención? Demasiada parafernalia... Debía haber algo más.

Miró su reloj. Llevaba una hora. Y eran casi las once y media. El sacerdote y el escolta irían a recogerle al hotel en treinta minutos. Así que decidió dar media vuelta. Suponía que le llevaría un rato encontrar el camino...

* * *

Eran las doce de la noche y John aguardaba en la puerta de su hotel. Ya estaba con Riccardo Loredan, que había llegado con antelación. Se le notaba nervioso. No llevaba *clergyman* sino unos vaqueros y un jersey negro de cuello vuelto que resaltaba aún más su nervuda complexión a pesar de su baja estatura. John solo llevaba una camiseta. No solía tener frío y menos aún después de hacer ejercicio.

Al final de la estrecha calle Riformati, subiendo desde el sur, apareció Giacomo, de pelo rapado casi al cero, y muy fornido. Estaba flanqueado por un hombre más alto que él. Ese acompañante tenía la misma altura que el propio John Sheppard, aunque quizá no era tan corpulento como el inglés. Tenía el pelo rojizo y una abultada barba pelirroja que escondía sus rasgos y dejaba tan solo a la vista unos ojos inquisitivos. Caminaba con sigilo y agilidad, como si flotara por el suelo.

—Hola, soy Giacomo —se presentó el escolta al llegar—. Tú debes ser John Sheppard. Siento lo de tu hermano.

—Gracias —respondió John estrechándole la mano.

—Éste es Heinz Meier —dijo Giacomo señalando a su compañero—. Es uno de los dos vicecomandantes de la Guardia Suiza.

—Pensaba que solo había un vicecomandante en la guardia, como segundo de a bordo del coronel, que hace de comandante —apuntó Riccardo.

—Yo vuelo debajo del radar —explicó Heinz con media sonrisa—. Me dedico a la investigación criminal y amenazas terroristas.

—Me ha parecido que debía traerlo —comentó Giacomo—. Yo ya estoy viejo y usted, Don Riccardo, ha visto tiempos mejores.

—Estoy en perfectas condiciones, majadero —se defendió él.

—Sí, claro. Bueno, Heinz tiene treinta y pocos y está en forma... —el escolta miró entonces a John—. Aunque ya veo que hoy vamos sobrados de atletas.

—Competió en las Olimpiadas —apuntó Riccardo, como si ahora le tocara a él presumir de acompañante.

—¿En serio? —se interesó Giacomo.

—En serio —contestó John con humildad—. Pero fue hace mucho.

—Y tú, muchacho —se interesó ahora Riccardo por Heinz—, ¿cuánto tiempo llevas en la Guardia Suiza?

—Siete años —contestó él.

—Y ya eres vicecomandante... —dijo el sacerdote con admiración.

—Pero, ese rollo de la Guardia Suiza... —apuntó John desconcertado—. Perdonad mi ignorancia pero pensaba que solo era una pose: gente con uniformes coloridos con las que poder sacarte fotos en San Pedro. Y con esa lanza tan alta...

—La alabarda —aclaró Giacomo sonriendo—. Precisamente, reciben un duro adiestramiento con esa arma y con la espada. Acaban sabiendo usarlas con mucha maestría...

Heinz Meier no apuntó nada. Tan solo miraba con altivez a John Sheppard, ofendido de que dudase de su preparación.

—Y además de la espada y la alabarda —habló esta vez Riccardo—, también sois instruidos en tácticas de protección como los guardaespaldas, ¿no?

—Sí... —continuó Giacomo, consciente del malestar de su compañero—. Además, claro, de haber recibido instrucción en el ejército suizo y obtenido certificados de buena conducta. Esos requisitos, además de los conocidos de ser ciudadano suizo y católico, son los que ha de tener alguien para ingresar en la Guardia.

John Sheppard asintió con la cabeza, con cierto aire inocente. Su sinceridad le hacía reparar pocas veces en el efecto que podían causar sus palabras.

—Ésos son los presupuestos básicos —habló finalmente Heinz con mucha suavidad y los ojos entornados hacia John—. Pero mi formación excede por mucho de esos requisitos mínimos... Aunque cuando vayas a San Pedro, Sheppard, dejaré que te saques una foto conmigo para ponerla en tu salón.

—Ya veo —apuntó el londinense con desinterés—. Es impresionante. Jamás habría imaginado que...

—¿Qué tal si nos vamos? —le cortó Heinz, dirigiéndose a Giacomo—. Comprobemos de una vez si las raras conspiraciones de ficción que nos habéis contado son ciertas o absurdas.

Y no hubo más palabras. Sin mediar preámbulo, los cuatro comenzaron a caminar hacia el sur de la isla.

Habría sido más rápido usar una embarcación y por eso John había llamado durante la tarde a Marco Alfieri, para ver si podían usar su góndola. Pero había notado algo extraño en su voz cuando éste había puesto excusas al respecto. John no había querido ahondar en las razones del gondolero para no aparecer y había quedado en que ya le llamaría en otra ocasión.

Veinte minutos más tarde, tras surcar una Venecia absolutamente inerte, llegaron a la Plaza de San Marcos. Eran las doce y media e incluso la plaza estaba dormida: todavía estaba en las mentes de todos que aquel había sido el escenario del crimen del siglo. No había iluminación en la basílica, en señal de duelo por el papa, aunque sí brillaban las luces de la plaza y del Campanile. Así y todo, la imagen nocturna de la plaza rezumaba melancolía y una tensión oprimente.

Decidieron apostarse en dos puntos distintos. Ambos estaban cerca del pórtico del templo que exponía en su arco la historia de la llegada de las reliquias del evangelista a la ciudad para ser su patrón desde entonces.

Se dispusieron por parejas, John y Giacomo por un lado, y Heinz y Riccardo por otro. Esperaban en una calma tensa, ocultos en las generosas sombras de la noche.

—Si aparece ese tío, tendré que cortarme mucho para no volarle la cabeza —susurró Giacomo, mientras acariciaba su pistola.

—¿Y por qué ibas a cortarte? —replicó John.

—¿Bromeas? ¿Crees que podemos disparar así por así a cualquiera? Si le cogemos con las manos en la masa, desde luego, pero de otro modo...

—Pero se supone que ha matado a...

—¡Calla! —ordenó Giacomo posando su mano sobre la boca de John.

Después, el escolta, con el ceño fruncido, indicó por gestos al londinense que mirase hacia la laguna. En el borde del embarcadero, donde bailaban al son de la marea las góndolas amarradas, se recortaba una figura que miraba hacia el mar. Hacia la Isla de San Jorge.

Una capucha cubría su cabeza.

Giacomo Meazza elevó su cabeza e hizo desde la lejanía una señal a Heinz Meier. Cogió del brazo a John para indicarle que debían abandonar la posición y le ofreció una pistola con la que el joven se sintió algo violento. Ambas parejas —guardia suizo y sacerdote, escolta y londinense— avanzaron con sigilo hacia la posición de aquella figura.

Observaron con más inquietud que alivio que el hombre encapuchado no movía un ápice su posición, a pesar de la ya audible cercanía de sus cuatro acechadores. Tanto Giacomo como Heinz apuntaban con su pistola hacia el individuo. John hubo de reconocer que el suizo pelirrojo resultaba imponente: a pesar de su altura, se deslizaba por el suelo con movimientos armónicos y sin quitar el ojo de su objetivo.

—No mueva un maldito músculo —pronunció por fin Giacomo.

Los cuatro rodeaban al encapuchado que seguía al borde del muelle. Los leves golpes de marea eran la única nota dinámica del escenario. El hombre permaneció inanimado. Hedía. Era un olor parecido al aceite o a la mugre.

Giacomo y Heinz se miraban. Parecían dudar. John lo percibía y eso hacía aumentar su inquietud. Aquél podía ser el asesino de su hermano. Y como siempre le ocurría, la rabia preponderó sobre su prudencia: caminó con firmeza hacia la figura, esta vez empuñando su arma con decisión.

Se puso frente a él y le retiró la capucha violentamente, antes de que Giacomo pudiera sujetarlo.

La imagen que los cuatro contemplaron casi les produjo dolor físico.

El rostro del hombre estaba totalmente ensangrentado. Tenía levantado el cuero cabelludo y su cráneo era una gran masa sanguinolenta. Un pañuelo cubría su boca, y sus labios temblaban por el dolor y por el miedo. Sus manos estaban atadas y cada uno de sus dedos también sangraba. Lloraba en silencio.

John reprimió su repugnancia y retiró el paño de la boca de aquel desdichado. Cuando lo hizo, pudieron observar que le habían sido arrancados todos los dientes.

—¿Quién es usted? ¿Quién le ha hecho esto? —le preguntó John con compasión.

Él intentó hablar pero no salieron palabras de su boca. Heinz sacó el móvil de su bolsillo y guardó la pistola. Marcó un número y caminó alejándose del grupo. Pudieron escuchar cómo pedía un helicóptero con personal sanitario.

—Hijo mío, no se preocupe. Ya ha pasado todo —le dijo Riccardo posando la mano sobre su hombro.

El hombre les miró con los ojos desorbitados, como si de pronto, sus ojos vieran por primera vez.

—Mátenme... —susurró con tono suplicante.

Y de repente, se escuchó a lo lejos un ruido extraño. Riccardo miró a Giacomo y se señaló al oído indicando al escolta que escuchase. John también lo percibió. Los sonidos que llegaban desde las entrañas de la ciudad eran escalofriantes: como un retumbo constante contra el empedrado, que iba creciendo en sus oídos.

—Ya está aquí —musitó el hombre herido, muerto de miedo.

Y ocurrió algo: una llama de fuego surcó el cielo y se acercó peligrosamente hacia ellos. John Sheppard saltó con agilidad hacia un lado y Giacomo Meazza hizo lo propio. Riccardo Loredan, por el contrario, se abalanzó sobre el hombre ensangrentado para apartarlo.

Pero fue tarde. Una gran flecha ardiente fue a clavarse en la espalda del infortunado y, de pronto, todo estalló en llamas. Y John lo comprendió: el olor que habían percibido desde el principio se debía a que ese hombre había sido bañado en brea o en alguna sustancia inflamable parecida.

La explosión se hizo más violenta. No solo el hombre había sido impregnado. A su alrededor también había caído líquido y todo comenzaba a arder. John rodó por el suelo alejándose del fuego que le seguía la estela.

Logró zafarse del peligro y permaneció en el suelo recuperando el aliento. Hasta que recordó que Riccardo había saltado sobre la víctima un segundo antes de que ésta ardiera. Se incorporó y buscó a sus compañeros que habían quedado al otro lado de las llamas. No encontró a Heinz por ninguna parte. Pero sí vio que Giacomo también se había hecho eco de su preocupación y hacía que el sacerdote rodara por el suelo para que las llamas que se habían adherido a su ropa remitieran.

Todo era confusión y desorden. El hombre de la túnica seguía ardiendo. Y los sonidos retumbantes eran ahora perfectamente audibles. John dirigió su mirada hacia la plaza y observó qué los causaba.

El caballero blanco encapuchado emergió entre las sombras nocturnas, a lomos de un caballo negro de gran envergadura cuyos cascos golpeaban con violencia el empedrado. Se acercaba vertiginosamente. Sus manos obviaban sujetar las bridas de

su montura y, en su lugar, portaban un arco tensado con otra flecha en llamas.

John escuchó un disparo. Giacomo había usado ya su arma. El joven inglés comprobó con fastidio que ya no tenía su pistola: al escapar de la explosión la había soltado. El caballero lanzó su flecha y se clavó en el hombro del escolta, lo que provocó que el arma de Giacomo cayera al suelo. Riccardo ya no ardía pero estaba en el suelo fuera de combate y aún humeando. Heinz debía encontrarse al otro lado del incendio porque seguía sin aparecer.

John, después de comprobar que sus compañeros no podían hacer ya nada, recuperó su anterior sentimiento de rabia. Y corrió hacia el jinete.

El inmenso corcel parecía relinchar humo del mismo infierno y sus ojos brillaban con un tono rojizo. Pero John se dirigió velozmente contra él. A pesar de sus casi dos metros de altura, era clara la desventaja entre ambas envergaduras.

El caballero blanco no remitió la celeridad de su montura. Se colocó el arco en la espalda y no necesitó sujetarse a las bridas para desenvainar en el mismo movimiento una brillante espada. A pesar de todo, John siguió corriendo contra una muerte segura.

Y cuando estaba a punto de abalanzarse sobre el asesino de su hermano, el jinete dio un espoletazo a su caballo que hizo que diera un salto descomunal. John trastabilló y cayó de hinojos al suelo. El animal voló a escasos centímetros de su cabeza, y dejó impotentes sus ánimos de venganza.

El encapuchado continuó cabalgando como si la tentativa de ataque de John solo hubiera sido un incordio pasajero. Se dirigió hacia su anterior víctima, aún en llamas. Como una exhalación, pasó por su lado y, con un violento golpe de su espada, provocó que el hombre cayera a la laguna. Después, desapareció a un trote vertiginoso.

John, aún de rodillas en el suelo, escuchó dos disparos que Giacomo realizó usando su arma con la mano izquierda. Pero las balas se perdieron en la negrura de la noche, tal y como había hecho la terrible figura.

—¡Hijo de puta! —gritó Giacomo.

Después, el escolta corrió hacia Riccardo Loredan, que comenzaba a incorporarse. No había sufrido quemaduras preocupantes. Giacomo levantó su cabeza. Miró a John y después recorrió con su vista la plaza.

—¿Dónde cojones está Heinz? —preguntó.

—No lo sé —contestó John que se acercaba caminando hacia sus compañeros—. Yo he estado detrás las llamas y no he visto nada.

De pronto, escucharon un chapoteo en la ribera de la laguna. Vieron una testa cubierta de pelo rojizo empapado. Era Heinz Meier emergiendo del agua. Llevaba entre sus brazos un cuerpo totalmente carbonizado y casi consumido hasta los huesos.

Giacomo Meazza y John le ayudaron a subir al muelle. Tomaron el cadáver y lo

depositaron en el adoquinado.

—¿Dónde te habías metido, muchacho? —le preguntó Giacomo cuando Heinz se sentó en el suelo—. Habría necesitado tu cobertura.

—He estado detrás de ti todo el rato pero con la explosión, he caído al agua. Segundos después, me ha caído encima este pobre desgraciado —apuntó mientras señalaba al hombre.

—¿Y tú, maldito chalado? —inquirió el escolta esta vez a John—. ¿Pensabas hacerle un placaje a un caballo de seiscientos kilos? ¿No habría sido mejor que usaras la pistola que te he dejado?

—La perdí —admitió John.

—La perdió... —bufó Giacomo—. Al final, Don Riccardo, uno no puede confiar en la juventud, ¿eh?

Pero Riccardo Loredan no les escuchaba. Estaba de cuclillas cerca del cadáver. Le hizo la señal de la cruz a escasos centímetros de la frente.

—Podríamos haberlo salvado —dijo por lo bajo.

—No. No habríamos podido —zanjó el escolta—. No sabíamos que iba a... explotar.

—¿Quién era este pobre hombre? —preguntó John.

—No lo sé —musitó Riccardo negando con la cabeza.

—Ni lo sabremos —añadió Heinz con seriedad—. Ese asesino se ha asegurado que no haya nada reconocible en el cuerpo: no tiene cuero cabelludo, ni dientes, ni huellas dactilares... se lo ha arrancado todo. Y como colofón, ha quemado el cuerpo. Lo ha impregnado con algo inflamable y ha ardido muy violentamente en pocos segundos. Está absolutamente carbonizado.

—Tiene razón —corroboró Giacomo suspirando.

Quedaron en silencio unos segundos. Heinz intentaba secarse. John no podía apartar la mirada del cadáver. Y Giacomo acompañaba a Riccardo, que parecía estar bisbiseando un responso. El fuego había remitido casi totalmente: tan solo había varios focos repartidos por el suelo, con llamas que no se levantaban más de diez centímetros del suelo.

Finalmente, el sacerdote se incorporó y el escolta hizo lo propio.

—«Tocó la trompeta el segundo ángel. Entonces fue arrojado al mar algo como un gran monte que ardía en llamas; y se convirtió en sangre la tercera parte del mar» —recitó literalmente el sacerdote—. Se ha cumplido...

John miró su reloj. Solo unos minutos pasaban la una de la madrugada.

—Supongo —continuó Riccardo Loredan dirigiéndose a Giacomo— que ahora ya das crédito a lo que John y yo intuíamos.

—Mañana hablaré con el resto de la gente al cargo de la investigación —prometió él.

—¿Y qué dirás para justificar lo de la carta del asesinato del papa? —le preguntó John.

—¿La que fue robada del escenario del crimen? —preguntó con acidez Heinz, mostrando así su desaprobación con el asunto.

—De eso me ocupo yo —respondió Giacomo, lanzando una dura mirada al suizo.

Pero el sacerdote seguía mirando al hombre carbonizado y no pareció importunarse por el comentario.

—Hay que reconocer —siguió diciendo Giacomo— que si Don Riccardo no se hubiese quedado esa carta, nadie habría estado aquí hoy... intentando evitar el segundo asesinato.

—El tercero —matizó John.

—Sí... el tercero —se corrigió el escolta.

De pronto, se hizo audible la llegada de un helicóptero.

—Son los sanitarios que he pedido —anunció Heinz.

Giacomo Meazza dirigió sus ojos al sacerdote con una sugerente expresión. John no comprendió el significado de aquella mirada.

—Será mejor que os vayáis de aquí —les indicó el escolta—. No sería bueno que lo vieran y...

—Lo he entendido, Giacomo —cortó el sacerdote.

—Heinz y yo nos quedaremos para los papeleos y para ver cómo proceder. Os llamo mañana si os parece.

—De acuerdo —accedió Riccardo.

Y comenzó a caminar, tomando por el brazo al joven londinense, que le siguió sumiso. Pasaron por encima de las pequeñas llamas, aún extrañamente focalizadas en distintos puntos del adoquinado. Llevaban recorridos unos metros cuando John se detuvo. Frunció el ceño y se dio media vuelta.

—Nos olvidamos de algo —exclamó para que le escucharan Giacomo y Heinz, que ya hacían gestos al helicóptero.

—¿De qué, muchacho? —inquirió el escolta volviéndose.

—De la carta... la pista para el siguiente asesinato.

—¡Olvídate de ninguna carta! —espetó Heinz sin mirarle—. Si este hombre tenía una carta, estará tan carbonizada como él.

—Quizá no haya más cartas... quizá hayan terminado los asesinatos —se esperanzó Riccardo.

John miró al cuerpo. Después, observó a su alrededor. Y sacudió la cabeza, como si de pronto percibiera algo que antes no hubiera estado allí.

De nuevo su mente profesional, puso orden a la escena visual que tenía lugar ante él y comprendió.

Corrió hacia donde estaba la víctima, saltando las pequeñas llamas del suelo.

Llegó hasta la ribera del muelle y se subió a un banco de piedra. Volvió a dirigir una mirada hacia el suelo desde esa posición. Asintió.

—Aquí tienen su pista, señores.

Los tres hombres intentaron ver lo que John veía. Hasta que, pasados unos segundos, lo lograron. Las pequeñas llamas que salpicaban el suelo, de pronto, se dibujaron ante sus ojos en una figura: un águila. Dentro, había raspados en el suelo una letra y unos números romanos. Del Apocalipsis.

LOS PUENTES

Rivoalto, año 810 d. C.

—Piénsalo, Angelo. Es lo mejor para el país.

—No lo sé, Ioannes. No lo sé...

—Ahora eres el dux. Deberías saberlo.

Angelo Partecipazio había recibido en su casa al caballero blanco al que tanto debía. Ahora todo era distinto. Él era el dux del país véneto. Por aclamación popular, después de todo lo que había sucedido.

Tras la famosa batalla de la laguna, cuya historia permanecería en la memoria del pueblo para siempre, habían pasado dos cosas. Pipino había muerto el 8 de julio de ese mismo año en Milán, llorando todavía su vergonzosa derrota. Y, por otro lado, se había firmado uno de los tratados más importantes para el devenir del país: el Tratado de Aquisgrán. En él, los imperios de Occidente y de Oriente, Carlomagno y Constantinopla, acordaron que el Véneto seguiría siendo oriental. Carlomagno renunciaba a sus pretensiones allí. El mundo había aprendido que el orgulloso Véneto sería dominado solo por quien él mismo quisiera. Y él quería pertenecer a un reino lo suficientemente alejado como para que le dejaran cumplir su objetivo: convertirse en el dominador del comercio, de la belleza, del lujo... y del mar.

Después, Ioannes había encarecido a Angelo para que tomara el poder. Para que él mismo pudiera volver al anonimato sin preocuparse por el buen desarrollo del gobierno véneto. Y el nuevo dux no había defraudado. Había contagiado su pasión a todos sus súbditos, que habían acogido el plan de la reconstrucción de las islas y de las ciudades derruidas por los francos con ánimo y optimismo.

Solo les quedaba por decidir si había que volver a instaurar la capital en Heraclea, cuyo nombre después de resurgir de las cenizas era Cittá Nuova. Por esa razón, Angelo había llamado a Ioannes. Porque sabía que él tenía una opinión al respecto. Extravagante, pero quizá genial.

—Erigir la capital en estas islas de Rivoalto... —musitó el dux intentando mascar la idea de Ioannes.

—Es lo lógico. Lo más seguro es tener la capital en el lugar más protegido. El Véneto se hace cada vez más rico y cada vez más poderoso. Eso despierta las codicias de los reyes y emperadores, que ven en nosotros, por nuestra minúscula extensión, una presa fácil y muy jugosa. Ya hemos visto lo que ha pasado con nuestra antigua capital por ser más accesible desde los dominios terrestres. Si queremos proteger nuestra nueva capital, lo mejor sería adentrarla en el mar para gozar de la protección de la laguna.

—Ya nos protegió del poderoso imperio franco... —concedió Angelo perdiendo su mirada.

—Exacto.

Ioannes quería condicionar la decisión que tomase el dux. Era cierto que adentrar en el mar la capital véneta protegía más eficazmente el país. Pero lo que también pensaba el soldado era que, cuanto más protegido estuviera el Véneto, más protegido estaría el cofre que guardaba.

—Pero Rivoalto no es ni siquiera una isla. Es un archipiélago y ninguna de las sesenta islas que lo conforman supera en tamaño a las otras que nos rodean.

—Es cierto: son islas pequeñas pero no están separadas por grandes distancias. Juntas hacen una extensión más grande que la de ninguna otra de nuestras islas.

—¿Qué quieres decir?

—Construye puentes.

—¿Cómo?

—Une las islas. Deja de nombrarlas como las «islas» de Rivoalto y llámala tan solo «isla». Es una cuestión de perspectiva.

—¿Estás loco? Son poblaciones pequeñas... pero muy distintas.

—¿Consideras que Roma son dos ciudades distintas separadas por el Tíber?

—Es diferente...

—No lo es, Angelo. Construye puentes y conseguirás una unidad.

—Pero... Es cierto que no hay casi separación entre muchas de las islas. Pero entre el Este y el Oeste del archipiélago sí que hay una separación bastante más grande.

—Pues habrás de hacer puentes más largos allí. Ése será el canal principal. Nos servirá para que los grandes barcos puedan atravesar la isla.

—Pero habrá que levantar una ciudad de la nada y...

—¡Angelo! —exclamó Ioannes, zanjando el debate—. Construye puentes.

Y se marchó de la estancia, consciente de que aquel hombre llegaría a la conclusión correcta.

Semanas después, Ioannes, que ya volvía a acogerse al anonimato de la identidad del joven y pobre pescador Marco, comprobó con regocijo como comenzaban a tenderse puentes entre las diversas islas del archipiélago.

El palacio ducal empezó a levantarse poco tiempo más tarde, en el enclave que no habría de abandonar nunca en su historia. Y pronto, todo el mundo comenzaría a contemplar la idea de aquellas islas como una unidad. Y ya no se les llamaría «islas de Rivoalto». Se le daría un nombre. Único para la única isla que acabaría siendo.

Y así, en tan solo unos meses, en el año 811 de Nuestro Señor, nacería Venecia.

EL CUADRO

Venecia, día siguiente al Vuelo de la Paloma

María Ayarza había caído en ese sueño profundo que provocan las lágrimas. Derrumbada en su cama y todavía con la ropa del día anterior, miró su reloj. Ya era de día. Se incorporó y sus revueltos cabellos inundaron su cara. Descendió del catre y fue al cuarto de baño. Se miró en el espejo. Ojos llorosos e inflamados, y sus pelos enredados en caprichosas direcciones.

Su amigo Dave... El papa Pedro II... Muertos. Y ese caballero blanco. Pensó con rabia que si se lo volvía a encontrar, le... Suspiró y apartó la mirada del espejo. ¿A quién quería engañar? Ese encapuchado le ponía los pelos de punta.

Fue a la ducha y dejó corriendo el agua caliente. Creía saber lo que debía hacer aquel día: ir al apartamento de Dave para buscar pistas.

Dave Sheppard había estado investigando el misterio de Enrico Dandolo más tiempo que ella y seguro que habría encontrado respuestas. Quizá había llegado a averiguar información acerca de aquel caballero... Y quizá había sido eso lo que le había llevado a la tumba.

La bilbaína se metió en la ducha y cerró los ojos, intentando dejar que el agua que recorría su cuerpo se llevara por el desagüe también sus fantasmas. Fue inútil.

María había estado en el equipo arqueológico que lideró Dave Sheppard durante unos meses en unas excavaciones cerca de Éfeso. Y fue allí cuando hicieron un descubrimiento histórico. Descubrieron un cuerpo. Un cuerpo que no debería estar allí. Al menos eso decía la Historia.

La misma Historia que establecía que los restos del temible dux veneciano Enrico Dandolo descansaban en Santa Sofía, en Estambul. Aunque ellos lo habían encontrado en Éfeso.

Una vez identificaron que era el dogo, hubo un revuelo en la expedición. Los personajes que sufragaban la excavación y pagaban al equipo se pusieron nerviosos. Era un gran descubrimiento. María nunca supo quiénes estaban detrás poniendo el dinero y los medios para aquella operación. Eso era algo que solo sabía Dave Sheppard que era el jefe del equipo. En cualquier caso, algo ocurrió porque, después de mostrar una extraña actitud, Dave desapareció. Justo el día clave del encuentro...

Antes de que eso pasara, la bilbaína había hablado con él. Le había preguntado qué ocurría: con la expedición y a él en persona. Él nunca respondió con claridad.

Pero ella había sabido dónde encontrarlo tanto tiempo después. Lo que nunca se imaginó es que lo encontraría muerto.

María, por su parte, después del arrebató de Dave de abandonar la expedición que

provocó que todos sus integrantes se dispersaran, decidió hacer la guerra por su cuenta. No entendió que aquel descubrimiento acerca de Enrico Dandolo no tuviera su eco en los medios. Todo se dejó empantanado.

Así que después regresó a Bilbao. Su estancia allí se alargó por un inoportuno cáncer que apareció en el cuerpo de su padre. Él, con su cabezonería habitual, le había prometido a su vikinga y al resto de hijos que se curaría en poco tiempo. Ella, a su vez, le prometió estar a su lado hasta que eso ocurriese. Y así fue. El cáncer, ya fuera por la pericia médica o por la indoblegable terquedad de su anfitrión, decidió largarse unos meses después.

María, con su padre ya recuperado, volvió a dirigir su atención a viejos fantasmas y decidió acudir a Estambul para averiguar la razón de que una lápida en Santa Sofía rezara un nombre que no debía.

Y allí había esquivado a la muerte. Al caballero blanco.

Cerró el grifo y salió de la ducha para vestirse. Camiseta, vaqueros y unas zapatillas de deporte. El pelo todavía chorreaba pero no se lo secó ni tuvo reparo en peinárselo con demasiado esmero. No era el día para lucirse. Abandonó la habitación sin querer mirarse al espejo, inconsciente de que, aún de esa guisa, provocaría la atracción de varias miradas masculinas a lo largo del día.

Mientras salía del hotel, hablaba por teléfono. Esta vez sí había hecho uso del número de información general. Tras varias pesquisas, había conseguido la dirección de Dave.

Largos minutos después, María llegaba hasta la Ría de Verona. Todavía no estaban en servicio los *vaporettos* y tuvo que ir caminando. Lo hubiera hecho de todos modos. En su paseo había intentado ordenar unos pensamientos inordenables.

Llegó al lugar y paseó su mirada por las paredes descascarilladas de los inmuebles cercanos. Halló el portal que buscaba cerrando la calle, al final del estrecho paseo que colindaba con el canal.

Buscó el nombre de su amigo Sheppard. Segundo piso. Después miró a su alrededor y, tras comprobar que no había nadie cerca, obtuvo unas pequeñas ganzúas de su bolsillo derecho.

Se agachó e introdujo con sumo cuidado una de ellas en la cerradura. Con su mano izquierda tomó la manilla de la puerta. Pero al hacerlo, la vieja hoja de madera se deslizó crujiendo, dejando vía libre a la intrusa sin necesidad de manipulaciones. «Perfecto...», se dijo María a sí misma, mientras guardaba de nuevo sus ganzúas.

Subió por las escaleras y llegó hasta la puerta del piso. Allí sí hubo de usar sus utensilios. Pero no desperdició mucha maña en la empresa ya que, de nuevo, obtuvo vía libre al interior con bastante facilidad.

Dentro descubrió la vivienda que esperaba de alguien como Dave. Desorden, libros, papeles, polvo y mapas.

María comenzó a revolver la estancia. Quería encontrar algo que le indicara qué había podido averiguar Dave en relación con Éfeso, Enrico Dandolo... o con el caballero blanco.

Pero, tras media hora, comenzó a desesperarse. Quizá su amigo había resbalado en el canal verdaderamente... Pero Dave no era torpe en absoluto...

De repente, unos golpes en la puerta despertaron los sentidos de María. La joven se puso en alerta. La adrenalina comenzó a fluir por sus venas y la respiración se le fue entrecortando... Si tras aquella puerta encontraba una capucha blanca, un infarto se la llevaría del mundo mucho antes de que ese asesino pudiera hacer nada contra ella.

Nuevos golpes, más violentos, en la puerta. María estaba paralizada.

Unos segundos después, la joven escuchó cómo unos pasos se alejaban y descendían por los crujientes peldaños de madera del inmueble. Ella recuperó el control de sus desobedientes miembros y les obligó a acercarse hasta la entrada. Abrió la puerta.

—¡Eh! Usted —llamó María en italiano a un hombre encamisado y de pelo largo y gruesa barriga que estaba desapareciendo por las escaleras.

Él se dio la vuelta.

—¡Ah! Pensaba que no había nadie —apuntó él.

—¿Quién es usted? —inquirió ella con desconfianza.

—Yo... vivo aquí debajo. El cartero ha metido una carta en mi buzón por equivocación y he venido a dejársela. Solo eso...

—¡Oh! Gracias —dijo María en tono de disculpa—. Y... ¿dónde está esa...?

El hombre señaló con indiferencia hacia los pies de la mujer. Después, prosiguió su descenso y desapareció de su vista.

María miró al suelo y vio un sobre avejentado de un tamaño de medio folio. Lo tomó entre sus manos. Tenía sello de correos e indicaba esa dirección, pero no tenía remitente. Tampoco ponía el nombre de Dave Sheppard. Pero había escrita una palabra en letras mayúsculas. Estaba en latín y María la tradujo mentalmente: «Ábrela», rezaba.

Y así lo hizo. En su interior había una nota, escrita en italiano y con una máquina de escribir vieja como indicaban los contornos de las letras con algo de tinta corrida.

María Ayarza la leyó.

Vicentino, Imperio Franco, Sala dello Scrutinio. Bajo el escudo de San Marcos. Se hacía llamar Ioannes.

La mujer dio un respingo. ¡Ioannes! Era el nombre que había visto en la tumba vacía de Enrico Dandolo en Estambul.

Pero ¿quién le enviaba ese sobre a Dave Sheppard? Quizá había estado apoyándose en algún contacto para que le remitiera información sobre lo que él

indagaba.

Volvió a mirar la nota. Después, con decisión, abandonó la casa y salió a la calle dispuesta a averiguar qué demonios significaban aquellas letras.

* * *

Minutos después, María Ayarza paseaba por los interiores del Palacio Ducal de Venecia. Había comprado una entrada y alquilado unos auriculares de audio-guía para poder llegar directamente al salón que buscaba. A la Sala del Escrutinio.

María había sabido desde el primer momento que la mención de la nota se refería a una de las estancias del Palacio, donde se reunían antaño los órganos de gobierno. Y que el mensaje se referiría a algún cuadro expuesto en esa sala, ya que las pinturas de Andrea Michieli, llamado Il Vicentino, artista del siglo XVI y principios del XVII, proliferaban en Venecia y, en concreto, en el palacio.

Por fin alcanzó la sala. Sabía qué pintura había de buscar. Aquélla en que se representaba al ejército franco a las órdenes de Pipino, hijo de Carlomagno, intentando vencer a los vénéto por mar para llegar a su capital. Una empresa en la que habían fracasado.

Se colocó delante de ella. Era una representación confusa y oscura, atestada de figuras humanas que se batían por su vida en el mar vénéto. Nada de aquello le decía nada a María.

Pero, tras unos segundos de contemplación, observó que había un escudo portado por un soldado que representaba un león con alas en su lomo. «El escudo de San Marcos», musitó María. Así se le representaba: con el león alado.

Y debajo, había un caballero extraño. Desde luego, no llevaba una capa blanca. Pero su cara estaba ennegrecida. Era una figura extraña en el cuadro. Llevaba armadura completa, al contrario que sus camaradas. Y sus facciones se habían ocultado como si su identidad fuera un misterio. Parecía no pertenecer a ninguna facción pero observaba detenidamente lo que ocurría en la batalla. Como si fuera un talismán de los vénéto.

—No me fastidies —dijo en alto María, que se sorprendió con su propia voz.

¿Aquél era Ioannes? ¿En una batalla que tuvo lugar en el 810 después de Cristo? María Ayarza no comprendía nada. ¿Y qué sabía Vicentino, que había pintado el cuadro en 1590, de aquella historia? Quizá alguien le había mandado incluirlo...

María sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Qué demonios es todo esto? —volvió a preguntar, mientras se quitaba con rabia los auriculares de guía del museo.

Se mordió el labio inferior y volvió a dirigir su atención a aquella figura. El caballero de negras facciones parecía sonreír con malicia.

LA AMENAZA

Venecia, dos días después del Vuelo de la Paloma

Riccardo, sentado a la mesa, manoseaba un arrugado papel con unas letras que el mismo había escrito.

Apocalipsis 16, 18: Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la Tierra: ¡tan grande fue el terremoto!

Ni él, ni John Sheppard, ni las autoridades podían imaginar qué significado tenía aquello. A diferencia de las otras pistas, ésta no daba más información que la cita apocalíptica. Ninguna palabra más que pudiera indicar un lugar o un momento temporal.

—Paola, este pollo está delicioso —reconoció John Sheppard ante la madre de Riccardo Loredan.

La madre del sacerdote entraba en ese momento al salón, con una jarra de agua en la mano.

Riccardo introdujo con disimulo el papel en su bolsillo.

—Ya lo sé, hijo mío. Ya lo sé —admitió con orgullo la anciana, mientras se sentaba al otro extremo de la mesa—. Lo mejor es la salsa. Es una receta secreta de la familia, ¿sabes? Pero he de reconocer que yo he superado a mi madre y mi abuela en su preparación.

—Seguro que sí —asintió el londinense.

Riccardo había invitado a comer a John a la casa de su madre. Ahora que todo estaba en manos de las autoridades gracias a su amigo Giacomo, podían tomarse un respiro y el sacerdote había pensado que debía ocuparse de aquel joven que acababa de perder un hermano y que se hallaba solo en la ciudad.

—Madre, eres tan humilde... —apuntó Riccardo.

—Déjame en paz, hombre. Ya soy vieja. Me puedo permitir no ser socialmente correcta.

—Desde luego —aplaudió John.

—Y vosotros los jóvenes me lo tenéis que pasar por alto —concluyó Paola risueña.

Riccardo sonrió y John echó una carcajada. Paola continuó comiendo indiferente. Llevaba una blusa blanca y un jersey gris jaspeado con un broche antiguo en la

solapa. Conservaba, a sus rebasados ochenta años, una dignidad envidiable. Un aire altivo pero combinado con esa sencillez de campesina que ha de tener una mujer veneciana, curtida en la lucha diaria de la vida.

—Desde luego, mi respeto ya lo tenías ganado desde antes de conocerte, Paola —le confesó John—. Convivir con alguien tan cabezota como tu hijo...

—¡Oh! No, si él no vive aquí. Vive en Roma, ¿no se lo habías dicho, Riccardo?

El sacerdote le echó una ligera mirada preventiva a su madre. El joven frunció el ceño.

—Eso, ¿por qué no me lo habías dicho?

—¡Como si hubiéramos tenido tiempo para contarnos la vida el uno al otro! —bufó el sacerdote—. Pero sí: ejerzo mi ministerio en Roma, atiendo allí una iglesia... Pero suelo venir con frecuencia aquí.

—¡Tendrá cara el chico! —exclamó su madre.

—Bueno, menos de lo que querría pero sí intento venir, madre.

—Y cuando viene te arma una de estas y no te deja estar tranquila —se quejó Paola, con sorna.

—¿Una de éstas? Pero ¿qué he hecho yo?

—Nada, hijo, nada... Salvo robar evidencias del escenario del asesinato más importante de la última década. Por lo demás, nada reseñable.

—Del último siglo, diría yo —matizó John mirando a su plato.

—¡Oye, tú, majadero, no metas leña! —exclamó Riccardo haciéndose el ofendido—. Como si mi madre necesitara que le provocaran...

—Y luego, contactas con las autoridades... —prosiguió su madre—. Pero no para dejarlo en sus manos, que para eso les pagan. ¡No! El chico se apunta a intentar evitar el siguiente asesinato, como si fuera un policía de esos que salen en las películas.

—¡Eh! Éste también ha venido... —se excusó Riccardo señalando a John.

—¡Cabezota, que eres un cabezota!

—¡Habló la que es mansa como un corderito! —le dijo el sacerdote a John señalando a su madre.

John soltó una carcajada.

—Bueno, ya veo de quién ha heredado el carácter este hombre —soltó John, mirando a Paola.

—Mi otro hijo es más manso, pero éste me ha salido burro, burro...

—¿Tienes un hermano? —le preguntó John al sacerdote extrañado.

—Sí, claro.

—¿Y no pensabas contármelo?

—¿Pero ahora qué pasa? ¿Te tengo que contar todo?

—Es la base para una relación sólida, Riccardo —rió John.

—Serás majadero...

—Mi otro hijo, Valentino, se dedica a la moda y vive en Milán —explicó la anciana.

—Como no podía ser de otra manera —indicó John.

—Y vive en mitad del lujo y del desenfreno —añadió Riccardo.

—Pero viene a visitarme más que tú.

—Tiene más dinero para viajar y él no tiene que atender almas día y noche —se quejó su hijo.

—Sí, eso es cierto. Además, yo creo que solo viene para organizar fiestas privadas con la jet...

—No te hagas la víctima, madre. Viene para estar contigo... lo que pasa es que ya sabes que le gusta disfrutar de sus cosas.

La mujer negó con la cabeza, mientras seguía degustando su plato.

—Hijos... —susurró por lo bajo—. Mejor tener perros que son más fieles.

Riccardo Loredan ríe mordiendo su labio inferior. Y después miró a John.

—Bueno, ¿y tú qué, majadero?

—¿Yo?

—Sí, cuéntenos algo sobre ti para que podamos meternos contigo. Después de haber provocado esta trifulca no creas que vas a salir impune...

—Tampoco hay mucho que saber sobre mí —confesó antes de llevarse a la boca el tenedor.

—Bueno... —le miró Paola compasiva—. Sabemos que tenías un hermano.

—Cierto —contestó John perdiendo su mirada en el plato.

—Han tenido que ser unos días horribles para ti, muchacho —le dijo Riccardo.

—Sí, bueno... todo ha pasado muy deprisa. Ahora es cuando lamentas no haber tenido trato con un hermano durante tanto tiempo...

—No te culpes ahora —le recomendó Paola.

—No, no lo hago. Sé que debía haber puesto de mi parte, pero no me siento culpable. Además, él también era muy desapegado. Siempre con sus viajes, la arqueología, la historia... como mi padre.

—¿Tu padre y tu hermano eran arqueólogos? —inquirió Paola.

—Así es.

—Y tu familia es de Londres, ¿verdad?

—Bueno, mi madre era italiana. Por eso conozco el idioma. Ella era... distinta. Yo soy más como ella y mi hermano se entendía mejor con mi padre. La familia de mi padre nunca entendió que mi madre y mis tíos nos metieran en el mundo de la competición.

—Aquí va de nuevo... —susurró Riccardo.

—¿El mundo de la competición? —preguntó Paola.

—Sí, competimos en las Olimpiadas hace años, ¿no lo sabías?

—Por Dios —bufó el sacerdote—, te conozco de un par de días y ya te he oído contar la historieta cuatro veces.

—¡Riccardo! Déjale... es como para contarla —Paola volvió a dirigirse a John—. Me dejas perpleja. ¿En las Olimpiadas?

—Sí, pero hace ya nueve años. Mi hermano y yo... los hermanos Sheppard.

John dejó la frase suspendida en el aire y hubo unos instantes de silencio. Fue la anciana la que decidió romperlo.

—Y por lo demás, ¿qué? ¿Eres como mi hijo Valentino, que aún vuela libre, o como Riccardo, que se comprometió hace tiempo?

—¿Perdón? —preguntó desconcertado John, que miró al sacerdote para buscar una traducción.

—Novia, pareja, esposa... —musitó él indiferente, haciendo navegar un trozo de pan por el plato para untar la salsa.

—¡Oh! Ya veo... ¡No! Vuelo libre, Paola. Soltero.

—Jóvenes... —bisbiseó ella negando con la cabeza.

—Pero no creas que es por voluntad propia. Iba a casarme.

—¿En serio, Sheppard? —se interesó esta vez Riccardo—. Eres una caja de sorpresas.

—Prácticamente puede decirse que me dejaron en el altar...

—¡No! —se sorprendió Paola.

—Sí... Es por eso por lo que decidí vivir mi vida. Sin depender de nadie. Dedicarme a mi trabajo en cuerpo y alma. Y me ha ido muy bien...

—Igual es que estás llamado a una vocación específica... —bromeó Riccardo—. Necesitamos sacerdotes, ¿sabes?

—No me jodas... —saltó él, justo antes de volverse hacia la anciana—. Perdón, Paola.

—No te preocupes, querido —sonrió ella mientras se levantaba de la mesa y recogía los platos.

Su hijo hizo lo propio y cogió la vajilla que habían usado. John también se levantó pero sus anfitriones le indicaron que no se preocupara por recoger. Así, el londinense vagó por la casa hasta colocarse frente a una de las ventanas del salón. Daba a un pequeño canal que, desde el barrio de San Polo, iba a cruzarse con el Gran Canal a no más de cincuenta metros.

Fuera todo era oscuridad solo amenazada por los faroles que aquí y allá salpicaban las fachadas de las casas circundantes. No había un alma en la calle. Los pequeños brillos que se reflejaban en los movimientos del agua eran el único dinamismo de la estampa que John contemplaba.

—¿Qué quieres de postre, muchacho? —oyó a sus espaldas la voz de Paola.

—Cualquier cosa... algo que me baje la comida, porque me he puesto hasta arriba

—rió John.

—Bueno, había preparado tiramisú. Ya sé que pensarás que es típico y que puedes comerlo en cualquier sitio pero éste es diferente.

—Es una receta secreta de la familia... —apuntó su hijo Riccardo con sorna.

—Pero supongo que Paola la habrá mejorado como nadie lo había hecho antes... —matizó John.

—Supones bien, hijo —respondió Paola con indiferencia—. En cualquier caso, si quieres bajar la comida mejor te tomas un café y ya está.

Riccardo le hizo un gesto a espaldas de su madre indicándole que más le valía que probara el tiramisú de Paola aquella noche.

—¿Sabes qué, Paola? Me muero de ganas de probar tu tiramisú.

—Sabia elección, muchacho. Sabia elección.

John sonrió y volvió a mirar por la ventana para contemplar la relajante escena de la Venecia nocturna. Las aguas reverberantes del canal, la luna en lo alto iluminando los viejos edificios y las estrechas calles inertes.

Pero de pronto, reparó en algo que antes no había visto. Una nota de movimiento discordante en el paisaje... Una figura encapuchada deslizándose por el borde del tejado de un edificio cercano. John Sheppard abrió la boca incapaz de articular palabra.

La blanca luz del astro nocturno se reflejaba en cada uno de los pliegues de aquella capa inmaculada, que avanzaba lentamente por el alfeizar. Hasta que su dueño se detuvo y se giró... para colocarse frente a frente con la ventana en la que John permanecía petrificado. El encapuchado, a tan solo veinte o treinta metros de él, pareció clavar su mirada en John, desde la negrura infinita de aquel rostro invisible.

Después, con parsimonia, tomó un arco que llevaba sujetado en la espalda y lo tensó después de ubicar un proyectil en él.

Fue solo entonces cuando John volvió a exigir a sus sentidos que recobraran sus funciones. Se hizo consciente de la situación y se giró como una exhalación. Paola traía entre sus manos el recipiente con el tiramisú y Riccardo colocaba los platos. La mente de John le indicó que así como la mujer podía encontrarse en la trayectoria de la flecha, el ángulo de la posición del sacerdote le dejaba a salvo.

Con lo que, sin pronunciar palabra, corrió para atravesar el salón en una milésima de segundo y pegó un poderoso salto que lo elevó por encima de la mesa donde antes comieran. Paola gritó y soltó el tiramisú, al ver que el cuerpo de John se abalanzaba sobre ella. El joven, en el aire, tomó a la anciana con el brazo izquierdo, intentando amortiguar la caída con el derecho.

Justo cuando lo hacía, escuchó el estallido de los cristales a sus espaldas y un silbido asesino a escasos centímetros de su cabeza. El proyectil se había clavado en la pared en la que un segundo antes había estado Paola.

John le había salvado la vida.

—¡Dios mío! —exclamó Riccardo que corrió hasta donde estaba su madre.

—Estoy perfectamente, hijo —le tranquilizó ella.

—Es él —le anunció John, mirándole fijamente.

Riccardo corrió a la ventana y miró a través de ella. Tan solo vio un reflejo blanco que desaparecía con urgencia, flotando sobre los tejados venecianos.

Sacó su móvil y marcó un número.

John por su parte, se quedó petrificado mirando hacia el exterior. Una rabia bullía en su interior empujándole a abandonar la casa y correr hacia el norte para perseguir al asesino de su hermano. Pero debía quedarse con Paola. Y con Riccardo.

—¿Hola? —se escuchó una voz al otro lado del teléfono que sostenía el sacerdote.

—¡Giacomo! ¡Soy yo! Tenéis a gente haciendo guardia por las calles, ¿verdad?

—Sí, hay varios agentes repartidos.

—Mándalos a Calle della Rosa. El asesino acaba de estar en mi casa y avanza hacia el norte saltando de tejado en tejado.

—Hay alguno por la zona —contestó él con urgencia—. Mandaré también al helicóptero para que podamos ver los tejados.

—Hazlo rápido. Y, ¿Giacomo?

—¿Sí?

—Necesito que desde mañana pongáis a alguien en el portal de la casa de mi madre.

—De acuerdo, ya hablaremos —indicó el guardaespaldas antes de colgar.

Riccardo volvió a mirar por la ventana, pero ya no se veía a nadie. Un segundo después, escuchó acercarse a uno de los helicópteros que sobrevolaban los límites de la isla.

—No necesito a nadie que me proteja —se quejó Paola que ya estaba sentada en una silla mirando al tiramisú esparcido por el suelo.

—Desde luego que no, madre... —contestó con desinterés Riccardo.

—Aquí hay algo —mencionó John que examinaba la flecha clavada en la pared.

—¿Qué? —se interesó Riccardo acercándose.

—Una nota.

El joven la tomó de la flecha. Y desenvolvió el diminuto pergamino. Rezaba una extraña palabra.

ακίνητος

—No sé qué... —comenzó a decir John.

—Es griego —le informó Riccardo—. Significa «inmóvil», «quieto»... o algo

parecido. Qué demonios querrá decir...

Paola fue a la cocina, ajena a todo lo que estaba ocurriendo. Al cabo de unos segundos, volvió a aparecer con un trapo y un cubo. Sin perder un ápice de dignidad se agachó a recoger el tiramisú que estaba esparcido por el suelo.

El sacerdote se agachó rápidamente para ayudarla. John permaneció con el ceño fruncido. Habría dado la vida por perseguir a ese cabrón...

Al cabo de un segundo se volvió hacia el sacerdote.

—Nos amenaza —apuntó escueto.

—¿Perdona?

—Nos pide que dejemos de molestarle. Exige que estemos quietos... inmóviles.

—Así que —intervino Paola—, ese asesino va a tener sentido común después de todo. Ya os dije yo también que debíais estar quietecitos...

Riccardo Loredan no dijo nada pero asintió levemente mientras volvía a fijar su vista en la enorme flecha clavada en la pared del salón de su madre. Paola continuó limpiando el suelo.

De pronto, el teléfono del sacerdote vibró, iluminándose intermitente.

—¿Sí? ¿Giacomo? —cogió el teléfono mientras se alejaba hacia la ventana.

Ni John ni Paola pudieron oír la breve conversación. Medio minuto después, el sacerdote regresaba lívido hacia la habitación donde habían cenado. Todavía miraba el móvil que aferraba con fuerza en su mano derecha. Después elevó sus ojos hasta los de John Sheppard.

—Se ha metido en una casa abandonada —consiguió decir—. Lo tienen rodeado.

EL ASESINO

Venecia, dos días después del Vuelo de la Paloma

Giacomo permanecía al lado del oficial Marconi, que estaba al mando de la operación. Había llamado a Heinz Meier pero no había podido contactar con él. Una lástima, porque con él se sentía más seguro. Lo había conocido pocos años atrás y había visto en él un perfecto soldado. Su labor como escolta papal debía complementarse con la de los guardias suizos que protegían el Vaticano. Y Giacomo Meazza había encontrado en Heinz a su mano derecha y a su perfecto contacto dentro de la Guardia.

Una pena que no se encontrara allí. Seguro que habría sido un valioso activo en la captura. Pero el escolta era consciente de que el vicecomandante de la Guardia Suiza tenía otras labores importantes de las que ocuparse y no siempre lo iba a tener disponible.

—¡Aldo y Edmondo! —el grito del oficial Marconi le sacó de sus cavilaciones—. Preparad a vuestros hombres. Tú entras por la puerta principal y vosotros circundáis el edificio para tapar salidas.

Hubo una movilización perfecta de unos veinte agentes. A su vez, dos helicópteros surcaban el cielo iluminando la vieja casa de dos plantas, que parecía estar a punto de derruirse.

Giacomo miró a Marconi. Ambos asintieron. El oficial levantó la mano y, tras unos segundos, la bajó con firmeza dando la orden de asalto.

En ese momento, los equipos procedieron a entrar en la casa.

* * *

Gennaro, un joven muchacho nacido en Pisa, entró en cuarta posición. Llevaba gafas de visión nocturna como todos sus compañeros de equipo. Al invadir el inmueble, encabezados por su jefe Aldo, habían avanzado en fila india por la falta de espacio.

Gennaro no podía ver mucho más que los hombros del compañero que lo precedía. Vislumbró que el portal era minúsculo. A una orden de Aldo, todos procedieron a ascender como una exhalación por la estrecha escalera de madera hacia el piso superior. Gennaro escuchaba sus propios latidos y su respiración entrecortada, que se le hizo irritantemente audible por el casco antidisturbios que portaba.

No era la primera vez que entraba en acción. Pero nunca se había enfrentado a un

fantasma.

Llegaron al primer piso. Una a una, fueron abriendo todas las puertas y registrando cada una de las estancias. A través de las gafas, veían en tonos verdes todas las habitaciones absolutamente vacías. Eso aumentaba la tensión. Gennaro sintió vergüenza al descubrirse deseando que aquel asesino hubiera abandonado el inmueble.

Aldo se giró hacia sus hombres y les habló por el intercomunicador.

—Planta libre. Nos reagruparemos y ascenderemos al segundo y último piso. Aquí no está. El otro equipo cubre las salidas y desde el aire nos avisan que en el tejado no hay movimiento. Eso solo puede significar una cosa...

—Que ese hijo de puta está en el segundo piso —concluyó Lorenzo, segundo al mando y muy buen amigo de Gennaro.

—Exacto. Media vuelta, señores.

Gennaro cumplió lo ordenado y dio media vuelta. Pero algo le llamó la atención. Pasaba algo extraño... Contó mentalmente a sus compañeros. Faltaba parte del equipo. Miró nerviosamente adelante y hacia atrás y no pudo reprimir su exclamación:

—¡Estamos solo ocho, señor! ¡Faltan dos!

Nadie dijo nada. Pero todos repararon en lo mismo. Aldo comenzó a correr hacia la escalera y todos lo siguieron, agolpados por la estrechez del pasillo. Gennaro volvió a ver tan solo los hombros de quien iba delante de él.

Pararon de improvisó, atropelladamente. Había un cuerpo en el suelo. Con el cuello rebanado y con una mancha roja que lo circundaba y que se iba extendiendo por el suelo.

—Es Luigi —les confirmó Aldo con voz trémula.

—Falta también Mario —aclaró Lorenzo.

Gennaro sintió que el miedo comenzaba a atenazar sus miembros. ¿Cómo había conseguido el asesino abatir a un hombre sin que ninguno le hubiese podido oír?

De pronto, escucharon en el piso superior un estallido de cristales. Y por la ventana que les quedaba a su derecha vieron fugazmente una mancha oscura descendiendo vertiginosamente. Después un golpe sordo. Y murmullos en la calle.

Aldo se acercó a la ventana.

—Mario... —musitó con rabia.

—Subamos y carguémonos a ese cabronazo —propuso Lorenzo.

Nadie necesitó la confirmación para arrancar. Sin embargo, ya no había tanta seguridad como minutos antes, cuando entraran en el inmueble confiados por su abrumadora superioridad numérica.

Gennaro iba esta vez en tercera posición. Sabía que Aldo iba el primero. Al segundo no logró identificarlo. Y a su espalda y para su tranquilidad, subía Lorenzo.

En cuanto llegaron a la planta, todo el mundo se detuvo. Silencio, oscuridad y tensión. Un largo pasillo, no mucho más ancho que el del piso inferior, puertas a los lados y una ventana al final por la que entraba la luz nocturna.

En esa ventana, había recortada una figura imponente. Un encapuchado envuelto en un manto blanco que caía hasta el suelo. Inmóvil.

Aldo levantó su mano con el puño cerrado indicando a sus hombres que se detuvieran. Él y el segundo en la fila se pegaron a la pared sin dejar de apuntar a la figura para que los hombres de detrás, Gennaro y Lorenzo, también pudieran dirigir sus armas hacia el objetivo.

Gennaro aferraba su Glock con fuerza. Notaba hasta la última parte de su cuerpo sudada y en tensión. Podía escuchar perfectamente también la respiración entrecortada de sus compañeros más cercanos. La figura, que a través de su visor se veía con tonos verdes y blancos, permanecía inmóvil mirando a sus acechadores.

Aldo comenzaba a hablar cuando, de súbito, el caballero realizó un leve movimiento, que hizo que todos vieran a través de sus visores un destello como surgido de la nada.

—Levante las manos y acérquese a... —se interrumpió Aldo.

Después se escuchó un imperceptible y sobrecogedor estertor por parte del hombre al mando del equipo. Un segundo más tarde, cayó desplomado. Una cuchilla de menos de veinte centímetros surgía antinaturalmente entre sus ojos.

Lorenzo se agachó rápidamente y tomó el pulso a Aldo. Pero no habría hecho falta para comprobar lo que todos sabían. Menos de un segundo después el segundo al mando elevaba su pistola y disparaba con furia. Otros dos hombres, a los que persiguió Gennaro, echaron a correr hacia el asesino, refugiados bajo la cobertura del fuego de Lorenzo.

Gennaro no podía distinguir nada. Los dos hombres que corrían delante de él le tapaban mucha visión.

El que iba primero, Julio, se adelantó al resto y todos pudieron observar cómo se abalanzaba con rabia hacia la esfinge recortada en la ventana. De nuevo, todo fue rápido, fugaz... y sobrenatural. El caballero blanco realizó un movimiento vertiginoso y Julio pareció ser engullido por aquella capa que ondeó violentamente.

Lo siguiente que pudieron ver fue al asesino de cuclillas mirando hacia el suelo y, detrás de él, el cristal de la ventana reventando en mil pedazos con el cuerpo de Julio abalanzándose hacia el vacío.

Solo quedaba un hombre delante de Gennaro. Y ambos empezaban a comprender que aquella sería su última misión. Los imprecisos disparos de cobertura cesaron ante la cercanía de los policías al objetivo. El caballero encapuchado desenvainó una inmensa hoja que sostuvo con una sola mano. El soldado que precedía a Gennaro apuntó y disparó. Y el asesino hizo que fuera la espada la que recibiera el impacto. El

estallido de luz provocó que los dos atacantes quedaran temporalmente cegados por la multiplicación de luz del visor nocturno. Cuando Gennaro recuperó la visión, contempló a su compañero atravesado en el suelo... y al caballero blanco a menos de cincuenta centímetros de él con un puñal alzado.

No había tiempo para la reacción. Gennaro estaba entregado y no pensó en nada más que en recibir el golpe de gracia.

Pero lo que notó fue un fuerte impacto en su espalda que lo desplazó violentamente hasta chocar con la pared. Lorenzo había corrido en su ayuda y después de haberlo empujado, intentó forcejear con el encapuchado. Pero en cuestión de segundos recibió una puñalada en el cuello que le quitó la vida. La puñalada que debería haber recibido Gennaro.

El caballero sujetó el cuerpo sin vida de Lorenzo delante de sí, a modo de escudo humano, para evitar los disparos de los otros cuatro soldados que quedaban vivos en el maltrecho equipo.

Después, avanzó de espaldas con rapidez y no soltó el cadáver hasta que llegó a la ventana rota. Una vez allí, se encaramó al marco y abriendo sus brazos saltó a través de ella.

Gennaro todavía temblaba. Desde el suelo, sujetaba con fuerza la pistola con el cañón humeante. Miró a su alrededor. Los cuerpos de sus compañeros se repartían por el pasillo y la sangre empapaba todo. También observó a los otros tres soldados que, aparte de él, habían sobrevivido.

Se levantó y arrojó el visor nocturno al suelo. Miró a su amigo Lorenzo, muerto. Sus ojos se tornaron vidriosos. Después, vio al resto de víctimas. Y dio un respingo. Estaba desconcertado. Elevó su mano con el dedo índice extendido y señaló uno a uno los cuerpos abatidos. Negó con la cabeza. Y luego miró a sus compañeros vivos.

—Aquí hay un cuerpo de más —musitó.

* * *

Edmondo aguardaba fuera del viejo inmueble. Sus diez hombres estaban apostados a lo largo del edificio.

A pocos metros de él, el equipo médico se llevaba a Mario, uno de los hombres de Aldo que se había precipitado al vacío desde el segundo piso. Poco podrían hacer por él.

Edmondo había escuchado por la radio que el equipo del interior había subido a la última planta, y poco más tarde, oyeron cómo Aldo indicaba a alguien que levantase sus manos. Después, disparos y gritos.

Sabía que sus hombres habían escuchado lo mismo que él. Sabía que no haría falta que les ordenase que estuviesen alerta. El silencio y la tensa inmovilidad de la

noche veneciana contrastaba con las aceleradas pulsaciones de todos los soldados.

De pronto, otro cuerpo saltó al vacío. Antes de que cayera al suelo, Edmondo ya pudo distinguir que era otro de los buenos. Maldijo. Poco más tarde le indicaban que era Julio. Otro buen hombre. Volvió a maldecir.

Comenzó a desear que el asesino lograra abandonar el edificio para poder ser él quien le metiera un buen montón de metralla en el cuerpo.

Y poco después, su deseo se vio cumplido. Una figura blanca se encaramó al alfeizar de la ventana que segundos antes estallara en pedazos. Las manchas de sangre en su atuendo y la invisibilidad de su rostro hacían terrorífica la visión. «Hay que tener cuidado con lo que se desea», pensó Edmondo.

El caballero se lanzó al vacío. Metros por debajo, yacía Julio, que en ese momento estaba rodeado por dos enfermeros.

Nadie se movió. El asesino cayó sobre el cuerpo inerte del hombre de Aldo y después rodó sobre sí mismo. Con una velocidad inimaginable, se alzó en toda su estatura y corrió hacia uno de los enfermeros, inmovilizándolo y usándolo de escudo.

Edmondo, estupefacto, recordó que era él quien debía dar las órdenes.

—¡A discreción! —gritó—. ¡Solo si es tiro limpio!

Los hombres comenzaron a acercarse hacia el asesino y el enfermero. La capucha del caballero se movió rápidamente hacia todas las direcciones. Como si examinase el entorno para valorar sus opciones.

—¡No tiene salida! Suelte a ese hombre —volvió a gritar Edmondo.

La figura esperó a que los soldados se le acercaran, en formación de medio círculo, hasta unos diez metros de distancia. Y fue entonces cuando actuó. Levantó poderosamente el cuerpo de su rehén con un solo brazo. Con la otra mano, arrojó al suelo un pequeño objeto que estalló en el suelo y una densa nube de humo comenzó a formarse a su alrededor.

Edmondo y sus hombres se hicieron conscientes de lo crítico de la situación. Querían acercarse, pero eso les restaría visibilidad y provocaría una menor capacidad de reacción para ver por dónde huía su objetivo. A orden de Edmondo, todos permanecieron en su posición.

De pronto, observaron una mancha blanca que abandonaba la nube. El caballero llevaba en volandas al enfermero y corría como Edmondo no había visto nunca hacerlo a nadie. Corría hacia ellos. Hacia él mismo, en concreto. Uno de sus hombres disparó por equivocación al ver que el asesino escapaba. El proyectil impactó en el rehén y Edmondo gritó que nadie apretara el gatillo. Pero el asesino se acercaba vertiginosamente.

Y cuando lo separaban tan solo dos metros del hombre al mando, el caballero soltó al maltrecho enfermero y desenvainó la espada. Nadie osó disparar al objetivo ya que ahora estaba demasiado cerca de Edmondo.

El encapuchado despegó del suelo con un gran salto. Y con un giro de su espada propinó un mandoble letal a Edmondo que no pudo ni moverse para intentar esquivarlo.

Cuando la figura cayó al suelo, siguió corriendo hasta el callejón que quedaba a veinte metros a las espaldas de los soldados. Hubo más disparos. Pero ninguno acertó en el objetivo.

Y el caballero desapareció envuelto en las sombras venecianas.

* * *

Giacomo Meazza y el oficial Marconi corrieron hacia el lado del edificio donde escucharon los disparos.

Ya era tarde. No pudieron siquiera ver desaparecer al caballero. Edmondo yacía muerto en medio de su equipo.

—¡Diga a sus pájaros que intenten mantener el contacto visual con las luces, maldita sea! —gritó Giacomo.

—¡Seguidlo! ¡Seguid a ese cabrón! —ordenó Marconi por el *walkie talkie* a sus hombres de los helicópteros.

—No hay manera señor, las calles son muy estrechas —se escuchó la voz a través del pequeño altavoz—. El haz de luz no tiene ángulo suficiente para alcanzar el suelo.

—¡Joder! —Marconi tiró el aparato al suelo con rabia—. ¡Perseguidle, vamos, vamos, vamos! —ordenó esta vez a los hombres de campo que acababan de ver cómo asesinaban a su jefe.

Los soldados hicieron lo ordenado y se dividieron para avanzar por los callejones. Giacomo negó con la cabeza y suspiró.

—Es inútil. Le hemos acorralado una vez pero no permitirá que lo hagamos de nuevo.

—¿Quién demonios es ese cabrón?

—Un asesino, Marconi... —el veterano escolta miró al oficial—. Es un maldito asesino.

Un enorme estruendo volvió a ponerles en alerta. Provenía del edificio. Había sido como un descomunal crujido. Como si todo el inmueble se lamentase por ser escenario de la masacre.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó impaciente Marconi por el *walkie* que recogió del suelo—. ¿Quién queda vivo dentro del edificio, por el amor de Dios?

—Señor, soy Gennaro —respondió una voz al otro lado—. Quedamos cuatro, pero señor: ocurre algo extraño.

—¡Un puto fantasma acaba de cargarse a mis hombres y ha desaparecido después de saltar desde la ventana de un segundo piso! ¿Y me dice que hay algo que le parece

más extraño? Explíquese...

Un nuevo crujido rompió la conversación. Marconi y Giacomo miraron hacia el inmueble. Y comprobaron que el techo y después las paredes, comenzaban a hundirse como si estuviesen siendo engullidas por el propio edificio.

—¡Sobran muertos, señor! —se oyó la voz de Gennaro—. ¡Sobra un...!

Y no se escuchó nada más. El edificio se derrumbó y quedó reducido a escombros y piedras. Una nube de polvo inundó el área.

Marconi quedó desolado.

—Que Dios nos ampare —bisbiseó.

—Y que nos proteja de ese demonio —añadió el escolta.

—Lo del hombre carbonizado hemos podido ocultarlo de la prensa pero esto va a ser imposible —dijo Marconi.

Pero comprobó que Giacomo no le escuchaba. Tenía entornados los ojos, mirando hacia el edificio y haciendo leves movimientos de asentimiento con la cabeza. Como si de pronto hubiese comprendido algo.

—Y se produjo un gran terremoto como nunca existió desde que hay hombres sobre la Tierra... —citó por lo bajo.

EL VIAJE

Londres, quince años antes del Vuelo de la Paloma

John Sheppard sostenía en las manos su hoja de calificaciones. Buenas, salvo por la pésima nota en Historia. Como casi siempre. Y su padre se lo recriminaría con firmeza. Como casi siempre, también.

Bajó las escaleras y atravesó el gran salón. Al fondo se encontraban las puertas correderas que daban entrada al despacho de su padre. A medida que se acercaba, las voces que escapaban de aquella estancia se hicieron más audibles. Su padre hablaba por teléfono.

—¡Pero para qué quieren remover! ¿No sería más sencillo olvidarse? Sería una revolución, por el amor de Dios... ¿buscar la verdad? Creo que la verdad pasa a un segundo plano, cuando... Bueno, sí, mañana tendrán una respuesta. Adiós.

Después, hubo unos segundos de silencio. John permaneció fuera sin saber qué hacer. No parecía el mejor momento para enseñarle a su padre la mala nota en la única asignatura que a él parecía importarle.

—Si te lo piden, será por algo. —Se escuchó la voz pausada y armoniosa de Donatella.

—Lo sé. Sé que debo hacerlo. Pero...

Las voces se perdían. John entendió que hablaban de algo importante y que, por tanto, quizá sí fuera buen momento para aprovechar la coyuntura. Necesitaba que su padre firmara sus calificaciones y, a buen seguro, en aquel momento no querría comentar nada sobre la importancia de la Historia.

Así, irrumpió con decisión desplazando la puerta corredera justo después de golpearla dos veces con sus nudillos.

Vio a sus padres sentados uno frente a otro en las dos sillas en frente de la mesa del despacho. Le miraban fijamente después de ser interrumpidos en su conversación.

—No os molesto... solo quiero que me firmes esto, papá —dijo John con prudencia.

Su padre se puso las gafas que reposaban sobre la mesa y echó una ojeada al papel que le tendía su hijo menor. Puso un mohín de descontento al encontrar la única calificación que siempre buscaba. Pero no dijo nada. Tomó una pluma y garabateó su característica firma sencilla de la L y la S rodeadas por un círculo.

John tomó con urgencia la nota y se dispuso a desaparecer antes de que se rompiera aquel mágico encanto que había provocado que aquella vez saliese impune.

Cerró las puertas y volvió a atravesar el salón en dirección contraria. Cuando comenzaba a subir las escaleras, escuchó que en aquel despacho se reanudaba la

conversación.

—Manda, por favor, que me vayan preparando todo —dijo su padre.

Lo que contestara su madre, no pudo escucharlo. Pero tampoco le importó. Su padre saldría a otro de sus viajes arqueológicos o relacionados con la empresa. Lo mismo daba. Era habitual. Encogió los hombros y subió las escaleras.

* * *

Liam Sheppard llevaba un mes y medio fuera de casa.

John y Dave se dedicaban a estudiar y a entrenar. Y no les quedaba tiempo para comprobar el lamentable estado de su madre, que se pasaba el día suspirando por su marido.

Hasta que un día, Donatella no abandonó su habitación en todo el día. Ellos salieron y entraron de la casa con normalidad. A lo suyo. Los empleados del hogar parecían más callados de lo habitual, pero se afanaban en servirles como siempre.

John bajó las escaleras de dos en dos. El cocinero le había servido una merluza excelente que él había terminado en menos de cinco minutos. Reposaría la comida unos instantes ante el televisor y volvería a entrenar.

De pronto, vio a su hermano Dave ante la pantalla. Estaba lívido.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó dejándose caer sobre el sofá.

Él no le contestó. Tan solo le cogió del brazo y siguió mirando la televisión.

La presentadora de las noticias hablaba con gesto adusto y en tono frío, mientras una imagen del mapa de Egipto se superponía en parte de la pantalla.

—La trágica muerte del magnate Liam Sheppard —informaba la mujer del informativo— se produjo, según cuentan testigos presenciales, al precipitarse por un barranco lindante con los terrenos de la excavación, que tenía lugar en el sudeste de Egipto y en la que él participaba, como reconocido arqueólogo que también era. Hoy, su imperio empresarial se viste de luto. Y no solo él sino una de las organizaciones no gubernamentales más relevantes del mundo: The World's Angel, de la que formaba parte el señor Sheppard. Poco se conoce de dicha organización salvo que respalda cientos de proyectos humanitarios y medioambientales y que es criticada por amplios sectores por su exceso de discreción y por ejercer como supuesto lobby de presión para los distintos gobiernos mundiales. Ni su empresa ni reconocidos miembros de la citada organización han querido pronunciarse sobre el trágico suceso...

A John comenzaron a temblarle los labios. No podía ser... Su padre había muerto y esa estúpida presentadora se lo estaba comunicando de un modo tan frío e impersonal...

De repente, un ruido les sacó a ambos hermanos de su ensimismamiento. Levantaron la cabeza para descubrir el origen de lo que había atraído su atención.

Su madre había entrado en la habitación y les miraba fijamente. Las lágrimas inundaban sus ojos.

IOANNES

Venecia, dos días después del Vuelo de la Paloma

María Ayarza había estado desde la tarde del día anterior buscando libros. En el Museo Correr, en el de Historia Nacional, e incluso había visitado algunos anticuarios.

Lo único positivo de la situación de Venecia era que, por el contrario de lo que habitualmente sucedía, María no tuvo que esperar ninguna cola ni esquivar a cientos de turistas en cada lugar al que acudió a buscar información.

En ese momento, con la noche ya entrada, estaba en el hotel comiendo un sándwich encima de mil notas que ella había escrito. Rodeada por fotocopias de libros antiguos y algún que otro volumen que había podido comprar.

Todo para averiguar si alguien había escrito jamás algo sobre la famosa batalla naval contra el hijo de Carlomagno mencionando la existencia de un ser extraño, un caballero, un fantasma...

Y había encontrado varias referencias. Normalmente de soslayo y siempre en documentos de menor importancia. Algunos hablaban de un caballero que sobresalió en aquella batalla. Otros, de un hombre callado al que el propio dux Partecipazio parecía obedecer. Por fin, había alguno que maldecía a un hombre extraño equiparándolo a un demonio que corrompería el gobierno.

María no podía estar segura pero le parecía que esas menciones se referían a Ioannes. Porque así se llamaría ese caballero, según la nota de la carta. ¿Y se suponía que aquel soldado era el mismo que había intentado matarla en las cisternas de Estambul... mil doscientos años después? ¿El mismo que después había viajado hasta Venecia para matar a su amigo y... al papa?

La joven se llevó las manos a la nuca. Estaba exhausta. Arrastró las patas de la silla hacia detrás y colocó los pies encima de la mesa. Esa carta que había recibido en el domicilio de Dave... ¿por qué no tenía remitente ni destinatario? Tampoco es que tuviera importancia... Pero no dejaba de ser extraño que un muerto recibiera cartas en un domicilio que María suponía que pocos conocerían.

Estaba cansada y no quería pensar en nada más. Pero evocar la casa de su antiguo compañero le hizo recordar en algo. Si, como sospechaba María, Dave Sheppard había sido asesinado por saber más de la cuenta, sería porque recabó información. Información que quizá todavía estaría en aquella casa. Antes había interrumpido su búsqueda por la inoportuna carta recibida, pero ahora debería reanudarla.

Se incorporó y volvió a posar los pies en el suelo. Tenía claro que había de visitar la casa de nuevo. Le daba mucha pereza hacerlo a aquellas horas de la noche, pero

era lo que tenía que hacer.

Acudió a la ventana de su habitación. Perdió su mirada por la ciudad. Hasta que algo le llamó la atención. A lo lejos, hacia el suroeste, una nube de hollín se elevaba hasta el cielo. Dedujo que aquel lugar quedaba al otro lado del Gran Canal, en el barrio de San Polo. Dos helicópteros sobrevolaban la zona iluminando el origen de aquella columna de humo. María supo que se trataría de otro acto terrorista y se cubrió los brazos con sus manos, como si necesitase protección.

—Perfecto —susurró sin dejar de mirar hacia San Polo.

Después, se dirigió hacia la puerta de su habitación y echó el cerrojo. Se dijo a sí misma que hacerlo era una tontería, pero así se sintió más segura.

Acababa de decidir que aquella noche no iría al piso de Dave. No atravesaría la negra y solitaria Venecia con un asesino suelto.

Con Ioannes acechando.

LA PISTA ESCONDIDA

Venecia, dos días después del Vuelo de la Paloma

—Mamá, vuelvo en un segundo. Le acompaño a John abajo y subo, ¿de acuerdo? Necesito tomar el aire un poco.

—Sé que vas a fumar, hijo mío.

—Puede. Va a ser un minuto, pero si prefieres que me quede...

—Baja, estoy bien... solo lamento que ese niño me haya fastidiado el postre.

—¡Y lo lamentaré, Paola, te doy mi palabra! —intervino John—. Como le pille algún día, le voy a dar una paliza por privarme de tu tiramisú...

—Harás bien —afirmó ella con seriedad, antes de volverse hacia la cocina, para terminar de recoger todo.

El sacerdote y el joven londinense descendieron por las escaleras hasta la calle. Allí todo estaba tranquilo. El pequeño canal contiguo recogía las mágicas luces de la noche. A salvo del audible ruido de los helicópteros, en aquel pacífico contexto parecía increíble que se hubiera producido una masacre a poca distancia.

—Llama ya a Giacomo a ver qué es lo que ha ocurrido.

—Sí, ese humo me da mala espina —dijo el sacerdote cogiendo el móvil del bolsillo interior de su chaqueta.

Mientras lo hacía, sacó a su vez un cigarrillo y lo encendió.

—No le pega fumar a un cura.

—De media, fumo tres a la semana.

—¿Tan poco?

—Suelo echar de menos fumar alguno más, pero bueno... es una manera de vivir la pobreza. El tabaco está por las nubes —comentó tras dar la primera calada y llevarse el teléfono a la oreja.

—Ya estamos con los sermoncitos...

—¡Calla, majadero! No me apetece discutir después de lo que... ¡Giacomo! —exclamó cuando el escolta le cogió por fin—. ¿Qué ha pasado? He visto el humo, ¿estás bien?

Se puso a caminar en círculos imaginarios. John solo podía oír algún «Dios mío» por parte del sacerdote, cada varios segundos. Le hizo una señal para que le explicara qué había ocurrido.

—Un segundo, Giacomo —dijo Riccardo al teléfono, antes de dirigirse al joven—. Me dice que le tenían acorralado en un edificio, pero que se ha cargado a varios, ha saltado por la ventana, ha matado a varios más y ha desaparecido. Después, el edificio se ha derrumbado con los supervivientes aún dentro y creen que ha sido

provocado por él, claro.

—¡Joder! Por lo demás, todo ha ido bien, ¿no? —preguntó John airado.

—Perdona, Giacomo, dime... ajá... ¿que sobraban muertos? —repitió con extrañeza, antes de dirigirse a John—. Dice que cree que esto es lo del terremoto del Apocalipsis... Lo de la última pista. Y que un hombre de dentro, antes de ser engullido por el derrumbamiento, parecía como poseído y les gritaba por el *walkie talkie* que sobraban muertos... Al oficial al mando no le ha sorprendido, pero Giacomo se ha quedado con la duda. ¿A ti te dice algo?

—¿Sobraban muertos?

—Eso gritaba el muchacho...

—¿Y no puede referirse a que había sido una masacre y...?

—¿Le has oído, Giacomo? —preguntó el sacerdote por el teléfono—. Ya... Dice que le extrañó que un soldado profesional dijera eso. Que era como si quisiera transmitir un mensaje... y no le diera tiempo a hacerlo.

John miró hacia el cielo y entornó sus ojos. Negó con la cabeza. La pista acerca del terremoto de la cita apocalíptica se había producido. Parecía que el asesino no había sido acorralado sino que todo había sido una trampa. Les había llevado hasta allí para cumplir su plan. ¿Pero qué le importaban a él esos soldados? John tenía claro que iba detrás de víctimas concretas. El papa, y un desgraciado inidentificable por tener quemada hasta el alma... Pero, aun así, se había cumplido el acertijo con unos hombres que no tendrían nada que ver en aquello. A no ser...

—¡Sobraban cuerpos! —exclamó John de repente.

—¿Qué dices, majadero? —se sobresaltó Riccardo—. Hoy ya tengo el cupo de sustos cubierto.

Pero el joven no respondió y arrebató el teléfono al sacerdote.

—¡Giacomo! Presta atención: creo que lo que intentaba decir ese hombre es que había un cadáver de más. Y ese es el importante. El que el asesino quería señalar con su cita apocalíptica. Pero vosotros llegasteis y le cogisteis por sorpresa. La víctima que debía ser enterrada por el «terremoto» es la que nos importa. ¡Que busquen entre los escombros! Y, sobre todo, cuando lo encuentren, que miren en su ropa a ver si hay otra carta...

* * *

Marco Alfieri odiaba que lo intranquilizaran. Hacía navegar su góndola con rapidez, como si cortase la superficie del agua con su quilla afilada.

De fondo, se escuchaban gritos y un gran revuelo. La noche era para él un remanso de paz. Era cuando podía disfrutar por fin de la ciudad tras la inundación de sus visitantes foráneos. Pero esos policías lo estaban estropeando todo.

—Inútiles —murmuró, haciendo que sus palabras se fundieran con el siseo provocado por el agua al rozar con la embarcación.

Llegaba a su destino. Al fondo ya podía atisbar la figura atlética de un joven y la de un maldito cura. Chasqueó la lengua.

—Veamos qué información sacamos... —dijo por lo bajo.

* * *

—Tiene sentido lo que dices, muchacho. De vez en cuando tienes momentos de lucidez después de todo.

—Tiene que ser así... —dijo John pensativo—. Tiene que haber una nueva víctima allí debajo.

Algo les llamó la atención.

—¿Qué narices hace el gondolero ese aquí? —preguntó el sacerdote.

—¡Es Marco Alfieri! Aquél del que te hablé. Es mi taxista particular.

—Sí, ya me lo contaste. Pero te lo vuelvo a advertir: son todos iguales y te va a tomar el pelo, te lo aseguro. No me gustan los gondoleros. Además, ¿qué hace aquí a estas horas de la noche justo con todo el tomate que hay montado?

—No lo sé.

—¿Pero le has llamado para que venga a buscarte o qué?

—No... Le dije que cenaba aquí, pero... ¡Marco! —saludó John cuando la embarcación estaba a unos metros.

—*Buona notte* —dijo Marco mirando a John.

—Éste es Riccardo Loredan... sacerdote.

—Jamás lo habría dicho —dijo él llevándose la mano a su sombrero.

—Y él es Marco Alfieri —informó John a Riccardo.

—Gondolero... —añadió con mala leche el cura.

—¿Qué haces aquí? —preguntó John.

—He venido a buscarte por si necesitabas medio de transporte.

—Quieres pasarle una buena factura al final de su viaje, ¿eh? —dijo Riccardo.

—Seguro que usted también pasa el cepillo por la iglesia de vez en cuando... si es que todavía tiene aforo, claro.

—Creo que la aversión entre gondoleros y curas es recíproca... —susurró John.

De pronto, el móvil de Riccardo volvió a recibir una llamada.

—¿Giacomo? —preguntó el sacerdote al cogerlo—. Vaya... de acuerdo. Mañana te llamo a primera hora y lo vemos.

Colgó y se quedó mirando al teléfono.

—Tenías razón —dijo con voz tenue—. Ha habido otro asesinato. Todavía no los han sacado de debajo de los escombros, pero han comprobado que hay uno de más.

Seguirán durante la noche y mañana veremos si existe o no otra pista.

EL ANILLO

Venecia, mayo del año 1000 d. C.

—¿Ha llegado ya? —inquirió con discreción el dux Pietro Orseolo II a su lacayo.

—No, todavía no —contestó el interpelado con cierto fastidio.

El dux permanecía de pie en sus dependencias. Estaba siendo revestido con sus mejores galas por los criados, mientras su fiel servidor, Leandro, esperaba en la misma cámara a que su señor estuviera dispuesto.

—Le necesitamos, Leandro. Puedes pensar lo que quieras pero le necesitamos. Venecia lo necesita.

—Es un demonio.

—Quizá...

—Y no se puede poner una vela a Dios y otra al diablo.

—¿Terminaremos para hoy, caballeros? —espetó con impaciencia Orseolo a sus criados, que en ese momento le ceñían el cinturón.

La puerta de la estancia se abrió tan solo unos centímetros y Leandro se acercó a ver qué ocurría. Murmuró unas palabras y después se dirigió hacia el dux.

—Todo está dispuesto —le dijo.

—¿Y...?

—Él también está aquí.

El joven dux, de veintidós años, asintió satisfecho. Se ciñó por sí mismo apartando a sus criados y abandonó la cámara con urgencia.

Pietro Orseolo II era el primer gran dux, a salvo del corto reinado de su padre, que regía en Venecia desde hacía demasiado tiempo. Tiempo plagado de dirigentes caóticos. Él había llegado al poder a los trece años, en el 991. Y pronto se había ganado a sus súbditos demostrando ser un gran político y un avezado militar. En poco tiempo había llevado la diplomacia veneciana, y por tanto su comercio, al candelero europeo. Había conseguido pactar con el emperador de Oriente, Basilio II de Constantinopla, un beneficioso acuerdo comercial.

Y con Occidente, las relaciones también habían sido magníficas. El aun más joven emperador de Occidente, Otón III, había visto en el dux las cualidades de un gran líder y se había despertado en él un intenso sentido de admiración que el dogo no hubo sino de fomentar. Hasta tal punto que el tercer hijo del dirigente veneciano recibió el nombre de Otón y fue apadrinado en su Confirmación por el emperador.

Así, con el escenario europeo optimizado y con los dos imperios de Oriente y Occidente secundando los intereses venecianos, al dux solo le quedaba un problema: los piratas dálmatas.

Muchas poblaciones insurrectas. Muchos barcos saqueadores de las mercancías venecianas. Largos años atrás, se había instaurado un tributo a satisfacer por las arcas de la República para poder surcar los mares de la costa adriática a cambio de no ser interceptados y despojados. Pero Pietro Orseolo, al llegar al poder, canceló esa práctica. Era demasiado soberbio para atenerse a negociar con ladrones y piratas.

Las primeras escaramuzas después del plantón se habían saldado a favor de los intereses venecianos, que pudieron someter a varias poblaciones. Pero había seguido existiendo pillaje. Habían seguido concentrándose piratas, sobre todo en las desembocaduras del Narenta y del Cetina. Y el dux jamás permitiría que la supremacía marítima de Venecia fuera puesta en entredicho.

Había sido su misterioso lacayo quien le había instado a actuar. El guardián en la sombra: Ioannes.

Cuando Pietro había llegado al poder, recordó que su padre le había hablado de un consejero especial... un ángel de la guarda con el que todos los dux de la patria sabían que podían contar, si se llegaban a merecer su confianza. Su padre había sido el primero en ganársela tras muchos años. Y ahora él también había sido digno de merecerla.

Nadie en Venecia hablaba directamente de Ioannes. Y mucho menos, nadie escribía sobre él. Era una norma implícita por parte de los gobiernos de la República el proteger su identidad y vetar por cualquier medio lícito o ilícito que nada diera pistas sobre el caballero a la posteridad. Pero todos los venecianos sabían que si el encapuchado se dejaba ver discretamente al lado de uno de sus dogos... era porque Venecia tenía un buen líder. Si no... si el dux era solo un líder de cartón piedra que no merecía ocupar el trono, Ioannes desaparecía.

Ioannes había convenido con Orseolo que la mejor vía de actuación era atacar. No podía esperarse de los piratas de los mares adriáticos que respetasen a Venecia por su mero nombre. Si quería respeto había de ganárselo.

El día convenido para partir fue el 9 de mayo, día de la Asunción de la Virgen María. Por eso el dux se había vestido para la ocasión.

Mientras Pietro bajaba con urgencia las escaleras de piedra de su palacio, pensaba en las razones ocultas de Ioannes para embarcarse en aquella misión. El dux siempre había sospechado que aquel caballero, a lo largo de su historia, había tenido otros intereses paralelos a los de la protección de Venecia.

Pero fueran cuales fuesen, siempre habían repercutido en beneficio del ducado y de la República. Por eso era importante tenerlo de su lado.

* * *

Ioannes se acercaba al palacio ducal a pie... pero a varios metros sobre el suelo,

volando entre los tejados de las casas vénetas. Pasaba de un inmueble a otro con una agilidad colosal. Prefería acudir a sus citas oficiales así, para no ser visto y mantener la discreción en la medida de lo posible. Su anonimato era otra de las precauciones vitales para su misión.

Una misión que muchas veces lamentaba tener casi olvidada. El cofre y su contenido habían dejado de correr peligro hacía muchos siglos. Ahora Ioannes se dedicaba a proteger Venecia para proteger el cofre. Debía mantenerse fiel a la promesa dada a su mentor León Magno... aunque seguro que él no estaría de acuerdo con sus métodos.

Pero era difícil no sucumbir ante tanto poder, ante tanta fuerza. El temor reverencial que despertaba en las gentes no le hacía sino más consciente de su posición.

Ioannes comenzó a trotar con elegancia para acometer su último salto hasta el tejado del palacio. Voló y su capa ondeó majestuosamente proyectando unas extrañas sombras en el lejano suelo. Sombras que fueron percibidas por uno de los soldados venecianos que supo de quién provenían. Así, ese soldado mandó que se informara al dux de la llegada del caballero blanco.

* * *

Pietro llegó al atrio, seguido por las miradas de todos sus soldados. Se colocó en el centro dirigiendo su atención hacia la puerta de entrada, esperando que se abriera.

—Pietro... —murmuró una profunda voz a su espalda.

El dux se giró y dio un respingo al ver ante sí a la enorme figura encapuchada.

—Tienes que empezar a entrar por las puertas, como todo el mundo.

—Lo pensaré. ¿A qué hora es el santo oficio?

—Nos vamos ya a Castello. Te estaba esperando.

—De acuerdo.

—Pero antes quiero que veas el estandarte que me va a entregar el obispo de Olivolo en la catedral. Quiero que sea nuestra bandera, nuestro símbolo.

Comenzó a caminar hacia uno de los rincones donde lo esperaban dos sirvientes portando un bulto. Mientras llegaba, Pietro Orseolo hizo un ostensible gesto con el brazo para indicar a los hombres que lo descubrieran.

Al apartar la lona que lo cubría, Ioannes vio por vez primera el distintivo que identificaría a la República por los siglos venideros. El león con alas, que representaba al evangelista San Marcos, y que pisaba un libro con sus garras.

—Bajo su patrocinio dominaremos medio mundo, Ioannes. San Marcos es nuestro protector... —dijo antes de volverse hacia el caballero—. San Marcos... y tú.

* * *

El buque insignia lideraba la flota que surcaba ya el Adriático. Después de haber pasado por Jesolo y haber sido agasajados por el patriarca de Grado, Vitale Candiano, habían enfilado las costas dálmatas.

Lo que se había previsto como una campaña militar, estaba siendo hasta la fecha una retahíla de recepciones y honores. La flota había ido deteniéndose en cada ciudad e isla controvertida. Orseolo quería comprobar si las poblaciones bálticas seguirían abogando por la piratería o si, por el contrario, jurarían fidelidad a la República. Lo primero sería recompensado con la destrucción. Lo segundo, con la vida.

Pero por el momento, todos los priores y barones de las distintas ciudades se habían rendido en honores a los vénetos. Todos habían organizado recepciones y organizado eventos, como la muestra y exposición de sus reliquias sagradas y riquezas para deleite del dux. Y por supuesto, todas habían pasado por alto el tributo anual que antaño cobraran a cualquier embarcación comercial véneta que intentara surcar sus costas con intereses comerciales.

Pero en Spalato y en la isla de Curzola había sido distinto. Allí les habían recibido con enemistades y oposición manifiesta. En la primera, a Venecia le bastó con mostrar su poderío para que los habitantes se atuvieran a olvidar el tributo anual y a prometer que jamás molestarían a los barcos venecianos. En Curzola en cambio, hubieron de usar la fuerza pero sin demasiado ahínco.

Pero ahora se acercaban a Lagosta... La isla era conocida por su inexpugnable fortificación. Y por su aguerrido odio a los vénetos.

La figura encapuchada de Ioannes permanecía inhiesta cerca de proa. A su lado, Pietro Orseolo y el buen amigo de éste, Juan, que sería conocido como Juan el Diácono. Él sería quien recogiese por escrito muchas de las hazañas del gran dux y las diese a conocer a la posteridad.

Los crujidos de la madera al ser violentada por los gruesos cabos de la embarcación, se confundían con el oleaje provocado por la propia flota véneta. El dux, vestido para el combate, inspiró con fuerza la brisa que despejaba los cabellos de su rostro. Estaba ansioso por luchar.

—Espero que estés tomando buena nota de todo esto, Juan.

—Así es —dijo él, que perdía su vista en el oleaje.

—Vamos a derrotar a esos miserables —aseveró, mirando a Ioannes.

—Queda poco para comprobarlo —apuntó escueto el caballero blanco—. Estamos cerca.

Así era. La famosa fortaleza se recortó en el horizonte como si surgiese del mar. A medida que se acercaban, comprobaron que cientos de figuras ocupaban las

murallas del castillo, lo que daba a entender que los habitantes de Lagosta estaban prestos para el combate.

—Vamos —murmuró el dux antes de dar media vuelta para dirigirse a popa y encontrarse con sus oficiales.

—De acuerdo —accedió Juan que se dispuso a acompañarlo.

Pero al hacerlo, notó cómo una mano poderosa aferraba su brazo, impidiendo su marcha. Era Ioannes quien lo sujetaba. Unos instantes después, cuando el dux ya estaba a cierta distancia, el caballero se acercó al oído de Juan el Diácono.

—Sabes que no has de escribir sobre... todos los detalles.

—Ya me había advertido Pietro —le informó Juan, con voz trémula.

—No existo. Ni para ti, ni para la Historia.

—Entendido.

—Eso espero... —le dijo antes de soltarlo y apresurarse hacia donde estaba el dux.

El caballero atravesó la cubierta y, cuando llegaba al corro donde los oficiales circundaban al dux, escuchó un zumbido creciente. No tuvo que girarse para saber lo que ocurría.

—¡Poned al dux a cubierto! —gritó.

Todos hicieron lo que él dijo. Ioannes dirigió su mirada hacia la fortaleza y comprobó que los isleños habían comenzado a lanzar sus proyectiles contra los vénetos, sin esperar siquiera a ver sus intenciones.

Por fortuna, las flechas no llegaron a la altura del buque, que se había mantenido a una distancia prudente de la costa. Pero si querían tomar la ciudad habrían de aproximarse bajo la lluvia de dardos y piedras.

Ioannes examinó la fortaleza del enemigo. Los atacantes se refugiaban en los matacanes: construcciones de madera con ventanas de pequeña superficie para poder atacar pero no ser atacados. Había varios torreones recios unidos por la fuerte muralla. El caballero siguió escudriñando la fortificación. Después, examinó las bases de los torreones... y sonrió.

—¡Cinco hombres, conmigo! ¡Ahora! —gritó mientras caminaba.

No necesitó volverse para ser consciente de que el dux habría ordenado que los mejores soldados lo acompañaran.

El caballero encapuchado se dirigió a Pietro Orseolo.

—Que el ataque se dirija con normalidad. Yo intentaré entrar.

Y sin esperar respuesta, se dirigió con sus acólitos hacia una de las pequeñas embarcaciones que ya habían preparado para él detrás del buque insignia.

Minutos después, seis hombres avanzaban discretamente entre las olas que bañaban la costa de la isla. Subían y bajaban, al son de un violento mar que los exponía intermitentemente a la vista de los sitiados de Lagosta. Pero el ataque de

Venecia se producía en paralelo y los enemigos estaban demasiado ocupados en mantener a raya a la temida flota véneta.

Tuvieron que llevar en alto sus escudos durante todo el trayecto, para evitar ser heridos por los incesantes ataques aéreos con flechas y piedras. Pero finalmente llegaron hasta donde Ioannes quería: a los riscos cercanos a la base de uno de los torreones. Por donde el caballero había intuido que llegaba el suministro de agua.

—El oleaje es demasiado vivo como para acercar la barca. Abandonémosla y vayamos a nado —ordenó justo antes de zambullirse él mismo.

Los cinco hombres que lo acompañaban tuvieron que esforzarse para seguir la estela de la capa blanca que surcaba la superficie del agua, casi cortándola. Para cuando llegaron a los riscos, Ioannes ya entraba por el agujero de la base del torreón.

Le siguieron. Le intentaron apoyar y secundar en todas sus acciones. Pero lo que le vieron hacer, fue algo que jamás olvidarían...

Una vez se colaron por el conducto del suministro de agua, Ioannes subió hacia el torreón. No importó en ningún momento cuántos enemigos lo atacaran. Todos los embates parecían resbalar en aquella capa blanca que se agitaba violentamente proporcionando la muerte a cualquiera que cayera bajo su sombra. Los soldados vénetos tuvieron más trabajo esquivando los cadáveres que Ioannes dejaba que por la batalla en sí.

El caballero estaba a punto de hacerse con uno de los torreones y con el matacón clave de la fortaleza.

* * *

—¿Qué quieres? —preguntó con fastidio Pietro Orseolo al soldado que llevaba varios segundos importunándolo mientras él hablaba con sus oficiales.

—Perdón, pero... parece que los ataques cesan... No del todo pero...

—¡Qué dices, desdichado! —le espetó el dux, antes de empujarlo hacia un lado y dirigirse hacia proa para avistar la fortaleza sitiada de Lagosta.

El hombre tenía razón. Había revuelo dentro del castillo. El ataque proseguía pero sin la misma contundencia. Parecía reinar el desconcierto dentro de aquellas murallas.

—Ha sido él —murmuró el dux para que lo escuchara Juan el Diácono, que acababa de llegar a su vera.

Fue entonces cuando vieron una mancha blanca que se subía a una de las almenas, haciendo gala de un excepcional equilibrio.

—Esto no quedará por escrito, Juan.

—¿Y qué cuento?

—Describe el ataque... habla sobre cómo los soldados vénetos se colaron por el torreón del suministro del agua... pero jamás escribas nada sobre él.

Vieron cómo la inhiesta y alejada figura del caballero, alzaba su brazo con la espada en la mano.

Y Juan el Diácono lamentó no poder escribir sobre lo más increíble que había visto en su vida.

Desde entonces, con la marcha triunfal de vuelta, y ya asentado el dominio véneto sobre la rebelde costa dálmata, Venecia celebraría cada año el día de la Asunción.

Anualmente, desde el puerto del Lido, el dux y su corte partirían con el obispo de Olivolo para celebrar una ceremonia: la que más adelante se conocería como la de los esponsales de Venecia con el mar. En ella, el dux lanzaría su anillo a las aguas, para honrar a aquel mar que siempre sería el mejor aliado de la República de Venecia. Su mejor protector.

Aparte del patrono San Marcos.

Aparte del caballero Ioannes.

EL ETERNO

Venecia, tres días después del Vuelo de la Paloma

María Ayarza caminaba con urgencia. La ciudad volvía a recuperar esa sensación de pánico que, desde el asesinato del papa, había ido disminuyendo en los dos días anteriores. Todo el mundo había visto en las noticias que un edificio veneciano había sido derrumbado. Los informativos habían dicho que las autoridades aducían motivos de estructura y vejez en el inmueble, pero nadie parecía habérselo tragado. De ahí que la ciudad volviera a ensombrecer su ánimo.

De ahí que Venecia no pareciese Venecia.

Esa noche había dado tantas vueltas en la cama que casi tenía agujetas. No pudo dejar de pensar en el soldado que había visto en ese cuadro... en la misteriosa carta sin remitente... y en el encapuchado. Ese asesino se estaba haciendo pasar por el mismo caballero que participara en una batalla naval a comienzos del siglo noveno... y María no tenía ni idea de sus razones.

Esperaba averiguar algo más entre los libros que anegaban la casa de Dave Sheppard.

Minutos después, hacía de nuevo uso de las ganzúas para franquear las descalabradas puertas del edificio donde había vivido su antiguo jefe. Entró en el piso. Y suspiró. No terminaba de aceptar que su colega estuviese criando malvas.

Se dirigió a las estanterías que quedaban a la derecha de los mapas de la isla colgados en la pared. Rebuscó entre los cantos de los libros los títulos que pudieran indicarle algo acerca de la existencia de un caballero misterioso de hacía cientos de años. Estuvo un buen rato examinándolos y determinó que ninguno en particular, pero todos en general, podían arrojar algo de luz.

Así que se arremangó y cogió todos los volúmenes que cupieron entre sus brazos, para llevarlos hasta un viejo sillón, donde los hojearía uno a uno.

Pasaron minutos y horas. María tenía hambre y sueño. Había estado forzando la vista durante demasiado tiempo, obligándola a rebuscar con urgencia alguna frase o palabra clave entre aquel sinfín de manuscritos.

Hasta que de pronto, un pequeño papel cayó al suelo deslizándose de entre las hojas de uno de los libros que María iba a empezar a mirar. Antes de agacharse a recogerlo miró extrañada la portada. *La boda con el mar*, un libro histórico reeditado del siglo XVI, de Marcelo Querini. Nada le decía aquel título y menos aún su autor. Frunció el entrecejo.

Se incorporó del respaldo del sillón y alargó la mano con pereza para coger la nota. Estaba escrita en inglés y a mano... con los reconocibles trazos de Dave

Sheppard.

Ioannes, como el papado, fue bendecido con la eternidad.

María dio un respingo. ¿Qué quería decir Dave? ¿Eterno? Volvió a dirigir su atención hacia el libro del que había caído la nota. Vio que había unos capítulos marcados en el índice. Se frotó los ojos e hizo movimientos circulares con la cabeza para estirar el cuello. No podía más.

Sus dedos buscaron nerviosamente las páginas y se dispuso a leer.

El escritor hablaba de uno de los más grandes dux de Venecia: Pietro Orseolo II, que ostentó el cargo desde finales del siglo décimo. Hablaba de sus triunfos contra la piratería. Hablaba de la sumisión de muchos pueblos a Venecia bajo su mandato. Hablaba de cómo festejó sus triunfos rindiendo un tributo al mar, instituyendo una ceremonia a bordo del barco ducal Bucentauro, que se repetiría a lo largo de los siglos.

Hablaba, por fin, de cómo un caballero sin rostro le acompañó en sus hazañas y en su gobierno.

LA CATEDRAL

Venecia, tres días después del Vuelo de la Paloma

Aún no había amanecido. Un hombre calvo y muy fornido caminaba por el Campo de San Bartolomeo hasta llegar donde lo aguardaba un alto y barbudo pelirrojo. Giacomo Meazza saludó a Heinz Meier con un escueto movimiento de cabeza.

—Siento no haber estado ayer —dijo Heinz al poco de encontrarse con el escolta—. Sabes que debo dedicarme a mis tareas internas de la Guardia.

—No pasa nada, es tu trabajo. Ya es suficiente con que accedieras a ayudarnos. Además, no creo que hubieras podido remediar lo que ocurrió.

Heinz asintió y miró su reloj. Volvió a hablar pasados unos instantes.

—¿Por qué estamos aquí?

—Ayer encontramos otra carta en el cuerpo de la víctima.

—¿En el cadáver que sobraba?

—Sí.

—¿Se ha identificado ya quién es la víctima?

—Están en ello. Por ahora solo hemos conseguido el nuevo naipe. Estaba... en su cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—Ese hijo de puta pensaría que con el derrumbe, la carta podría extraviarse... así que la cosió al cuerpo de su víctima. En el antebrazo —Giacomo se señaló su propio brazo para indicar al suizo el lugar exacto.

—Entiendo —dijo Heinz con frialdad.

—¿Entiendo? —repitió Giacomo airado—. Joder, los jóvenes de ahora estáis tan corrompidos que habéis perdido la capacidad de sentir.

Heinz Meier no añadió nada.

Pronto se dibujó al final de la calle la figura enjuta de Riccardo Loredan. Emergió de entre las sombras nocturnas, caminando como siempre: cabizbajo y con urgencia. Tenía unos papeles en su mano. En ese preciso instante y justo en la dirección contraria, un gondolero de pelo grisáceo y nariz redonda acercaba su embarcación a la ribera del Gran Canal para dejar a John Sheppard en tierra.

—Puedo llegar a entender que nos hayas metido a mí y al sacerdote en la investigación —dijo Heinz mirando con desdén al londinense que ya se acercaba con paso tranquilo—. Ambos tenemos algo que aportar. Pero ese tipo... No sé qué pinta aquí.

—Él descubrió las letras escritas a fuego y él dio la idea de buscar la carta en el

cadáver sobrante ayer...

—Eso era evidente.

—Era evidente pero no fuiste tú quien lo dijo sino él. Además, él está metido hasta el fondo porque asesinaron a su hermano como mero cebo para coger al papa, así que no me toques los cojones y muestra un poco de sensibilidad...

Heinz sonrió.

—Creo que lo tengo —llegó diciendo el sacerdote.

—Confiaba en ello —le contestó Giacomo poniéndole la mano en el hombro.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó John que también acababa de unirse al grupo.

—Hace unas horas rescatamos el naipe de la última víctima y le envié el texto de la carta al «pater»... supongo que lo que tiene es su significado.

—¿Qué decía la carta? —preguntó ahora Heinz.

Giacomo Meazza sacó del bolsillo interior de su chaqueta una fotografía tamaño folio de ambas caras del naipe. En una cara estaba el águila. En la otra, unas frases manuscritas, esta vez en italiano:

El día mariano, el hombre que casó Oriente y Occidente recibió el primer estandarte de la Señora. A 16, 2

—No he tenido tiempo para contrastarlo en libros pero creo saber a qué se refiere...

—No es que dude de su talento —sonrió Giacomo—. Y ya sé que hizo la tesis sobre la historia de la isla pero... creo que eso fue hace más de un millón de años y, dada la importancia del caso, me parece que deberíamos acudir a fuentes más fidedignas.

—No seas majadero, Giacomo —le espetó el sacerdote—. Si es lo que creo, no hay tiempo para eso.

—¿Nos va a decir de una vez qué significa esto? —preguntó Heinz.

—Todos sabéis cuál es el estandarte de Venecia, a la que la Historia ha denominado como la Señora o la Serenísima República, ¿no? —comenzó a relatar el sacerdote—. El león alado con el libro. Figura que representa a San Marcos. Al evangelista siempre se le ha representado con un león que...

—Sí, sí lo sabemos —le cortó impaciente Giacomo—. Se supone que no tenemos tiempo que perder, ¿no?

—Vale, vale. Resulta que hay algunos historiadores, si no recuerdo mal, que defienden que la primera vez que se usó esa imagen como bandera veneciana fue en una celebración que llevó a cabo uno de los dux más importantes de la historia: Pietro Orseolo II. Él conquistó muchas tierras para el país veneciano, derrotó a los famosos piratas dálmatas y consiguió buenisimas relaciones políticas y comerciales con ambos

imperios de Occidente y de Oriente casando a hijos suyos con familia de los emperadores...

—De ahí lo de que «casó Oriente y Occidente» —dedujo John.

—Exacto.

—¿Qué pista nos da esto sobre un siguiente asesinato? —preguntó Giacomo.

—No estoy seguro. Pero sé que el día en que se le dio ese estandarte al dux, fue un día muy importante y que instauró una tradición que duró durante siglos. En el año 1000, el día de la Asunción, que antes no era siempre en agosto como en la actualidad, el dux, después de haber vencido a muchos de sus enemigos y anexionado territorios, quiso hacer una especie de paseo triunfal en su buque para que todo el mundo rindiera pleitesía a Venecia.

—El día mariano se referirá al día de la Asunción —aportó Heinz.

—Claro, claro —confirmó Riccardo—. El dux, aquel día, fue a misa primera hora en la catedral y allí le dieron el estandarte. Después, acudió a su barco y, con su flota, fue recorriendo todos los puertos de las regiones conquistadas. También se dice que fue entonces cuando se estableció el maridaje entre Venecia y el mar. Todos los reinos circundantes se rindieron ante Venecia y ella se rindió ante el mar.

—¿Fue por eso lo de la tradición histórica en que el dux tiraba el anillo ducal al mar como si se casara con él? —preguntó Giacomo.

—Sí, pero lo de tirar el anillo se añadió a la tradición más tarde, como otra parte de la ceremonia, que se repetiría a lo largo de los siglos el día de la Asunción.

—Perdón, pero por mi parte, sigo sin entender una mierda —reconoció John.

—Os leo lo que dice la cita del Apocalipsis esta vez —continuó Riccardo nervioso, llevándose ante sus ojos los papeles que llevaba en la mano—. «Y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen».

—Pero eso habla del infierno para quienes son infieles y siguen al maligno —indicó el suizo—. Por eso dice lo de la marca de la bestia.

—Ya lo sé pero, viendo su modus operandi de ocasiones anteriores, me imagino que la primera frase incardina el asesinato y la frase del Apocalipsis indica el cómo se llevara a cabo.

—¿Y por qué has concluido que teníamos poco tiempo? —preguntó John.

—Si estoy en lo cierto y, como digo, la primera frase habla de tiempo y lugar... me parece que el asesinato, si es hoy, debería ocurrir en la primera misa de la mañana de la catedral... ya que ahí fue cuando y donde Pietro Orseolo II recibió el estandarte.

Todos quedaron en silencio y Giacomo Meazza sacó su móvil.

—¡Marconi, hay que sellar la catedral ahora! ¡Puede que el siguiente asesinato se cometa allí! Océpese de organizar a los cuerpos: me da igual Interpol, el Servicio de Inteligencia y Seguridad italiano, la policía o todos a la vez. ¡Ahora estoy al mando

de la seguridad vaticana y pido que se cierre la catedral ya!

* * *

Minutos después, cuando el sol comenzaba a anticipar sus primeros rayos del amanecer, la lancha de Giacomo dejaba a su derecha las instalaciones de grúas y distintas maquinarias de las obras que se llevaban a cabo en el fondo marino veneciano. Obras que llevaban unos años sacando de quicio a propios y extraños con su corrupción del paisaje.

Unos segundos más tarde, llegaron hasta la ribera de la Plaza de San Marcos.

Los cuatro tripulantes, al descender, pudieron comprobar cómo ya había miembros de las distintas autoridades circundando la basílica. La gente que llegaba a la misa de las siete de la mañana era interceptada por la policía para que no entraran en el recinto. Los helicópteros revoloteaban alrededor de la zona, como abejas entorno a una flor.

—Ya es impensable que Venecia vuelva a actuar con normalidad. Después de lo de ayer y con esto... —apuntó el sacerdote al ver la escena.

—Lo importante es que no muera nadie más y que cojamos a ese hijo de puta... —reconoció Giacomo—. Que los turistas o los venecianos pasen miedo es algo que me trae sin cuidado.

Acudieron hacia el templo y tanto Giacomo como Heinz enseñaron sus identificaciones a los miembros de seguridad para atravesar el perímetro. Entraron por la nave lateral izquierda, porque el sagrario y el pequeño oratorio donde se celebraban las liturgias estaban en aquella parte de la catedral. Todo estaba tranquilo. Vieron que unos oficiales se encontraban en el pequeño altar lateral hablando al sacerdote que habría acudido a decir la misa aquella mañana.

—¿No habría sido mejor haber hecho esto con más... discreción? —preguntó John a Riccardo por lo bajo.

—Qué dices ahora, majadero... —resopló el sacerdote.

—Me refiero a que igual esto provoca que no le pillemos... si ve tanto revuelo...

—Puede que no cojamos al asesino pero evitaremos otra víctima —dijo Giacomo que había escuchado los comentarios.

El escolta se dirigió hacia los oficiales que hablaban con los religiosos que habían abierto la basílica aquella mañana. Heinz Meier le siguió. El sacerdote y el londinense esperaron en silencio.

John paseó con interés su mirada por aquel templo que tantas veces había visto, años atrás. Pero ahora eran sus ojos de experto los que repasaban la arquitectura del edificio.

—Esta catedral —apuntó John al cabo de unos instantes— no se pudo construir

cuando se trajo desde Alejandría el cuerpo de San Marcos, ¿verdad?

—No —corroboró Riccardo con desinterés y sin dejar de mirar lo que hacían Giacomo y Heinz—. Aquello ocurrió en el año 828 y esta iglesia es posterior. ¿Por qué lo dices?

—Precisamente, porque no encuentro muchos detalles de construcción tan atrasados...

—Los restos estuvieron siempre en esta ubicación pero solo se trataba de una capilla para el dux.

Al escuchar la respuesta, John tomó del brazo al sacerdote para que le prestara atención. No quería aventurarse a negarle la razón, pero algo le decía que debía advertirlo.

—Riccardo, estas estructuras... puede que estén reformadas pero no son lo suficientemente antiguas como para... —el joven se interrumpió para pasar directamente al contenido de su preocupación—. ¿Estamos seguros de que en el año 1000 este templo existía y era la catedral de Venecia?

El sacerdote se quedó mirándolo unos segundos como si no pudiera distinguir a quien tenía delante. Su rostro se quedó lívido y tragó saliva.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó por fin en alto.

Todo el mundo se giró hacia él, incluidos Giacomo, Heinz y los oficiales que los acompañaban.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el escolta.

—¡Cómo he podido ser tan idiota! ¡En el año 1000 la catedral no era ésta! San Marcos por entonces seguía siendo una capilla.

—¿Entonces? —Giacomo se acercaba a grandes pasos.

—¡El asesinato va a tener lugar en la que era la catedral aquel año: San Pietro di Castello!

* * *

Giacomo prefirió bordear toda la isla por el extremo sureste para poder coger más velocidad a pesar de tener que recorrer más distancia. En pocos minutos llegaban a Isola San Pietro, un islote anexionado a Venecia donde se encontraba la antigua catedral.

Los helicópteros ya estaban en posición y varias lanchas seguían la misma dirección que la de Giacomo, pero el gran contingente de equipos tardaría aún en llegar.

Dejaron la embarcación en el pantalán del Campo San Pietro y los cuatro atravesaron acelerados el jardín que circundaba la iglesia. Llegaron primero Heinz y John.

Empujaron las puertas laterales con urgencia y entraron en la iglesia. Se celebraba la primera misa del día. No habría más de veinte asistentes, varios de los cuales se giraron hacia la entrada, sorprendidos por la violenta entrada de los dos jóvenes.

Era el momento previo a la comunión y un sacerdote de temprana calvicie que no tendría más de cuarenta años apuraba el vino consagrado del cáliz.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó Giacomo Meazza que acababa de entrar.

Pero ya era tarde. Pronto comprendieron que el crimen ya se había cometido.

El sacerdote, aún en el altar, soltó el cáliz, que cayó al suelo con un gran ruido que resonó en las paredes del templo. Y comenzó a vomitar. Se derrumbó, retorciéndose de dolor. Se agarraba con las manos el estómago.

El vicecomandante de la guardia suiza fue el primero en reaccionar ante la horrible imagen. Sorteando con agilidad a la gente que huía despavorida, llegó en pocos segundos hasta el altar para asistir a aquel hombre. Poco pudo hacer por él.

El sacerdote emitió un último estertor y murió en brazos de Heinz. Los labios del suizo, ocultos tras la espesa barba rojiza, parecieron musitar algo. Quizá una oración. Quizá otra cosa.

Se acercaron con urgencia Giacomo, John y Riccardo, que se inclinó sobre su colega y pronunció un responso, claramente afectado.

—Que Riccardo se quede aquí con el cuerpo y nosotros salgamos para encontrar a ese cabrón —ordenó el escolta.

—¡Quietos! —dijo Heinz a sus compañeros que ya comenzaban a moverse—. Es imposible que siquiera le veamos —afirmó como si supiera de lo que hablaba.

Ellos se extrañaron de sus palabras, pero no se movieron. Giacomo cogió el móvil e informó de la situación a los distintos oficiales al cargo, cuyos hombres ya comenzaban a entrar por las puertas del templo.

Unos minutos más tarde, la iglesia estaba totalmente precintada. Todo estaba lleno de policía científica que analizaba hasta el último recoveco de la antigua catedral para ver si había alguna pista sobre el crimen o sobre el asesino.

—Señor, ya he informado a mi superior, pero usted también tiene que ver esto —anunció un miembro del equipo médico a Giacomo.

Heinz se había marchado alegando que ya poco se podía hacer y que él debía ocuparse de su propio trabajo. Pero Riccardo Loredan y John Sheppard continuaban allí y siguieron a Giacomo hasta el cuerpo de la última víctima.

El cadáver del sacerdote estaba prácticamente desnudo y el forense les enseñó que su estómago tenía un orificio humeante... como si el veneno que hubiera ingerido fuera tan potente que le hubiese destrozado los órganos y después, quemado la carne.

—Joder, qué agradable —apuntó el escolta pasando la mano por su cabeza rapada.

—Ha tenido que ser algún tipo de ácido o... bueno, ya le haremos las pruebas — indicó el médico.

—De acuerdo, llévenselo.

—¿Han encontrado una carta o algo parecido? —se interesó John.

Otro de los policías científicos que revoloteaban por allí señaló con su dedo embutido en un guante de látex hacia un lugar del altar.

—Está pegado ahí debajo —les informó—. No lo despegaremos hasta que analicemos con el visor si hay huellas y...

—¡No me jodan, por favor! —bufó el corpulento escolta papal comenzando a caminar hacia el altar.

Giacomo, aún negando con la cabeza, se agachó y después de echar una ojeada, arrancó sin miramientos el naipe que había allí adherido.

—No va a haber ninguna huella y lo sabemos todos —explicó sin mirar a los atónitos policías.

Estaba aún desenvolviendo el naipe del plástico que lo cubría cuando Riccardo Loredan dio un respingo.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó señalando hacia el hombro del cadáver.

—¡Ah! Sí, es un pequeño tatuaje —dijo el forense.

—¿Un cura con un tatuaje? —se extrañó John.

—¿Cuántas veces voy a tener que decirte que un cura no tiene que haber sido siempre cura? —le reprochó Riccardo.

El dibujo estaba conformado por una L invertida con el palo vertical bastante alargado. Y cerca de la parte horizontal de la letra, dos pequeñas rayas también horizontales a un lado y otro del palo vertical.



—Si se mira con ojos críticos... ¿podría interpretarse que es la esfinge de un águila? —propuso John.

—Podría ser... —apuntó Riccardo, que había pensado lo mismo.

—Y además —continuó John—, esto haría aún más coincidente el asesinato con la pista del naipe.

—Y derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia —citó el sacerdote.

Giacomo, que había parado un momento de intentar abrir el plástico del naipe para atender al asunto del tatuaje, suspiró y prosiguió con su tarea.

—Joder, no hay manera. No quiero cargármela —dijo tendiendo el naipe a uno de

los policías—. Ábranla con unas pinzas o lo que sea y tráiganla de inmediato.

Los tres fueron a sentarse a uno de los bancos cercanos.

—Empiezo a estar de la simbología animal hasta el gorro —suspiró Giacomo llevándose las manos a la nuca y estirando su enorme espalda.

—Eres un viejo majadero, no haces más que quejarte —le dijo Riccardo—. Ya no estás para estos trotes.

—¿Pero a qué te refieres? —se interesó John.

—Que si Venecia tiene forma de pez, que si el evangelista San Marcos es representado con el león, y este enajenado se representa a sí mismo con el águila...

Riccardo frunció el entrecejo pero sus compañeros no lo advirtieron.

—¿Piensas que el asesino le hizo ese tatuaje al cura? —preguntó John al escolta.

—Claro... para que su pista fuera más dramática, marcó a su víctima.

De pronto, el sacerdote se levantó como un resorte. Bisbiseaba frases inconexas de las que John solo pudo entender la palabra «evangelistas».

—Tengo que irme. Os llamaré —anunció antes de largarse.

—Oiga usted, Don Riccardo, no se me meta en líos.

Pero el sacerdote no podía oírle ya.

—Es... testarudo —indicó John.

—Como una puta mula, muchacho.

—¿Qué se le habrá ocurrido?

—No lo sé, pero visto lo visto, vamos a dejarle que haga lo que quiera. Ha averiguado los significados de las pistas hasta ahora, así que...

—Ya.

Permanecieron en silencio un instante. Esperaban a que les trajeran la carta. John, se incorporó del respaldo como si se le hubiera ocurrido algo.

—¿Seguro que el asesino le hizo ese tatuaje?

—¿Por qué si no iba a...?

—Pero si lo piensas, el sacerdote estaba aquí sin su asesino y bebió el cáliz con normalidad... como si no supiera lo que iba a ocurrir.

—¿Y?

—¿Crees que le tatuaron a la fuerza y luego le mandaron a decir misa con total naturalidad?

—Si quieres llegar a algún lado, dímelo de una vez y si no, cierra la boca, muchacho.

John se levantó y dio varios pasos, acercándose al cuerpo.

—Quizá la pista de «los hombres que tenían la marca» no se refería solo a esta víctima —dijo mientras se volvía hacia Giacomo.

—Por favor, al puto grano...

—Ordena que alguien mire el cuerpo del último asesinato. El del previo a ése,

tiene el cuerpo carbonizado y no se puede ver, pero en el del derrumbamiento, los forenses sabrán si tenía o no un tatuaje.

—Pero ¿qué quieres...?

—Lo que quiero decir es que... puede que todas las víctimas estén marcadas.

EL ENCARGO

Roma, casi dos años antes del Vuelo de la Paloma

Dave Sheppard caminaba con urgencia por la Via della Masquera D'Oro. Era una calle sin aceras y de no más de tres o cuatro metros de ancho, al norte de la parte este del Tíber. El joven comenzaba a ponerse nervioso ante la inminencia de su entrevista. Miró el pequeño papel que sostenía en la mano donde había garabateado los datos de aquella extraña llamada telefónica de hacía un par de días. Tenía que estar cerca.

A su izquierda, entre dos ventanas enrejadas, vio un enorme portón de madera y metal. Se caló sus gafas de pasta. Miró a la pared y después a su papel arrugado. Era allí. No había timbres ni portero automático. Así que golpeó la puerta con el puño cerrado, pero se sintió algo ridículo al hacerlo.

No pasó nada. «Si al menos me hubieran dado un número de teléfono...», pensó hastiado. Pero había sido una llamada de palabras atropelladas y de instrucciones certeras.

Volvió a apretar el puño pero, justo antes de aporrear la puerta, escuchó un chasquido en la cerradura, y la hoja derecha del portón dejó paso al londinense.

Entró y vio un patio interior empedrado y con una fuente en medio. Cerca de ella, había un hombre que lo miraba fijamente, de baja estatura y con un traje oscuro. Parecía algo asqueado al observar a aquel joven londinense con pantalones de color caqui de mil bolsillos, melena rubia hasta los hombros, gafas de pasta modernas y una mochila que había conocido tiempos mejores.

El hombre le invitó con un gesto a que lo siguiera, y Dave así lo hizo. Paseó su figura desgarrada por todo el patio hasta alcanzar unas escaleras por las que ascendió dos pisos. Allí, el hombre le indicó una de las estancias, cuya puerta abrió para que Dave entrara.

El joven entró y notó cómo la hoja de madera se cerraba tras él. Ante sí había una sala de cuarenta metros cuadrados, enmoquetada y con una gran mesa en medio. Dos hombres, también trajeados, estaban sentados en ella.

—Doctor Sheppard, por favor, siéntese —dijo uno de ellos, calvo y de perilla bien recortada.

—Gracias.

—Le agradecemos que haya venido con tanta premura.

—Billetes pagados, habitación reservada... cómo iba a negarme.

Ambos hombres sonrieron. El calvo de perilla miró al otro, más alto y de nariz prominente, que le hizo un asentimiento imperceptible.

—Queremos hacerle un... encargo, señor Sheppard.

—Eso ya me lo dijeron por teléfono. No tiene nada de extraño. Pero el hecho de que no me adelantaran nada y toda esta urgencia es lo que me ha tenido en vilo hasta ahora.

—Lo entiendo —asintió el hombre sonriendo—. Es algo delicado.

—Tan delicado —intervino por primera vez el hombre de más altura— que no podemos explicarle de qué se trata en su totalidad.

—Me tienen perdido, caballeros —dijo Dave con el ceño fruncido.

El hombre que acababa de hablar abrió una cartera que había depositado cerca de su asiento. De allí extrajo un portafolios de cartón amarillento. Lo colocó sobre la mesa y lo deslizó hasta el otro extremo, donde estaba Dave, que buscó en la mirada de sus anfitriones lo que querían que hiciera. Le invitaron a abrir la carpetilla.

Así lo hizo. Hojeó los documentos que contenía, exquisitamente detallados. Indicaban lugares, presupuestos, tiempo...

—Como puede comprobar, doctor Sheppard, ahí tiene todo lo que necesita para empezar.

—¿Éfeso? —preguntó él imbuido aún entre los papeles.

—Sí, cerca de Panayr Dag —contestó el hombre de perilla.

—El equipo técnico ya está allí —añadió el otro hombre.

Dave Sheppard frunció el ceño. Se quitó las gafas de pasta y se frotó los ojos.

—Pero aquí no se dice lo más importante —musitó por fin, volviendo a dirigir su mirada a los hombres trajeados.

—Ni usted ni su equipo pueden saber de qué se trata por ahora. Es muy importante que quede en secreto.

—¡Pero cómo voy a...! —Dave apartó su silla de la mesa airado—. No puedo hacer una expedición sin saber lo que he de encontrar. No es viable. Necesito saber de qué se trata para saber también dónde buscar.

—Usted vaya dándonos informes diarios y cuando haya avanzado en el trabajo, es posible que solo a usted, como líder de la expedición, le digamos qué buscamos.

Dave negó con la cabeza y resopló fuertemente.

—No puedo reunir un equipo de mi confianza para esto... si no sé de qué va toda esta mierda, no puedo embaucar a mi gente.

—No es necesario, doctor Sheppard —respondió el hombre alto, volviendo a introducir su mano en la cartera y sacando esta vez un manojo de hojas grapadas—. Su equipo ya está contratado e informado. Han aceptado las condiciones.

—¿Sin saber el motivo de la excavación?

—No ha supuesto demasiado problema. Suponemos que piensan que los promotores de la expedición y el líder de la misma conocen los objetivos.

—Pero yo los desconozco.

—Cierto. Pero usted, como jefe de la excavación, no dará muestras de ello a esta

gente —dijo mientras le acercaba las hojas con fotografías y nombres a Dave—. Ellos deben pensar que están en buenas manos y que usted conoce todo lo necesario para llevar a cabo el trabajo.

Dave volvió a acercar su silla a la mesa y miró los papeles que contenían los currículos de expertos arqueólogos, excavadores y científicos.

—Son de lo mejor que hay —añadió el hombre de perilla—. Y trabajarán a sus órdenes.

El londinense mantuvo su silencio. Continuó repasando los nombres. A muchos los conocía de oídas y a otros no. Pero por sus expedientes, todos parecían muy preparados. De repente, hizo un aspaviento al llegar hasta un nombre. Miró fijamente a los hombres del otro lado de la mesa.

—Ella no —dijo categórico.

—La señorita María Ayarza es una de las mejores en su campo —adujo el hombre más alto.

—No la quiero.

—Pero la tendrá en su equipo.

—Eso será si acepto este encargo.

Los dos hombres se cruzaron una mirada y esbozaron media sonrisa.

—¿De verdad creen que voy a meterme en esto? No tengo el equipo que quiero, no sé lo que busco... y no sé quién me lo encarga ni con quién estoy tratando.

—No podemos darle nombres. Por ahora. Ya lo comprenderá. Esto es demasiado delicado. Pero al final del primer expediente que le hemos entregado, verá una dirección de mail y un número con el que contactar con nosotros. Tome este teléfono —el hombre de perilla le pasó un pequeño móvil de carcasa roja—. Aquí le llamaremos y con él nos llamará.

A Dave aquello le pareció demasiado. Ese secretismo... y esa actitud condescendiente por parte de aquellos hombres. Parecían contar con que accedería a hacer el trabajo. Pero estaban equivocados. Se levantó violentamente de la silla.

—Lo siento pero no acepto. Muchas gracias por la oferta de todos modos.

—Señor Sheppard —dijo el hombre más alto levantando las manos como si intentara apaciguar al londinense—, piense que éste es un proyecto histórico. Sabemos que lleva la arqueología en la sangre. Piense que por esto puede pasar a la Historia... El secretismo inicial es obligado por la discreción que debe guardarse por ahora. Además...

El hombre se levantó de la mesa y pasó hacia el otro lado, donde estaba Dave. Lo hizo con parsimonia, casi arrastrando los pies. Se colocó cerca de él y sin sentarse, pasó varias hojas del primer expediente que le habían mostrado. Se paró hasta llegar a una de las últimas hojas. Posó su dedo sobre un punto del folio y con un ademán, invitó a Dave a que se acercara.

El joven así lo hizo y vio lo que se le mostraba. Era una cifra. Astronómica. Se trataba de su sueldo.

—Joder —musitó.

Y se alejó de la mesa para andar por la estancia. Lo hacía sin rumbo. Pensando. De vez en cuando negaba con la cabeza. De vez en cuando suspiraba. Por fin, se volvió hacia los hombres anónimos.

—¿Cuándo hay que empezar?

—Su avión sale dentro de cinco horas, señor Sheppard.

* * *

El hombre que permanecía fuera de la sala, seguía la conversación que se mantenía dentro con sumo detalle.

Cuando el doctor Sheppard aceptó la propuesta, él sacó de inmediato su teléfono móvil alejándose de las puertas a las que había pegado el oído.

—Pásame con él, por favor —dijo mientras daba vueltas por el pasillo del inmueble. Unos minutos después contactó con quien quería—. Está hecho: ha dicho que sí... Desde luego. Le mantendremos informado. Gracias.

Y colgó con un resoplido de alivio.

* * *

Dave fue escoltado por otro hombre distinto hasta la puerta de entrada. Deshicieron el camino que el londinense hiciera media hora antes.

El arqueólogo llevaba su característico aire despistado. Caminaba desgarbado y se calaba las gafas cada treinta segundos.

—Muchas gracias —dijo cuando le abrieron la puerta de entrada, una vez atravesaron el patio interior.

No recibió más respuesta que una leve inclinación de cabeza por parte de aquel hombre. Atravesó el umbral y salió a la calle. Cuando el portón se cerró tras de sí, simuló caminar con indiferencia doblando la calle hacia su derecha, en dirección al Tíber.

Sin embargo, cuando se alejó lo suficiente del portal, se ajustó las asas de la mochila y empezó a correr con urgencia. Hizo en pocos segundos los escasos cien metros que lo separaban de la vieja moto que había alquilado por pocos euros para moverse por Roma. Dejó la mochila dentro del cofre y de allí sacó una chaqueta de otro color a la que llevaba puesta. No debía ser reconocido. Se puso el casco y encendió el motor, para salir como una exhalación hacia el lugar que acababa de abandonar.

Buscó alguna callejuela aneja al edificio por la cual pudiesen salir los misteriosos hombres con los que acababa de hacer el pacto más extraño de su vida.

Efectivamente, como había supuesto, no fue en Via della Masquera D'Oro donde habían aparcado su coche aquellos caballeros. Escuchó un motor encendiéndose en otra calle perpendicular, cerca de donde estaba el edificio del Tribunal Superior Militar.

Tuvo que subir su moto por una pequeña acera y esperar oculto tras un camión. Pero observó con alivio que su sospecha era confirmada. Cuatro hombres trajeados abandonaban el inmueble por una puerta lateral y montaban en un Mercedes negro que los esperaba con el motor encendido.

Circularon hacia el norte y Dave los siguió a una distancia prudente. Cruzaron el río por el Puente de Umberto I y se dirigieron hacia Piazza Adriana bordeando el Castillo de San Angelo.

Dave intentaba no perderles, llevando al límite su motocicleta. Ahora lamentaba no haber pagado algo más por una con más potencia.

Quería averiguar a toda costa quiénes eran esos hombres. No había quedado satisfecho con sus explicaciones de obligadas discreciones y anonimatos.

Unos minutos después, Dave Sheppard pudo dejar de hacer conjeturas.

Casi perdió el equilibrio al comprobar dónde se detenía el coche. El Mercedes Benz disminuyó su marcha ante una valla vigilada por guardias. Tras una muestra de identificaciones, aquella valla se elevó y permitió el paso al vehículo.

El Mercedes se introdujo en los Jardines Vaticanos, adentrándose en las estancias privadas del papa.

EL NOMBRE

Venecia, tres días después del Vuelo de la Paloma

María seguía sin creérselo. Ese tal Ioannes era... ¿inmortal? Había documentos que hablaban de él, incardinándolo en el año 811 y en el año 1000... Además, en la tumba de Enrico Dandolo había visto escrito su nombre. Y este dux vivió a mediados del siglo trece...

«Es imposible», se dijo a sí misma. Ella nunca había creído en nada sobrenatural. Creía en la Ciencia. En la Arqueología. En la Historia. Pero era precisamente esta última la que estaba contándole la existencia de alguien extraordinario.

De pronto, se escuchó un ruido en la puerta. Ella sintió un escalofrío y contrajo todos sus músculos. «Perfecto... otra vez», se dijo. Buscó a su alrededor algo punzante para defenderse pero no lo halló. Después, oyó los crujidos de los peldaños, como si alguien estuviera abandonando el edificio. Tras eso, silencio.

Ella corrió hacia la ventana para ver si había salido alguien. Pero en la calle paralela a la Ría de Verona no se veía un alma. Se quedó extrañada.

Hicieron falta unos segundos para que acopiara valor suficiente para abrir la puerta y ver si había alguien en las escaleras.

Y al salir del piso, sus pies toparon con un sobre. De la misma forma y tamaño que el anterior que fuera enviado a esa misma dirección.

—Otro sobrecito... perfecto —bisbiseó.

Al menos, le tranquilizó la idea de que quien lo dejara allí habría sido el mismo vecino del piso de abajo. Por eso no habría visto a nadie saliendo a la calle. Decidió preguntarle si esta vez sabía su procedencia o sencillamente se habían vuelto a equivocar al dárselo a él.

Bajó los peldaños hasta el piso inferior y llamó a la puerta. Pasaron unos instantes hasta que alguien la abriera. En su umbral apareció una mujer. Era muy anciana. María pensó que debía tener por lo menos doscientos años. «Hablando de inmortales...», pensó.

—Hola —saludó María en italiano.

La anciana no respondió. Tan solo puso una mueca que hizo que se contrajeran sus ya desdibujados labios.

—Mire, alguien ha dejado este sobre en...

—Hable más alto, querida —soltó de pronto la señora con tranquilidad—. Mis oídos no funcionan como antes.

—Sí... le decía que alguien ha dejado este sobre en el piso de arriba y creo que ha sido una persona que vive aquí. —Ante la cara de extrañeza de la anciana, María

continuó hablando—. Hace poco también me entregó una carta ese mismo hombre, que me comentó que se la habían dejado en este domicilio por error. ¿Podría hablar con él?

—Aquí no vive ningún hombre.

—¿Perdón? —murmuró María, que sintió como su corazón se disparaba.

—Ese señor, quien quiera que fuese, mentía. Llevo viviendo cincuenta y dos años aquí y el único hombre que vivió en esta casa fue mi marido, que murió hace treinta y cuatro.

—Lo siento —dijo María, sintiéndose ridícula por dar el pésame a esas alturas.

Ambas estuvieron en silencio unos instantes. María, porque no sabía cómo reaccionar. La anciana, porque no tenía otra cosa mejor que hacer.

—¿Pero usted es María Ayarza? —preguntó la señora.

—¿Y usted cómo sabe...?

—Su nombre aparece en el sobre que tiene en la mano. Si va dirigido a usted y alguien se lo ha entregado, ¿qué problema hay?

María acercó con urgencia el sobre a su cara. ¡Su nombre estaba escrito en él! Y volvía a no tener remitente. Alguien le había mandado una carta al domicilio de su amigo asesinado. Y quien se la había entregado la vez anterior y quién sabe si también ésta, le había mentido...

—Usted no habrá escuchado a alguien que bajaba...

—El volumen, querida. Si habla tan bajo, no puedo... ¿Qué decía?

—Nada... que pase un buen día y que muchas gracias.

—De nada, querida. De nada —dijo antes de desaparecer tras la puerta.

María se quedó en el rellano con ganas de echarse a correr hacia su hotel y no salir de allí hasta que se levantara el veto de abandonar la isla. Pero como siempre, su curiosidad venció a su miedo. Y decidió volver al piso de Dave para abrir el sobre.

Una vez llegó y cerró la puerta, rompió el papel con nerviosismo. Dentro había, como la vez anterior, tan solo una cuartilla:

Él da nombre a la más vieja de las escuelas existentes. Y recibe apellido del estruendo del relámpago.

Volvía a estar escrita en italiano y a máquina de escribir. Había pensado que la carta anterior había sido remitida por un investigador que ayudaba a Dave en su trabajo. Pero el hecho de que ahora su propio nombre constara en la dirección, echaba esa tesis por tierra.

No sabía en qué centrar sus pensamientos: si en la eternidad del misterioso hombre que acababa de descubrir en los libros, en la extraña procedencia de aquellas cartas enviadas al domicilio de su antiguo jefe o en el propio contenido del mensaje

que tenía ante sí.

Como los dos primeros asuntos no tenían respuesta por ahora, decidió pensar en lo que podían significar aquellas frases.

La más vieja de las escuelas... El estruendo del relámpago —decía en alto una y otra vez sin dejar de mirar la carta.

Caminaba en círculos porque eso le ayudaba a pensar. Hasta que se detuvo en seco.

—¿El hijo del trueno? —musitó.

* * *

Riccardo había pedido a uno de los agentes que inundaban el área que lo acercara en lancha. Después había recorrido las callejuelas, que conocía de memoria, hasta la *Scuola*.

Era uno de los lugares más recónditos de la isla. No era como las demás *scuole*. No era como San Rocco, rodeada de plazas y visible para el turismo. Para llegar a San Giovanni, en cambio, había que atravesar caminos angostos y túneles de bajo techo.

Por fin llegó. Un gran pórtico daba entrada a una minúscula plaza que separaba, la iglesia y la *scuola*, ambas bajo patronazgo del evangelista. La entrada tenía forma de arco. Y en lo alto del mismo, descansaba la estatua desafiante de un águila.

El sacerdote, antes de entrar en la plazoleta, se quedó mirando aquella figura de piedra. Si el león simbolizaba a San Marcos, el águila era la representación bíblica de San Juan Evangelista.

* * *

María Ayarza caminaba con apremio. Había perdido el rumbo en un par de ocasiones y había tenido que preguntar a los paisanos cuál era el itinerario correcto hasta la recóndita *scuola*. El hecho de diferir su llegada le puso más nerviosa de lo que ya estaba. De ahí sus acelerados pasos.

Se repetía a sí misma que lo que hacía era demasiado arriesgado. Pero ella nunca había hecho demasiado caso a la parte sensata de su conciencia. Quizá por eso estaba sola en la vida y quizá por eso en Estambul la habían disparado.

Al menos sabía que iba en la dirección correcta. La frase del sobre acerca del apellido otorgado por el estruendo del relámpago, le había llevado a pronunciar palabras como «hijo del trueno» o «descendiente del rayo» y varias otras estupideces que no le habían dicho nada en absoluto.

Pero lo del nombre de la Escuela, sí. No había tenido más que buscar en uno de

los libros de la casa de Dave información sobre las *scuole* venecianas. Allí averiguó lo que significaron para la sociedad de la república aquellas instituciones. Se trataba de asociaciones de gente con inquietudes culturales, pictóricas, esculturales y espirituales.

A partir de ahí, había sido sencillo encontrar cuál era la más antigua de las *scuole* aún existentes: la de San Giovanni.

Y después, de casualidad, había constatado en uno de los dos grandes planos que tenía colgados Dave Sheppard en su piso que estaba tras la pista correcta. Siempre que aquello fuera una pista. En aquel mapa había observado que el edificio de la Escuela estaba rodeado de varios trazos a bolígrafo.

Al recordar este hecho mientras caminaba, volvió a invadirla esa extraña sensación que bailaba entre lo triunfal y lo terrorífico. Lo triunfal por saber que había interpretado con éxito uno de los enigmas que últimamente sobreabundaban en su vida. Y lo terrorífico, por saber que si ese lugar estaba marcado en el mapa de Dave, era porque estaba siguiendo sus mismos pasos. Y ya sabía cómo había terminado su antiguo jefe.

Al fin, cuando atravesaba una estrechísima calle abovedada que pensaba que no le llevaría a ningún sitio, se dibujó ante sí el alto pórtico de entrada a la *scuola*.

Lo franqueó sin reparar en las numerosas representaciones de águilas que lo atestaban. Observó que el edificio de la izquierda era la iglesia de San Juan y a escasos metros a su derecha estaba la propia Escuela. Como los pórticos del pequeño templo estaban cerrados a cal y canto, optó por dirigirse a una portezuela abierta que había en el inmueble de enfrente.

Allí encontró a una talluda mujer detrás de una mesa repleta de libros sobre la *Scuola* y sobre la iglesia de San Giovanni.

Comprobó que en los grandes salones que podía vislumbrar desde la entrada, no había nadie aparte de un sacerdote. Un hombre de poca estatura pero de ancha espalda. Sus enérgicos movimientos lo delataban como un hombre vigoroso y de temperamento. Sostenía precisamente entre sus manos uno de los libros que vendía aquella señora tras la mesa. Parecía desconcertado al trasladar continuamente su vista desde el libro hasta las paredes y techos de la *scuola*.

—Buenos días —saludó María a la mujer de la entrada que supuso que le cobraría la visita.

—Buenos días —contestó ella con una gran sonrisa.

—Quería entrar a ver el museo... o las instalaciones —dijo titubeando al desconocer exactamente qué tipo de visita ofrecía aquel lugar.

—Lo siento, es imposible. Solo ofrecemos visitas concertadas. Hay que llamar por teléfono para reservar. Además, hoy no estamos abiertos...

María echó una sugerente mirada a la puerta abierta.

—Es casualidad que nos encuentre aquí —repuso la mujer adivinando los pensamientos de María—. Han venido unos albañiles para reponer unos suelos del segundo piso y por eso está abierta la puerta.

—Pero es que yo necesito entrar... Necesito encontrar algo.

—¿Qué busca exactamente? —se interesó la señora.

—No lo sé... busco algo pero no sé qué es... Pero tiene que creerme, es muy importante.

La mujer se encogió de hombros visiblemente sorprendida.

—¿Pero qué le pasa hoy a todo el mundo? —exclamó desconcertada.

—Perdone, no la sigo...

—Pues que es extraño —contestó negando con la cabeza—. Eso de buscar algo de vital importancia sin saber a ciencia cierta de qué se trata... es justo lo que, más o menos con parecidas palabras, me ha dicho aquel sacerdote de ahí al que al final he tenido que permitir la entrada.

LA TERCERA CRUZADA

Acre, Tierra Santa, año 1191 d. C.

Ioannes se batía sin esfuerzo pero con hastío. Cansado de matar.

Había sido de los primeros cruzados en franquear los enormes muros de Acre. Era uno de los enclaves estratégicos a recuperar por los portadores de la Cruz, después de que el musulmán Saladino se hiciera con gran parte de Palestina.

Para el caballero blanco, todo había empezado cuatro años atrás. Cuando llegó a Venecia la noticia. Saladino había vencido al rey de Jerusalén, Guido de Lusignan, en Hattin. Y poco después, se había hecho con la propia ciudad santa. Detrás habían venido Tiro, Sidón y la importantísima ciudad de Acre.

Y el papa Gregorio VIII, reciente sucesor de Urbano III, había llamado a la Tercera Cruzada.

El dogo Mastropiero había consultado a su mercenario. Y Ioannes se había puesto a su disposición para acompañar a una remesa de soldados venecianos para ayudar en la reconquista.

No era algo que el caballero quisiera hacer. Su misión seguía siendo proteger Venecia y el cofre: Tierra Santa era algo secundario. Pero aún recordaba que había sido un papa quien lo había erigido en lo que era. Y además, no podía dejar al imperio musulmán avanzar hasta el punto de amenazar sus feudos.

Lo que lamentaba era que, en su vida de incógnito, Ioannes había dejado al pescador Marco para convertirse en alguien con peso público en la ciudad. Con lo que su ausencia de la ciudad no quedaría desapercibida.

Se escuchó el gran estruendo de uno de los batallones cristianos que entraba en la fortificación para acompañar a Ioannes y a los que lo secundaban en la lucha. Eso sacó al caballero de sus cavilaciones. Era capaz de luchar sin pensar en lo que hacía. Tan perfecto había llegado a ser.

Los cruzados se alentaron rápidamente al ver la figura encapuchada moviéndose en mitad de la plaza de Acre. El soldado hacía que cayeran a su alrededor los adversarios uno tras otro, desmoralizando a los enemigos.

Tras dos años de asedio, Acre caería de nuevo en manos de la Cristiandad.

* * *

Ioannes se retiró del campo de batalla. No estaba orgulloso. Montó su corcel y abandonó la ciudad, para llegar hasta el campamento.

Todo el mundo estaba exaltado. Todos miraban hacia la gran ciudad vencida. Su gran torreón cuadrado, que tan inexpugnable les había parecido durante dos años, ahora dejaba ondear una bandera con la Cruz.

Pronto comenzaría el pillaje y el saqueo. Eso era lo que detestaba Ioannes. No sabía por qué pero lo odiaba. Sabía que él mismo no tenía derecho de erigirse en una figura moral después de todo lo que había hecho. Pero no le parecía noble lo que veía.

Desapareció entre los bosques y dejó su capa y su armadura con el águila tallada, en uno de sus escondites. Después, se dirigió hacia el campamento.

Caminó desinteresado y con su atuendo de noble veneciano hacia una de las lomas desde la que se dominaba la terrible vista de Acre. Cabizbajo, se mordió el labio inferior y masculló una oración. Algo que llevaba mucho tiempo sin hacer.

Los reyes que dirigían la Cruzada habían mostrado más brutalidad que la que nunca presentaría el propio Saladino, que aún conservaba en su poder Jerusalén. Se había ordenado matar a sangre fría a todo prisionero sarraceno. Ioannes calculó que sobrepasarían los tres mil.

Y ahora veía ante sus ojos la matanza, el saqueo y el pillaje. Aspectos que no hacían honor a la Cruz que portaban como enseña.

Se juró a sí mismo que algún día sería él quien decidiera los destinos de las ciudades y no quien luchara para otros. Ahora tenía una posición social. Acababa de comprender que podría aspirar a algo más...

—¡Veneciano! —se escuchó una voz poderosa a su espalda.

Ioannes reconoció el timbre a la primera, aunque nunca antes hubiera cruzado una palabra con aquel hombre. Supo que había sido reconocido como ciudadano de la República por su ropaje. El caballero, con altivez, se negó a volverse. La persona que lo había interpelado se puso a su vera y observó con él el lamentable espectáculo.

—Hoy es un gran día, veneciano —dijo el hombre, de gran porte y engalanado con una bella armadura.

—Cierto, señor —respondió Ioannes indiferente, sin osar mirar a su interlocutor.

—¿No os gusta lo que veis? —preguntó al cabo de unos segundos, tras reparar en la actitud de desagrado de Ioannes.

—Os mentiría si respondiera que sí.

Sabía que aquel hombre no estaba acostumbrado a que le respondieran con sinceridad si ésta implicaba contravenir lo que deseaba escuchar. Ioannes no sabía qué hacía alguien como aquel hombre a su lado, interesándose por su opinión. Pero tampoco le importaba.

—La guerra es cruel. Si no lo somos también nosotros, la perderemos.

—Lo que vos digáis...

El hombre volvió a mirar hacia la ciudad. Ioannes sabía que aquel desplante no le

iba a costar caro porque reinaba el buen ánimo por la conquista de Acre. Aquél era un día de celebración...

—Los venecianos habéis aportado vuestro granito de arena a la expedición — continuó hablando el hombre—. Es de agradecer.

—Haré llegar vuestros cumplidos a mi corte.

—Sobre todo... ese extraño caballero que solo aparece en las batallas importantes. El dux Mastropiero tiene a un gran vasallo a su servicio...

Ioannes hizo una pausa. No iba a responder directamente a la última alusión.

—Vos sois quien habéis liderado la Cruzada, señor. El mérito es vuestro.

—Mío y de Felipe Augusto...

—Y de los otros dos reyes fallecidos. Guillermo y Federico Barbarroja.

—¿Veis cómo la guerra es cruel? Le da igual llevarse por delante a los reyes.

Ioannes no dijo nada. Sabía que aquel había sido un comentario lleno de soberbia. El hombre con quien hablaba se enorgullecía de haber sido el rey que finalmente ejerciera de cabeza visible de la expedición, en detrimento del resto de monarcas.

—No me habéis dicho vuestro nombre, veneciano.

—Tampoco vos el vuestro —dijo Ioannes con sarcasmo.

—Creo que ya lo sabéis...

—Ricardo Corazón de León —le interrumpió él—. Rey de Inglaterra.

El rey Ricardo asintió y escudriñó los ojos de su interlocutor. Ioannes decidió darle por fin su nombre veneciano. El nombre bajo el cual vivía.

—Mi nombre es Enrico Dandolo, señor. A vuestro servicio.

EL APELLIDO

Venecia, tres días después del Vuelo de la Paloma

La señora de la puerta no había tenido más remedio que dejarles pasar a los dos finalmente. Tanto la bilbaína como el sacerdote habían sabido hacer valer su terquedad para franquear la puerta. La encargada de la *scuola*, por si acaso, se había decidido a cerrar ya a cal y canto la puerta de entrada, para que a ningún turista se le ocurriese probar suerte también.

Los dos únicos visitantes que la Escuela recibiría aquel día ya se habían presentado. María había hecho intuir al sacerdote que la razón que los reunía allí podía ser la misma.

—Dime exactamente tus razones para estar aquí, porque casi no sé cuáles son las mías. Seguro que entre los dos aclaramos un poco todo esto —apuntó el sacerdote sin rodeos.

María se mordió el labio inferior. No podía estar quieta. Movía continuamente sus pies. Riccardo intuyó que se trataba de una mujer enérgica y sin doblez.

—Vine a Venecia a visitar a un compañero de trabajo. A mi antiguo jefe. Y cuando llegué, me enteré de que había muerto.

—Han muerto ya demasiados... —se atrevió a decir Riccardo para comprobar hasta dónde llegaban los conocimientos de aquella mujer.

—Lo sé. Sé que ha habido asesinatos. El de mi compañero fue el primero de todos, según creo.

—Dave Sheppard.

Ella dio un respingo.

—Digamos que estoy medio metido en la resolución del caso. Un buen amigo mío ayuda a llevar la investigación de todo lo que está ocurriendo y yo le apoyo en lo que puedo.

—¿Y qué es lo que está ocurriendo? —preguntó ella entrecerrando los ojos.

—Que hay asesinatos... —respondió él escueto.

Ella soltó un bufido.

—¡Ah! O sea que es eso... —dijo ella con ironía—. Gracias por la explicación.

—Mira, María. No sé qué sabes o qué no. Pero comprende que acabo de conocerte y no puedo dar una información clasificada...

—Creo que yo puedo aportar algo a lo que sepan las autoridades —afirmó ella con rotundidad.

—Eso sería fantástico.

—Pero necesito atar cabos que seguro que tú puedes ofrecerme.

—¿Te refieres a intercambiar información? —preguntó él.

—Eso es.

Riccardo asintió y sonrió a la mujer. Después miró a su alrededor y, tras unos segundos, invitó con su mirada a María para que lo siguiera. Ambos ascendieron por las suntuosas escaleras de piedra hasta la planta superior, donde se encontraba el aula principal de la *scuola*. Un espacio de gran amplitud rodeado de obras pictóricas sobre la vida del evangelista y presididas en uno de sus fondos por una estatua del santo.

Un banco rodeaba todo el habitáculo para que los espectadores pudieran deleitarse con el arte que rezumaban todos sus rincones.

Al igual que en las estancias inferiores, volvían a estar completamente solos. El sacerdote se sentó en el banco de madera y esperó a que la bilbaína hiciera lo mismo.

—Adelante, María —dijo por fin, una vez la chica se hubo sentado—. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Hace un tiempo —decidió contar María tras unos instantes de duda— participé en unas excavaciones. Una expedición arqueológica. En una zona al sur de Turquía. Uno de mis compañeros era Dave Sheppard.

María hizo una pausa para comprobar la reacción del sacerdote. Pero él no varió su semblante.

—La cuestión —prosiguió ella— es que, al cabo de un tiempo y sin razón aparente, la expedición se suspendió. Los promotores no dieron ninguna explicación. Sencillamente nos fuimos a casa. Todo esto ocurrió después de que descubriéramos algo...

—Te escucho —le informó el sacerdote para que María no tuviera la sensación de estar hablando en balde.

—Hallamos el cuerpo del dux Enrico Dandolo.

Riccardo frunció el ceño y esbozó media sonrisa.

—¿El que está enterrado en la Basílica de Santa Sofía de Estambul o me hablas de otro que yo no conozca? —inquirió con desconfianza.

—Te juro que es verdad. Hicimos unas pruebas preliminares y...

—¿Entonces que hay debajo de la tumba que visitan millones de turistas al año? No me lo digas: el cofre del tesoro.

—En aquella expedición —se defendió ella airada— había muchas personas cualificadas que concluyeron sobre la identidad de los restos que encontramos. Uno de ellos era un arqueólogo de reconocido prestigio y él, según creo por la actitud que mostró, no tuvo duda.

—¿Indiana Jones?

—No, Dave Sheppard.

El sacerdote no añadió nada. Cruzó los brazos y recogió sus piernas. Negó con la cabeza.

—Pero la Historia siempre ha creído que... Es algo tan increíble...

—¿Y no lo es más que un asesino vestido de medieval tirara al papa desde el Campanile ante millones de telespectadores?

—Puede ser, sí...

—Bueno —siguió ella con el relato—, después de un tiempo en el que no pude contactar con Dave, decidí indagar un poco por mi cuenta. Fui a averiguar lo que había debajo de la tumba de Dandolo.

—¿Y? ¿Había tesoro o no?

—Había un grabado.

—El mapa del tesoro...

—¿Lo del sarcasmo continuo es de cosecha propia o venía con la sotana?

—Otra a la que no le gustan los curas —suspiró Riccardo con una sonrisa—. Comprende, María, que es la única manera de afrontar la locura que hemos vivido estos últimos días. Pero sigue... Decías que había un grabado.

—Sí, con un águila. Pero lo peor... lo peor me ocurrió antes de llegar a levantar la losa de la tumba de Santa Sofía.

—Que por cierto, conseguiste profanar... ¿cómo exactamente?

—Una larga historia.

—Ya veo.

—Pero tengo otra mejor, como decía. Fui secuestrada y amenazada por un asesino y unos cómplices suyos... Por el caballero encapuchado.

—¿Ese majadero es ya internacional? Pensaba que solo actuaba en Venecia.

—Lo importante es que conseguí escapar y llegar hasta aquí para buscar a Dave.

—Y te encontraste el pastel...

—Cuya guinda fue ver en televisión al mismo asesino que intentara matarme tirando del Campanile al papa Pedro II.

—Dios mío... —resopló Riccardo ante el doloroso recuerdo—. Eso significa que Dave Sheppard no fue un mero cebo... —susurró.

El sacerdote se quedó en silencio. María lo respetó. Seguían a solas en la gran aula de la *scuola*. Rodeados de arte y de fantasmas.

—De acuerdo —dijo por fin el sacerdote, para intentar ordenar las ideas—. Te enteraste de la muerte de tu antiguo compañero de trabajo y viste que el mismo hombre que le mató a él y que mató a Pedro II, también fue por ti... suponemos que por algo que ibas a descubrir, por ejemplo. Sabemos entonces que ese hombre mata por algo. ¿Vuestra excavación tenía algún tipo de relación con la Santa Sede? Lo digo por intentar ligar la muerte del papa con la del jefe de la expedición.

—No que yo sepa. El área en sí es una zona habitual de excavaciones. Pero desconozco quiénes fueron los promotores.

—Ya... —asintió Riccardo pensativo—. De cualquier modo, me falta aún que me

expliques un nexo de unión. Lo que me has contado no te ha podido traer hasta aquí. Mis razones para venir aquí son... algo así como de ciencia ficción. Y comprobar que tú estás aquí por el mismo asunto...

María le contó cómo fue a casa de Dave para encontrar algo de información y que allí recibió una carta sin remitente con información acerca de un caballero que luchó contra el hijo de Carlomagno y que el pintor Vicentino había dejado inmortalizado en un cuadro del Palacio Ducal.

—En esa carta —continuó María—, se le daba un nombre: Ioannes. Que por cierto, fue el mismo nombre que vi grabado en la tumba de Enrico Dandolo en Estambul, al lado del águila.

—¿Ioannes? —el sacerdote levantó la voz incrédulo.

—Sí...

—Así que por eso has venido aquí...

—¿A la *scuola*? No... ¿por qué? —se extrañó ella.

—Supongo que ya sabes que a San Juan —apuntó él señalando a lo largo y ancho de la sala decorada con obras del santo—, se le denomina *Sancte Ioannes* en latín, ¿no?

—No había caído en que...

—Pero ¿qué os enseñan ahora en...? Dios mío —Riccardo se levantó indignado para andar en círculos.

—Ya sé cuál es la traducción latina. ¡Soy arqueóloga! ¿Pero cómo iba a relacionar un mero nombre latino con el evangelista ni más ni menos? —se defendió ella.

El sacerdote suspiró y detuvo su caminar nervioso para mirar a la mujer.

—Lo siento. Perdona, María. Es que todo esto es... ¿Y cómo has llegado hasta aquí, entonces?

—Con la segunda carta.

—¿Otra?

—Otra... que ha llegado esta mañana al piso de Dave... pero dirigida a mi nombre.

—Por Dios... —dijo Riccardo mordiéndose el labio.

—Sí, todavía sigo sin entenderlo. La cuestión es que con la primera carta descubrí el nombre de un extraño caballero que luchó en la batalla de Pipino. Después, en el piso de Sheppard vi unas anotaciones tuyas que decían algo así como que Ioannes era... bueno, inmortal.

—Si el que luchó en aquella contienda es el mismo que el de ahora, si no es inmortal, desde luego que sí muy longevo —profirió el sacerdote con enfado.

—Y esa anotación de Dave la encontré en un libro que hablaba del dux Pietro Orseolo II... al que parece que también acompañó nuestro amigo.

—Orseolo... —dijo Riccardo sentándose de nuevo—. Justo el mismo dux de la

pista de hoy...

—¿Pista de hoy?

—Mi historia tampoco está mal, querida. Pero primero termina la tuya.

—Pues resulta que poco después he recibido, como decía, una carta a mi nombre. Y que me he encontrado en la puerta. En ella se hablaba de... —hizo una pausa mientras cogía de su bolsillo del pantalón la nota recibida—, «él da nombre a la más vieja de las escuelas existentes. Y él recibe apellido del estruendo del relámpago» —leyó en alto—. Vine aquí porque se supone que ésta es la *scuola* más antigua aún en pie.

—La segunda frase... —musitó Riccardo perdiendo su mirada.

—¿La del apellido y el relámpago? —dijo María—. Ni idea... sobre eso se me han ocurrido mil tonterías.

—El hijo del trueno —apuntó él, como si hablara para sí mismo.

—Sí, esa fue una de ellas.

—Ioannes... —continuó él divagando—. San Juan, por su carácter enérgico y vigoroso, fue una vez denominado por el mismo Jesucristo como «el hijo del trueno».

—Parece entonces que estamos en el lugar indicado...

—Dios mío, ¿qué es todo esto? —se preguntó Riccardo con los ojos entornados mirando el suelo.

—Antes de nada, por favor, me gustaría saber tu parte...

Riccardo Loredan le contó su historia. Cómo había presenciado la muerte del papa. Y cómo había encontrado una carta en su cuerpo. Con un águila impresa en ella. Esa carta y las posteriores que encontrarían en los siguientes asesinatos, estaban dando pistas sobre los crímenes posteriores.

—¿Pero estás solo lidiando con esto?

—No, no... como ya te he dicho, tengo un amigo metido en el tema: es el hombre que ahora está al cargo de la seguridad vaticana y que está ayudando en la investigación.

—Así que ha habido más asesinatos... Me lo imaginé cuando ayer vi lo de la humareda. Hablan de que se ha derrumbado un edificio, pero supongo que...

—Sí. Fue él —admitió el sacerdote circunspecto—. Y esta mañana ha vuelto a matar.

—Perfecto... —apuntó ella—. ¿Y entonces qué te ha traído hasta aquí a ti?

—Las águilas... Si la representación de San Marcos es un león, la de San Juan es un águila.

—Las águilas de las cartas... —dijo ella asintiendo—. Yo también vi una carta así en Estambul... —admitió pensativa.

—Las de las cartas y la del último cuerpo... que tenía un extraño tatuaje. Una línea recta con unos pequeños trazos a los lados —explicó dibujando en el aire—.

Con ojos críticos, pensamos que podría parecerse a un águila.

Ella se quedó callada. Su mirada perdida pareció atravesar la del sacerdote e irse muy lejos.

—¿Quién es la última víctima? —preguntó ella con voz trémula.

—Todavía no lo sabemos. Hay que identificarlo. Pero lo importante es que ahora todo encaja... bueno, nada encaja pero algo más ya sabemos.

—Perdón, pero me he debido perder algo porque yo no sé nada de nada —musitó ella, aún sin mirar a su interlocutor.

—Sabemos que se hace llamar Ioannes, como el evangelista. Que se califica como el hijo del trueno, como el evangelista. Y que en sus pistas macabras cita pasajes del Apocalipsis... que precisamente escribió el evangelista.

—¿Y el asuntillo de que lleva viviendo y apareciendo en la historia de Venecia desde hace más de mil años también es normal o...?

Riccardo Loredan comenzó a caminar e indicó a María que lo siguiera con un gesto mudo. Le llevó hasta uno de los enormes cuadros que adornaban las paredes de la *scuola*. En él se veía a un hombre metido en una caldera de aceite hirviendo con muchas personas a su alrededor.

Se quedaron mirando el óleo pero el sacerdote no dijo nada.

Después, volvió a tomar del brazo a la mujer y prosiguió su caminar. Le fue indicando, sin parar de andar, diversas representaciones del apóstol. Llegaron a la entrada de la *scuola* y Riccardo bisbiseó unas palabras a la encargada rogándole que les abriera la iglesia que se encontraba en el mismo recinto, a escasos metros de la puerta de la calle.

Ella, confiada por la condición clerical de aquel hombre, le cedió las enormes llaves del portón del templo. Riccardo salió, seguido siempre por María, y se dirigió a la iglesia que estaba justo en frente, a unos cinco metros.

Entraron y él la llevó directamente a un pequeño habitáculo que había detrás del altar: la sacristía. Allí había otro enorme cuadro. En él, también se representaba a otro hombre, totalmente ileso y en actitud orante, dentro de una caldera.

—Entre otros, éste fue el intento de martirio más sonado al apóstol San Juan —habló por fin el sacerdote—. Como puedes ver por la actitud de la figura, salió indemne inexplicablemente. Nadie sabe cómo falleció. Pero no murió mártir como los otros discípulos.

—¿Me estás diciendo...? —susurró María.

Él le cortó con un gesto. Y se llevó la mano al bolsillo donde tenía un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento.

—Lo llevo encima —se explicó él ante la sorpresa de la mujer—, porque últimamente lo necesito consultar demasiado, por esas malditas pistas apocalípticas...

—Pensaba que todos los curas llevabais una.

Él puso los ojos en blanco mientras abría el libro.

—Sí —añadió, pasando las páginas como si buscara algo—, como todos los futbolistas, que llevan un balón debajo del brazo...

Ella no respondió. Esperó a que el sacerdote encontrara lo que fuera que estuviera buscando.

—Al final del evangelio escrito precisamente por San Juan, hay un momento, tras la resurrección del Señor, en el que Jesús se lleva a San Pedro aparte para revelar algo. Pero Juan, levantándose, les sigue. Ante esto, Pedro le dice a Jesús que le mande esperar con el resto. Pero Él responde: «Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme. Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que este discípulo no moriría».

—¿Y por qué se extendió ese rumor?

—Pues porque... ¡Es igual! No sé qué os enseñan ahora que no sabéis ni... Bueno, la cuestión es que se corrió esa voz y después de que escapara de la muerte en varias ocasiones milagrosamente, pues la gente comenzó a hablar... Pero según la tradición católica, se entiende que San Juan acogió a la Virgen María y que murió años más tarde. Pero supongo que es ésta la razón por la que el asesino ha adoptado este nombre...

—¿Pero por qué entonces se habla de ese Ioannes en épocas distintas de la historia veneciana? Hay siglos de diferencia entre los distintos relatos. ¿Y por qué mata ese hombre? ¿Qué quiere evitar o qué quiere conseguir?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé, María. No lo sé.

—Viendo todo esto... Supongo que... No estamos ante un apóstol del mismo Jesucristo, que tiene vida eterna y que ahora es un asesino, ¿verdad?

—¡No! —saltó Riccardo—. ¡Claro que no! —el sacerdote seguía negando con la cabeza y miró hacia el cuadro—. Supongo que no...

* * *

María cerró con urgencia la puerta de su habitación del hotel. Dio dos vueltas a la cerradura y corrió a cerrar la ventana que había dejado entreabierta por la mañana. Se sentía insegura. Tenía ganas de meterse debajo de la cama, como hacía de niña, y llorar.

Toda aquella historia, el asesino, el evangelista, la eternidad... Después de su encuentro con Riccardo Loredan, no sabía si sentirse mejor o peor. Intuía, por lo que había escuchado, que aquello adoptaría unos tintes terroríficos. Por otra parte, ahora tenía a alguien con quien compartir la pesadilla. El cura le había prometido que la llamaría para tenerla informada sobre todo lo que él y sus amigos en las autoridades

descubrieran. Podía confiar en él, pensó.

Fue hasta el cuarto de baño y se colocó delante del espejo. Después de refrescar su rostro con agua fría, se quedó mirando su imagen reflejada.

¿Qué perseguía aquel... ser extraño? Hasta entonces, las pistas, según lo que le había contado aquel sacerdote, solo habían arrojado información sobre nuevos asesinatos. Solo el dibujo del águila había dado alguna nota sobre su identidad o sobre por quién quería hacerse pasar.

Lo que sabían sobre él... sobre su eternidad y su condición... lo sabían por las cartas que había recibido ella en el piso de Dave. ¿Y quién las estaba enviando? ¿Por qué? Riccardo Loredan le había dicho que no se preocupara ya que ahora él le acompañaría a aquel piso de vez en cuando para ver si llegaban más misivas.

Suspiró. «Es extraño», pensó delante del espejo. Ahora sabía que debía temer por su vida, pero no lo hacía. Se sentía insegura por un lado... pero por otro, algo dentro de sí le pedía salir a la calle a buscar a aquel inmortal y a averiguar lo que ocurría. Su curiosidad frente a sus miedos.

Se mordió el labio inferior. Pensó en el tatuaje del último asesinado. Ella jamás habría identificado esas líneas como la esfinge de un águila. Pero el sacerdote lo había relacionado a la primera.

María Ayarza se quitó la camiseta. Y se volvió a mirar en el espejo.

En su hombro, inhiesta y estática, estaba la figura que hasta ahora María nunca habría sabido ver como un águila. El mismo tatuaje con una larga línea vertical y varios trazos horizontales.



El mismo tatuaje que tenía la última víctima de Ioannes.

EL MAL PRESAGIO

Sur de Turquía, años y medio antes del Vuelo de la Paloma

Dave Sheppard estaba en su tienda, en lo alto de una de las lomas que circundaban la excavación. Como cada atardecer, dejaba que sus compañeros recogieran los equipos y él tomaba el ordenador portátil para redactar las actuaciones del día. Lugares donde se había empezado a trabajar y puntos de búsqueda abandonados.

—Esto sería más fácil si supiera qué demonios... —musitó con enfado mientras tecleaba.

Estaba sentado en una silla plegable en la entrada de su tienda, con el ordenador sobre sus piernas y encarado hacia la excavación. El atardecer, como todos los de aquellos días, era precioso. En mitad de un terreno desértico, el sol moribundo se hacía aún más protagonista del cielo azul que comenzaba a adornarse con estrellas. La brisa mediterránea parecía llegar hasta allí por las noches, haciendo más llevaderos sus aciagos días en aquel sinsentido.

Llevaban ya dos meses y Dave había mandado un informe diario desde entonces. Por órdenes expresas de sus contratantes. De los que seguía sabiendo solo dos cosas. Las dos únicas cosas que ya averiguó el día en que fue contratado. Que tenían algo que ver con la Iglesia Católica y que pagaban unos montantes exorbitados.

Negó con la cabeza y levantó sus ojos del ordenador para dirigirlos hacia el valle. Se colocó bien las gafas en su típico gesto. Pocas personas quedaban aún terminando sus tareas. Hizo divagar su mirada sobrevolando toda la excavación hasta que se percató en unos ojos clavados en él.

Eran los de ella. María Ayarza. Bella y desafiante como siempre. Su relación parecía haberse enturbiado algo más si cabía desde que él se negara a contarle lo que hacían allí, en el sur de Turquía. Y eso era lo que parecían exigirle aquellos infinitos ojos marrones. Explicaciones.

Oyó de repente el sonido del móvil en el interior de su espaciosa tienda. Era el teléfono rojo. Suspiró y, después de levantarse, dejó el ordenador en la silla. Se dirigió hacia su cama y se tumbó con pereza mientras cogía la llamada que solo podía tener dos interlocutores bien conocidos. O más bien, desconocidos, porque seguía sin saber ni un maldito nombre.

—¿Sí?

—¿Qué tal, señor Sheppard?

Dave solía hablar alternativamente con dos voces. Con el hombre de la perilla y con el de gran altura y nariz prominente que negociaran con él hacía unos meses.

Intuyó que ahora lo hacía con el primero.

—Muy bien, gracias —pronunció con fastidio.

—Su voz me dice lo contrario.

—¿Y qué esperaba? Trabajo a destajo durante cada día sin intuir qué es lo que busco. Me ciño únicamente a sus parámetros y coordenadas para excavar y buscar. Y encima he de demostrar a los demás una entereza que no tengo... dando órdenes con las que no comulgo y dejando sin contestar todas sus preguntas acerca de los motivos de su trabajo...

—Solo llamo para que me diga si hoy han encontrado algo, señor Sheppard. Lo demás es algo con lo que ya contaba. Y usted también. De hecho, va en su sueldo, si no recuerdo mal.

Dave se mordió el labio inferior. No le faltaba razón a ese cabronazo.

—No, todo sigue igual. Mañana comenzaremos en las nuevas ubicaciones.

—De acuerdo. Ya hablaremos.

—Por exigencias del guión, desde luego... —dijo Dave antes de colgar.

Arrojó el móvil de carcasa roja en el cajón de su mesilla y volvió a dirigirse hacia la puerta de la tienda.

Todos los equipos estaban ya en sus tiendas o en el economato cenando. El valle de la excavación, en mitad de la nada, se hacía aún más espectacular cuando estaba vacío. Era noche cerrada pero la luna llena iluminaba las formas del paisaje.

De pronto, vislumbró una forma humana a unos doscientos metros de su tienda. Puso atención en él y observó que se movía furtivamente, como si buscara algo en la excavación y pretendiera no ser visto.

Dave miró hacia el resto de tiendas del campamento a su alrededor para dar la voz de alarma. Pero desistió de hacerlo. Todos estaban descansando o cenando. Y él no tenía muy buen nombre entre la gente: todos suponían que él era el único que conocía los objetivos de la excavación pero se los guardaba para sí mismo. Eso le estaba machacando.

Así, se dirigió al interior de su tienda y tomó un bastón de madera maciza que usaba para caminar por los valles desérticos. Y corrió hacia la negrura del valle blandiéndolo en alto.

A medida que se acercaba, se hacía más consciente de lo estúpido de su decisión de acudir solo a ver lo que ocurría. Se caló las gafas para que estuvieran bien sujetas y se echó hacia atrás su larga melena rubia. Escudriñó las oscuras formas de la noche para intentar distinguir al intruso.

De repente, vio a lo lejos una silueta oscura que cruzó su campo visual. «Joder...», pensó Dave, volviendo a maldecir su absurda decisión.

—¡Eh! ¿Quién es usted? —exclamó en alto.

No obtuvo respuesta, pero pudo ver que la figura aceleraba su escapada. Dave

volvió a optar por lo menos prudente, y arrancó a correr detrás de él.

Lo que más le sorprendió en su persecución fue que aquel hombre no se mostraba dubitativo en ningún momento en cuanto al camino a seguir. Parecía conocer perfectamente las dunas y recovecos de aquel territorio de la excavación.

Pero el buen estado de forma de Dave le hizo situarse a escasos metros de su perseguido en unos segundos. Perdió el miedo a la situación por el fragor de la carrera y por observar que la silueta que tenía delante era más bien poco atlética.

—¡Deténgase, joder! —gritó por fin, dando un manotazo a la espalda de aquel hombre.

El sujeto trastabilló y cayó de bruces. Dave comprobó que era un pastor de la región y que entre sus manos llevaba una cría de cabra. El hombre, con oscura barba de unos días y de atuendo descuidado, empezó a farfullar nervioso.

Dave, a pesar de dominar la lengua turca, no pudo comprenderle y le preguntó con suavidad en el idioma:

—¿Qué hacías en nuestras excavaciones?

El pastor al principio no dijo nada, pero echó una sugerente mirada hacia la cabrita que sostenía en su brazo. Eso le hizo comprender a Dave que sencillamente buscaba a un miembro extraviado de su rebaño.

—Si buscabas una cabrilla, ¿por qué tanto misterio? ¿Por qué corrías? —le espetó Dave, ya más relajado al comprobar que no tenía que preocuparse por aquel hombre.

El turco, alterado aún y sudoroso, tardó en responder, mirando a un lado y a otro.

—Porque esa excavación está maldita... —afirmó con voz gangosa.

—¿Perdón? —dijo Dave.

—Quería recuperar a mi cabra y largarme cuanto antes de este lugar endemoniado...

—Pero ¿por qué dices eso?

—Ha habido otros antes que vosotros... otras expediciones. Siempre en el mismo lugar... se suspendían y otros volvían a empezar pero todas acababan en tragedia...

—Estás borracho, amigo...

—No... lo sé... lo sé porque trabajé en una de ellas como mano de obra...

Dave Sheppard pegó un respingo. No sabía si dar importancia o no a las palabras de aquel extraño. Se mesó su larga cabellera como cada vez que estaba nervioso.

—¿Y de qué tragedias hablas? —se atrevió a preguntar.

—De la muerte de los jefes de cada expedición... —susurró el pastor mientras se levantaba.

—No digas estupideces, ¡yo soy el líder de esta expedición y...!

Pero el pastor no le dejó terminar la frase y comenzó a andar con urgencia en dirección contraria, alejándose de Dave.

—¡Eh! Vuelve aquí y explícate, joder...

El pastor prosiguió su camino como si no hubiera podido escucharlo. No obstante, unos metros después se detuvo y volvió su cabeza.

—Tú también morirás —le gritó.

Y desapareció tras las dunas, en mitad de la oscuridad.

LOS CABOS SUELTOS

Venecia, tres días después del Vuelo de la Paloma

La luna llena provocaba en el agua reflejos que se iban desdibujando a medida que los cortaba la quilla de la embarcación. La pequeña nave avanzaba en silencio ocupada por unos tripulantes extraños. Cuatro personas acuclilladas envueltas en ropajes negros y una figura en medio, inhiesta, cubierta con un manto también oscuro.

—Paremos aquí —dijo con voz profunda el que hacía las veces de líder.

El barco aminoró su marcha y se detuvo junto a un pequeño muelle que había en una de las riberas, a los pies de un puente.

Estaban en la parte norte de la isla. Todos desembarcaron y continuaron por tierra el curso del canal hasta su desembocadura con el mar. A lo lejos podían verse las luces de la embarcación patrulla que hacía la vigilancia de aquella zona.

—Es aquí por dónde debéis huir —dijo el que llevaba la voz cantante.

—Venga con nosotros, señor —le pidió uno de los hombres.

—No, yo tengo que haceros la cobertura para dejaros vía libre.

—Pero ya no hacemos nada aquí —apuntó otro—. Él... Él ya no está. Gracias a usted.

—Pero aún hay personas de las que me tengo que encargar.

Nadie volvió a sugerir nada. Sabían que no debían contravenir sus órdenes.

Todos se pusieron en posición con pulcritud de movimientos. Se acercaron a la ribera siempre agachados para no llamar la atención desde la embarcación patrulla. Uno de ellos, se tumbó sobre la piedra e introdujo los brazos en el agua, justo a la altura donde un trozo de madera de color rojizo flotaba con una normalidad solo aparente. El hombre tomó una cuerda atada por debajo al pequeño madero y comenzó a tirar de él con fuerza. Al cabo de unos segundos, salieron a la superficie unos petates. El resto de los compañeros le ayudaron a sacarlos del agua. Después los abrieron y sacaron de ellos una especie de propulsores, con asas a modo de una mochila. También había un equipo más básico de buceo con bombonas portátiles de oxígeno de corta duración, aletas y gafas.

Los cuatro hombres se vistieron con el equipo. El líder permaneció observándoles.

—¿Los dos helicópteros, señor? —preguntó uno de ellos después de prepararse.

El cabecilla miró su reloj. Las tres y veintidós de la madrugada. Perfecto.

—Uno de ellos sobrevuela ahora San Polo. Y el otro está cambiando de piloto. Por otro lado, la patrulla submarinista ha tenido esta noche un pequeño contratiempo

y no podrá cubrir toda la costa. Confiad en mí.

Por supuesto que lo harían. Sus planes eran siempre perfectos. El único problema que quedaba era el de la embarcación patrulla pero el jefe había dicho que él los despistaría.

Los hombres se introdujeron en el agua, ayudados unos por otros. Una vez dentro, se colocaron las gafas y el oxígeno. Una última mirada por parte de cada uno de ellos a su líder: él seguía inhiesto y cubierto bajo un manto a modo de capa. No les devolvió la mirada. Él mantenía sus ojos en la única amenaza que quedaba: el barco patrulla.

Cuando sus acólitos desaparecieron debajo de las negras aguas, él se giró y caminó con urgencia y sigilo hacia la alargada nave que minutos antes los trajera a todos hasta allí.

Embarcó y se quitó el manto. Hizo fuerza con el remo en las maderas del muelle y comenzó a avanzar. Se dirigió hacia mar abierto. A fuerza de brazos, el barco tomó velocidad y salió de la isla cortando el pequeño oleaje de la laguna. Orientó su quilla hacia la embarcación patrulla, del que partía un haz de luz en continuo movimiento, vigilante e inquisitivo.

El hombre se tumbó en cubierta y tomó una pequeña botella de licor que derramó aceleradamente sobre su atuendo y en su boca. Después cogió un sombrero que se caló sobre los ojos y esperó de tal guisa a la deriva.

Pocos minutos después ocurrió lo previsto. Luces, alteración y ruido a su alrededor. La patrulla había detectado una embarcación fuera de la isla. Todos los focos de luz le dirigieron su atención. Tal y como estaba planeado para que el resto del equipo de aquel hombre escapara de la isla sin sobresaltos.

Una lancha se acercó hacia él, que simuló no inmutarse manteniendo su postura relajada y los ojos cerrados.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí? ¿No sabe que está prohibido? —le gritó alguien desde la zodiac que habían mandado desde el barco patrulla.

Él aparentó desperezarse y puso cara de sorpresa.

—¡Oh! Pero qué... —dijo haciendo gestos de disculpa—. Mi barco ha debido soltarse del muelle y he acabado...

—¿Quiere que creamos que su barco se ha soltado? —le imprecó otro hombre que tenía una pistola en la mano—. ¿No sabe hacer usted un puto nudo?

—Lo siento, lo siento... quizá no la até bien... o no la até en absoluto... venía de tomar un trago con mis amigos y me quedé echando una cabezadita aquí.

—¿A quién se le ocurre dormir en una maldita góndola?

—Supongo que a mí.

—Joder... su aliento a alcohol huele hasta aquí. Lárguese antes de que le pateemos el culo.

—De acuerdo —dijo él, levantándose con urgencia y tomando de nuevo el remo para virar.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó otro desde la zodiac mientras se alejaban poco a poco.

—¡Soy Marco! ¡Marco Alfieri, el gondolero!

LA GRAN CIUDAD

Venecia, cuatro días después del Vuelo de la Paloma

—Muy buenos días, señora mía —saludó John cuando Paola abrió la puerta de la casa—. ¿Dónde está tu hijo? —preguntó al entrar, seguido de Giacomo Meazza.

—Hola, queridos —saludó ella invitándolos a pasar—. Está celebrando misa en una iglesia de aquí abajo. Le dejan un pequeño altar para que pueda hacerlo.

—Ah... —dijo él con desinterés—. Por cierto, te presento a Giacomo.

—Soy muy amigo de Riccardo —le dijo él tendiendo la mano a la sonriente anciana—. Le conocí en Roma hace ya unos siglos...

—Fantástico, estamos en familia entonces —concluyó ella entrelazando sus manos—. Hace un desayuno, ¿verdad?

—¡No, por favor, señora! No se preocupe —se azoró Giacomo, mirando a John para que lo secundara.

—Yo tomaré un café y esos bollos tan ricos que me dijo que solía comprar... —apuntó el londinense sentándose con tranquilidad en la mesa.

—Pero... —comenzó a decir Giacomo.

—¡A sentar, por Dios! —le espetó Paola empujándole hacia la silla.

—Es madre de su hijo —le dijo por lo bajo John al escolta.

—No me había dado cuenta, gracias.

Poco después de que la anciana desapareciera en la cocina, se escuchó cómo unas llaves manipulaban la cerradura. Segundos más tarde, Riccardo Loredan aparecía en el umbral hablando por teléfono con un tono tan reservado que los presentes no pudieron acertar a oír lo que decía.

—No quiero que haya filtraciones: tenéis que atar bien todos los cabos, ¿de acuerdo? Adiós.

El sacerdote dio un respingo al ver que había gente en su casa.

—¡Por favor! —exclamó al verlos—. No son ni las nueve y ya tenemos la casa llena de majaderos, madre.

—¡Siéntate y calla! —gritó Paola desde la cocina.

Riccardo suspiró y se acercó a la mesa.

—He visto que el pelirrojo está abajo. ¿No sube?

—Es un robot: no come, no se toma un respiro, ni comparte el resto de nuestras funciones vitales —ironizó John a costa del guardia suizo.

—Déjale en paz, muchacho —le dijo Giacomo—. Es algo distante, supongo. Nada más.

Riccardo se sentó con ellos.

—Te recomiendo unos bollitos que me han dicho que están de chuparse los dedos —apuntó con sorna John al sacerdote.

—Qué majadero... Pero secundo tu idea... ¿Madre?

—Ya sé, cariño, estoy en ello —se oyó desde la cocina.

—Es una mujer increíble —apuntó Giacomo.

—Única —confirmó su propio hijo.

Acto seguido, el escolta sacó un papel con la imagen fotocopiada de las dos caras del naipe que el día anterior habían encontrado en la escena del crimen.

—Esto tiene que acabar de una vez... —musitó—. Todo el mundo habla sobre lo que ocurre en Venecia. Los asesinatos se han medio tapado, pero... Esto es un pueblo. No es normal que muera un sacerdote ayer, que se derrumbe un edificio hace dos días... La gente sabe que algo pasa... Y los medios de todo el mundo se hacen eco de ello, claro.

—Lógico —concluyó Riccardo—. ¿Qué tenemos entonces?

—Lo que hablamos ayer —apuntó el escolta colocando el papel en mitad de la mesa.

Todos miraron el naipe. En esta ocasión, solo contenía el número apocalíptico y Giacomo había apuntado a mano lo que la cita decía.

A XVIII, XVIII... y viendo el humo de su incendio, dieron voces, diciendo: «¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?».

—Como ya te dije anoche, se refiere a La Fenice —afirmó categórico el sacerdote.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. El edificio de la ópera se ha quemado en mil ocasiones. Es algo doloroso en el alma de cada veneciano. El templo europeo de la ópera... la joya más preciada de la cultura véneta que se ha extinguido varias veces entre el fuego. Y se ha reconstruido después. Por eso se le llama ahora La Fenice, porque resurge de entre sus cenizas.

—Eso explicaría que no haya más referencias en la carta —le concedió Giacomo.

—¿Por qué? —acertó a preguntar John, entre bocado y bocado al desayuno que acababa de servir Paola.

—Porque no hace falta, majadero —apuntó indiferente Riccardo—. Mañana por la noche se estrena Don Giovanni.

—¿Qué? —preguntó atragantándose John—. ¿Con toda la que está cayendo y no se ha suspendido? Todos los que se podían ir de la isla se han ido...

—Pero los que quedan quieren divertirse, muchacho —contestó Giacomo.

—Ya te lo dije: Venecia es Venecia —añadió el sacerdote.

—Daré instrucciones para que aposten un ejército entero allí si hace falta — continuó diciendo el escolta—. Mañana, sí o sí, evitaremos otra muerte.

—Y si es posible, se atraparé al asesino... —dijo Riccardo.

—¿Y eso de la «gran ciudad» de la cita? —inquirió John.

—Venecia... —contestó Riccardo con fastidio, antes de dar un sorbo a su café—. La Fenice es una concreción de la ciudad. Una joya minúscula de insultante lujo. Igual que Venecia. Pequeña, pero que llegó a ser una capital mundial. Una mezcla única entre occidente y oriente: ligada físicamente a Europa, pero socialmente bizantina —Riccardo hizo una pausa y suspiró—. Y hoy es una auténtica pocilga, llena de majaderos...

—Nadie diría eso —sonrió John con indiferencia—. Es una ciudad preciosa.

—No digo que no lo sea... —replicó Riccardo airado—. Solo digo que ahí está lo grave... Podría ser la más bella del mundo. Pero ahora despierta más añoranza que romanticismo. Más nostalgia que admiración. Casas vacías, palacios descuidados... Y todo por los malditos venecianos, que llevamos en nuestro carácter impreso el carpe diem... por eso nos contentamos con disfrutar de los vestigios del ayer, sin preocuparnos por el mañana de esta ciudad —el sacerdote se percató de que había elevado demasiado el tono de su voz y volvió a hablar, más calmado—. No nos merecemos esta ciudad. Quizá nadie se la merezca. Quizá por eso se hundió políticamente en su día. Y quizá por eso se esté hundiendo físicamente ahora...

Paola irrumpió de nuevo en el salón con unos nuevos bollos que aún humeaban.

—¿Ya estamos con los discursos apocalípticos sobre Venecia? Además, ya están poniendo remedio al hundimiento con esas pesadas obras en el limo que llevamos soportando tanto tiempo, ¿no? —ironizó mientras depositaba la bandeja de los dulces sobre la mesa—. ¿Quieres más, cariño?

—Sí, por favor —respondió Riccardo con una sonrisa.

—¡Le pregunto a John! —le dijo ella airada—. Tú ya tienes que empezar a cuidarte, pero él es un crío.

—Soy un crío... —le guiñó el ojo John, mientras aceptaba el ofrecimiento de la anciana.

Giacomo y Riccardo se miraron mientras negaban con la cabeza.

—Por cierto, ya tenemos el nombre del cura muerto: Diego Villar —dijo el escolta.

—¿Español? —preguntó John.

—No, africano —dijo Riccardo con sarcasmo.

—Bueno, podría ser sudamericano o... —se defendió John con poco interés.

—De todos modos, creemos que es español —añadió Giacomo.

—¿Y qué hacía aquí? —preguntó el sacerdote.

—En la iglesia dicen que era algo temporal. Llevaba poco tiempo.

Riccardo miró con fastidio cómo John seguía devorando el desayuno.

—Tú sobre todo no te preocupes que ya pensamos los demás, ¿eh? —le dijo.

—Yo también pienso de vez en cuando —dijo John—. Díselo, Giacomo...

—Sí, es verdad. Ayer el muchacho tuvo una idea. Al ver la marca del asesinado, pensó que quizá todas las víctimas habían sido marcadas por Ioannes.

—Salvo mi hermano y el papa, claro —añadió John.

—Claro, claro —apuntó Giacomo—. Su hermano fue un cebo para el primer asesinato y el papa... Bueno, el tema es que ya hemos verificado que el cuerpo de lo del derrumbamiento también la tenía. Evidentemente con el cuerpo quemado nos ha sido imposible...

—¿Marcadas con el tatuaje del águila?

—Sí. Como si ya estuvieran predestinadas. Es importante. Ya sabemos que las víctimas del asesino van a estar marcadas.

—Pero no sabemos si están marcadas previamente o Ioannes las marca con un águila justo antes de matarlas —apuntó John que ya había apurado su café y se recostaba en la silla—. Aunque es más lógico lo primero porque si no, no se explica que el cura de ayer estuviera celebrando la misa con normalidad, si acababa de ser tatuado a la fuerza por un encapuchado...

Riccardo se levantó con la taza de café en su mano y se dirigió hacia la ventana, ya reparada tras el incidente de la flecha. Giacomo había puesto vigilancia las veinticuatro horas en la casa de Paola desde entonces.

El sacerdote se apoyó en el marco.

—Acerca de lo del águila y... lo de tu hermano... tengo cosas que contaros.

—Sí, ¿dónde estuvo metido ayer? —se interesó Giacomo Meazza.

—Cuando hablamos de lo del águila, salió en la conversación que San Marcos estaba representado por un león —comenzó a explicar Riccardo—. Así recordé que otro de los evangelistas fue siempre representado con un águila.

—San Juan... —afirmó el escolta.

—Ioannes, que creo que es como se hace llamar el asesino —matizó el sacerdote.

—Joder —aportó John.

—Sí... por eso fui al único lugar en Venecia dedicado en exclusiva al apóstol. A la Scuola de San Ioannes.

—¿Y qué esperaba encontrar allí?

—Nada, la verdad. Pero la cuestión es que lo encontré —les dijo con sosiego—. Encontré a una persona que debió trabajar con tu hermano en una expedición.

—¿Con mi hermano? ¿Cuándo?

—En la última expedición que hizo, en el sur de Turquía.

—No tenía ni idea de que hubiera estado allí... —se lamentó John.

—La mujer me contó cosas que me hicieron llegar a la conclusión de que tu

hermano... —el sacerdote hizo una pausa—. Creo que tu hermano no fue un mero cebo para tender una trampa a los escoltas del papa. Fue asesinado por una razón. Que todavía desconozco.

Riccardo Loredan se volvió a sentar con ellos. Paola ya había desayunado discretamente y se levantaba en ese momento, para ir hacia otra habitación. Negaba con la cabeza y murmuraba algo por lo bajo.

El sacerdote miró a sus compañeros y les contó lo que había hablado con la mujer. Cómo habían encontrado el cuerpo de Enrico Dandolo en la excavación y cómo había sido amenazada al ir a buscar en Estambul lo que había verdaderamente debajo de la tumba del dux. Les habló de las extrañas cartas que llegaron al mismísimo piso del hermano de John y la información sobre Ioannes que ellas contenían. Por esas pistas, tanto María primero, como Riccardo después, habían concluido que la figura de Ioannes había estado presente en todos los momentos importantes de la historia veneciana. Al lado de los dux más poderosos.

—Y ahí es donde me vino a la cabeza los rumores que existieron en los primeros siglos acerca de la inmortalidad de San Juan.

—A ver si me aclaro un poco —sacudió la cabeza John, aún consternado por la noticia de que su hermano había sido realmente asesinado por alguna razón—. ¿Nos estás diciendo que un apóstol es inmortal y es el asesino que está detrás de todo esto?

—No... —dijo él—. Pero esa historieta puede haber sido una buena excusa para que el asesino se arrogue el mismo nombre. Para parecer inmortal o...

—Pero usted dice que realmente hay documentos históricos que hablan de su presencia al lado de los dux en distintos siglos... —espetó Giacomo.

—Eso dijo la chica. Y me fío de ella.

—No te fíes de los compañeros de mi hermano. Como estén todos la mitad de chalados que él...

—¿Y por qué está asesinando a gente a día de hoy? —se preguntaba Giacomo.

—¿Y por qué asesinó al papa? —añadió Riccardo encogiéndose de hombros.

—¿Por qué asesinó a mi hermano...? —preguntó también John.

El sacerdote suspiró y volvió a levantarse. No podía estar quieto. Su nervuda constitución le impedía estar relajado durante más de cinco minutos. Tenía que canalizar toda la tensión acumulada moviéndose sin parar.

—Tiene que ser algo relacionado con esa expedición... —apuntó.

—Quizá tenga que ver también con el encuentro del papa con el ministro israelí —añadió John sin dejar de mirar al suelo—. Lo que no sé es qué tendrían que ver ellos con mi hermano...

—¿No vio esa mujer nada en los libros de Historia que aclarase la misión de ese hombre? —preguntó Giacomo.

—No, en principio no...

—¡Pero tiene que haber algo! —exclamó John—. Algo que no quiere que se sepa relacionado con lo del dux Dandolo, o algo que protege y que se ha puesto en peligro, o...

El londinense también se levantó. No parecía estar bien desde que oyera lo de su hermano. Aunque nada cambiaba para él. Seguía muerto. Pero ahora le corroía saber que la razón era algo en lo que Dave estaba metido. Y se moría por averiguar qué demonios era.

—Si la Historia dice que siempre ha estado al lado de los dux más relevantes, o en los momentos más importantes de Venecia, como has dicho —dijo John, sin mirar a sus compañeros—, quizá sea la propia ciudad lo que precisamente ha protegido ese caballero...

Riccardo le miró fijamente frunciendo el ceño. Sopesaba la idea.

—Quiero decir que quizá en la expedición se halló algo relacionado con la ciudad y con Dandolo. Algo que Ioannes entienda que pone en peligro la isla... No sé: quizá esté protegiéndola.

El sacerdote asintió continuadamente.

—Lo que es evidente es que tenemos que volver a estar con esa mujer para que nos aclare qué pudo encontrarse en las excavaciones —intervino Giacomo.

—Ella no sabe nada, según dijo —respondió Riccardo—. No sabe ni quiénes fueron los promotores, ni por qué se canceló la expedición. Por eso fue a la que hasta ahora se creía que era la tumba de Dandolo. Para hallar respuestas...

—Aun así... —empezó a decir Giacomo.

—Sí, sí. Quedaré con ella. Así lo hablamos. Iremos al piso del hermano de John, para ver si llegan nuevas cartas...

—Ésa es otra —bufó enfadado el escolta—. ¿Quién está mandando esas cartas?

—O el propio Ioannes se quiere dar publicidad, o uno de sus acólitos le es infiel y está intentando filtrar información...

—Bueno, eso es algo que todavía no podemos saber... —admitió Giacomo—. Ahora de lo que se trata es de que usted consiga información y de que yo prepare a la gente para la ópera de mañana.

El sacerdote y el escolta miraron entonces a John. Como para averiguar a quién de los dos acompañaría. Él también se sintió interpelado y se giró hacia ellos. Su cara seguía hecha un poema.

—Yo me voy al hotel. No me veo con fuerzas ahora mismo... Ya os llamaré a alguno de los dos después y... Necesito pensar.

—De acuerdo —accedió Giacomo, antes de volverse hacia el sacerdote—. Creo que sería bueno partir de la premisa lanzada por el muchacho, Don Riccardo.

—¿Qué premisa?

—Bueno, la de que ese hombre salvaguardó los intereses de esta ciudad y que

ahora quizá haya algo que los amenace... No sé...

Riccardo esbozó media sonrisa.

—Quieres decir que la premisa es que... Ioannes es el protector de Venecia.

LA CUARTA CRUZADA

Constantinopla, año 1203 d. C.

El papa Inocencio había vuelto a apelar a la Cristiandad contra el musulmán.

Los francos, liderados por Bonifacio de Monferrant, habían formado el grueso de la expedición que, como siempre, había pedido la ayuda naval de barcos, marineros y soldados a la República. Como en otras tantas ocasiones, de los venecianos dependía el buen fin de aquella Cruzada. Pero para embaucar a Venecia se necesitaba dinero. Y promesas.

Ni un solo cruzado partió hasta que el dux estuvo satisfecho con lo prometido. Y aquel dux era muy difícil de doblegar.

Toda vez que Saladino había muerto, el objetivo de la Cruzada hubiera debido ser la ciudad santa, pero había ocurrido un imprevisto.

El griego Alejo, sobrino del emperador de Bizancio, que había usurpado el trono al padre de aquel joven, solicitó reunirse con los líderes de la Cruzada. Les pidió que, en su camino a Tierra Santa, hicieran una parada en Constantinopla para ayudarle a recuperar para él y su padre el trono de Bizancio. A cambio, habría dinero y más tropas para acometer la expedición.

El dux había aceptado encantado. Porque sabía que era lo que venía bien a Venecia. Recopilar dinero y asegurarse para el futuro una de las plazas comerciales más importantes del mundo. El dux tenía su propio plan paralelo al de la Cruzada. Y Bonifacio de Monferrant fue, de nuevo, fácil de convencer.

El 24 de junio, día de San Juan, llegarían por mar a la única ciudad del mundo que superaba en lujo y majestuosidad a Venecia: Constantinopla.

El dux, a bordo de su galera de color rojo y bajo el toldo de seda del puente de mando, grabaría en su mente la impresionante imagen de la llegada a la ciudad por el estrecho del Bósforo. A su derecha, la ribera asiática. Y a su izquierda, la parte cercana a Europa y dividida en dos por un entrante del mar conocido como el Cuerno de Oro.

En la parte europea del norte, conocida como Gálata, los venecianos sabían que había una torre fortificada donde se guardaba el torno que bloqueaba una enorme cadena de hierro. Esa cadena unía las dos costas para impedir la entrada a Constantinopla. Si se aproximaba el enemigo, la cadena se tensaba para no permitir que las flotas entrasen en el golfo del Cuerno de Oro y así podían evitar un ataque por la parte más débil de las murallas.

Si los cruzados querían conquistar la insigne ciudad tenían que echar abajo aquella cadena. Y así lo hicieron tomando la Torre sin demasiado esfuerzo.

Ahora, tenían que asaltar Constantinopla. Una ciudad que había sido inexpugnable en sus casi mil años de historia.

El dux veneciano, anciano ya pero con una vigorosidad increíble, lideraba la flota que cruzaba el Cuerno para dirigirse hacia los temibles muros de la ciudad.

Enrico Dandolo estaba resultando ser el dirigente veneciano más ambicioso de los últimos siglos. De su mano había llegado la fama, el poder y las tierras.

Ioannes había escondido un poco su personalidad bajo la de aquel dux. En alguna ocasión sí se había dejado ver con su atuendo de encapuchado blanco por la corte para que Venecia supiera que el misterioso caballero apoyaba las empresas del dux.

Se acercaban a la ciudad. Mientras sus aliados francos intentaban llegar a Constantinopla por tierra, viéndoselas con la famosa Guardia Varangiana del emperador bizantino, Dandolo había prometido atacar por mar y conquistar las famosas murallas.

Enfilaban el límite noroeste de la ciudad por el acceso marítimo al Palacio de Blacherna. El dux sabía que por allí sería más fácil.

Pero el enemigo demostró estar a la altura. Miles de soldados griegos y de otros inmigrantes adoptados por el Imperio defendieron con ahínco las costas de Constantinopla. Sabían que era vital para ellos evitar que las grandes máquinas de asedio y asalto portadas por los navíos venecianos llegaran a las murallas. Por eso impedían con todas sus fuerzas que las embarcaciones varasen en costa.

Comenzó la lluvia de proyectiles. Desde la orilla. Desde las murallas. Desde el mar. Dandolo, en su galera principal, observaba el ataque. Escudriñaba con esfuerzo porque la incipiente ceguera que lo acosara durante los últimos años se había ido agravando en los pasados meses. Se puso nervioso. Apretó con fuerza el mango de su espada. Sus paisanos dudaban y él podía olerlo.

Era consciente de que los navíos de su flota eran más pesados que de costumbre por llevar toda la maquinaria de asedio. Esa menor agilidad para maniobrar y la dificultad que estaban imponiendo los griegos, iban a conseguir que ningún barco varase... Y si no varaban, no podrían usar la maquinaria para asediar la ciudad.

Se aguzó el contraataque desde Constantinopla. Como si la constatación de las dudas por parte de los venecianos les diera más fuerza y nuevos bríos. Más proyectiles. Más fuego. Más piedras. Los movimientos sin sentido de las naves provocaron un extraño oleaje que, unido al del estrecho del Bósforo, iba complicando la empresa cada vez más.

Dandolo no se lo creía. Quería llevarse la gloria de ser el primero en conquistar la capital del Imperio y ahora su sueño se venía abajo.

Sin que nadie lo viera, desapareció de la escena. Fue a sus aposentos y recuperó la capa blanca de Ioannes. Se cubrió la testa con la capucha y salió furtivamente al puente blandiendo la brillante espada que lo había hecho famoso.

Después, se paseó por toda la embarcación dejándose ver por sus tripulantes y por los navíos más cercanos de su flota. No dijo nada. Tan solo caminó cabizbajo y con parsimonia entre la lluvia de flechas y dardos como si supiera que gozaba de un halo sagrado que haría que ninguna le dañase.

Los venecianos empezaron a estremecerse. Sabían que sus titubeos no eran del agrado del asesino más perfecto que jamás existiera. Sabían que tenían que varar fuera como fuese. Lo sabían... pero no podían hacerlo.

Ioannes volvió a desaparecer. Era consciente de que ahora se necesitaba una arenga por parte del dux para terminar de encender los ánimos. Se deshizo del atuendo y tomó con ánimo un estandarte de San Marcos.

E irrumpió en escena de nuevo. Se dirigió hacia la proa con urgencia, ya despreocupado de no ocultar la ceguera que todo el mundo sabía que su dux tenía y allí plantó el estandarte.

Y se volvió hacia la tripulación.

—¡Venecianos! Hoy tenéis ante vosotros la oportunidad de pasar a la Historia. Nadie jamás ha conquistado esta ciudad. Nadie jamás ha conquistado este Imperio. Hemos de desembarcar o este sueño se desvanecerá como otro fútil intento de vencer a la inexpugnable Constantinopla. Y Venecia es la única que puede lograrlo. Somos más valientes, más ordenados y mejores soldados que ellos. Por eso la muerte que muchos encontraréis al buscar el desembarco no ha de ser obstáculo para la mayor gloria de nuestra patria. Porque será una muerte útil. Será una muerte dulce... al contrario que la que yo os daré con mis propias manos si no obedecéis y lleváis a cabo lo que hemos venido a hacer. Elegid una de esas dos muertes porque yo ya he elegido cómo quiero que sea la mía.

Y después, levantó su estandarte ante la atónita tripulación, que comenzó a gritar y a enardecerse ante la batalla.

Toda la flota se hizo eco del ánimo de su dux y lograron el desembarco.

Pocas horas después, los venecianos conseguían franquear las murallas y dominar más de veinte torreones. Aquella misma tarde, el emperador Alejo III huyó de la ciudad.

Ioannes había conquistado Constantinopla.

EL MENSAJE

Sur de Turquía, año y medio antes del Vuelo de la Paloma

Dave Sheppard caminaba con urgencia por las excavaciones de un lado a otro. Tenía la ropa empapada, el largo pelo enmarañado y le ardían los brazos bajo el abrasador sol mediterráneo.

El hecho de imbuirse en su trabajo le hacía no tener que pensar en la venda que tenía impuesta en sus ojos... Seguía sin saber qué buscaban allí, a pocos kilómetros de Panayr Dağ. Y seguía haciendo creer a los demás que controlaba la situación.

Habían pasado dos semanas desde su encuentro con aquel loco pastor. Cada noche, mientras los demás cenaban en el economato, Dave se quedaba de pie en la entrada de su tienda de campaña, con el valle de la excavación a sus pies. Se calaba las gafas y permanecía inmóvil, con su postura desgarbada, escudriñando... Esperaba encontrar a ese pastor de nuevo. Y pedirle nuevas explicaciones.

Aquel hombre le había augurado la muerte. Y había asegurado que antes que ellos, había habido otros en aquella excavación.

Dave no había dado importancia a estas cosas en un primer momento. Atribuyó esas afirmaciones a un estado de embriaguez o de locura por parte de aquel oriundo. Cuando él y su equipo habían llegado a Turquía, se habían encontrado los equipos preparados y los campamentos montados, pero Dave pensó que había sido sencillamente un gesto de buena organización por parte de los promotores.

Pero, poco a poco, la idea fue tomando forma en su cabeza. En algunos puntos de excavación, los responsables le habían comentado con extrañeza que las tierras parecían estar removidas y no asentadas. Además, había tenido quejas acerca de la antigüedad de algunas máquinas: modelos de hacía algunos años que se habían superado y que no pintaban demasiado en una excavación en la que parecía que no había límite de medios materiales y personales. Esos incidentes hicieron que las palabras de aquel maldito pastor cobraran realismo. Quizá no eran los primeros en buscar algo allí. Y si aquello era cierto, también podía serlo la funesta afirmación acerca de su próxima muerte...

Evidentemente no había comentado nada con sus dos únicos contactos de los promotores. Él seguía actuando con naturalidad, enviando sus informes y contestando sus cada vez menos esporádicas llamadas.

Esos pensamientos le atormentaban y el único modo de quitárselos de la cabeza era trabajando a destajo.

—¡Jefe! —le gritaron desde lo alto de una de las tiendas del campamento.

Él se secó el sudor de la frente y se puso la mano a modo de visera para intentar

vislumbrar quién lo llamaba. Era Edgar, el chico que se ocupaba de la administración material del campamento.

Dejó el lápiz y el cuaderno que tenía en sus manos y salió de la cuadrícula en que estaba con dos técnicos. Subió la loma por el camino que ellos mismos habían habilitado y se reunió con el muchacho.

—Éste es el correo de la semana —dijo Edgar, que le tendió varias cartas a Dave.

Normalmente, esos sobres contenían permisos y algunos recibos por suministros contratados. Sheppard los cogió con desinterés y se dispuso a llevarlos hasta su tienda.

—Gracias, muchacho —musitó al emprender el paso.

—Espere, jefe —le interrumpió Edgar—. En la oficina del correo me han dicho que había algo para usted.

—¿Qué es?

—No lo sé. No iba dirigido al apartado que tenemos. Es para usted y no me han dejado recogerlo.

—Maldita gente... —se quejó Dave, al que lo último que le apetecía era tener que coger el coche y acercarse hasta el pueblo—. Bueno, gracias, Edgar...

Y se marchó enojado, apretando con fuerza las cartas que acababan de darle. Llegó a la tienda y dejó en el pequeño porche de la entrada la gorra y el zurrón que siempre llevaba. Franqueó la puerta de tela y dio un respingo. María Ayarza estaba allí. Esperándolo.

Tenía el pelo recogido y la piel oscurecida por el sol. Su atuendo estaba sucio y manido por el trabajo de aquel día. Aún y todo, su imagen allí inhiesta y en postura provocadora ante Dave resultaba admirable.

—María...

—Estoy cansada —dijo ella acercándose con el ceño fruncido.

—Tranquila, cógete un par de horas y descansa...

—No me jodas, Dave: sabes a lo que me refiero.

—¿Y qué quieres que haga?

—Decirnos qué está ocurriendo, por qué estamos aquí, por qué llevamos la excavación con el método Wheeler y después cambiamos de estrategia...

Dave se acercó a la pequeña mesa que había en uno de los rincones y dejó allí el correo. Después se volvió hacia la mujer.

—Los promotores son exigentes y dan instrucciones.

—O eres idiota o un mentiroso...

—María...

—¡He sacrificado mucho viniendo aquí, Dave! —gritó de repente ella.

—¿De verdad? ¡No lo sabía! —ironizó él—. ¿Y yo? ¡Además, no tenías razón para haberlo dejado todo! ¡No me culpes a mí por las intranquilidades de tu maldita

conciencia!

María no añadió nada. Y Dave relajó su expresión y se mesó con ambas manos sus largos cabellos rubios. Se acercó hacia ella, conciliador. Con cierto reparo, acercó su mano a la de ella. Y la tocó.

Ella la apartó bruscamente y se marchó con urgencia de la tienda de Dave.

* * *

El jeep rebotaba constantemente contra los montículos y agujeros del maltrecho camino hasta el pueblo. Dave, al volante, maldecía una y otra vez.

El cúmulo de circunstancias le había agriado el día: la incomodidad de tener que acercarse al pueblo, las suspicacias por parte de su equipo, el agobiante calor... Y lo de María...

Pocos minutos más tarde, entraba en el núcleo urbano y aparcaba frente a la oficina postal. Dave se echó hacia atrás los cabellos, se caló las gafas y abandonó el coche. Subió de dos en dos los peldaños de la entrada principal al edificio.

Dentro, tuvo que sortear una nube de moscas para llegar hasta la única ventanilla en la que había alguien atendiendo. Un hombre de piel aceitunada, con camisa de manga corta, se ofreció a ayudarlo.

—Creo que tengo un paquete a mi nombre —le dijo en turco—. Soy Dave Sheppard.

—Un momento, por favor.

Pasados un par de minutos en los que Dave intentó no pasear demasiado su mirada por aquel antro oscuro y desgastado, volvió el empleado.

—Aquí tiene —dijo mientras le tendía un sobre amarillento.

Dave le dio las gracias, cogió el sobre y dio media vuelta. Mientras caminaba, reparó extrañado en que no constaba en él ningún remitente. Se giró rápidamente para preguntar al empleado si conocía algo acerca del origen de aquella carta. Pero el hombre había desaparecido y ya no había nadie atendiendo.

Suspiró con descontento y abandonó el edificio. Se sentó en el asiento del conductor del jeep y abrió el sobre. Dentro había un naipe. Una de las caras tenía dibujada un águila. En la otra, una frase en turco:

El conquistador no duerme en el Bósforo.

Dave frunció el ceño.

—Pero ¿qué demonios...?

—Perdone, ¿habla usted mi idioma? —le preguntó en inglés un hombre que se le había acercado por detrás.

—¿Eh? ¡Oh! Sí, dígame —preguntó Dave descolocado al ver a alguien extranjero allí.

—¿Es ésta la oficina postal?

—Sí, sí. Ésta es —indicó él.

—Gracias, muchas gracias —dijo el hombre antes de alejarse.

Dave Sheppard se quedó extrañado. ¿Qué significaba aquella carta?

Y después dirigió su pensamiento a aquel hombre con quien acababa de toparse... Un foráneo en aquella zona era difícil de ver. Se volvió hacia el hombre, que ya subía por las escaleras hacia la oficina.

Era joven. Tenía un andar armonioso y ágil. Llevaba una abultada barba.

Era pelirrojo.

LA MUERTE

Venecia, cuatro días después del Vuelo de la Paloma

John caminaba por la oscura Venecia. Por la oscura y solitaria Venecia.

Le gustaba el paradero de su hotel. El barrio del Cannaregio. La antigua zona judía, absolutamente residencial y poco turística. Los caminos de regreso hacia allí, se le hacían muy amenos. Intentaba evitar la Strada Nuova, otra de las atestadas calles —menos aquellos días— por las que circulaba la marea veneciana.

Paseaba tranquilo hacia el norte. No se cruzó a nadie en todo el camino desde que atravesara Rialto. Tan solo había avistado a un señor mayor tendiendo la ropa en el tercer piso de un edificio que a primera vista parecía abandonado, y a un joven bien vestido y engominado que iba en lancha por el canal. John supuso que salía de fiesta. Venecia era Venecia.

Con las manos en los bolsillos, sus pensamientos solo eran molestados por el taconeo de sus zapatos en el pavimento. Pensaba en su hermano. Asesinado. Desde el desayuno por la mañana había estado varias horas vagando. Sin rumbo. Sentado. Caminando. En ese momento se iba a su alojamiento. Dormiría bien. Todo lo que no había dormido en varios días. Y se repondría para seguir apoyando a Giacomo y a su recién adquirido amigo de la sotana.

Un ruido le sacó de sus cavilaciones y John sintió más hastío que sorpresa por ello. Le fastidiaba que algo turbara la tranquilidad de su paseo diario, que consideraba casi terapéutico.

El embelesamiento que acababa de quebrarse había impedido a su cerebro identificar qué tipo de sonido era el que se había escuchado. Y, con indiferencia, volvió a invitarse a sí mismo a la inopia... hasta que volvió a oír un nuevo ruido, esta vez más cercano.

Como el de un metal rozando con la piedra.

John Sheppard aguzó su mirada hacia el fondo de la calle, que no tendría más dos metros de ancho. Vio un caballo negro. Y a un caballero blanco montado en él. Blandía una espada desenvainada que rozaba contra la pared del edificio, provocando que, en el roce, saltara alguna chispa visible en la oscuridad.

John se puso tenso. Esta vez no se sentía con fuerzas para arremeter contra aquella figura, como cuando el asesinato del hombre en llamas. Desde aquella vez había habido varias muertes más y la ira que sentía hacia el asesino de su hermano se había ido convirtiendo en respeto. Y en temor.

Un movimiento de piernas del caballero encapuchado en la grupa del animal, provocó que éste avanzara lentamente, inundando la estrecha calle con el retumbo de

sus cascos.

John permaneció inhiesto. Firme. Altivo. Pero interiormente aterrado...

Una voz abandonó la sordidez de aquella capucha.

—Se os dijo que no hicierais nada —pronunció en un italiano con extraño acento.

El londinense titubeó. Pero mantuvo la mirada invisible de aquel soldado. El descomunal corcel se iba acercando y John casi podía sentir el aliento de sus suaves relinchos.

—Mataste a mi hermano... —murmuró por fin, casi preguntándolo.

La capucha hizo un leve movimiento afirmativo.

—Toda acción tiene su consecuencia —dijo la voz rota—. Y también lo tendrá vuestra obstinación.

John comprendió que él sería el siguiente. No sintió miedo. Sintió liberación por encontrarse cara a cara con su pesadilla y descubrir que podía sostenerle la mirada.

Ioannes desenvainó otra espada como la que sostenía en su otra mano. Era un arma larga y delgada. John se sorprendió, ya que habría imaginado la espada de aquel caballero de hoja más ancha y pesada, al estilo medieval.

—Quiero más divertimento que con los demás... Que con tu hermano —dijo Ioannes—. Creo que sabes manejar esto.

Y el londinense comprendió por qué tenía esas hojas: eran floretes. Ioannes sabría de la antigua experiencia de John con la esgrima. Toda la vida esperando que alguien hubiera oído hablar de su aventura olímpica y en aquel momento John habría preferido que jamás existiera.

El caballero lanzó el arma a los pies de John. Y él la recogió lentamente. Calibró el peso en su mano. Era muy distinta a las que recordaba. Más pesada. Más larga. Menos flexible. Además, no había un botón en la punta que evitara el peligro. Y también era distinta su muñeca con respecto a la articulación de aquel joven que compitiera años atrás.

Supo en seguida que, a poca destreza que ese hombre tuviera, aquella noche moriría. John miró de nuevo a Ioannes y negó con la cabeza frunciendo el ceño.

—¿Pero quién o qué eres tú, joder? —preguntó con frustración.

Ioannes emitió un sonido que el londinense creyó identificar como una burla. El caballero se puso en pie sobre los estribos, y después llevó una de sus botas sobre la silla de montar. Tomó impulso y saltó por encima de la cabeza de su caballo. Cayó con gracilidad, con la capa agitándose a su alrededor. Se colocó a menos de un metro de John, que aun así siguió sin poder sin distinguir su rostro oculto.

El corcel, como si no quisiera presenciar la escena, relinchó nervioso. Y, demostrando ser un animal entrenado, comenzó a caminar hacia detrás, dado que la calle era demasiado estrecha como para girar sobre sí mismo.

Ioannes levantó su espada apuntando hacia John, que era demasiado soberbio

para dar media vuelta y echar a correr. Por eso permaneció incólume aguantando que aquella figura le clavara levemente la punta de su espada en su pecho, por debajo de sus costillas.

—Yo soy la línea que separa la vida... —comenzó a decir el caballero.

Y después sacó la punta de la espada y la llevó hasta el corazón de John, hundiéndola también solo un milímetro.

—... de la muerte —dijo, terminando su frase anterior.

John apartó de un manotazo la hoja de Ioannes. Su camiseta tenía ahora dos orificios con pequeñas manchas de sangre.

—Lo que eres es un asesino.

—Gracias... —respondió él mascando cada letra.

Transcurrieron unos segundos de inquieta expectación.

Tras ellos, fue John quien atacó primero. No por estúpida bravuconería. Sino porque no aguantaba más la tensión de aquel prelude. El prelude de su muerte. Se le antojaba más difícil de afrontar que la muerte en sí. Y por ello lanzó su primera estocada. Torpe y sin sentido. Ioannes la esquivó sin dificultad. La espada chocó contra el suelo.

El caballero usó la empuñadura de su arma para propinar un fuerte puñetazo en el estómago del adversario, al que tenía demasiado cerca como para atacarlo con el filo. John sintió cómo el durísimo impacto lo lanzaba varios metros hacia atrás.

Y casi sin tiempo para reponerse observó que la capa blanca de Ioannes se movía con violencia hacia él. El filo de su espada brillaba intermitente dando cuenta de su posición, en la oscuridad.

Fue así como John intuyó por dónde llegaría el golpe y levantó su hoja para detenerlo. Pero percibió que la fuerza de la estocada era tal que a punto estuvo de vencer la resistencia opuesta por el londinense. John estaba en muy buena forma y le resultaba casi increíble que alguien desmereciera su fortaleza de aquel modo tan insultante.

Hubo un nuevo embate de Ioannes, esta vez de frente. John saltó hacia detrás, ladeando su cuerpo y encogiendo su estómago para evitarlo. El siguiente ataque vino por la izquierda y John tuvo que poner todas sus fuerzas para evitar que se le doblara la muñeca.

El caballero parecía atacar casi sin esfuerzo y John ya jadeaba como un animal vencido. No había lugar en aquel combate para recordar las técnicas de esgrima que otrora controlara a la perfección. Aquél era un duelo callejero con un asesino que parecía valorar la eficacia por encima de las formas.

Ioannes tiró varias estocadas más. Algunas frenadas con dificultad. Otras, esquivadas y que hicieron que la hoja de Ioannes golpeará las paredes provocando pequeñas chispas por el impacto. John nunca pudo atacar. No vio la oportunidad. Se

concentró en sobrevivir.

Aun así, conservaba la agilidad suficiente de muñeca y de físico para esquivar y detener las arremetidas. E Ioannes pareció valorarlo.

El último ataque provino desde arriba hacia abajo. John subió su hoja y detuvo el golpe justo por encima de su cabeza. Hizo fuerza para frenar el avance que Ioannes seguía provocando. El caballero aprovechó la ocasión para acercar su cuerpo al de John, que no podía dejar de mirar la hoja enemiga, a escasos centímetros de él.

Ioannes, entonces, dejó de ejercer presión y tomó a John por debajo de sus axilas. Lo empujó con fuerza lanzándolo por los aires.

John sintió que volaba durante unos segundos. Al caer, se golpeó la cabeza contra la pared y notó cómo su cuerpo se desplomaba entre las dos fachadas que delimitaban la angosta callejuela.

Aturdido, entrevió cómo una imponente figura encapuchada se le acercaba con la hoja en alto.

No le quedaba tiempo. Intuía que todo iba a terminar allí para él. Tampoco importaba. No tenía más familia que su hermano fallecido y no le parecía mal final morir a manos de su mismo verdugo.

Ahora todo quedaba en manos de Giacomo, de su extraño amigo pelirrojo Heinz, y del sacerdote. Ellos sabrían lo que hacer.

Lo último que vio fue el brillo de una hoja, que disminuía de tamaño a medida en que se introducía en su cuerpo.

EL HALLAZGO

Sur de Turquía, año y medio antes del Vuelo de la Paloma

Por fin habían descubierto algo. Y Dave estaba más animado gracias a eso. Todavía seguían en interrogante las inquietantes amenazas de aquel pastor turco y la extraña carta que alguien le había enviado... Por eso se aferraba a lo que habían hallado hacía no más de cinco horas.

Ya era noche cerrada pero todo el equipo seguía trabajando. Él estaba encendiendo su ordenador para remitir el informe... para decir por fin que tenía algo que contar.

Todavía no sabían de qué se trataba. O de quién se trataba... porque estaba claro que eran restos humanos lo que habían hallado en aquel extraño sarcófago.

Dave, sentado en frente de su ordenador, se recogió el pelo rubio en una coleta y se caló las gafas. Estaba ansioso por comenzar a teclear.

—¡Jefe! —se escuchó la voz distorsionada a través de un *walkie talkie* que descansaba sobre el catre.

Dave se acercó y cogió el aparato.

—¿Sí?

—Es Thomas. Ha encontrado algo. Quiere que bajes...

—Voy para allá.

Bajó con urgencia. Ávido de noticias clarificadoras por fin en aquel mar de negrura e incógnitas.

Se dirigió al punto de la excavación donde lo esperaba Thomas. Vio que aún seguían cerca del punto de hallazgo del sarcófago, donde habían montado un puesto de estudio, con una mesa y varias luces.

Al llegar, observó que estaban reunidos todos los responsables de los equipos de la expedición, entre ellos, María. A la que ni siquiera osó dirigir la mirada.

—¿Qué tenemos?

—Evidentemente, no hemos tenido tiempo de analizar los restos —habló Thomas, refiriéndose a lo que habían encontrado dentro del sarcófago.

—Evidentemente —repitió él.

—Pero hemos hallado una inscripción... —dijo Thomas con consternación.

—¿En el cajón?

—Sí... Parece indicar que... bueno, está en italiano antiguo y reza un escueto «Aquí yace el dux Enrico Dandolo».

Dave abrió los ojos desmesuradamente. Después miró a cada uno de las personas que estaban ahí con Thomas. Incluso a María. Todos parecían compartir el

significado de la inscripción por increíble que fuera.

—Hay alguna otra cosa escrita en el sarcófago... —continuó otro miembro del equipo—. Pero son muescas cuyo significado aún desconocemos. Y puede que no tengan importancia.

—Quiero verlo —apuntó escueto Dave.

Le llevaron hacia el cajón que reposaba sobre una mesa de metal. Permanecía cerrado. Los restos internos habían sido pulcramente extraídos y catalogados para su posterior análisis. Varios focos lo iluminaban desde varios ángulos.

Dave Sheppard se caló las gafas y paseó alrededor de él, escudriñándolo. Mientras tanto, todos permanecieron en silencio.

De pronto, el líder de la expedición se detuvo. Hizo un esfuerzo inimaginable por reprimir un gesto de sorpresa y no abrir la boca hasta el suelo. Lo que vio le hizo sentir un escalofrío que casi lo hace derrumbarse.

Allí, en el lateral del sarcófago, había unos trazos que él conocía perfectamente. Estaban tallados muy rudimentariamente en la madera pero eran reconocibles. Una L y una S rodeadas por un círculo. La firma de su padre...



De repente, se acercó alguien corriendo hasta el grupo. Uno de los muchachos de mantenimiento.

—¡Fuego! Hay un incendio en el ala norte y se está extendiendo por el viento.

Salieron de debajo de la carpa para ver con sus ojos lo que aquel chico les contaba. Era cierto. Una gran llamarada iluminaba la noche, a poco más de cincuenta metros de donde se encontraban.

Todos corrieron en aquella dirección para seguir los protocolos de seguridad. Todos menos el jefe de la expedición. Él estaba ensimismado y tan solo repetía frases inconexas acerca de Venecia y Estambul.

Dave corrió hacia su tienda con el corazón a punto de explotar. Aquello era una pesadilla. Todo eran dudas y zozobra a su alrededor. Tenía que largarse. Y debía hacerlo en ese mismo momento.

Entró en su habitáculo y, con urgencia, hizo un petate con sus cosas personales y algo de ropa. Cogió el ordenador debajo del brazo y con la otra mano asió la mochila. Salió, y corrió hacia uno de los jeeps que había en la explanada que usaban de aparcamiento.

Antes de montar, miró hacia las excavaciones. El fuego se extendía y había un

gran revuelo. Hizo caso omiso a lo que veía y dejó que aquel desastre fuera empequeñeciéndose en el retrovisor del vehículo, a medida que se alejaba por la oscura carretera.

* * *

La noche no tenía luna y aquel lugar en medio de la nada se le hacía infinito mientras conducía. Las luces del jeep eran lo único que lo mantenía dentro del camino.

Se caló varias veces sus gafas de pasta. Tenía ganas de gritar. No había tenido tiempo para reflexionar. Ya lo haría a su debido tiempo para intentar encajar las piezas de las que disponía. Pero lo que sí había entendido era que su padre había estado antes en aquella excavación. Lo que reafirmaba las palabras de aquel maldito pastor diciendo que antes que Dave, había habido otros explorando.

Y ahora sabía que su padre había muerto allí y no en Egipto.

Y eso también acreditaba el funesto presagio del pastor, acerca de la suerte que habían de padecer los que lideraran aquella expedición maldita.

De pronto, los haces de luz del vehículo dibujaron una silueta oscura recortada en la noche. Un hombre montado a caballo.

Dave volvió a sufrir un escalofrío. Pero se decidió a seguir adelante. Aceleró el coche y rezó para que aquel hombre no fuera una amenaza.

Varios segundos después, caballo y jeep cruzaron sus caminos, para alejarse después a toda velocidad. Y ambos hombres, jinete y conductor, intercambiaron una fugaz mirada.

Dave reconoció al hombre de barba y pelirrojo que se encontrara unos días atrás. Le había parecido que lo miraba con media sonrisa.

LA ETERNIDAD PAPAL

Constantinopla, año 1204 d. C.

El escenario había cambiado. Nada que Ioannes no hubiera previsto, pero para los cruzados todo se estaba volviendo un caos.

Después de tomar la ciudad para el nuevo emperador Alejo IV, que había sucedido a su tío, todo había ido mal. El bizantino había estado haciéndose el remolón para pagar el dinero y botines prometidos a los francos y venecianos. Un dinero que los primeros necesitaban para pagar la deuda que a su vez tenían ellos todavía con la República por haberles prestado navíos y tropas.

Además, la tensión entre griegos y cruzados aumentaba dentro de los muros de la ciudad imperial. No hacía mucho, se había desatado un gran incendio motivado por una de las miles de trifulcas existentes entre los ocupantes y los oriundos.

Después, Bizancio había depuesto a Alejo IV para sustituirlo por alguien más capaz: Murzuflo, que sería coronado como Alejo V en Santa Sofía. Y, después de las tensiones por las deudas impagadas y las diferencias irreconciliables entre las razas, había llegado la guerra. Otra más.

Pero era algo que ya había previsto Enrico Dandolo. Él tan solo había esperado el momento oportuno para tomar definitivamente la ciudad para él... y no para otro bizantino. Quería poner un títere de Venecia al mando del Imperio de Oriente.

Así, reviviendo la situación de meses atrás, había existido una nueva batalla. Y se había vuelto a conquistar Constantinopla. Murzuflo había huido. Ahora se vivían los tres días de pillaje correspondientes.

Ioannes, con el atuendo de dux veneciano, cabalgaba con su séquito hacia Santa Sofía en mitad del revuelo existente en la ciudad. Todo era rapiña y saqueo. Había escuchado que los francos y flamencos, miembros de la Cruzada, estaban violentando el mayor templo de la Cristiandad sobre la faz de la Tierra. Y para Ioannes todo tenía un límite.

Cuando llegó a las puertas, vería algo que le habría traspasado el alma de haberla tenido.

Cientos de soldados inundaban el templo. Destrozaban y saqueaban sin piedad. Ioannes no había puesto reparos en que sus súbditos robaran para sí mismos y para la ciudad. Él mismo ordenaría que los cuatro caballos de bronce que habían presidido el hipódromo de la capital desde tiempos del emperador Constantino, fueran a recalar a Venecia. Para exhibirse después en las puertas de la Basílica de San Marcos. Pero los francos y flamencos eran bestias demoníacas que destruían por destruir y ofendían por ofender.

Ioannes vio que habían partido la joya artística del altar mayor en diversos trozos para repartirlos entre ellos. Habían introducido mulas de carga en el gran templo para transportar los bienes preciosos. Y si uno de los animales caía o resbalaba, ellos lo mataban sin piedad esparciendo su sangre por el suelo sagrado. No supuso reparo tampoco para los supuestos portadores de la Cruz, el hecho de tirar y pisotear las hostias sagradas y el vino consagrado por el suelo para poder hacerse con los cálices y los copones. Una ramera ocupaba el trono del patriarca y, semidesnuda, cantaba canciones obscenas ante los soldados afanosos por tocarla.

El caballero blanco, a pesar de su ancianidad, notó cómo bullía en su interior un odio descomunal por aquellos soldados, por las falsas ambiciones de la Cruzada, por la iniquidad del hombre... y por sí mismo. Había caído en lo mismo que en su día criticara de Ricardo Corazón de León, ante las puertas de Acre. Se había convertido en un líder sin escrúpulos, despiadado y poderoso.

Espoleó a su montura y le hizo girar para no ver más aquel espectáculo. Dio orden a su séquito para que se pusiera fin a aquella barbarie, y se marchó. Fuera del núcleo de la ciudad. Lejos de la mirada de todos. Sus labios tiritaban. Las manos le temblaban mientras asían las bridas de su corcel.

Después, cuando ya se había alejado a un punto recóndito y elevando, se volvió hacia la ciudad. Miró hacia el cielo y pensó en el papa León. Pensó en el origen de Ioannes cuando su función había sido solo la de proteger algo sagrado en aras de un buen fin.

Su inmenso poder le había corrompido. Primero se había convertido en un asesino. Después, había compartido el poder con los sucesivos dux. Más tarde, se había convertido en el dirigente de la República. Y la había llevado por males caminos para fines ambiciosos de poder, control de tierras e inmerecida opulencia.

Sus ya casi ciegos ojos miraron de nuevo a Constantinopla.

Y se llenaron de lágrimas.

* * *

Un año más tarde, Ioannes volvería a la ciudad. Había pasado un tiempo en Venecia, pero nuevas trifulcas en Constantinopla y la captura de su antiguo compañero, el emperador Balduino, habían provocado que el viejo Dandolo partiera con otro ejército para poner orden en aquellas tierras.

Rebasaba los noventa años. Estaba cansado. La eternidad del título de Ioannes languidecía dentro de él.

En el camino hacia la tierra que le había costado su alma, el dux pensó en muchas cosas. Ya no había un sitio seguro en el mundo. Ni siquiera Venecia.

Si él mismo había logrado conquistar Constantinopla, sabía que alguien podría

entrar en su isla algún día.

Su cofre, por tanto, no estaba del todo a salvo.

Miró a la derecha de su carroza. Ahí estaba Orio. Un soldado joven y fornido. El mejor, según decían. En los últimos meses no se había separado de él. Le había tomado como su hijo adoptivo, para instruirlo y adoctrinarlo. Los entrenamientos a los que había sido sometido por parte del dux y su capacidad de entender la importancia de las cosas, habían hecho que mereciera el honor que iba a recibir.

El muchacho cabalgaba despacio y sostenía un pequeño libro entre sus manos. Enrico sabía que Orio leía su diario personal, ya que le había visto alimentarlo de sus aventuras del viaje, cada noche. Él no era el único. Muchos soldados escribían sus diarios. Eso les hacía olvidar que estaban lejos de casa.

Pero, en el caso de Orio, no habría un hogar al que regresar.

—Ha llegado el momento —le dijo el dux alzando la voz.

El joven, que cabalgaba cerca de sus aposentos, puso cara de desconcierto.

—Todavía no hemos llegado —musitó.

—Olvídate de todo. Esto es lo más importante. Mi secreto ha de morir contigo. Y lo más importante, morirá con quien tú decidas que muera. Como yo he decidido hacer ahora ¿comprendes?

—Sí —dijo Orio, taciturno.

El dux dio orden de parar para hacer noche. Todo se dispuso al efecto. Se hicieron fuegos, se levantaron tiendas y se asignaron las guardias.

Horas más tarde, el dux requería la presencia de Orio en sus aposentos. Cuando llegó, le encareció a ensillar dos caballos para salir de los límites del campamento en mitad de la noche.

Durante el pequeño trayecto hacia una de las colinas de la estepa turca, Orio pudo percibir la respiración entrecortada del viejo dux.

—Me muero, muchacho.

—Es pronto... —se quejó el soldado.

—Siempre parece serlo.

—No estoy preparado —alegó el joven.

—Lo estás.

Pararon sus corceles y desmontaron. Enrico Dandolo miró hacia la luna llena de aquella noche.

—Seréis enterrado en Venecia con los honores del dux más valeroso que jamás existiera —le prometió Orio, con lágrimas en los ojos.

—¡No! —dijo Ioannes con firmeza—. Y no quiero ningún monumento en la República que me recuerde. He hecho cosas... terribles. Ésa es mi voluntad.

Una voluntad que sería respetada, y en la isla jamás se erigiría ninguna escultura al dux más grande de todos.

—Ahora, ya sabes lo que tienes que hacer —añadió Ioannes.

—¿El cofre?

—Aquí —respondió sacando con esfuerzo la caja de las alforjas de su montura.

—¿Y... —Orio tembló ligeramente— la capa y la armadura?

—En mi tienda. Entre mis pertenencias personales. Ya sabes dónde encontrarla.

—De acuerdo —asintió Orio.

El anciano le tomó del brazo con fuerza.

—No des a esa capa ni más ni menos importancia de la que tiene. Ahora serás Ioannes. Venecia bailará a tu son. Pero tu única misión es proteger esto —dijo señalando el cofre.

—Lo comprendo.

—No... no lo comprendes. Pero ya lo harás. Cuando estés solo para siempre. Ésta es la eternidad de tu misión. La eternidad papal. Como los pontífices, esta armadura de Ioannes se traspasa de generación en generación. A mí me la dieron de joven y te la entrego a ti de anciano. Quizá demasiado anciano. Y quizá debería haberme despojado de esto antes...

El viejo Enrico se dirigió hacia el cofre que antes había depositado a los pies de Orio. Se inclinó y lo abrió, mostrando el contenido al joven soldado. Después, el dux miró al nuevo Ioannes.

—He decidido hacer un cambio. Lo que has de proteger no está del todo seguro en la isla.

Y Dandolo sacó el precioso bien que contenía el cofre. Lo envolvió en unos paños con cuidado y se lo tendió a Orio.

—Cógelo.

—No soy digno de...

—¡Ahora sí! —le interrumpió el dux—. Ahora eres Ioannes. Eres digno.

Orio miró a Enrico con respeto.

—De acuerdo —accedió cogiendo lo que el dux le cedía.

—No pasaré de esta noche. Me aseguraré de ello. Que me vistan con mi armadura y me entierren en Santa Sofía.

—¿En Santa Sofía? Deberíais honrar a Venecia con vuestra sepultura.

—Debo mucho a esta tierra a la que tanto dolor he infringido.

—Pero...

—Espera, no he terminado. Enterrarás lo que acabo de darte en estas tierras. Así será más difícil que nadie lo encuentre. Dividiendo el tesoro entre estas tierras y Venecia será más difícil que nadie se apodere de él.

—Lo que jamás he entendido es por qué no lo destruimos... Si no queremos que nadie lo encuentre...

—León no dijo que lo ocultásemos para siempre. Tan solo dijo que no era el

momento.

—¿Y quién determinará cuándo lo es?

—No lo sé. Solo sé que ni tú ni yo lo haremos.

* * *

Días después, el propio Orio, ayudado por otros soldados, introducía el sarcófago con los restos del dux en la planta superior de Santa Sofía.

La ceremonia había terminado. Poca pompa y reconocimiento para lo que aquel gran hombre habría merecido, pensaba Orio. El gran dux y el gran Ioannes, en aquel nicho para siempre...

Los asistentes comenzaban a dispersarse tras el breve ritual. El joven soldado chasqueó la lengua. Le parecía que debía dejar su impronta en aquel lugar, en honor a Dandolo. Sabía que eso no le habría gustado al difunto pero ya no importaba. Porque ahora era Orio el nuevo Ioannes.

Se acuclilló dentro del nicho y pidió a sus acompañantes que lo dejaran solo.

Después, sacó un cuchillo de su cinturón y dibujó un águila y un nombre a su lado en la piedra. Después, hizo varias muescas en el ataúd con la simbología del águila que solía dibujar el mismo Dandolo, con el palo horizontal y dos pequeños trazos transversales. En el nombre de Ioannes.



Satisfecho, miró el grabado. Aunque siempre permaneciera oculto bajo una losa, no se perdería el honorable título de Ioannes que había adornado al gran dux. Era lo menos que se merecía.

EL INCIDENTE NUPCIAL

Venecia, cuatro días después del Vuelo de la Paloma

Riccardo Loredan caminaba como siempre. Con urgencia. Volvía al piso de Dave Sheppard.

Después del desayuno de su casa, Giacomo Meazza había ido a preparar a los equipos para La Fenice. Y John había dicho que iría al hotel. Necesitaba pensar. El sacerdote lo había comprendido. Saber que su hermano había sido asesinado por una razón en concreto cambiaba el escenario.

Él, por su parte, había recibido un mensaje de su nuevo contacto: María Ayarza. Ella había convivido con Dave Sheppard y seguro que arrojaría algo de luz sobre las cosas en las que el arqueólogo había podido estar metido... así quizá hallasen el motivo de su muerte. Y sabrían algo más sobre el asesino.

En el mensaje de la bilbaína, Riccardo había percibido cierta urgencia.

Llegó a la Ría de Verona y vio en el portal a María. Él le sonrió y ella devolvió una mueca amarga. Tenía ojeras. El sacerdote percibió que algo la preocupaba mucho. Pero prefirió no preguntar y esperó a que fuera ella quien le contara lo que le sucedía.

Subieron al piso y María le enseñó las cartas recibidas y la nota del libro que había encontrado.

Al cabo de un rato, la mujer provocó un silencio que hizo comprender a Riccardo que le iba a contar algo importante.

—¿Se sabe ya quién es la última víctima? —preguntó María titubeando.

—Sí... Falta por averiguar quién es el que murió bajo el edificio derrumbado. Y el quemado ha sido imposible identificarlo, claro.

—¿Y cómo se llamaba?

—¿Quién? ¿El sacerdote?

—¿La última víctima era un sacerdote? —preguntó ella extrañada.

—Sí. Diego Villar.

María se mordió el labio inferior y cerró los ojos. Riccardo no comprendía nada.

—No sabía que Diego fuera sacerdote.

—¿Conocías a Diego Villar? —preguntó Riccardo descolocado.

—Sí. Trabajó conmigo en la expedición...

El sacerdote se levantó de la silla donde se encontraba y paseó nervioso negando con la cabeza.

—Entonces ya está claro que todo está relacionado con esa expedición... —apuntó sin parar de andar.

María no dijo nada. Tan solo llevó su mano hasta la manga de su camiseta y se la arremangó todo lo que pudo... para mostrar la marca del águila al sacerdote.

—Tú también estás marcada... —musitó el cura incrédulo—. Pero, cómo...

—Ni siquiera sabíamos que era un águila. Una de las últimas noches en la excavación, cuando Dave ya había desaparecido y nos quedamos sin promotores, nos fuimos a cenar a modo de despedida a uno de los pueblos cercanos. Habíamos hecho un gran hallazgo y a nadie parecía importarle, pero nosotros decidimos darnos un homenaje, como si todo hubiera sido un éxito. Y bebimos, nos dejamos llevar y... bueno, decidimos tatuarnos todos con esta extraña esfinge que estaba tallada en varios lugares del sarcófago de Dandolo...

—¿Esa marca estaba en el sarcófago? ¿Y qué pinta una esfinge de águila en el ataúd del dux?

—No lo sé. Eran tan solo pequeñas muescas en el lateral con esa forma y nos pareció... extravagante y atractiva. Ya sabía yo que esto era un mal presagio. Después de la tontería del tatuaje, volvimos al campamento y todo estaba en llamas otra vez.

—¿Otra vez?

—La noche que descubrimos a Dandolo, hubo un fuego, pero se logró amainar y no ocurrió nada. Pero esa noche fue distinto. Para cuando llegamos, las llamas ya habían consumido casi toda la expedición.

—¿Y la tumba...?

—También. Solo quedaban las tiendas donde vivíamos y el economato. Los equipos de apoyo de administración, cocineros y demás, se habían largado, como es lógico. Y también los paisanos turcos que nos ayudaban con la mano de obra. Nosotros hicimos lo mismo: recogimos todos nuestros enseres antes de que llegara el fuego y nos largamos. Fuimos en dos jeeps hasta una localidad donde había camas y desde allí gestionamos nuestros aviones de vuelta. No hubo más despedidas ni promesas de contactos futuros. Todo fue una mierda...

—Volviste a Bilbao y al cabo de un tiempo decidiste investigar por tu cuenta —intuyó Riccardo.

—Mi maldita curiosidad, sí. Tuve que pasar un tiempo en casa. Mi padre estaba enfermo y yo me quedé en Bilbao con él. Pero se curó y yo volví a las andanzas... a las indagaciones. Después vino lo de Estambul y toda esta pesadilla.

—¿Y dejasteis todo así? Quiero decir, ¿nadie fue a apagar el fuego o...?

—¿Y qué íbamos a hacer? Nuestro jefe había desaparecido y no sabíamos nada de los promotores. De todos modos, el fuego no pudo extenderse más allá del campamento, claro, porque estábamos en mitad de una tierra desértica...

—O sea que ahora mismo aquello estará... quemado y abandonado.

—Supongo que sí —afirmó María encogiéndose de hombros—. Viendo cómo

eran las llamas, no habrá quedado nada.

—Pero los que os fuisteis a cenar, ¿estabais aparte del resto de...?

—Éramos los técnicos. Los arqueólogos. Los demás eran equipos de apoyo a los que la expedición ni les iba ni les venía.

—Y entre ellos, estaba Diego Villar.

—Sí. Estaba Diego. Era madrileño, pero vivía en Florencia desde pequeño, creo. No sabía que era sacerdote.

—Debió ordenarse hace poco. Dijeron que estaba en la parroquia temporalmente.

—Ya... Era una buena persona. Ahora me corroe el saber quién de nosotros era el que murió en el derrumbamiento o en la plaza...

Riccardo volvió a sentarse en la silla, frente a María. Ambos guardaron silencio durante unos segundos alternando miradas.

—Entonces el tatuaje no es una marca del asesino.

—O sí. No nos la ha hecho él, pero quizá todos los que la tengamos seamos sus objetivos.

—Pero Dave no estaba marcado y ha sido asesinado también.

—No tenía el tatuaje de marras porque para entonces no estaba con nosotros, pero desde luego él era del equipo de arqueólogos. Quizá nosotros seamos las víctimas por lo que descubrimos...

—¿Y el papa?

—Ya... —admitió ella—. Él no formaba parte del equipo, desde luego.

—No estaría relacionada la excavación con la Iglesia, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no lo sé. Nadie sabía nada.

—De todos modos, el hecho de descubrir que Dandolo estaba enterrado allí en vez de en Santa Sofía no me parece tampoco razón para estos asesinatos...

—Hombre, entiendo que habrá algo más... que todavía desconocemos.

Riccardo suspiró. Se rascó la cabeza y volvió a levantarse. No podía parar quieto.

—Por ahora, creo que lo más importante es contactar con todos los que formabais ese grupo. Hay que prevenirles. Y ver si pueden aportar algo que nos dé más información.

—Ellos saben lo mismo que yo... Seguramente menos. En cualquier caso, no tengo manera de contactarlos: no intercambiamos móviles, ni correos electrónicos.

—¡Pero cómo que no...! —exclamó el sacerdote, molesto por la contrariedad.

—No éramos amigos. Éramos solo compañeros de trabajo... no sé.

El sacerdote soltó un bufido y señaló con reproche el brazo de María.

—¡Pues bien que os fuisteis todos juntitos a cenar y a haceros el dibujito ése!

—Ya... Pero toda la expedición fue una experiencia a olvidar, créeme. Fuimos a cenar, claro... y nos llevábamos bien. Pero era todo tan extraño que... Nadie dijo nada pero yo creo que todos pensábamos lo mismo: si no volvíamos a vernos nunca

ni a saber nada de todo aquello, mejor que mejor.

—¡Fantástico! —dijo el sacerdote volviendo a recorrer la casa, mientras María permanecía en la silla.

—Lo que sí sé son los nombres. Supongo que tus amigos polis podrían buscarlos o... De todos modos, igual no andan muy lejos.

—¿Por qué dices eso? —Riccardo se detuvo para hacer la pregunta.

—Pues que siendo cada uno de nosotros de una parte del mundo, los asesinatos se han producido aquí... En Venecia. Mis razones para estar aquí ya te las conté, ¿pero el resto? ¿Qué les trajo hasta aquí?

—Y piensas que quizá los que aún viven también están en la ciudad...

—No lo sé... Espero que no. Pero...

—¿Cuántos erais?

—Siete, contando a Dave.

—Y ya llevamos cuatro muertos, aparte del papa. Quedan tres...

—Quedamos tres...

—Quedáis tres... —repitió él por lo bajo.

Riccardo prosiguió su camino imaginario y se paró frente a la ventana del piso. Pensó en la mujer. Hasta el momento, él tan solo había buscado información para aclarar las cosas, pero no se había puesto en su pellejo, cuando era lo primero que debería haber hecho. Imaginó que no sería fácil para María. Sus compañeros muertos, su aventura en Estambul... Y el saberse ahora también marcada como un objetivo del caballero. La compadeció.

—Tú no te preocupes, María —dijo volviéndose hacia ella—. Avisaré a Giacomo Meazza, del que te hablé y él se hará cargo del asunto. Desde ahora estarás con nosotros todo el tiempo. Puedes incluso alojarte en casa de mi madre o en el mismo hotel de John.

—No sé quién es John.

—Cierto, no te había hablado de él. Es otro de los... implicados, por decirlo así. Aparte de Giacomo, está Heinz, de la guardia suiza, y John... que precisamente es hermano de Dave Sheppard a quien tú sí conociste. Vino a Venecia a recoger el cadáver de su hermano. Le habían dicho que había sido una muerte fortuita. Luego el pobre se encontró con el pastel.

María Ayarza se levantó y se llevó ambas manos a la cabeza. Caminó hacia el lado contrario de la casa. Musitaba algo. Después, se volvió hacia el cura.

—¡Perfecto! ¿John está aquí? ¿John Sheppard?

—Sí... —afirmó Riccardo extrañado—. ¿También le conoces?

María soltó una risa agridulce.

—Estuve a punto de casarme con él.

UNO MENOS

Venecia, cuatro días después del Vuelo de la Paloma

Giacomo Meazza había pasado el día hablando con los oficiales de las distintas autoridades. Ahora todos estaban al tanto. Dado que el escolta había dado la noticia de los significados de las pistas de un modo acertado, Giacomo había cobrado cierto peso entre las agencias involucradas en la búsqueda del criminal.

El estreno de Don Giovanni al día siguiente en La Fenice se llevaría a cabo con normalidad. Pero ningún edificio en el mundo estaría más vigilado que aquél.

—¿Cómo vais a llevar a cabo la operación exactamente? —preguntó Heinz Meier al escolta.

Estaban en la terraza de una cafetería de las inmediaciones del teatro. Anocheceía y no quedaba mucha gente en el local. Giacomo se había dado un respiro y ahora tomaba un café, que había decidido compartir con su extraño amigo. Quería saber si podía contar con él para la caza de la noche siguiente.

El suizo, como casi siempre, había respondido que todavía no sabía si sus ocupaciones le permitirían tener libre la velada.

—¿Y por qué te interesa tanto ahora cómo vamos a hacerlo si me dices que no podrás venir?

—Interés profesional —dijo él sin dejar de mirar a La Fenice—. Además, quién sabe... quizá pueda venir. Ya te llamaré.

Giacomo bufó airado. Revolvió su café y tomó la taza para dar un pequeño sorbo.

—Gente fuera de paisano. Gente dentro de paisano, también. Algunos incluso en el patio de butacas como si fueran espectadores. Y todas las azoteas de los edificios circundantes ocupadas, claro.

—Conociendo la extraña afición de ese fantasma por saltar de un edificio a otro, igual es poco prudente: puede ver a los policías apostados y huir.

—Al menos evitaremos una muerte.

—Pero no le cogéis —matizó Heinz, indiferente—. ¿Cómo se va a proceder con los espectadores?

—Se intentará que no haya mucho revuelo. Alegaremos protocolos normales de seguridad para pedir identificaciones y hacer un listado con todos los que estén dentro del teatro.

—Entiendo.

—De verdad que te necesitaría mañana, Heinz.

—Intentaré venir.

—Date cuenta de que los más conscientes de todo este rollo somos Don Riccardo,

el muchacho, tú y yo. Y los únicos profesionales de esto somos nosotros dos.

—Hay mucha más gente respaldando la operación, Giacomo —dijo con seriedad Heinz, clavando sus ojos en el escolta.

—Pero solo nosotros cuatro somos conscientes del halo... no sé... místico o llámalo como quieras de todo esto. Las demás agencias y administraciones ven a un asesino sin más. Somos cuatro, Heinz. Solo cuatro. Por eso me gustaría que estuvieras...

De pronto, sonó el teléfono móvil de Giacomo. Miró con tedio el aparato y contestó con pereza.

—Meazza —dijo al coger la llamada.

El enorme escolta escuchó lo que alguien le decía al otro lado. Su cara mutó la expresión de hastío por otra de gran preocupación. Paseó la mano por su cabeza totalmente calva, y suspiró negando con la cabeza.

—Pero ¿no hay posibilidades de...? ¿Y quién lo ha encontrado? No, creo que no hay familia a la que avisar ya...

Y colgó el teléfono. Heinz no preguntó nada pero su mirada inquisitiva le requería información.

—Me parece que ya no somos cuatro... Creo que Sheppard... —empezó a decir afectado—. Uno menos, muchacho. Uno menos...

EL VIAJERO

Venecia, año 1270 d. C.

Ioannes volvía a ser un anciano.

Orio jamás pensó que viviría tanto tiempo. Hacía más de sesenta y cinco años que había recibido el peso de la «púrpura» de Ioannes, y cada día había sido una cruz para él.

Obligado a dejar atrás su pasado como el soldado Orio, había vivido oculto bajo el nombre de Marco. Nombre que, salvo para contadas excepciones como las de su insigne predecesor, había sido la identidad usada por muchos de los Ioannes de la historia.

Caminaba en ese momento apoyado en su bastón por la parte sur de la isla, mirando hacia la laguna. El cielo estaba absolutamente despejado y el viejo dejaba que sus desgastados huesos recibieran el calor del sol. Cientos de mástiles inundaban el horizonte: barcos que salían o volvían de faenar, o barcazas amarradas dispuestas a modo de tienda para que los ciudadanos que pasaran por delante, se decidieran a adquirir la mercancía que mostraban. A su alrededor, todo era dinamismo y aceleración en contraste con su pausado y arduo caminar: niños persiguiendo a un perrillo callejero, hombres y mujeres paseando y comprando, varias jóvenes exponiendo su belleza en los floridos balcones de las fachadas que daban al canal...

«Soy demasiado viejo», volvió a pensar Ioannes. Esa sensación se volvía acuciante cada vez que presenciaba un contexto de vigorosidad y movimiento como aquél.

Además, había de reconocer que su preocupación vital lo había vuelto mayor antes de tiempo. La capa y el cofre que Enrico Dandolo le cediera le habían tornado en un hombre desconfiado y receloso de cualquier amenaza. Su vida la había pasado sospechando de todo y de todos. Cierto era que las apariciones públicas del caballero blanco no habían sido muy necesarias a lo largo de los últimos sesenta años. Pero Orio compartía con su antecesor el mismo miedo: Venecia no era segura ya. Su fastuosidad y su poder la hacían demasiado apetecible para el resto del mundo. Una ciudad-estado que estaba en el candelero mundial, dejaba de ser segura para un tesoro como el que Ioannes protegía.

Pero hoy podía poner remedio a eso.

Había oído que tres hermanos venecianos, socios comerciales, acababan de volver a la isla después de años viajando por el Extremo Oriente. Se contaba en los corrillos y tabernas, que habían establecido una buena relación con el propio emperador mongol, Kublai Kan, quien, de mente más abierta que el resto de sus antecesores,

había quedado prendado por la ideología occidental y su religión. Por eso, se decía que esos tres hermanos habían recibido el encargo del propio emperador de solicitar al papa Clemente IV que mandara de vuelta con los hermanos a Oriente a un grupo de ilustrados y misioneros para expandir sus ideas por el imperio.

Pero Clemente había muerto y los hermanos habían regresado directamente a Venecia. Se comentaba que contarían la situación al nuevo papa y partirían de nuevo hacia las lejanísimas tierras.

Unas tierras que Ioannes veía lo suficientemente seguras para el cofre.

Por eso, Orio se internaba en ese momento entre las callejuelas venecianas. Maldecía la estrechez de las vías de la isla, que provocaban que casi todas las calles estuvieran en la penumbra proyectada por los cercanos edificios. Echaba de menos el sol pegando en su espalda.

Se dirigió hacia el centro de la isla, donde sabía que vivía la familia de uno de los tres famosos hermanos: Nicolò.

Tras varios largos minutos de caminar, llegó a la casa. Pasó por debajo de un pequeño túnel y accedió a un patio interior de escasas dimensiones pero lleno de vida y movimiento. Las casas que rodeaban el lugar estaban tan cerca entre sí, que las mujeres podían hablar perfectamente de balcón a balcón. Varios niños jugaban en el empedrado y otros, de más edad, descansaban en los peldaños de las numerosas escaleras que daban acceso a las viviendas.

—Buenos días —saludó Ioannes a un chico que no llegaría a la veintena. Se le veía despierto y vigoroso—. Me llamo Marco, y estoy buscando a un hombre llamado Nicolò. Creo que vive aquí.

—Vaya casualidad... —contestó el joven con una sonrisa afable.

—¿Por qué? —se extrañó Orio.

—Porque yo también me llamo Marco y Nicolò es mi padre.

—¿Te llamas Marco? —preguntó Ioannes, de pronto interesado en el joven.

Examinó de un rápido vistazo su constitución y su aspecto. Le parecía casi providencial que aquel muchacho se llamara Marco. Si ese jovencito acompañaba a su padre en sus exóticos viajes, quizá pudiera encomendársele una misión muy especial...

—Sí, me llamo Marco. Marco Polo.

Ioannes asintió levemente. Estaba decidido: probaría con aquel muchacho, siempre que él quisiese. Y si sus habilidades físicas y mentales le hacían superar el entrenamiento al que pretendía someterlo, heredaría la capa.

Así, el cofre estaría durante los años que durara su viaje en lugares recónditos. Y, si cuando volviese del otro lado del mundo, entendía que el cofre podía volver a Venecia, podría traerlo de vuelta para seguir escondiéndolo en la isla.

—¿Sabes, Marco? Igual no me hace falta hablar con tu padre y me vales tú

mismo. ¿Vas a acompañarle a él y a tus tíos en esos viajes fantásticos de los que se habla?

—Por supuesto —respondió, henchido de orgullo.

—De acuerdo... ¿Y si te dijera que tengo un tesoro que me gustaría que te llevases hasta que regreses, dentro de varios años?

—Pero...

—Es algo muy importante. Tanto, que cuanto menos tiempo esté en esta isla, mejor. Y cuando vuelvas a Venecia, deberás idear un lugar seguro para esconderlo, cosa que no te será difícil después de la experiencia que habrás adquirido en tus viajes... Por eso hablo contigo, Marco. Necesito a alguien audaz para protegerlo.

—Ya entiendo... —respondió Marco Polo, sin entender absolutamente nada.

Orio miró al joven. Había algo especial en él que le hizo pensar que hacía lo correcto.

—Dime —le dijo por fin—, ¿te suena de algo un caballero blanco llamado Ioannes?

LA VIDA

Venecia, cinco días después del Vuelo de la Paloma

El constante pitido invadía su sueño. Su pesadilla.

Su hermano le miraba a los ojos. Lloraba. Como lloró su madre el día en que supieron de la muerte de su padre. Dave le miraba... Abría la boca pero las palabras no salían de ella. John no las necesitaba para entender que le pedía ayuda. Le rogaba su auxilio.

Pero él no se podía mover. Estaba postrado. Solo podía contemplar cómo un encapuchado se acercaba hacia su hermano y... el pitido. Una y otra vez. Aburrido. Irritante.

Un contorno se dibujó ante él. El de una mujer. Bella como ninguna otra. Una melena desaliñada de color rubio apagado. Unos ojos de miel que le invitaban a seguirlos hasta el fin del mundo.

Fue entonces cuando supo que estaba muerto y un ángel lo acompañaba a la gloria.

De nuevo el pitido.

Volvió a ver a la mujer. Ahora él se sentía más consciente y verla de nuevo le produjo una sensación agridulce. Hizo un esfuerzo sobrehumano y levantó sus pestañas. Y fueron entonces sus ojos los que vieron a la mujer.

Entonces supo que estaba muerto y aquel demonio lo acompañaba al infierno.

—John, ¿estás despierto? ¿Me oyes? —preguntó María acercándose a la cama.

—No me jodas —respondió John arrastrando las palabras.

—Está bien, gracias —dijo María a una enfermera que había entrado a la habitación.

La enfermera, extrañada, se fue y cerró la puerta. El habitáculo era minúsculo. Había un sillón donde había entrevisto John a María en sueños. Y una maldita máquina conectada al cuerpo del londinense que no se cansaba de lanzar un pitido y otro y otro...

—¿Qué demonios haces tú aquí? —preguntó John, más contrariado que sorprendido—. Dime que estoy muerto.

—No lo estás. Es extraño pero has sido atravesado limpiamente. Tan limpiamente que no tienes ningún daño en absoluto... Pero has perdido bastante sangre. Mañana te darán el alta. Ha sido un milagro.

—¿Ahora la amiga de la ciencia cree en milagros?

—Puede que haya cambiado.

—En tu caso, un cambio solo ha podido hacerte mejor, tranquila —dijo él

apartando constantemente su mirada de la de María, que se había sentado a los pies de su cama—. ¡Ese maldito pitido! ¿Podría alguien apagarlo, por favor? —gritó de repente.

La enfermera que estaba fuera, entró como si hubiera escuchado las quejas de John.

—Le quito ya esto. En realidad no era necesario. Era para comprobar las constantes cuando...

—¿No era necesario? —espetó John airado.

—Perdónele —dijo María a la enfermera—, los modales nunca han sido su fuerte.

—El compromiso nunca ha sido el tuyo —respondió John, antes de dirigirse a la enfermera, que comenzaba a mirarlos con cara de circunstancia—. ¿Sabe? Íbamos a casarnos... y me dejó en el altar. Y luego habla de mis modales.

—¡Oh! Lo siento —dijo la enfermera que comprendió inmediatamente que allí sobraba y escapó de la habitación.

Se hizo un pequeño silencio cuando ambos quedaron solos. Ya no había pitidos. Ahora los echaban de menos.

—¿Me encontraron en la calle o...? —musitó John, casi sin querer que sus palabras tuvieran sonido.

—Una vecina te vio inconsciente y lleno de sangre. Creyó que estabas muerto. Y yo también. ¿Fue ese asesino...?

—Me lo encontré en un callejón. Me dio una espada y... luchamos.

—¡Perfecto! Luchasteis... ¡Lo de correr no era una opción, claro! —dijo ella contrariada—. Con todos mis respetos, eres gilipollas, John.

—Ya... —dijo él con desinterés—. Bueno, supongo que si estás aquí es porque eres tú la mujer de la que hablaba Riccardo.

—Sí.

—Trabajaste con Dave en Turquía.

—Eso es —asintió ella suavizando su tono de voz—. Siento lo que le pasó, John.

—Llevaba años sin hablar con él.

—Lo sé. Pero él te recordaba muchas veces. Recuerda que fue él quien nos presentó, y supongo que eso le hacía querer hablar conmigo sobre ti. Era muy desarraigado... pero te quería a su manera, de verdad.

John no varió su semblante indiferente. Intentó incorporarse un poco en la cama. Tumbado, se sentía en desventaja ante María. Al hacerlo se hizo consciente de lo cansado que estaba.

—¿Fue por esa expedición por lo que me dejaste tirado? —preguntó por fin.

—Fue la excusa, más que la razón —reconoció ella en son de paz—. Tuve miedo. Quedarme en Londres. Dejar las expediciones. Mi vida... Fui egoísta y lo he lamentado cada día...

María dejó suspendidas las palabras para calibrar el efecto que producirían en John.

—Me debes tres mil libras —le informó él de pronto.

—¿Perdón? —preguntó ella cambiando su expresión previa de arrepentimiento.

—Tres mil libras... es lo que me costó cancelar el banquete, las flores y...

—¡Perfecto...! ¡La madre que te...! ¡Me conoces perfectamente, John! Sabes que me cuesta pedir perdón y me hablas de dinero...

—No me lo has pedido, María.

—¿El qué?

—No me has llegado a pedir perdón.

«Perfecto», pensó ella mientras se levantaba enfadada. Paseó hacia la ventana. Estuvo unos segundos perdiendo su mirada a través de ella, hasta que se volvió hacia él. Hacia el que había sido el hombre de su vida.

—Perdóname...

—Ni lo sueñes —dijo él apartando de nuevo su vista. No podía mantener mucho tiempo su mirada en aquellos ojos.

—¡Pero qué...!

De pronto, irrumpió en la habitación un sacerdote, seguido de un grueso hombre con la cabeza rapada al cero. En el umbral de la puerta, a mitad de camino entre estar fuera y dentro de la habitación, permaneció un joven de abultada barba pelirroja y constitución atlética.

—¡Buenos días, buenos días, buenos días! —dijo Riccardo con alegría.

—¿Sabes la suerte que has tenido, chaval? —le preguntó Giacomo.

—¿Es suerte que me atraviesen de lado a lado?

—Es suerte que ocurra y sobrevivas —le aclaró el escolta.

—Yo me voy ya —dijo María, marchándose con urgencia—. Estaré en el hotel, Riccardo. Hablamos cuando quieras.

Al salir, Heinz Meier siguió con la mirada a la imponente mujer. John reparó en ello y se odió por sentirse molesto.

—¡Eso, vete! —saltó el londinense—. Como haces siempre que las cosas se ponen interesantes...

—¡Que te jodan! —dijo ella antes de desaparecer por el pasillo.

—¡Tres mil libras! ¡Recuérdalo!

Después, se hizo un pequeño silencio tan solo interrumpido por el decreciente sonido del taconeo de los zapatos de María al alejarse por el pasillo. Giacomo Meazza miró a Riccardo. Heinz esbozaba media sonrisa.

—La tía se va a descansar a su hotel mientras... —empezó a decir John, como si se excusara por el tono utilizado—. Es una egoísta.

—¡Serás majadero! Ha pasado toda la noche aquí, cuidando al niño de

Sheppard. Estará agotada. Cuando Giacomo me llamó para decirme lo tuyo, se lo dije porque ella acababa de contarme que... ya os conocíais. ¡Y no sabes cómo se quedó! Vino aquí y no pudimos convencerla de que se separara de la cama.

—Le tengo que hacer sufrir mucho todavía para que estemos equiparados...

—¡Ése es el camino, majadero, claro que sí! A ti el perdón no te suena de nada, ¿verdad?

—No, si ahora va a ser ella la víctima después de que ayer Ioannes, o como se llame ese cabrón, quisiera matarme.

—No quería matarte —dijo la profunda voz de Heinz.

El suizo acababa de entrar en la habitación y sujetaba la camiseta que John llevara el día anterior. Vio que había dos pequeños orificios. Uno estaba rodeado de una pequeña mancha de sangre y el otro, debajo, totalmente empapado.

—La herida ya nos han dicho que es de espada —siguió diciendo Heinz ante la atenta mirada de sus compañeros. No hablaba demasiado y había que estar atento cuando lo hacía—. Parece que te hizo dos marcas en el cuerpo, ¿no?

—Sí, creo que sí... —dijo John, mientras recordaba—. Me dijo algo así como que él era la línea que separaba la vida de la muerte. Mientras lo decía me posó la espada en el pecho en dos lugares distintos...

Heinz sonrió y extendió la camiseta señalando el punto inferior que estaba lleno de sangre.

—Este punto es la vida... el lugar por donde te traspasó. Y este otro —dijo subiendo su dedo índice hasta el otro pequeño orificio—, es la muerte: te hubiera atravesado el corazón.

—Pero después de decirme eso me dio una espada... y luchamos.

—Y el majadero de él se batió en combate... —bufó Riccardo.

—¿Y por qué no corraste en la otra dirección, muchacho? —preguntó Giacomo.

—Ya me han abroncado por esto antes, gracias.

—En conclusión —prosiguió Heinz—, te dijo ya de antemano que podría haberte matado y, en lugar de ello, te atravesó por el orificio que te dejaría indemne.

—Me lo podría haber dejado más clarito porque, sinceramente, me vi más allá que acá, cuando me quedé inconsciente en el suelo...

—Sea como fuere, te perdonó la vida —repuso el suizo con indiferencia—. Y quiso que lo supieras. No quería que pareciese que había fallado.

—¿Y por qué no le mató? —se preguntó Giacomo.

—Nos habría ahorrado muchos dolores de cabeza, la verdad —farfulló Riccardo aún contrariado con la actitud de John para con María.

—Don Riccardo, no se pase... —le dijo el escolta.

—Quizá sea tan solo que ha de matar a los que tiene predeterminados —apuntó Heinz.

—Hablando de eso —intervino de nuevo Riccardo—, hay que descubrir dónde están los de la lista.

—¿Qué lista? —preguntó John descolocado.

—¡Ah! Claro, tú no lo sabes —dijo Riccardo—. Ayer estuve hablando con María y resulta que la marca del águila es precisamente un tatuaje que se hicieron los siete arqueólogos de la expedición de Turquía.

—Es decir, que la razón por la que Ioannes mata está relacionada con aquella expedición —continuó Giacomo—. Tiene que haber algo más que lo del cuerpo de Dandolo... algo que sea lo suficientemente gordo como para que el asesino mate.

—Lo que no sabemos es por qué mató al papa —aclaró Riccardo.

—¡Pero María también es arqueóloga y estuvo en la expedición! —exclamó John incorporándose.

—De hecho, también lleva el tatuaje... —dijo el sacerdote con aire serio.

John se llevó la mano a la frente y suspiró.

—¿Y ahora se ha ido al hotel sola sin más?

—Le hemos puesto protección, claro —le informó Giacomo.

—Y por eso hemos hablado de una lista —siguió Riccardo—. Nos ha dado los nombres del resto del equipo y ahora hay que localizarlos.

—Solo tenemos el nombre y un apellido —dijo el escolta— con lo que hay numerosas concordancias. Pero bueno, hoy por de pronto tenemos una oportunidad de oro para atraparlo en La Fenice, si estamos en lo cierto con la última pista.

—¡Hoy se estrena Don Giovanni! —recordó John—. Hoy volverá a matar... María está en peligro.

El londinense se quitó las sábanas de encima y bajó de la cama con cierta dificultad. Giacomo y Riccardo intentaron detenerle pero sus ciento noventa centímetros de estatura hicieron que su voluntad se impusiera. Heinz no hizo nada por frenarlo.

—Estoy perfectamente —dijo John, zafándose de sus compañeros—. Vamos a preparar lo de esta noche. Yo me quedaré con María.

Heinz caminó hasta los pies de la cama.

—No, yo lo haré. Yo me quedaré con ella —dijo con calma.

—Ni lo sueñes, amigo. Ya he visto cómo la mirabas.

—Eres patético, Sheppard.

John miró hacia el sacerdote, como buscando apoyos.

—¿A estos tíos no les exigen un voto de castidad o algo parecido? —le preguntó, señalando al guardia suizo.

—Tiene razón, muchacho —admitió Giacomo—. Debería ser él quien la protegiera.

—Pero ¿por qué?

—Porque si aparece el hombre malo... yo soy más rápido y más fuerte que tú, Sheppard.

—Lo dudo... admito que estás más entrenado pero...

—No seas majadero, John —zanjó Riccardo—. Si de verdad la quieres, es mejor que la proteja un profesional...

—Yo no la quiero —se indignó el londinense.

—No la quieres —repitió el sacerdote negando con la cabeza.

—No quiero que muera nadie más, solo es eso.

—Pues tema resuelto. Heinz se encarga —dijo Giacomo—. Tú te quedas al menos esta noche como han dicho los médicos. Has perdido bastante sangre, según dicen. Y Heinz se queda con ella. Hazme caso: me fastidia más a mí que a ti porque pierdo a un gran activo para la redada de hoy.

Y ahí terminó la conversación. Riccardo comenzó a recoger los enseres de John que había en la habitación y Giacomo salió para buscar a los médicos y avisarles de que tramitasen al día siguiente el alta del londinense.

Heinz permaneció a los pies de la cama de Sheppard. Tras la espesa barba rojiza se veía el dibujo de media sonrisa.

LOS ESPECTADORES

Venecia, cinco días después del Vuelo de la Paloma

Venecia era Venecia.

A cinco días del asesinato más importante del siglo, cientos de personas se congregaban en los alrededores del teatro La Fenice.

Engalanados ellos. Enjoyadas ellas.

Los pocos, llegaban en góndola por la Porta de Acqua, la entrada del edificio que daba al canal. Los muchos, llegaban por el Campo de San Fantín, ingresando por la entrada principal.

El aire de fiesta ahogaba definitivamente y por aquella noche, la sombra que se cernía sobre la isla.

Tras los incendios de 1836 y de 2003, ahora el teatro era una joya renovada con aires antiguos pero con el brillo que debería tener hacía más de doscientos años.

Giacomo Meazza aguardaba junto con Riccardo en uno de los cuartos laterales de la entrada, cerca de donde los empleados y la gente de seguridad comprobaban los billetes e identificaciones de todos los asistentes. El atrio, con las columnas y pavimento de mármol rosáceo, se inundaba poco a poco del ambiente festivo: gente mirando su entrada para saber por qué escalera subir y otros charlando animosamente.

El escolta comenzaba a ser consciente de lo difícil que iba a ser manejar aquella situación: más de mil personas en un teatro pequeño, una víctima desconocida y un asesino aún más desconocido.

Cada cierto tiempo, recibía por el pinganillo que llevaba en su oreja el informe de cada una de las posiciones: los hombres de dentro y fuera del teatro y los apostados por los tejados circundantes. Si había algo reseñable, Giacomo debía trasladarlo a los superiores.

—Señor, ya tenemos el listado de todo el aforo —dijo un agente que acababa de entrar en el cuarto.

—De acuerdo —respondió él tomando las hojas que le tendían.

—Todos con la entrada correcta. Por supuesto, han sido identificados y han dado una dirección correcta.

—Gracias, muchacho —dijo Giacomo despidiéndole con un gesto.

La puerta se cerró y reinó el silencio en la estancia. Aquella parte del teatro iba vaciándose a medida que la gente pasaba hacia los palcos y el patio de butacas.

El escolta miró a Don Riccardo. Permanecía sentado en una silla, bastante quieto para lo que él solía ser. Se sabía más incordio que de ayuda en una operación de ese

calibre.

—Que empiece la fiesta, Don Riccardo —dijo el escolta con aire risueño, mientras lanzaba las hojas de asistentes al sacerdote.

—Ya han entrado todos, entonces —murmuró él mientras miraba la lista con indiferencia.

—Eso parece. Ahora mismo todo está bajo control. La gente del teatro ha sido identificada esta mañana. Así como el grupo artístico y los cantantes, aunque estos ya estaban reconocidos salvo por algún cambio de última hora. Y por último, los asistentes. El hecho de haber identificado a cada uno de los que han entrado nos asegura que no haya ningún polizón a bordo, Don Riccardo.

—Solo queda controlar que no entre ese majadero.

—Es imposible que entre. Al menos, es imposible que lo haga desapercibido.

—Me pregunto si la víctima ya está aquí dentro.

—Desde luego, en esa lista que está usted mirando no está ninguno de los nombres que nos dio María.

Riccardo asintió levemente con la cabeza mientras continuaba ojeando el listado.

—Hablando de María, ¿Heinz está con ella?

—Sí, está en el hotel. Y hay algún agente más asignado.

—Hay algo raro en ese chico, la verdad. Es tan frío...

—No he visto a nadie tan bueno como él, Don Riccardo —dijo el escolta.

En ese momento, Giacomo se llevó la mano al oído. Le volvían a dar el parte de la situación de cada equipo.

De pronto, el sacerdote se levantó y se llevó la mano a la boca. No dejaba de mirar la lista. Después, empezó a señalar con nerviosismo uno de los nombres que allí aparecía. El escolta reparó en ello y cortó la comunicación con los equipos.

—Éste, Giacomo, éste... —le dijo mientras le cogía por el brazo.

—Don Riccardo, ¿qué pasa? —preguntó él extrañado.

—El asesino está dentro, Giacomo. ¡Está dentro!

—Pero ¿por qué? —el escolta comenzaba a contagiarse del nerviosismo de su amigo.

—Carlo Girardi... —el sacerdote balbuceaba incrédulo.

—¿Qué pasa con Carlo Girardi? Es uno más de la lista...

—No, Carlo... —Riccardo volvió a sentarse mirando al infinito— se cambió el apellido antes de morir.

—¿Antes de morir? —preguntó Giacomo.

—Sí... lleva más de diez años muerto. Se cambió el apellido por el de su madre porque tenía más solera aquí en Venecia...

—¡Explíquese, se lo ruego!

—Se cambió el apellido por el de Loredan... —dijo el sacerdote susurrando.

—Pero... se apellida como usted...

Riccardo levantó por fin la mirada para fijarla en la del escolta. Abrió la boca con parsimonia, como si le doliera hacerlo.

—Eso es porque Carlo Girardi, después conocido como Carlo Loredan, era mi padre.

LA VOZ

Istanbul, año y medio antes del Vuelo de la Paloma

Dave Sheppard bajó atropelladamente del tranvía, que lo había dejado en Divan Yolu.

Caminó con urgencia hasta la entrada de Santa Sofía, compró una entrada y subió al piso superior del templo.

Dio la vuelta a todo el atrio. No había demasiada gente. Algunos grupos con guías y varias parejas.

En cualquier caso, no sabía exactamente qué podía hacer. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. Solo sabía que quería estar. Aunque suponía de antemano lo que se encontraría.

Allí estaba. Recorrió con urgencia los pocos metros que lo separaban de la tumba del conquistador Dandolo. Fue durante su trayecto hasta Estambul cuando, descubriendo el extraño naipe aún en uno de los mil bolsillos de su pantalón, había entendido su mensaje.

Aunque el remitente y la causa de su envío seguían estando en la oscuridad.

«El conquistador no duerme en el Bósforo», decía la carta. Ahora lo sabía a ciencia cierta. Dandolo no reposaba en aquella tumba de Santa Sofía. Lo que conllevaba que ahí debajo había otra cosa distinta, posiblemente relacionada con toda la intriga que envolvía aquella expedición.

Llegó a la altura de la losa. Evidentemente, no había nada que pudiera ver estando allí. Seguía leyéndose la misma frase sobre el dux que había visto varias veces en sus visitas.

Solo en ese momento comenzó a preguntarse en lo que podría hacer para averiguar qué había escondido allí debajo.

—Dave Sheppard... ha llegado usted demasiado lejos —pronunció una voz áspera a su espalda. Una voz que no sabía si había escuchado antes o no. Pero que le produjo cierto desasosiego.

Dave se quedó inmóvil. No quería volverse. Recordaba más que nunca el presagio de aquel pastor turco acerca de la muerte segura de quienes lideraran la excavación de Éfeso. Sabía que su padre había sufrido tal destino. Intuía que ahora era su turno. Y que quien fuera que estuviera detrás de aquello, ya había dado con él. Por la espalda.

Se dio la vuelta.

DON GIOVANNI

Venecia, cinco días después del Vuelo de la Paloma

—¿Es ése? —preguntó Giacomo.

—Sí —contestó Antonio, que era quien había identificado el nombre de Carlo Girardi en las listas.

—Es como si supiera dónde teníamos la cámara —apuntó otro agente, que se encargaba de las cámaras de seguridad—. Parece que vuelve su rostro para no ser distinguido.

Estaban en el centro de video vigilancia del teatro. Se había dispuesto una cámara en la entrada para captar a cada uno de los asistentes a la ópera. Y en ese momento, veían la entrada de un hombre que parecía mayor y que se hacía pasar por el difunto padre de Riccardo Loredan.

—¿Aparenta ser un viejo? —preguntó el escolta.

—Yo no recuerdo a cada uno de los asistentes, señor —apuntó Antonio—, pero le aseguro que he comprobado la edad y la apariencia de cada uno de los que han entrado con respecto a los datos que aparecían en la identificación...

—¿Don Riccardo? —se dirigió Giacomo al sacerdote.

—Podría parecerse a mi padre, sí... —apuntó él escueto—. Lleva barba como él y...

—O sea que se ha disfrazado.

—¿Por qué mi padre? —murmuró Riccardo.

—Quiere demostrarnos que nos controla. Sabe quiénes estamos detrás de él. Por eso, lo de la flecha el otro día en su casa o la paliza de ayer al muchacho...

Giacomo Meazza sacó su teléfono para informar a los superiores de las distintas agencias que ya tenían un sospechoso. Después, pasaron varias veces más la cinta. Congelaron la imagen y la enviaron como fotografía a los dispositivos móviles de cada uno de los agentes del interior del teatro. Había que encontrar al hombre que se hacía pasar por ese anciano.

—Supongo que ya cuentas —dijo el sacerdote— con que es posible que se haya desecho de su disfraz para no ser localizado, ¿verdad?

—Sí, claro. Pero por si acaso...

—¿Qué identificación puede él tener de mi padre?

—Supongo que la que mostró estaría falsificada... Necesitaba algún nombre de verdad con una dirección real en Venecia para que los agentes lo comprobaran. Pero lo que supongo, Don Riccardo, es que cuando murió su padre, su familia no cumpliría con todos los trámites pertinentes...

—No hicimos mucho papeleo, no...

—Por eso no constaba la baja en los archivos.

—Esto es Venecia... Todo el vecindario supo de su muerte y eso era lo que importaba antes.

—Ya...

Escucharon un anuncio en el teatro. La voz de una mujer indicaba, tras varios avisos previos de cierre de puertas, el comienzo de la representación de Don Giovanni.

—Ya empieza —dijo Giacomo.

—¿Crees que intentará cometer el asesinato durante la representación?

—No tengo ni idea. Pero tenemos cámaras en cada rincón y en todas las áreas del patio y de los palcos. Nadie puede moverse sin que lo veamos. Además, esto es ópera: nadie va al baño en mitad de la representación. Los movimientos de cada persona deberían ser fáciles de percibir en teoría...

—Todo sería más fácil si tuviéramos identificada a la víctima...

—Desde luego.

Ambos hablaban sin perder ojo de lo que se veía en las numerosas pantallas. Y así estuvieron durante los minutos siguientes. El silencio solo era roto por las arias de Don Giovanni así como por las fugaces comunicaciones que se escuchaban a través del *walkie* del escolta. Informes que daban cuenta de que todo seguía en orden y sin novedad.

En el escenario la obra se desarrollaba normalmente. Y el público estaba absolutamente embebido en lo que veía. Ninguna cámara detectaba movimiento alguno.

Riccardo Loredan se apartó un poco para telefonar a John Sheppard. Quería saber cómo estaba e informarle de la situación.

Unos segundos después, el escolta le hizo un gesto al sacerdote para que volviera con él.

—Bueno, majadero, tengo que colgar —dijo Riccardo por teléfono.

El sacerdote miró a Giacomo Meazza.

—Era John. Está bien... Mejor que nosotros.

—Está claro —respondió él resoplando.

—¿Cómo estamos? —se interesó el sacerdote.

—En breve acabará el primer acto —le dijo Giacomo—. Habrá que estar atentos porque entonces habrá revuelo: la gente se levantará y todo eso...

—Ya lo sé —apuntó escueto Riccardo sin dejar de mirar la pantalla del escenario.

—¿De qué va todo eso? —dijo Giacomo con mueca de desprecio, señalando el televisor.

—¿La representación?

—Sí, odio la ópera. Lo siento, pero es así...

—Serás majadero... es la historia de Don Giovanni, un hombre libertino en Sevilla que conquista mil mujeres y luego las engaña y abandona. Ahora mismo —dijo señalando la imagen del escenario— está dando una gran fiesta en su palacio para celebrar la boda entre los campesinos Zerlina y Masetto. Parece que es para agasajarlos pero en realidad quiere conquistar a la novia...

—Qué cabrón.

—Sí... La ópera es de Mozart, pero dicen que Lorenzo da Ponte, que es quien escribió el libreto, se inspiró en un famoso amigo suyo veneciano, tocayo tuyo...

—Giacomo Casanova —concluyó el escolta.

—Exacto.

El acto terminaba. Giacomo dio orden a los equipos de redoblar su estado de alerta. La tensión aumentaba por momentos. Sabían que el asesino estaba dentro y no conocían quién era la víctima. Era el peor de los escenarios posibles y todos lo sabían.

Mientras tanto, en la representación, Don Giovanni era descubierto cortejando a la novia y varios de los invitados se lo reprochaban yendo contra él. El protagonista sacaba su espada y huía entre los figurantes a golpe de mandobles.

Mientras el aria terminaba, con Don Giovanni ya fugado, los numerosos convidados se iban retirando como comentando su desencanto para con el anfitrión.

Pero no todos se fueron del escenario. Uno de los figurantes, que hacía el papel de invitado en la boda, permanecía tendido en el suelo.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Quién es ése? —dijo Giacomo, volviéndose hacia el sacerdote—. ¿Es normal? ¿Muere alguien en la representación o algo así?

—No, no que yo recuerde... —contestó Riccardo confundido.

Se cerró el telón y el público no pareció percibir nada. Todo el mundo empezó a levantarse.

—¡Tú! —dijo Giacomo al agente que controlaba las pantallas—. Congélame la imagen de la boda cuando escapa el hijo de puta ése.

Después, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¡Quiero hablar con el director de escena! —anunció nervioso—. Ahora no, muchacho ¡Ayer! ¡Así que date prisa!

Giacomo esperó nervioso al aparato. Pulsó el botón de manos libres y se puso a pasear de un lado a otro. Mientras tanto, el agente ya había rescatado la imagen del escenario justo antes de que Don Giovanni desapareciera.

—Hola —se escuchó por fin.

—Soy Meazza, uno de los agentes al cargo de la investigación de la que ya estará al tanto. ¿Tengo muerto a uno de los figurantes sobre el escenario o solo me lo ha parecido?

—Una tragedia. Pero no está muerto, está gravemente herido. Ya hemos avisado al número que nos dieron y ha venido el equipo médico.

—¿Del Hospital San Juan y San Pablo?

—Tal y como nos dijeron, sí.

—De acuerdo —Giacomo tomó entre sus manos la lista de los siete nombres que les había dado María—. ¿Cómo se llama el herido?

—Jean Francois Sanier, según me dicen.

—¿Sanier ha dicho? —preguntó el escolta extrañado al no encontrar el nombre en la lista.

—Sí, es francés.

—Gracias, jamás lo habría adivinado —Giacomo miró al sacerdote poniendo cara de impaciencia—. Pero... ¿usted no sabe si este hombre fue arqueólogo o algo así?

—Es tan solo un figurante y entonará dos o tres notas como mucho. No tengo ni idea sobre su vida personal...

—De acuerdo —admitió el escolta—. Entiendo que ya hay agentes con él.

—Sí, le han metido en una sala... para protegerlo, según dicen. Giacomo miró la pantalla del escenario y vio la imagen ya congelada de la celebración nupcial. Entornó sus ojos.

—¿Cuántos figurantes había como invitados de la boda?

—Treinta y dos, sin contar a Don Giovanni ni a Zerlina.

Riccardo miró a Giacomo y asintió levemente mientras se acercaba a la pequeña pantalla. Empezó a posar su dedo índice en ella, contando.

—Hay treinta y dos —dijo el cura, al cabo de unos segundos.

—Joder, no sobra nadie...

—No —confirmó el director de escena, aún al teléfono—. Ya nos habíamos cerciorado de eso. Además, los agentes también los han contado.

—Entonces, ¿cómo ha ocurrido? ¿Quién le ha herido?

—No lo sabemos. Parece que le han clavado algo en el estómago. Tenía bastante sangre...

—De acuerdo, gracias. Ahora iré a ver a ese hombre —anunció Giacomo.

Y pulsó el botón para colgar la llamada. Se volvió hacia el sacerdote con cara de pocos amigos.

—¿Sanier? ¿Quién es ese desgraciado? Tengo a un francés en la lista de la chica pero no...

—Lo mejor será que bajemos a verle —propuso Riccardo.

—Sí, quizá pueda explicarnos cómo le han herido —dijo Giacomo mientras abría la puerta para abandonar la habitación junto con su amigo—. No sobraba ningún actor en escena... todos estaban controlados...

—¿Y si ha sido un proyectil? Igual le han disparado...

—No se ha visto ningún movimiento extraño desde las cámaras, pero quizá.

Ambos caminaron con urgencia. Hubieron de esquivar a la gente apelotonada en los salones de la entrada para llegar hasta el patio de butacas. Una vez allí, subieron al escenario y pasaron detrás del telón. Unos agentes les indicaron la habitación donde tenían a la víctima.

Giacomo y Riccardo comprobaron con satisfacción que la protección era máxima tanto en el pasillo como en la entrada.

El escolta habló con varios hombres y les dejaron pasar. El habitáculo tendría unos treinta metros cuadrados. Había otros cinco agentes dentro. Uno de ellos le daba un paño al hombre tendido en una mesa como camilla improvisada.

—Déjeme, estoy bien —decía entre jadeos el figurante, aún con el disfraz de sevillano del siglo dieciocho—. ¡Mierda!

Jean Francois Sanier se apretaba el estómago mientras la sangre se le escurría poco a poco entre los dedos. El escolta se acercó seguido muy de cerca por el sacerdote. El hombre era moreno, de ojos de un azul muy intenso, y con una abultadísima barba que no lograba ocultar su enorme nariz. Llevaba un gran sombrero atado bajo la barbilla que ni siquiera le habían quitado.

—Señor Sanier —dijo Giacomo Meazza con suavidad—. Soy una de las personas al cargo de esta investigación.

—¿Y qué tiene que ver conmigo esa investigación? —preguntó él con dificultad.

—La verdad es que no lo sabemos. Por eso estamos aquí. El asesino del papa de hace unos días... ha matado a más gente. Intuíamos que hoy volvería a matar de nuevo —Giacomo hizo una parada al percibir que Riccardo le pegaba una pequeña patada en el pie—. Por supuesto, hemos tenido suerte y no ha sido así, claro... Se pondrá bien en breve, señor Sanier.

—Me estoy desangrando —dijo él comprimiendo su rostro.

—Ahora llegará el equipo médico, no se preocupe.

—Hijo mío, ¿sabe cómo le hirieron? —intervino Riccardo, que no pudo reprimir su impaciencia.

—¿Un cura? ¿Tan mal estoy?

—No, no. Estoy con el señor Meazza, apoyando en la investigación.

—No sé cómo me hirieron... noté una punzada agudísima en el estómago.

—¿Un proyectil? ¿Un disparo? —inquirió Giacomo.

—No lo sé... Mierda —se retorció de pronto—. Duele mucho.

—¿Me dejaría verle la herida? —musitó con tacto el escolta.

—¡Me muero! Por nada del mundo soltaré mis manos de aquí... Me desangraría... —dijo Jean Francois entre gemidos.

—Por casualidad, ¿usted no participaría en una excavación en el sur de Turquía? —se atrevió a preguntar de nuevo el sacerdote.

En ese momento, a pesar de la espesa barba de Sanier y de lo aparatoso de su sombrero, el escolta y el sacerdote pudieron percibir que su rostro se había quedado lívido.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo saben? —espetó con el ceño fruncido.

—Creemos que lo del asesino puede estar relacionado con esa expedición... —le aclaró el sacerdote.

—Pero su nombre es Jean Francois Sanier, ¿verdad?

—El artístico...

—¿Perdón? —se sorprendió Giacomo.

—Ése es el nombre artístico. En realidad me llamo Laurent Bichon.

—¡Joder!

—Está en la lista, ¿no? —preguntó el sacerdote.

—¿Qué lista? —se agobió el francés.

—¡Es uno de ellos! ¡Hay que redoblar la protección! —anunció Giacomo a los agentes, que comenzaron a movilizarse en el acto.

EL NUEVO ATILA

Campamento francés de Graz, 25 de abril de 1797 d. C.

Venecia languidecía.

Los últimos siglos habían sido demasiado crueles para con la *Serenissima Repubblica*. El mundo no podía permitir que una ciudad tan presuntuosa tuviera tantos dominios como un imperio y un monopolio del mar tan celoso.

Así, varias potencias le declararon la guerra a principios del siglo XVI, uniéndose todas bajo el nombre de la Liga Cambrai, con el objetivo común de derrocar a Venecia.

Pero ya antes de eso, habían comenzado las desgracias para la isla. Por ejemplo, cuando Vasco da Gama ofreció al mundo la alternativa de doblar el Cabo de Buena Esperanza para llegar a las Indias, donde el comercio desde Europa florecía como en ningún otro lugar. De esa manera, el Mar Mediterráneo, el mar de Venecia, perdió algo de importancia.

Y además, el imperio musulmán, desde la conquista de Constantinopla por Mehmet, amenazaba muchos de los territorios vénéto.

Pero hasta entonces, lo cierto era que la isla había sobrevivido. Con argucias, con batallas, con negociaciones o con concesiones. Pero sobrevivía.

Sin embargo, había ahora alguien sobre la faz de la Tierra que no soportaba Venecia. Alguien que pensaba que su anarquía, lujuria y fastuosidad no debían ser respetadas sino aniquiladas. Alguien que veía en la ciudad un botín demasiado precioso como para no poseerlo. Alguien que quizá sentía todavía deseos de venganza por la afrenta cometida por Venecia casi mil años atrás al imperio franco de Carlomagno.

Y ese alguien era Napoleón Bonaparte.

—Tú tampoco le ves sentido a todo esto, ¿verdad? —preguntó Lunardo Giustinian, sentado en el asiento del carruaje.

—Es la cuarta vez que me lo preguntas... Pero no, yo tampoco le veo sentido —respondió Francesco Donà, mientras su cuerpo se movía de atrás a delante fruto del traqueteo incesante del vehículo.

—Napoleón no va a entrar a razones. ¿Qué más da que le expliquemos que queremos mucho a los franceses y que en realidad no queremos matar a sus soldados que pasean por nuestros territorios?

—Además —añadió Francesco—, que aunque le digamos que nuestros ciudadanos no siguen ninguna orden gubernamental cuando matan a sus soldados, él puede echarnos en cara que habríamos de dominar a nuestros súbditos...

—Y no le faltaría razón.

—No le faltaría razón, desde luego... aunque no la necesita para hacer lo que le viene en gana.

—Y lo que le viene en gana en estos momentos es conquistarnos... —suspiró Lunardo perdiendo su vista por el aciago paisaje de la ventana del carruaje.

Los dos emisarios del dux veneciano Manin, llevaban varios días de viaje tortuoso e infinito. Perseguían a Napoleón, básicamente para presentarle las disculpas de Venecia por los numerosos asaltos que sus tropas francesas habían padecido en la zona terrestre del Véneto. Los ciudadanos de la República no querían aceptar la presencia del nuevo imperio en Italia y, al grito de «¡Abajo los franceses!» y cuchillo en mano, mandaban a la eternidad a soldados escogidos al albedrío de tanto en cuanto.

Eran afrentas inconcebibles desde el punto de vista de Napoleón. Cierto era que el gobierno de Venecia no tenía nada que ver. Sus instrucciones a los ciudadanos para el trato con el francés, eran contrarias a aquellos comportamientos. Y cierto era también que los desplantes no habían sido ni muy graves ni muy ofensivos. Pero Napoleón veía ahí la excusa que ni siquiera necesitaba...

El itinerario detrás del gran militar francés había sido extenuante. Napoleón era conocido, entre otras cosas, por su gran energía y velocidad de movimiento por toda Europa: era un líder ambicioso e inagotable.

Por eso, para cuando Francesco Donà y Lunardo Giustinian lograron alcanzar su campamento en Graz, y les dieron vía libre para entrar en los aposentos de Bonaparte, estaban ya extenuados física y mentalmente.

—¡Pasen, pasen, caballeros! —oyeron que decía una voz afable proveniente de un hombre menudo y vigoroso. Napoleón abría los brazos y parecía de buen humor.

No obstante, ninguno de los dos emisarios venecianos se dejó llevar por el optimismo. Era la calma previa a la tormenta. Sin embargo, agradecieron efusivamente la bienvenida.

—¿Qué tal están? ¿Han podido descansar algo?

—Bueno, la verdad es que no, pero... —comenzó a decir Lunardo.

—Y bien —interrumpió Bonaparte, dando cuenta de lo poco que le importaban en realidad los dos venecianos—, ¿qué es lo que vienen a decirme?

A partir de entonces, todo fueron alabanzas y muestras de cordialidad por parte de los venecianos, que traían por encargo del propio dux y del senado. Una retahíla de elogios y aplausos que no hacían sino esconder una disculpa velada, que aplacara la ira contenida de Francia.

Napoleón escuchó en silencio, con expresión tranquila. Hasta que interrumpió el discurso:

—¿Han sido puestos en libertad los prisioneros? —en alusión a los franceses

capturados en diversas cárceles de las tierras vénetas.

—Por supuesto —se adelantó a contestar Francesco—, se ha liberado a franceses y polacos que...

—¡Me refiero a todos! —interrumpió de pronto encolerizado el francés—. ¡Han de liberar a todos los que han sido encerrados por apoyarnos o por expresar una opinión política distinta a la que tienen en esa enfermiza ciudad suya!

Y así comenzó su discurso... Caminando de un lado a otro por sus aposentos, seguido por la atenta mirada de dos venecianos que no pudieron sino aguantar el chaparrón y asentir de vez en cuando para no perder el pescuezo.

Napoleón acabó su abroncamiento. Se detuvo en seco ante los emisarios, los miró fijamente y bajó el tono de su voz para dar peso a unas palabras que serían recordadas por la Historia:

—Yo... seré un Atila para el Estado veneciano...

LA IDENTIFICACIÓN

Venecia, cinco días después del Vuelo de la Paloma

Cuando terminó su conversación con Riccardo Loredan, John colgó el teléfono con fastidio. No le gustaba tener que estar en el hospital cuando la fiesta estaba en otro lado. Sin contar con el hecho de que Heinz Meier estaría con María a solas en la habitación de su hotel, explicándole lo entrenado que estaba por la Guardia Suiza y lo importante que era su cargo...

Apartó con desprecio la cena que le habían servido. Escasa e incomible. No comprendía que le hicieran pasar allí la noche para recuperarse y pretendiesen que lo consiguiera con aquella comida, si es que eso podía llamarse así.

Aparecieron dos personas en su habitación. Una de ellas le retiró la bandeja con la cena casi intacta y la otra le proporcionó una medicación con un vaso de agua. Un reconstituyente, según le informó la propia enfermera.

—Le tengo que apagar las luces, si le parece bien, señor Sheppard —le dijo ella, después de arreglar un poco la cama de John.

—¿Y si no me parece bien? —preguntó él suspirando con impotencia.

—Creo que no es algo negociable —apuntó ella sonriente—. Lo siento.

Y apagó la luz antes de cerrar la puerta.

—Joder, todo el mundo pasa de lo que opine yo... —bisbiseó con tedio.

Primero, sus compañeros de aventuras le obligaban a atenerse a las prescripciones médicas, haciéndole pasar la noche en el hospital. Para que Heinz protegiera a María y el cura y Giacomo disfrutaran de la ópera. Y que así él no molestara. Y ahora, el personal médico le servía veneno y le apagaba las luces. Volvió a lanzar un suspiro cargado de impaciencia y se recostó en la cama.

Pensó en lo que le había dicho Riccardo. Ioannes había querido llamar su atención usando la identificación del difunto padre del sacerdote. Como si quisiera hacerles saber que los tenía controlados. Un acto de soberbia, pensó John, como aquel de la flecha en casa de Paola. Con la nota amenazadora...

De pronto, John se incorporó en mitad de la oscuridad. La nota... les exigía que dejaran de investigar. Al menos, eso habían concluido al leerla. Sheppard notó un escalofrío que recorría su espalda. Y si...

Ahora no podía llamar a Giacomo y menos a Riccardo. El asesino estaba dentro del teatro y no debía incordiarlos con su estúpida e improbable sospecha. Porque John esperaba con todas sus fuerzas que fuera estúpida e improbable.

Se levantó de la cama con brío. Al hacerlo, el mareo inundó su mente. Notaba cierta debilidad y tenía los miembros ateridos después de pasar tantas horas inmóvil.

Acudió al armario y allí vio la ropa que había usado la noche anterior. La del afortunado encuentro con el hijo de puta encapuchado.

Podía usar los pantalones y el calzado, pero de ninguna manera se enfundaría la camisa llena de sangre. En ese momento, cayó en la cuenta de que, en un lado del armario, había doblados un pantalón vaquero y una camiseta blanca con el logo de la Universidad Católica de Lovaina que un día le regalara María Ayarza.

Supuso que había sido ella quien había caído en la cuenta de la necesidad de ropa por parte de John y habría ido a su hotel en busca de algo de indumentaria. Loable. Pero eso no lograría redimirla, pensó el londinense chasqueando la lengua.

Se puso las prendas limpias y entró en el cuarto de baño para refrescarse con urgencia. Después salió de la habitación. Fuera había un tipo que supuso que Giacomo habría apostado allí.

—Necesito que me acompañes —se aventuró a decirle—. Puede que haya un problema. He hablado con Giacomo.

—No he recibido sus instrucciones.

John metió la mano en el bolsillo y le lanzó su teléfono móvil.

—Llámale tú mismo.

De pronto, se acercó la misma enfermera que antes le había apagado la luz.

—¡Pero qué hace usted levantado, por Dios!

—Deben darme el alta o me la daré yo mismo. Tengo que salir de aquí ahora mismo... si le parece bien, claro.

—¡No puede hacer eso, señor Sheppard, por favor! Perdió mucha sangre, necesita descansar.

—Lo siento... —esbozó media sonrisa, orgulloso por ganar aquella batalla dialéctica—. Pero no es negociable.

Y echó a andar, haciendo valer sus más de ciento noventa centímetros y su fornida constitución para que nadie se interpusiera en su camino.

La enfermera y alguno de sus compañeros solo pudieron hacerse a un lado. Y el agente que habían apostado en su habitación, confuso al principio, resolvió seguir al londinense. Al fin y al cabo, si estaba allí para protegerle, sería mejor que permaneciera con él, con instrucciones o sin ellas.

* * *

Veinte minutos después, John y Bartolo, que era como se llamaba el agente, llegaban a la casa de los Loredan. El londinense le había explicado durante el camino cuáles eran sus sospechas.

La opacidad de la noche resultaba amenazante. John se notaba débil por la caminata hasta allí. Agradecía la compañía de aquel agente.

—Puede que tenga razón, después de todo —dijo de pronto Bartolo.

—¿Qué ocurre?

—Debería haber alguien haciendo guardia por aquí, pero no veo a nadie...

La adrenalina infundió a John renovadas fuerzas a sus miembros cansados. El londinense comenzó a correr hacia el portal de la casa de Paola Loredan. Desoía las advertencias que le lanzaba Bartolo, persiguiéndolo detrás.

Subió las escaleras de dos en dos rogando al Dios de Riccardo que su pálpito hubiese sido una tontería. Cuando, largos minutos atrás, se había quedado a oscuras en el hospital, le asaltó la idea de Ioannes usando la identidad del padre fallecido de Riccardo. ¿Y si no lo había hecho tan solo para llamar la atención? ¿Y si la identificación usada no era falsa? Después de todo, ya les había amenazado para que cesaran en sus indagaciones sobre los asesinatos.

Los últimos tramos de las escaleras le recordaron que el día anterior había sido traspasado por una espada. El aire llegaba a duras penas a unos pulmones ya contraídos por la creciente aprensión originada por sus sospechas.

—¡Paola! —John entró empujando la puerta de la vivienda que había visto entreabierta—. ¡Paola! ¿Dónde estás? ¡Soy John!

—Apártese a un lado —dijo Bartolo, que apareció por detrás empuñando una pistola—. Quédese a mi espalda.

John miró a su alrededor. En el salón no había nadie. Una de las ventanas estaba abierta de par en par, dejando que la brisa entrante moviera a su compás las delgadas cortinas.

Bartolo desapareció entre las habitaciones para buscar a la anciana. John, por su parte, reparó en que uno de los armarios de la casa había sido totalmente saqueado. Había una carpeta abierta en el suelo, con fotos antiguas y documentos desparramados a su alrededor. El londinense se inclinó posando la rodilla en el suelo.

Eran fotos de familia en blanco y negro. De dos niños con una joven Paola y su marido. Reconoció a Riccardo por aquella mirada vivaracha que los años no habían podido apagar. También había documentos arrugados, con la tinta casi desaparecida.

—¿Es de aquí de dónde has cogido la identificación, hijo de puta? —susurró John.

El londinense se levantó y fue a buscar al agente. Pero se detuvo en seco al comprobar que había una nota en mitad de la mesa del salón. Esa mesa donde la dulce Paola había dado de comer en varias ocasiones al propio John...

Se acercó y la tomó entre sus manos con miedo.

Era la misma nota que atravesara la ventana de aquella casa noches atrás atada a una flecha. La misma nota con escasas letras manuscritas en griego. La misma nota que exigía al sacerdote y al joven que detuviesen sus investigaciones sobre los asesinatos. Ioannes había querido demostrar que sus amenazas eran reales.

Bartolo apareció de pronto desde la zona de habitaciones, arrastrando sus pies con abatimiento. Un abatimiento que se había hecho eco también en su rostro. Pero John Sheppard ya sabía lo que iba a escuchar de sus labios.

—Los dos agentes y la señora... están muertos.

LA OFERTA

Jesuralén, meses antes del Vuelo de la Paloma

El primer ministro israelí, Rami Minon, salió de mala gana de la informal reunión que mantenía en el salón, por indicación de uno de los miembros de seguridad.

—¿Qué ocurre? —preguntó con fastidio, consciente de que si le habían importunado sería por algo grave, de lo cual no tenía ninguna gana de hacerse cargo.

—Ha vuelto a llamar, señor. Está al teléfono...

—Pues hagan lo de siempre y mándenlo a paseo —espetó el dirigente.

—Lo que ocurre es que, otra vez, nos es imposible localizarlo y sigue exigiendo hablar con usted —el agente hablaba casi con tono de súplica—. Es alguien que sabe lo que hace. Si logra burlarnos de ese modo, es que tiene recursos... Pero no hace nada perjudicial para nosotros sino exigir que usted se ponga al teléfono en cada ocasión.

—¿Pero sigue diciendo que es para ofrecernos...?

—Sí, sigue diciéndolo —asintió él miembro de seguridad—. Y creemos que debería valorar la posibilidad de coger la llamada... Puede ser lo único que nos dé alguna pista.

El primer ministro suspiró. Negó con la cabeza, sabedor de que tenía que hacer lo que le recomendaban.

Sin añadir nada, comenzó a caminar en dirección a su despacho. El agente ordenó con la mirada a otros que estaban atentos a la conversación que hicieran lo que procediese para que el primer ministro pudiera coger la llamada desde sus dependencias.

Segundos después, el dirigente, con varios agentes a su alrededor también a la escucha, tomó el auricular.

—Por fin lo ha conseguido: aquí me tiene —dijo Minon desafiante.

—¿Sigue sin creer que tengo en mi poder lo que le ofrezco? —dijo una voz distorsionada al otro lado de la línea.

—No sé qué creer, la verdad. ¿Qué quiere de mí?

—Respóndame antes usted: ¿querría que su país tuviese lo que le estoy poniendo en bandeja o no?

—Aunque lo tuviéramos, ¿qué pensaría el resto del mundo?

—De eso no tendría que preocuparse. Le ofrezco también la legitimidad de la propiedad. Nadie la pondrá en duda.

El primer ministro calló unos instantes. Hasta ahora todo le parecía absurdo. Jamás habría dado crédito a todo aquello. Pero... ¿y si era verdad? Si adquiriría lo que

aquel extraño le ofrecía, pasaría a la Historia no solo de su país, sino a la Historia mundial. Sacudió su cabeza con el auricular aún en su oído. Todo era ilógico: demasiado bonito para ser verdad.

—Sigo sin estar interesado, caballero. Pero —carraspeó antes de formular una pregunta del modo más desinteresado que pudo aparentar—, ¿qué es lo que querría usted a cambio?

Hubo un mínimo instante de silencio. El primer ministro creyó escuchar una velada risa por parte de su interlocutor.

—Mil millones de euros.

—Mil millo... ¿pero qué se...?

—Sabe que tenerlo vale muchísimo más que eso —le cortó la voz con autoridad—. En consecuencia, no he terminado con mis exigencias: además deberá acceder a mantener la reunión que el Vaticano le lleva pidiendo estos meses.

—¿La de Venecia?

—Exacto.

—Pero ¿por qué querría usted que...?

—Estoy interesado en que el conflicto con los palestinos termine.

—¿De verdad cree que el que yo vaya a esa reunión arreglará algo? —preguntó él con desaire.

—Piense en lo que le digo. Le volveré a llamar. Y la próxima vez, atienda mi llamada sin hacerme esperar.

Y el primer ministro escuchó desconcertado cómo se cortaba la comunicación.

LOS CANALES

Venecia, cinco días después del Vuelo de la Paloma

Hubo un gran revuelo y Giacomo salió para informar a los superiores. Pidió que volviera a llamarse a la ambulancia para que agilizara su venida. Necesitaban vivo a aquel hombre para ver si sabía algo más de lo que ya les había contado María Ayarza.

—¡Joder! ¿Por qué a nadie se le ha ocurrido tener un maldito equipo sanitario aquí? —gritaba con el *walkie* en la mano.

Riccardo Loredan fue el único que se preocupó por la víctima. El único que quedó a su lado.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo poniéndole la mano en el hombro—. Esa lista es la del equipo de arqueólogos que trabajasteis allí. Nos la dio María Ayarza.

—¡María! —se inquietó él—. ¿Le ha pasado algo?

—No. Está bien, tranquilo.

En ese momento se abrieron las puertas de un golpazo y entró el equipo médico. Todo el mundo se apartó y Riccardo perdió de vista a Sanier, que desapareció entre los médicos y enfermeros.

Tras varios intentos de cambiarle los paños, y gritos de dolor por parte del francés, el médico jefe ordenó que le pusieran suero y pidió llevárselo al hospital.

—Tenemos la lancha médica aquí mismo y en tan solo unos minutos estaremos allí —explicó él—. Aquí no podemos verle bien con todos los ropajes de su disfraz.

—De acuerdo —dijo Giacomo—. ¡Agentes! Informen a sus superiores y que varios equipos les escolten hasta el centro.

—Aire... —murmuraba Sanier, con voz trémula—. No respiro...

—¡Ponedle el oxígeno! ¡Rápido! ¡Que despejen el camino! ¡Nos lo llevamos!

* * *

El escolta y el sacerdote volvían a encontrarse en la habitación de vigilancia, ante numerosas pantallas.

—Hay tres equipos con la lancha médica —le explicó Giacomo a Riccardo—. Una embarcación detrás y otra delante. Un equipo que intenta seguirles por tierra y el helicóptero...

La representación seguía su curso y la ambulancia marítima había abandonado el teatro hacía tan solo dos minutos.

—Parece imposible que Ioannes asalte la lancha.

—Lo es —confirmó Giacomo.

—Lo que no sé es si lo intentará siquiera —dijo Riccardo encogiéndose de hombros—. Es posible que piense que ya ha cumplido su objetivo.

—Sí, quizá crea que su disparo ha sido letal... En ese caso, pronto se enterará de que no ha sido así. Pero en el hospital, Laurent Bichon será más fácil de proteger.

—Lo que está claro es que nadie le ha visto salir del edificio, ¿no?

—No, nadie ha salido sin consentimiento expreso. Ioannes tiene que estar aún dentro.

* * *

Los equipos seguían a tres metros el recorrido de la lancha médica hacia el norte de la isla, donde se encontraba el hospital. Una al frente y otra en la retaguardia.

Emiliano Aggiato iba en la de detrás y estaba en la proa escudriñando las oscuras callejuelas vénetas que iban dejando atrás al surcar el canal. Todo su equipo centraba su atención en las riberas de la ría.

La lancha del frente, encabezada por Fabrizio Ascione, tenía la labor de despejar la ría. Por otro lado, los equipos de tierra corrían a la vera de ellos en ambas orillas. Y un helicóptero iluminaba el área por donde las tres embarcaciones avanzaban.

—¿Cómo lo lleváis ahí detrás? —preguntó por el comunicador el propio Fabrizio a Emiliano.

—Ese tío lo va a tener jodido si intenta algo —respondió su compañero desde la retaguardia sin dejar de mirar las riberas que dejaban atrás.

—Sí... todo alrededor de esa lancha está controlado —confirmó el agente satisfecho.

Y era cierto que todo estaba vigilado alrededor de la embarcación médica... salvo la embarcación en sí misma.

* * *

La representación de Don Giovanni seguía con normalidad.

—Es increíble... —murmuró Giacomo mirando la pantalla—. Ha habido un intento de asesinato, la gente ni se ha enterado y todos están encantados con la ópera.

—Venecia es Venecia. Y siempre lo será —respondió Riccardo sin mirarlo.

No había habido ninguna noticia sobre el asesino. Todas las esquinas exteriores del edificio, así como los tejados, estaban cubiertos visualmente y nadie había visto nada. Ioannes podía seguir dentro.

De pronto, alguien aporreó la puerta. Y un agente, entró con urgencia sin esperar a recibir el permiso.

—Señor, ha pasado algo...

—No me jodas, Mauro... —dijo Giacomo preocupado.

—En uno de los camerinos ha aparecido uno de los actores apaleado.

—Explícate, muchacho... y rápido.

—Un figurante... ha aparecido con varias contusiones. Le ha descubierto un compañero. El hombre ha dicho que solo recuerda un dolor intenso en la cabeza y después nada.

—Perfecto... ¿tiene un golpe realmente? No nos estará timando...

—No, señor. Pero eso no es lo peor —informó Mauro—. Su nombre...

—Venga, venga, venga —se inquietó Giacomo.

—Dice que se llama Jean Francois Sanier.

—No me jodas... —dijo Giacomo abriendo los ojos desmesuradamente.

—Mierda —añadió Riccardo.

* * *

—¡Aquí el agente Matteo! —anunció la voz de uno de los hombres del helicóptero por la radio.

—¿Qué ocurre? —respondió Fabrizio.

—¡La lancha! ¡Ocurre algo! ¿Veis qué es? ¡Creo que tenemos un muerto!

—Pero cómo... —dijo Fabrizio dirigiendo su atención a la embarcación médica.

Allí vio a varias personas agolpadas sobre alguien que debía estar tendido en cubierta. Otros de los tripulantes miraban hacia su lancha, agitando las manos como reclamando ayuda.

—Algo ha pasado... —murmuró el agente.

—¡Nos ha parecido ver que alguien de la lancha se tiraba al agua! —le informó Matteo desde el aire.

—¡Pues informa a Emiliano y a los equipos de tierra! ¡Pararemos y buscaremos a quien ha saltado por la borda! Yo mientras informaré a los superiores y a la gente de la Interpol...

—Pero... ¿qué les vas a decir?

—Que la hemos cagado.

* * *

—¿Habéis confirmado que ese hombre es realmente Jean Francois Sanier?

—Sí, señor —respondió Mauro—. Y, al igual que el herido que se hizo pasar por él, tiene barba y la nariz... bueno, se parecían mucho, señor. He mandado analizar la sangre del herido que hemos tenido en la camilla, fuera quien fuese: hay muchas

muestras en la mesa y en la habitación donde estaba, claro.

En ese momento, Riccardo se dirigió hacia el escolta y le cogió por el hombro con impaciencia.

—Pide la lista de los enfermeros que han entrado —le dijo nervioso.

—Ya has oído, muchacho. Pásame con los que han controlado su entrada.

Pocos segundos después, Giacomo cogía el *walkie* que le tendió el agente. Para entonces el escolta ya sabía cuáles eran las inquietudes de su amigo sacerdote.

—Quiero la lista de nombres del equipo médico.

—Sí, señor. Se la envió a su Blackberry. Nos la han facilitado ahora a la salida.

—¿A la salida? —se extrañó Giacomo sacando su móvil y abriendo el mail que acababa de recibir.

—Bueno... señor... un hombre se estaba muriendo.

El escolta repasó la lista en la pantalla. Riccardo Loredan había acercado su cabeza y miraba también. Fue él quien vio el nombre primero.

—Ese majadero... —murmuró el propio sacerdote.

—¡Laurent Bichon! —exclamó Giacomo al toparse con el nombre—. ¡Era uno de los enfermeros! ¡La víctima era del equipo médico...! Agente, ¿no se ha dado cuenta de que uno de los nombres correspondía con la lista de los nombres que se proporcionó?

Hubo unos segundos de silencio.

—Tiene razón, señor —reconoció por fin el agente—. Lo siento... pero ese hombre se estaba muriendo y no nos dio tiempo a comprobar...

—¡Ese hombre que se hacía pasar por moribundo era el puto asesino! —gritó Giacomo—. ¡Puede ir buscando trabajo, muchacho! —dijo con desencanto, antes de lanzar con rabia el *walkie talkie* al suelo.

Después, miró a Riccardo. Ambos sabían perfectamente lo que había pasado.

—¡Intenta contactar con alguien de la lancha médica o con los equipos que la escoltan! —ordenó Giacomo a Mauro, que había presenciado toda la conversación.

—De acuerdo, señor —asintió el agente—. Pero una cosa más...

—¿Qué? —preguntó él, casi con miedo al hacerlo.

—Tenemos ya los resultados de la sangre.

—¿Tan pronto?

—No ha hecho falta un gran análisis...

—Sorpréndeme.

—La sangre era de ganado, señor.

—Perfecto... —bufó Giacomo—. Perfecto... Anda, ponme con la lancha.

Mientras Mauro intentaba establecer la comunicación, el escolta tomó su móvil y presionó unas teclas. Llamaba a uno de los hombres de la Interpol para informarle.

—Pásame con él, por favor —dijo a alguien al otro lado del teléfono—. Soy

Meazza, de Seguridad del Vaticano.

Unos instantes de espera.

—Soy yo... —anunció Giacomo antes de suspirar con fuerza—. Escuche atentamente: el asesino ha salido de La Fenice. El hombre malherido que había aparecido era él en realidad... Nos dio el nombre de uno de los figurantes y todo parecía correcto. Estaba caracterizado con una barba y una nariz prominente y ninguno de sus compañeros sospechó nada. El herido nos dijo que Sanier era su nombre artístico y que en realidad se llamaba Brichon, que era el nombre de una de las víctimas de la lista que teníamos. Pusimos a todo al mundo a proteger a quien realmente era el asesino. Y él debía saber que el auténtico Brichon estaba de guardia en el Hospital San Juan y San Pablo, que era el centro avisado para venir en caso de que esta noche ocurriera algo. Así que el equipo médico entró en La Fenice y se llevó al herido. Ahora ha aparecido noqueado el auténtico Jean Francois Sanier... Y en estos momentos, la víctima y el asesino están en una misma lancha juntos...

Mauro volvió a entrar con urgencia con un teléfono en la mano y haciendo gestos.

—Le vuelvo a llamar ahora, señor. Creo que me pasan con alguien de la embarcación médica.

Colgó y se dirigió hacia Mauro para arrebatarse el móvil.

—Meazza, ¿con quién hablo?

—Soy Fabrizio. He pasado a la lancha médica. Tengo ante mí el cadáver de uno de los enfermeros.

—¿Brichon?

—Exacto. Le han apuñalado en el cuello. Le han intentado salvar pero ya era tarde.

—Tiene un tatuaje en el hombro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y quién ha sido el asesino? —preguntó casi retóricamente.

—El propio herido.

—Qué sorpresa... —suspiró Giacomo.

—Dicen que estaba gimiendo y casi inconsciente. Le han proporcionado el oxígeno porque decía que no podía respirar... Y en ese momento se ha levantado como una exhalación, ha matado a Brichon y se ha lanzado al agua.

—Con la bombona de oxígeno, claro...

—Exacto. No ha salido a la superficie porque tiene la bombona. Estamos peinando la zona y los canales perpendiculares pero nada. Ya hemos pedido submarinistas.

Giacomo apretó los dientes y negó con la cabeza. Estaba abatido.

—Para cuando lleguen será tarde... Ese hijo de puta se nos ha vuelto a escapar.

LA MUERTE DEL LEÓN

Venecia, 12 de mayo de 1797 d. C.

La gente sabía que algo iba a pasar. Algo malo. Algo que terminaría quizá con la república del modo en que la habían conocido hasta entonces.

Los venecianos se congregaban en la *piazza* y en la *piazzeta* desde bien temprano. El Gran Consejo había sido convocado aquel día para debatir un documento emitido por el propio Napoleón, en el que se recababan varias exigencias a cumplir por parte de Venecia: básicamente, que se sometieran a Francia y desaparecieran como país independiente. De lo contrario, los soldados franceses invadirían la isla.

Ioannes había zarpado con varios de sus sirvientes antes de que amaneciera. Llevaban horas bordeando la isla esperando encontrar el sitio oportuno, si es que existía alguno. En mitad del navío llevaban un gran cubículo de piedra, que provocaba que la embarcación estuviera más sumergida de lo normal.

—Don Marco —preguntó uno de los lacayos—, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—Tenemos que adentrarnos un poco más —indicó él—. Pero creo que éste es un buen lugar: no tenemos que buscar más.

—De acuerdo, señor —respondió el sirviente aliviado.

Ioannes había tomado una determinación. Era muy consciente del peligro en que se encontraba la isla. Francesco, uno de los dos emisarios que estuvo ante Napoleón, le había contado todo. Además, Ioannes mismo, conocido como Marco Fontana en su vida pública, era uno de los patricios que formaban el Consejo y conocía los entresijos de lo que estaba a punto de suceder.

Por eso, había encargado al mejor constructor de Venecia que hiciera el gran cubículo que su embarcación portaba.

El cofre había sido guardado dentro de otro absolutamente hermético. Y este segundo arcón, se había escondido dentro del cubículo de piedra para que fuera imposible que nunca se dañara por el agua de la laguna. Una laguna que sería lo único de Venecia que quedaría a salvo de los franceses.

Todo ello para proteger el cofre... Para proteger el tesoro que se llevaba escondiendo durante siglos. Un tesoro que, tras la vuelta de Marco Polo a la isla siglos atrás, jamás la había abandonado de nuevo. Una sucesión de distintos Ioannes había cuidado de él sin demasiadas apariciones públicas. El cargo de la capa y la capucha ya no era lo que antaño.

Minutos después, cuando ya estaban algo alejados de la isla, Ioannes ordenó que se parara de remar.

—Aquí mismo —musitó con desgana.

Cinco de sus sirvientes que conocían las instrucciones, fueron hasta el cubículo y lo alzaron a fuerza de brazos.

Después, lo arrojaron al agua. Y Ioannes sintió que su alma se contraía.

—Volvamos a casa —dijo Marco volviéndose, para que sus lacayos no pudieran ver que lloraba.

* * *

Horas después todo era alboroto y agitación en el Palacio Ducal. Se había votado por abrumadora mayoría acatar las demandas de Napoleón. Porque todos sabían que lo contrario significaba la muerte y la destrucción física de la ciudad más bella del mundo.

Por primera vez desde que Marco Fontana pudiera recordar, no se habían respetado los formalismos de los quórum mínimos de asistencia para la validez de la votación. Muchos de los patricios que formaban el Gran Consejo habían huido ya a sus posesiones en tierra firme. Otros muchos, no habían asistido por miedo al pueblo llano que, inconsciente del peligro real, se quejaba a la aristocracia por entregar el país.

Pero ya estaba hecho. Con aquella votación, la institución del dux desaparecía y con él la *Serenissima Repubblica*. Así como todas las imágenes del león alado representativas de San Marcos, que Napoleón también había exigido borrar de calles y edificios. Pero al menos, los franceses entrarían pacíficamente y no habrían de lamentarse ni vidas, ni destrozos físicos en la ciudad.

Una vez hecha la votación, todos corrían a sus casas. Se habían oído estallidos fuera del palacio y nadie sabía a qué se debían.

Ioannes se levantó despacio y echó una mirada al dux Manin. Se encontraba abatido y avejentado.

Era el último dux...

Él, por su parte, salió como los demás pero por la puerta principal. No tenía nada que temer porque su máximo tesoro ya había sido puesto a buen recaudo horas antes.

Afuera comprobó que todo era un mar de agitación y rabia. La gente gritaba «¡Viva San Marcos!» y «¡Abajo los franceses!». No sabían que ya no había nada que hacer...

De pronto, Ioannes oyó a su espalda unos gritos más encolerizados de lo normal. Y un segundo después, recibió un fuerte impacto en su cabeza.

Eso fue lo último que sintió, antes de caer desplomado en el suelo. Después, su vida pasó delante de sus ojos. Comprendió que aquello era el final. Y le pareció más absurdo que doloroso. Así, de aquella manera tan indigna para un Ioannes, se entregó a los brazos de la muerte.

Un plebeyo alzaba en su mano un pedrusco ensangrentado y gritaba «¡Muerte a los patricios!» mientras sus paisanos lo vitoreaban.

A los pies de aquel hombre, yacía desangrado un patricio, un caballero, un fantasma.

Era el último Ioannes...

LA DIFÍCIL LLAMADA

Venecia, cinco días después del Vuelo de la Paloma

Una hora más tarde, la casa estaba llena de equipos sanitarios y de policías. John se había negado a dar la noticia a Riccardo Loredan hasta que los médicos confirmaran que nada podía hacerse por Paola. La esperanza languidecía a medida que el londinense, cerca del cuerpo de la anciana, escuchaba los comentarios del personal clínico.

Después, el gesto de encogimiento de hombros y de labios contraídos del médico jefe, volvieron a hacer obvias las palabras: no había nada que hacer. Paola, al igual que los dos agentes, había sido atravesada de un certero mandoble. Directo al corazón.

John Sheppard miró a la mujer. Hasta en esa situación la veía tranquila, en paz y altiva. Y las lágrimas asomaron a sus ojos. Lágrimas por Paola, por su hermano, y por todos los demás.

Mordió su labio inferior y negó con la cabeza. Se juró a sí mismo que si volvía a encontrarse con Ioannes... Si volvía a batirse con él...

Después fue hacia la ventana abierta aún, dejando a sus espaldas el revuelo de agentes, médicos y forenses.

Perdiendo la mirada por el canal que reverberaba a los pies del edificio, tomó su teléfono móvil y marcó el número.

—¡John! —Se escuchó la vigorosa voz del sacerdote—. No te lo vas a creer: ha vuelto a escapar y...

—¡Riccardo! Escucha... —le cortó John llevándose el dedo índice y pulgar a las cuencas de sus ojos.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Ha cumplido su amenaza, Riccardo...

—¿Quién? ¿De qué hablas?

—Ioannes... Nos dijo que estuviéramos quietos: que no siguiéramos molestandole...

John no pudo seguir. Y Riccardo también guardó silencio al otro lado de la línea. Fueron los segundos más largos que John pudiera recordar.

—No estás en el hospital... —musitó afectado el sacerdote—. Mi madre...

—Pero ¿cómo lo has...? —se extrañó el londinense.

—Es lo único con lo que se me puede amenazar, hijo... Mi madre es lo único terrenal que tengo en este mundo. O más bien... que tenía.

EL PASEO

Venecia, seis días después del Vuelo de la Paloma

Riccardo Loredan alzó en ese momento el cáliz. No había aspavientos en su celebración de la misa. Solo un recogimiento profundo que John no era capaz de comprender. El sacerdote celebraba el funeral por Paola, ante no más de cincuenta personas, casi todas de edad avanzada. No había habido sermón.

Estaban en la iglesia de San Cassiano, en el barrio de San Polo, que su madre solía frecuentar. Por lo que a John le constaba, el sacerdote había pasado allí la noche entera. Al menos eso pensaba dado que se había enterado de que el párroco había dejado a Riccardo las llaves del templo, a solicitud de éste.

Él, por su parte, estaba allí por cumplir. Porque entendía que si Riccardo daba importancia a aquella celebración, él no podía menos que respetarlo. A pesar de todo, la contemplación de su amigo en aquel contexto, con un comportamiento tan distinto al habitual, le estaba resultando conmovedor. Sobre todo, cuando el sacerdote mencionó a su hermano Dave. Rezó por él un responso después de hacerlo por su propia madre.

En definitiva, estar presente allí le estaba reportando una comprensión más profunda sobre una persona que ya creía conocer. Esa consternación sosegada de Riccardo al mencionar a su madre, la solemnidad de su rostro al moverse por el altar... Estaba viendo a alguien distinto. Y le placía hacerlo.

—Podéis ir en paz —anunció el cura en italiano.

Los asistentes contestaron algo que John no entendió, pero que le sonó familiar. Le sonó a que aquello ya había terminado. Hecho que constató al ver a la gente abandonar la iglesia poco a poco y en silencio. Algo de lo que él se hizo eco rápidamente.

Salió a la calle y allí vio a Giacomo Meazza junto a Heinz Meier. Chasqueó la lengua inconscientemente. Como hacía cada vez que veía al suizo. No es que no le gustara aquel tipo. Tan solo era que... «a quién quiero engañar: no puedo soportarlo», acabó razonando. Y además, no le había gustado un pelo aquella mirada que Heinz le había echado a María en el hospital... Ni tampoco la prontitud con la que se había ofrecido a protegerla en su hotel, defendiendo con vehemencia su idoneidad para hacerlo. Aunque lo que aquel pelirrojo intentara con María le traía sin cuidado, claro... Volvió a chasquear la lengua.

No se acercó a ellos por decisión propia. Hizo como si no los hubiera visto y les dio la espalda elevando su rostro para bañarlo al sol que aquel día iluminaba Venecia.

—¿Qué tal? —preguntó una voz familiar a su espalda.

—Hasta ahora bien —respondió él.

María Ayarza hizo caso omiso de su impertinencia y se colocó a su lado.

—¿Te encuentras mejor? Dicen que saliste del hospital sin el alta.

—Estoy perfectamente —respondió John tajante.

María asintió. De nuevo, decidió obviar la actitud del londinense. Prefería continuar la conversación en tono normal, para dar a John la posibilidad de reengancharse cuando él quisiera, sin que le quedara la impresión de que estaba cediendo en nada. Le conocía lo suficiente como para saber que, si se mostraba ofendida o le hacía notar su falta de modales, la conversación se enquistaría y no habría quien la continuara. Ya les había pasado más veces...

—El hermano de Riccardo no ha podido venir, claro... —dijo por fin, María.

—¿Acaso le has visto en la iglesia?

«No, gilipollas, no le he visto», pensó la mujer.

—No, no le he visto —respondió no obstante, con aparente tranquilidad—. Aunque tampoco le conozco físicamente. Y entiendo que aunque hubiese querido, no habría podido venir porque sigue vigente el veto de la entrada en la isla. Pero al menos sí ha sido informado, ¿no?

—Claro.

La bilbaína, con una paciencia que se iba agotando, intentó dar unos segundos más a John para que continuara con su respuesta. Así ocurrió.

—Le llamó Riccardo ayer, poco después de enterarse.

—Qué duro... No quiero ni imaginarlo.

John dirigió por fin sus ojos, hasta entonces esquivos, hacia los de María. Había comprendido desde el principio que ella le estaba tendiendo la mano constantemente. Aquella paciencia... esa actitud dócil tan poco habitual en ella... Era la manera de María de pedir perdón por lo que le había hecho. Pero John no quería ponérselo fácil. Era absurdo pero, con sus respuestas, quería provocarle un pequeño sufrimiento que compensase algo de lo que ella le hizo pasar.

—Ya sabes que han identificado a la víctima del derrumbamiento, ¿no? —dijo por fin, con desgana. Derrumbando unas barreras que estaba cansado de sostener. Pero con cautelas.

—Sí. También le conocía, claro. Henry Atkin —mencionó ella—. Paisano de tu hermano. Bueno, y tuyo.

—De Manchester, según me han dicho.

—Exacto —asintió María—. Lo que no sé es cómo han tardado tanto en reconocer el cadáver.

—¿Y qué demonios esperabas? —bufó John con condescendencia. Después lamentó haberlo hecho, pero le había salido de dentro—. ¡Con la que hay armada! Y con lo de La Fenice... Da gracias de que solo hayan tardado un par de días...

María apretó sus labios. Le temblaban con fuerza. Como si intentara cerrar la boca para que no escaparan de ella palabras malsonantes. Como si padeciera el mismo temblor de un volcán antes de erupcionar.

No obstante, se contuvo y no dijo nada.

«Mierda», pensó John, que conocía demasiado bien a María como para saber lo que pasaba por su cabeza. Supo que con aquellas impertinencias estaba perdiendo la razón que antes tenía. Era consciente de que se estaba comportando como un niño y que ella lo estaba llevando con paciencia, al menos externamente. Y eso le irritaba aún más.

—No sé si hoy o mañana —consiguió hablar por fin María, intentando desviar el tema—, he de ir a reconocer fotos.

—¿De los restantes nombres de la lista?

—Sí. Éramos siete. Contando con tu hermano... —dijo manteniendo su mirada en John—. Sabemos que hasta ahora, junto con Dave, han muerto Brichon, Diego, Henry y el irreconocible que fue quemado... Así que tengo que reconocer todas las fotos relacionadas con los dos nombres que quedan: Thomas Andersson y Jan Bergholz. Cuando examine las fotos de todas las personas que responden a esos nombres, ya podrán intentar localizarlos...

—Aunque uno de los dos ya está muerto. El carbonizado será uno de esos dos que me has dicho...

—Sí... Hay cinco muertos y quedamos dos —dijo con aparente indiferencia.

John captó al vuelo aquella referencia. La mujer que lo había sido todo en su vida, estaba en peligro. Por mucha protección que tuviera, Ioannes seguía siendo una gran amenaza. No había más que ver lo ocurrido en La Fenice.

Miró a su alrededor. La gente que antes había dentro del templo estaba fuera agolpada frente a la iglesia. No había ni rastro de Riccardo. Y comprobó que Heinz y Giacomo se marchaban. El escolta le buscó con la mirada y levantó su mano en señal de despedida. Después se llevó hasta su oído la mano con los dedos pulgar y meñique extendidos, indicando a John que estarían en contacto. Él asintió con media sonrisa. Aquel hombretón le caía muy bien. Si no fuera por el imbécil de su amigo pelirrojo...

—¿Vamos dentro a ver cómo está Riccardo? —ofreció María.

—De acuerdo —dijo John comenzando a caminar.

Se adentraron de nuevo en San Cassiano. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguieron unas anchas espaldas enfundadas en una sotana en el primer banco de la iglesia.

María buscó la mirada de John. Para decidir sin palabras lo que hacer. Pero el londinense evitó deliberadamente y sin disimulo que sus ojos se cruzaran. Caminó con sigilo por el lateral del templo. María suspiró con fuerza y le siguió resignada.

Pudieron ver que el sacerdote miraba directamente hacia el sagrario que había

justo detrás del altar. Sin expresión en su rostro. Sin pena. Sin rabia. Con paz.

De pronto, John escuchó un susurro en su oído que le provocó cierto escalofrío.

—Dejémosle aquí —le dijo María por lo bajo—. Luego le llamamos por si quiere algo. Necesitará un tiempo a solas.

John no dijo nada. No podía. El suave susurro de la voz de María tan cerca de su oído, le había producido un cosquilleo hechizante.

Pronto rechazó esa sensación y, con cierta brusquedad, abandonó el templo, provocando de nuevo que María lo siguiera de cerca. No quería sucumbir a la mujer. A su encanto. A su fuerza. No otra vez.

Salieron y John, sin mirarla, hizo una pequeña parada para esperarla.

—Yo iré al hotel a descansar un poco y luego llamaré a Giacomo para ver si saben algo sobre la carta nueva.

—¿Descubrieron otra carta?

—Me ha dicho que sí antes de entrar en el funeral.

—¿Y aún no se sabe lo que significa? Han tenido toda la noche...

—¡Otra vez con tu intolerancia para con los demás! Si aplicases contigo la misma exigencia... —saltó él de pronto—. Para tu información, la carta se acaba de encontrar hace un par de horas en la taquilla de Brichon en el propio hospital: no estaba en su cuerpo.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —se agitó ella, perdiendo de una vez por todas la paciencia—. Gracias por tu comprensión... ¡No lo sabía! Era tan solo un comentario —se excusó María antes de dar la estocada final—. ¿Me va la vida en ello sabes?

John relajó su expresión de enfado al escuchar esas últimas palabras. Sabía desde siempre que era difícil que María se mostrara desprotegida ante alguien. Pero la realidad era que, en ese momento, ella era vulnerable. Y John no había terminado de hacerse consciente de ello. Hasta entonces y durante los dos años anteriores, John solo había pensado en ella como alguien dura e inaccesible que de un modo frío y calculador le había infringido el dolor más grande de su vida, desde la muerte de su madre.

—Esa maldita carta —siguió diciendo ella— puede dar una pista... sobre mi muerte, ¿entiendes ahora?

John miró a su alrededor. Comenzaban a reclamar demasiadas miradas furtivas de la gente congregada allí. Puso la mano en la espalda de María y la invitó a caminar.

—Te acompaño al hotel —susurró.

Y recordó lo increíble que era tocarla. Lo increíble que era protegerla.

Empezaron a alejarse. John percibió que dos guardaespaldas que Giacomo había dispuesto para proteger a la bilbaína comenzaban a seguirlos a una distancia prudente. María mantenía el gesto de enfado pero con lágrimas contenidas en sus ojos. Demasiado orgullosas como para saltar a surcar su rostro.

—¿Por qué estamos todos aquí? —preguntó ella por fin.

—No lo sé.

—Diego, de sacerdote aquí. Brichon... tu hermano... yo misma. Cada uno somos de una parte del mundo pero estamos todos aquí. En Venecia. A merced de ese asesino. Quizá no quisieron matarme en Turquía... Lo que me dijo el asesino en las cisternas quizá fuera tan solo una pista que usaron como cebo para que yo llegara hasta aquí...

—Puede ser... Por ejemplo, me han dicho que el último, el francés, había recibido hace poco una gran oferta desde el hospital veneciano para su contratación... Según dicen, algo que no es muy habitual para un tío con tan poca experiencia. Además, ¿qué hacía Brichon de enfermero? —preguntó John.

—Ni idea. Sí sé que quería dejar la profesión de arqueólogo. Básicamente por la poca pasta que daba. Y es cierto que él tenía estudios sanitarios de algún tipo... se ocupaba de los enfermos en la expedición. Pero bueno. Ahora ya... Qué locura.

—Hay que averiguar qué importancia tiene lo que encontrasteis allí —apuntó él.

Llegaron hasta el Gran Canal y atravesaron Rialto. Pronto abandonarían la parte más poblada de la ciudad para internarse en Castello, un barrio mucho más tranquilo.

—Tu hermano —dijo ella de pronto, desafiante— me dijo que me odiabas... y que nunca me perdonarías. ¿Es eso cierto?

—¿Y qué sabía él? Nunca hablábamos.

—No sé cuántas veces voy a tener que repetírtelo pero Dave te quería, John. Siempre he pensado que vuestra relación se enfrió porque os recordabais el uno al otro vuestra situación. La pérdida de vuestros padres. Vuestra soledad... supongo.

—Eso son chorradas —dijo él agitando la mano—. Pero le echo de menos: esa es la verdad. Y sí... te odiaba.

—¿En pasado? ¿Ya no?

—Eso es algo que estoy por determinar aún.

—Pero... ya te he dicho que lo siento —reprochó ella impaciente.

—Y eso lo arregla todo, claro.

—Supongo que no, pero...

—¡Y qué iba a hacer, María! —saltó de repente John deteniendo su caminar—. ¿Cómo no te iba a decir Dave que te odié o que critiqué lo que hiciste...? Era la única actitud que yo podía adoptar hacia ti. ¡Porque si no, me habría puesto a llorar hasta morir, joder! ¡Quería pasar contigo el resto de mi vida! El odio era la única manera de esconder la increíble humillación que me hiciste pasar ante todo el mundo y de disfrazar el dolor...

—Fui una idiota... —reconoció ella sin amilanarse un ápice. Lo siento.

—Una maldita egoísta, eso es lo que fuiste.

María Ayarza asintió con la cabeza. Y desvió su mirada de la de John. Se mordió

el labio inferior y bisbiseó un desairado «joder» al que siguió su enésimo suspiro.

Ya no había nadie en la calle con ellos. Incluso los guardaespaldas de María permanecieron ocultos, percibiendo que no pintaban demasiado en la escena.

—Lo sé, John. Sé que fui una egoísta.

—Peor aun: si lo sabes es que lo hiciste conscientemente.

—¡La madre que...! ¡No! —María, después de gritar, se calmó de repente y volvió a fijar con aplomo sus ojos en los de John—. Sé que hice mal. Y lo he lamentado cada día desde entonces. Pero...

—¡Hay un pero!

—¡Sí! Bueno, no... Tan solo quiero decir que el hecho de verte a ti siempre tan decidido... ¡acojonaba un poco! Tú siempre lo tienes todo claro y vas a muerte con la decisión que hayas tomado. Tenías claro lo de casarnos, vivir en Londres y todo lo demás. Pero yo... no sé. Debía abandonar Bilbao, dejar a mi familia, relegar mi trabajo a un tercer plano... No era algo a lo que no estuviese dispuesta por ti, pero tenía ciertas dudas. Y como te veía tan seguro de todo, eso me hizo pensar que era que quizá yo no tenía las ideas claras. Que quizá yo no lo deseaba tanto como tú.

—¿Crees que yo no tenía cierto respeto? Un matrimonio siempre da respeto...

—Joder, pues haberlo compartido contigo.

—¡No es tan fácil hacerlo!

—¿Por qué?

—Por tu intransigencia, joder...

—¡Fuiste un cobarde al callártelo, John!

—¡Más lo fuiste tú al huir, María!

—¿Sabes? —dijo ella airada—. ¡Creo que al final ocurrió lo mejor para todos!

—Es lo único en lo que estoy de acuerdo contigo —zanjó él antes de emprender de nuevo su paso, dejando a María con la palabra en la boca.

Ella puso los ojos en blanco y apretó los puños. Era ya la tercera o cuarta vez que John hacía eso de largarse en mitad de una conversación y ella debía seguirlo como si estuviera sumisa a él. Pero no tenía otro remedio dado que era a su hotel hacia donde se dirigían.

Entonces, el silencio fue testigo de lo grotesco de aquella marcha encabezada por un encabritado londinense, una rubia resignada metros atrás y, cerrando el desfile, dos guardaespaldas desconcertados.

Largos minutos después, llegaron al hotel de María y John se detuvo en la puerta, sin mirar a la mujer.

Ella también se detuvo. Con toda la intención del mundo, y para fastidio de John, se puso justo enfrente a él, a escasos centímetros de su cara. Percibió satisfecha que él se incomodó al instante.

—Cuando sepáis algo sobre la carta y la pista —dijo ella—, ¿me llamarás al

menos o...?

—Se te informará, supongo —dijo él con la mirada aún perdida.

—Preferiría que lo hicieras tú... Si corro peligro, quiero que seas tú quien me lo diga...

John posó su mirada por fin en la de María.

—¡Pero si tienes tu guardaespaldas particular! ¡Seguro que el pelirrojo estará encantado de venir corriendo a protegerte!

—¿El pelirrojo? —se extrañó ella—. ¿Te refieres a Heinz?

—No, a Pipi Calzaslargas.

Ella no añadió nada. Pero se alegró en su interior. Si había un pequeño rastro de celos, aún era posible la reconciliación. Por supuesto, se abstuvo de dibujar sonrisa alguna en su rostro... ello habría puesto a John a la defensiva de nuevo.

—Tampoco creas que valió para mucho su protección. Estuvo conmigo por la tarde pero a eso de las siete y pico, anunció que tenía que largarse.

—¿Se largó? —preguntó John enarcando las cejas.

—Sí. Sin dar más explicaciones, desapareció. Claro que dejó al resto de escoltas fuera de la habitación y demás, pero él se fue.

John abrió levemente la boca y frunció el entrecejo. Heinz Meier había insistido en ser él quien protegiera a María y después se había largado... ¿Qué sentido tenía?

De pronto, el londinense se puso a caminar alejándose de María sin despedirse de ella.

—¡Eh! ¿A dónde vas? —le gritó ella—. ¡Perfecto! Ayer el suizo y hoy tú... ¡Todos hacéis lo mismo!

Pero John no podía escucharla. Al marcharse, echó una sugerente mirada a los guardaespaldas encareciéndoles a que se hicieran cargo de la mujer. Y sin detenerse, desapareció entre las angostas calles que antes les habían llevado hasta allí.

Una idea se le atragantaba. Y ya se había demostrado a sí mismo la noche anterior que sus pálpitos no siempre eran infundados. Heinz Meier se había ido a las siete y pico de la tarde según María.

Y la ópera y la macabra función por parte de Ioannes en La Fenice habían comenzado a las ocho.

EL SOSPECHOSO

Venecia, seis días después del Vuelo de la Paloma

—Hola, muchacho —saludó el escolta a John cuando éste se acercaba.

—Hola, Giacomo... Hola, Heinz —respondió él.

El suizo no abrió la boca. Pero percibió la inquisitiva mirada de Sheppard al llegar donde ellos estaban.

Habían quedado cerca de la Plaza de Roma, donde llegaban a la isla los únicos medios de transporte no acuáticos que podían acceder a ella: los autobuses y los trenes. El escolta había tenido que acercarse para ayudar en ciertas gestiones porque, desde el día del magnicidio, aún continuaba el goteo de salidas de la ciudad por parte de personas que habían podido demostrar por algún medio su inocencia: básicamente, eran personas pudientes con importantes contactos, que habían hecho uso de sus recursos para poder abandonar la isla y dejar atrás aquella pesadilla.

Ahora se encontraban en una cafetería del otro lado del canal, justo a los pies del controvertido y moderno puente diseñado por Calatrava. John había llamado al escolta para saber dónde se encontraban él y Heinz Meier. Alegó querer estar al tanto de las nuevas, pero en realidad no era ese el único motivo de aquella cita: también quería tener controlado al vicecomandante de la Guardia Suiza. Le parecía muy extraño que hubiera desaparecido de repente de la habitación de María Ayarza la noche anterior...

—¿Qué sabemos de Riccardo? —preguntó John mientras tomaba asiento.

—Me acaba de llamar —respondió Giacomo—. Dice que está bien el maldito testarudo... Quiere saber qué dice la nueva carta. He quedado después con él.

John asintió en silencio. Al menos, el sacerdote volvía a la carga. Egoístamente se alegraba, dado que era la única persona de todos los involucrados en aquel embrollo en quien había llegado a confiar plenamente. Quién lo iba a decir... Él confiando en un cura.

—¿Y qué dice la carta? —preguntó el londinense.

—Heinz... —instó Giacomo al suizo.

El guardia suizo, hizo una mueca imperceptible por la densidad de su barba pelirroja. No obstante, acató lo que Meazza le sugería y llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta. De allí sacó una hoja doblada que lanzó sobre la mesa.

—Gracias, colega —dijo John intentando usar toda la ironía posible.

Desdobló el folio y vio que era una fotocopia de una carta con un águila grabada. Debajo había manuscrita una frase. John pronto comprendió que se trataba de la transcripción de la nueva cita del Apocalipsis incluida en el naipe.

—Donde el purpurado rechazó a las legítimas —leyó John en alto con cara de ignorancia—. Y luego, Apocalipsis ocho, seis...

—Los siete ángeles tocarán las siete trompetas —citó Giacomo casi literalmente las letras manuscritas en el folio—. O algo así, vamos.

—¿Alguna idea de lo que significa?

—Ni puta idea, muchacho, como de costumbre. Yo nunca he sido bueno con los acertijos. Hay que reconocer que en esto, es el cura el que nos lleva la delantera.

—¿Y qué me dices de ti, Heinz? —inquirió John con media sonrisa—. He notado que no has hablado desde que he llegado... ¿quizá sabes algo de lo que significa y no nos lo cuentas?

—Ya hablas tú por todos, Sheppard —repuso el suizo—. Y no, no sé lo que significa.

—Haya paz, gallitos —dijo el enorme escolta pasando su mano por su cabeza rasurada—. Bastantes problemas tengo ya como para que tener que interceder en vuestras peleítas... No sé por qué no os tragáis el uno al otro desde el principio.

—¿Quieres que nos demos un beso para hacer las paces? —ironizó John.

—Daos un beso o daos de puñetazos, a mí me trae sin cuidado. Lo que quiero es que me ayudéis o que me dejéis en paz.

John sonrió y revolvió el café que le acababan de traer a la mesa. Heinz Meier mantuvo el gesto adusto y continuó clavando su mirada en el londinense.

—Don Riccardo ya sabe el contenido de la carta —continuó hablando Giacomo—. Se lo he adelantado por teléfono y cuando esté con él, veremos si me aporta algo más de lo que aportáis vosotros.

* * *

Anocheceía en Venecia. John caminaba con sigilo al resguardo de las sombras, tras el refugio de las esquinas.

Había pasado las últimas horas pensando en sus sospechas. Heinz Meier había desaparecido de casa de María justo cuando había comenzado la fiesta en La Fenice. Quizá alentado por la escasa empatía que sentía hacia él, John había reconstruido con facilidad todos los acontecimientos vividos hasta entonces a la luz de la eventual culpabilidad del suizo.

Y todo encajaba. Al menos para él, estaba bastante claro. El guardia suizo, en el asesinato del hombre quemado, se desvaneció por arte de magia, y solo emergió de las aguas cuando el asesino se hubo fugado. Después, había alegado excusas para no estar cuando el derrumbamiento del edificio. El envenenamiento del sacerdote era otra historia, pero bien había podido dejar el veneno en el cáliz y después alejarse, consciente de que su víctima sería el único que lo bebería. Y por último, la ópera...

Además, había que reconocer que la condición atlética de Heinz Meier casaba a la perfección con los parámetros de Ioannes. Era fuerte, ágil y, sobre todo, sigiloso. Sin dejar de lado el hecho de que en la Guardia Suiza se les enseñaba el manejo de espada y otras cosas raras medievales, de las que John Sheppard no recordaba ni el nombre.

Pero necesitaba algo más para ir con aquella teoría donde Giacomo Meazza. Por eso, después de salir de la cafetería donde se había visto con el suizo y el escolta, había seguido furtivamente a Meier.

Primero había ido a su hotel en el Gran Canal a la altura de la Ca' d'Oro. John Sheppard había esperado fuera del alojamiento durante cuarenta minutos aproximadamente, hasta que el guardia suizo volviera a aparecer saliendo por la puerta.

En esos momentos, con Venecia ya anochecida, el londinense perseguía a Heinz a bastante distancia. Se dirigían hacia el norte de la isla, por la Strada Nuova. Quedaba poca gente por las calles, lo cual hizo aún más difícil la tarea de Sheppard de ser invisible.

Y después de dejar atrás un viejo teatro, el suizo se detuvo ante un inmueble abandonado, cercado por un jardín descuidado y encerrado entre altas verjas roñosas.

En ese momento, Heinz miró hacia los lados y John tuvo que recular para ocultarse tras una esquina. Sheppard dejó pasar unos segundos y cuando volvió a mirar hacia la calle, el suizo ya no estaba.

—El muy cabrón ha entrado —se dijo a sí mismo por lo bajo.

Se acercó con cautela y sin perder de vista el inmueble por si alguna luz se encendía en su interior. Pero lógicamente, Meier no sería tan estúpido como para llamar la atención iluminando un edificio que se suponía abandonado desde hacía años.

John sí pudo distinguir una sombra en el interior. Un movimiento. Lo cual fue suficiente para que Sheppard sintiera la determinación de que debía entrar en aquel lúgubre edificio.

Saltó las verjas cuando se sintió lejos de la atención de los escasos viandantes. Una vez recorrió los jardines de altos hierbajos y hojarasca desparramada, se arrinconó contra la fachada del maltrecho inmueble y sacó su móvil. Marcó un número y esperó.

—¿Qué ocurre, muchacho? —dijo la voz de Giacomo Meazza al otro lado.

—Hola —dijo John susurrando—. Necesito que me hagas un favor.

—¿Por qué demonios hablas tan bajo, si puede saberse?

—Confía en mí, por favor... necesito que llames a Heinz y le preguntes dónde se encuentra. Dile que es para quedar luego con Riccardo para hablar sobre la nueva carta, por ejemplo.

—De hecho, hemos quedado en hora y media en la casa de su madre precisamente para eso. Ahora os iba a avisar a Heinz y a ti.

—De acuerdo, pregúntale solo dónde se encuentra, por favor. Y llámame inmediatamente para decirme qué te ha dicho.

—Pero ¿por qué?

—Necesito estar con él y... —mintió John.

—Pues llámale tú, joder.

—No tengo su número ni quiero tenerlo. Hazme ese favor.

—Estás loco, muchacho. Se lo llevo diciendo al cura desde hace un tiempo y no me hace caso...

—Espero tu llamada —dijo John antes de colgar.

Suspiró y llevó su cabeza hacia detrás haciendo que tocara la pared. Miró hacia el infinito. No podía creer que hubieran tenido tan cerca a Ioannes todo el tiempo. Resultaba lógico, por otra parte. Ésa era la mejor manera para el asesino de saber los movimientos de quienes intentaban capturarlo.

—Un minuto después, su móvil vibró, y el nombre de Giacomo Meazza se iluminó en la pantalla.

—¿Qué te ha dicho? —espetó John por lo bajo al coger la llamada.

—Que está en su hotel como es lógico, joder. He quedado ya con él para luego.

—Estate atento al móvil, Giacomo. Luego te llamo —dijo John.

Y colgó. Negó con la cabeza. «Mentiroso, hijo de puta», pensó para sus adentros. Ahora ya sabía qué tenía que hacer. Entraría para ver qué hacía allí. Supuso que aquella sería su guarida. Donde lo planeaba todo. Donde guardaba la maldita capa blanca y la armadura.

Buscó a su alrededor un palo suficientemente robusto por si las moscas y entró en el inmueble por una de las muchas ventanas rotas del primer piso.

Aguzó su oído y escuchó movimiento en el piso de arriba, justo encima de donde él se encontraba. Comenzó a caminar para buscar unas escaleras. Agradeció al cielo que la luna llena de aquel día pudiera colarse por las ventanas para iluminar tenuemente las estancias que recorría.

Al hallar los peldaños que daban acceso al piso superior, los acometió lamentando cada crujido emitido por la madera al soportar su peso. De pronto, cayó en la cuenta de que no se escuchaban más sonidos por la casa.

Se detuvo y aguantó la respiración. Casi podía oír el latido de su corazón. Lamentablemente, era lo único que podía escuchar. ¿Dónde estaba el maldito suizo? ¿Qué hacía?

De repente, una figura emergió entre las sombras y se abalanzó sobre él. Agresor y agredido, rodaron por las escaleras hasta impactar con el suelo. John forcejeó intentando zafarse de aquel hombre.

Hasta que de pronto, se encontró inmovilizado.

—¿Pero qué haces tú aquí, Sheppard? —dijo extrañado Heinz al identificar al londinense.

—Pasaba por el barrio y...

—¡Habría podido matarte, imbécil! —dijo antes de soltarle y alejarse de él unos metros para sentarse en el primer peldaño de las escaleras.

—No te sobrestimes, Meier.

John también se incorporó y se quedó mirando al suizo. Por la actitud de éste, algo le dijo que sus sospechas previas habían sido infundadas. Y lo lamentó en el alma.

—¿Qué hacías? —preguntó Heinz con fastidio—. ¿Seguirme?

—Básicamente, sí.

—Pero ¿por qué?

—Me dijo María que desapareciste de su hotel, comencé a pensar y no sé... hay algo turbio en ti, Meier, reconócelo. Quizá fueras el asesino.

—¿Yo? ¿Ioannes?

—Cumples los parámetros, admítelo.

—¿No te has preguntado nunca por qué estoy aquí, imbécil? —le espetó él de repente.

El londinense se encogió de hombros.

—¿No vais siempre siguiendo a vuestro jefe? —preguntó con pretendido desinterés.

—¿Con el papa? —dijo él con impaciencia—. ¿Tú eres idiota?

—Vuelve a insultarme y, seas o no Ioannes, te juro que te destrozaré a palos.

El suizo suspiró con aire sarcástico. Pero la corpulencia de John Sheppard le hizo tomarse la amenaza en serio. Los dos hombres frente a frente, arrojaban una imagen terrorífica. Una pelea hasta el final entre ellos habría sido devastadora. El suizo lo sabía y no quería desperdiciar ni sus fuerzas ni su integridad física en algo tan secundario como un ajuste de cuentas con un londinense que le caía gordo. Pero intuía que Sheppard no era del tipo de personas que valoraran racionalmente las consecuencias de sus impulsos. Ya le había visto corriendo para placar a un caballo en la Plaza de San Marcos. Así que decidió calmar los ánimos.

La Guardia Suiza no tiene que acompañar a Su Santidad en sus viajes. Yo estoy aquí por otra razón, Sheppard.

—¿Aquí en Venecia? —preguntó él suspicaz—. ¿O aquí en mitad de esta casa a oscuras y totalmente abandonada?

—No... Me refiero a Venecia. Si estoy en este edificio es porque creo que Ioannes se debe esconder en una casa abandonada.

—Estás de suerte porque solo hay miles en Venecia...

—¡No! —se defendió Heinz—. Tiene que ser algo parecido a un palacio... o una casa muy grande. Tiene equipos técnicos especiales para desaparecer como lo hace, tiene un caballo... todo eso debe guardarlo en un sitio lo suficientemente amplio.

—¿O sea que no te tragas eso de que sea una especie de fantasma con poderes?

—Eso no es posible.

—¿Pero vosotros no creéis en los milagros?

—Lo que es un milagro es que te haya soportado hasta ahora, Sheppard —bufó él—. Lo importante es que tengo una lista de los inmuebles que podrían cumplir los requisitos de tamaño y ubicación, y los estoy visitando. Sin éxito hasta ahora.

John espero unos segundos sin añadir nada. Sopesaba lo que acababa de oír. Trataba de concluir si tenía o no sentido.

—Sigue hablando, Meier —requirió por fin.

—Estoy aquí por algo que ocurrió hace mil quinientos años...

—Joder... —bufó John con incredulidad—. Empezamos bien la historieta.

EL HALLAZGO

Jerash, noroeste de la actual Jordania, año 450 d. C.

Flavio Decio caminaba detrás de una mujer. De la mujer más bella de todo Oriente. Piel aceitunada y bucles negros que enmarcaban un rostro de formas redondas y ovalados ojos verdes.

El general romano había hecho un largo recorrido y había decidido que sus tropas descansaran en Jerash, una de las diez ciudades que conformaban la Decápolis del Imperio. Sus hombres habían acatado la orden con agrado. Como todas las órdenes provenientes de uno de los generales más temidos y admirados del ejército imperial.

Sus soldados habían acampado fuera de la ciudad. De todos ellos, unos hacían sus ofrendas al dios cristiano, que con Constantino primero y Teodosio después, se había convertido en la deidad del imperio. Otros aprovechaban para divertirse con vino y mujeres.

El gran general Flavio respetaba lo uno y lo otro. Siempre que sus hombres cumplieran sus órdenes y se mantuvieran en condiciones para el combate.

Pero él no creía en nada más allá de su espada y de Roma.

Como siempre que llegaban a una ciudad, se desprendía de su capa y armadura y caminaba por la urbe o por sus afueras. Habitualmente lo hacía solo. Ésa era la única concesión al ocio que se hacía en su disciplinada vida militar. Una disciplina y un orden que lo habían convertido en lo que era y que le habían procurado la admiración de todos.

Pero aquella tarde se había sentido llamado por aquella mujer...

Se la había encontrado cerca del antiguo Arco de Adriano. No habían cruzado palabra alguna pero sus ademanes orientales le habían invitado a seguirla. Algo que jamás habría hecho Flavio Decio. Salvo en aquella ocasión.

Tenía la impresión de que aquellos ojos verdes tenían algo importante que revelar. Llevaba tan solo unos segundos tras ella cuando la vio tomar las bridas de un corcel y subirse a él. Flavio puso cara de extrañeza pero la mujer giró su rostro hacia él y con la mirada le indicó la presencia de otra montura vacía y ensillada.

El general comprendió que ese caballo estaba reservado para él. Y lejos de considerar sospechoso aquel contexto, como habría sido habitual en él, adoptó una postura dócil y decidió montar.

El corcel de la mujer encabezó una marcha silenciosa por parte de los jinetes que se prolongó hasta el anochecer. Cuando el sol caía, encumbraron la cima de un monte por el que llevaban ascendiendo un buen rato.

Flavio Decio seguía hechizado. No era capaz de apreciar las vistas que, desde el

promontorio, podían verse de gran parte de la Arabia Pétreo. No era capaz de disfrutar los tonos de ámbar y fuego con que el sol moribundo bañaba las llanuras a las faldas del monte. No era capaz, tampoco, de advertir a los numerosos vigías que, apostados tras las piedras y collados, observaban la ascensión de aquella pareja. Flavio solo veía la espalda de la dama oriental a lomos de un caballo negro de espeso pelaje que avanzaba tres metros delante de él.

Por fin se detuvieron. Ella desmontó y se dirigió hacia la entrada de una pequeña gruta excavada en piedra y que solo podía adivinarse una vez se estaba frente a ella. La mujer no hizo señal alguna al general, consciente de que sería seguida sumisamente por él. Se detuvo en seco y levantó su mano con el dedo extendido hacia el interior de la cueva.

—Has de entrar, romano —dijo en latín con fuerte acento oriental.

Como por arte de magia, al hacerse sonoras aquellas palabras, Flavio Decio se sacudió del hechizo que lo tenía cautivado. Volvió a ser el general desconfiado y disciplinado de siempre.

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué estamos aquí?

—Mi tribu descubrió algo hace años. Algo que hemos querido proteger hasta hoy. Algo que hemos creído que debes llevarte.

—¿Pero qué es? ¿Y por qué yo?

—Ha de tenerlo Roma. Ha de tenerlo el papa. Pero hasta ahora, ningún romano ha sido digno para portarlo. Todos son bárbaros mercenarios.

—No es como antes —afirmó Flavio.

—No sé cómo era antes. Solo sabemos que tú puedes hacerlo. Eres digno de ella... de defenderla.

El general romano iba a seguir preguntando pero aquellos ovalados ojos verdes le indicaron que callara. Le compelieron a entrar.

Así lo hizo. Caminó adentrándose en una cerrada oscuridad que le obligó a llevar una mano hacia el frente y la otra, por si acaso, a su espada. Pronto se dilataron sus pupilas, permitiéndole distinguir las formas y el camino a seguir.

Hasta que, de repente, adivinó el final de la caverna. Y allí, sobre un altar extraño había un objeto de madera negra, con adornos dorados.

Era un cofre.

* * *

El jinete avistó por fin las siete colinas. La capital del mundo se hallaba tras ellas.

Flavio Decio llevaba cabalgando días, atravesando el Imperio de Occidente. Cambiando de montura cada cierto tiempo en todos los lugares posibles para no perder un solo día. Sus miembros estaban ateridos, llenos de rozaduras y heridas.

Había dejado su ejército en Arabia Pétreá a mando de su segundo. Hacer el camino de vuelta a la capital con sus hombres habría sido más seguro para el tesoro portado... pero mucho más lento. Por ello, había decidido hacer todo el camino solo, a pesar de los peligros que eso suponía.

No había sufrido más que dos o tres ataques durante el largo camino pero el general los había solventado más rápido que de costumbre. Su fama en el ejército de ser el soldado más letal de todos no era en vano.

Llevaba el cofre atado sobre la grupa del corcel. Todavía no era capaz de interiorizar la importancia de lo que portaba. Tampoco sabía que su destino estaría atado remisiblemente a ese extraño baúl para siempre.

Una hora después inclinaba la rodilla ante Su Santidad el papa León.

El pontífice daba vueltas nervioso alrededor del cofre. Flavio Decio continuaba postrado.

—Levántate, soldado —dijo por fin.

El general así lo hizo sin variar su gesto. Su imagen imponente, a pesar de lo maltrecho de su cuerpo por el viaje, contrastaba con la figura inmaculada del papa. Flavio no solía encontrar hombres a su altura, pero supo distinguir en León una autoridad fuera de lo común.

—Dicen que eres uno de los mejores generales del imperio —dijo el papa deteniendo su caminar y mirándole fijamente.

Flavio Decio no dijo nada. Pero sostuvo su mirada.

—También dicen que no eres demasiado creyente.

—Puede que eso haya cambiado ahora... —admitió el general inclinando su cabeza.

—Lo comprendo.

El pontífice volvió a acercarse al cofre. Los ribetes dorados y la madera de acacia oscura estaban recubiertos del polvo del camino.

—¿Eres consciente de lo que esto significa? —preguntó León.

—Si dijera que sí, me sobrestimaría.

—Roma está en peligro.

—Lo sé.

—El enemigo está cada vez más cerca. Si no es Atila será otro. Hoy por hoy deberíamos mantener esto en secreto. Si el mundo se enterase de que ella... —hizo una pausa y suspiró—. Si el mundo se enterase de esto, todos querrían entrar en Roma para profanarla.

Flavio Decio asintió. Compartía lo que escuchaba.

—Por tanto, necesita protección. Por ahora... Hasta que todo esto pase. Hasta que Roma vuelva a ser segura —dijo, volviéndose de nuevo hacia él—. Y tú podrías ser su protector.

—¿Yo? —se sorprendió el general.

—¿Conoces a alguien mejor? ¿Crees que existe alguien tan cualificado?

—No... —respondió él con sinceridad—. No hay nadie mejor.

—Ya lo sé, Flavio. Ya lo sé. Aunque... quizá debería llamarte de otra manera.

—¿Perdón?

—Nuestro Señor encargó a una persona la protección de lo más importante que había en el mundo, una vez Él se fue a los cielos. Juan era su nombre: acogió a una mujer llamada Myriam, madre de Jesús. Viendo la importancia del encargo que reclamo de ti, creo que deberías adoptar el mismo nombre: Ioannes.

—Ioannes... —repitió él, paladeando el nombre como si quisiera distinguir su sabor.

—Servirá para institucionalizar una misión que podría traspasar generaciones. Aunque espero que no sea necesario que esto te sobreviva. Espero que el mundo pueda conocer de su existencia antes.

León se acercó hacia el soldado y tocó con sus dedos el águila que había tallada en un lugar de su armadura.

—El águila seguirá siendo tu emblema, después de todo.

—El águila de Roma... —dijo él.

—No, Ioannes, no. El águila de San Juan Evangelista.

El papa sonrió y señaló hacia el cofre que seguía inmóvil en mitad de las dependencias papales donde se encontraban.

—Recuerda que tu misión, Ioannes... ya no es de este mundo.

LA LLENA DE GRACIAS

Venecia, seis días después del Vuelo de la Paloma

—¿Qué tiene que ver con todo esto que un soldado romano le llevara no sé qué al papa?

—Ese soldado romano era Ioannes.

—Ese nombre ya sí que me suena...

—Esto se descubrió hace poco, por el pontífice anterior a Pedro II.

—Un tal Hilario II, ¿no?

—Exacto... un tal Hilario —repitió el suizo suspirando—. Carlos Montañés, que era su nombre antes de ser papa, era español y quiso adoptar el nombre de Hilario en honor al papa San Hilario que estuvo al frente de la Iglesia desde el año 461 hasta el 468 y dedicó especial atención a Hispania. Por ello, una vez nombrado como Hilario II, como es habitual, se dedicó a estudiar lo relativo al predecesor de quien tomó el nombre. Y en los archivos vaticanos, descubrió algo extraño.

—¿Se le apareció el primer papa Hilario?

—No... —repuso Heinz con fastidio.

—Se le apareció Ioannes...

—Te juro que te mataría —musitó el pelirrojo apretando los puños—. Aquí mismo.

—Pero eso va contra las reglas de tu religión, ¿no, soldado?

—Siempre está la confesión para arreglarlo todo —dijo el guardia suizo con media sonrisa.

—¿Me vas a decir de una vez qué ocurrió?

—Encontró una nota manuscrita por Hilario I, al cabo de pocos días de suceder al pontífice anterior.

—No me lo digas, el predecesor era el papa León.

—No eres tan estúpido después de todo, Sheppard.

—Lo sé, es una careta que me pongo para librarme de responsabilidades.

—Entonces sí eres tan estúpido —bufó Heinz—. La cuestión es que en esa nota decía que, al recibir el anillo papal, había encontrado una inscripción dentro de él. La había dejado el papa León y no sabemos lo que decía, porque evidentemente ese anillo desapareció a lo largo de los siglos. Solo sabemos que, basándose en esa inscripción, Hilario I escribió una nota, que sí ha llegado hasta nosotros, con una frase lapidaria... que fue la que hizo que todo esto comenzara.

—¿Y cuál fue esa frase?

Heinz Meier apretó sus labios y miró al londinense. Como si calibrase si

realmente John Sheppard era merecedor de conocer todo aquello. Finalmente abrió la boca para citar de memoria:

—Ioannes deberá proteger eternamente el cofre que contiene la alianza de Dios con los hombres... alianza por la cual vino la Salvación.

* * *

Una hora y media después de aquel encuentro, el suizo y el londinense contaban su periplo a Giacomo, Riccardo y María Ayarza en casa de la fallecida madre del sacerdote.

—Eres un majadero, Sheppard —espetó Riccardo—. El vicecomandante de la Guardia Suiza, ¿un asesino? Lees demasiada basura.

El cura había servido café a todos los asistentes que permanecían sentados en los sillones y el sofá del salón. Todos menos el propio Riccardo que, fiel a sus tradiciones, permanecía de pie moviéndose nerviosamente de lado a lado.

En su actitud no había estragos por la muerte de Paola. Nadie había querido volver a comentar la pérdida con él al llegar a la casa. Los saludos habían sido sugerentemente efusivos pero las palabras de condolencia no habían hecho aparición. No parecían hacer falta. El sacerdote seguía irradiando una paz interior envidiable.

Ya había llorado. Ya había pasado el día recogido en tributo a su memoria. Ya había consolado a su hermano al que no podría ver hasta que aquella locura terminase. Ahora, volvía a sonreír. Volvía a vivir.

—¿Soy el único que vio algo turbio en este tío? —preguntó John señalando a Heinz.

El suizo, por su parte, no mutó el rostro.

—Yo me sentí muy cómoda con él aquella tarde —dijo María con aparente inocencia... aunque pérfidamente consciente del efecto que tendrían sus palabras en John.

—¡Por supuesto! —se enojó el londinense—. Yo en el hospital, los viejos lidiando con Ioannes en La Fenice y vosotros jugando a médicos y enfermeras en tu hotel.

—Vuelve a llamarnos viejos y te rompo la columna vertebral, muchacho —advirtió el grueso escolta mientras paseaba la mano por su cabeza rapada, como siempre que estaba inquieto.

Heinz Meier se levantó del sofá. Él había rechazado el café y no había intervenido en todo el careo. Solo hablaba cuando hacía falta. Caminó con elegancia hasta la ventana y se apoyó cerca de ella.

—Yo estoy aquí para descubrir quién es Ioannes. Y qué protege en ese maldito cofre. Sabemos que es algo importante. León e Hilario así lo sugirieron con sus

mensajes y demás. Pero no sabemos más que lo de la frase...

—El cofre contiene la alianza de Dios por la cual viene la salvación... —dijo Riccardo frunciendo el ceño—. ¿Qué habéis deducido sobre sus posibles significados?

—No lo sé con exactitud. Las personas encargadas del proyecto debieron hacer sus conjeturas, pero...

—¿Proyecto? —se extrañó Giacomo—. ¿Qué proyecto?

María Ayarza tomó la palabra después de haber estado algo ausente.

—Las excavaciones de Éfeso —dijo buscando la corroboración por parte de Heinz—. ¿O sea que era el Vaticano quien estaba detrás?

—Sí... —admitió el suizo—. Desde que Hilario II encontrara aquella frase, se estuvo buscando algún indicio histórico sobre la existencia de alguien con el nombre de Ioannes. No se encontró casi nada que encajara. Pero las veces que se halló alguna referencia en algún documento, se hacía entrever que Ioannes había existido durante mucho tiempo y que había estado en Venecia... al lado de los dux más poderosos. Con lo que se entendió que el papa León hizo que Ioannes se llevara el cofre al Véneto antes de que llegara Atila o algún otro bárbaro.

—Eso de que Ioannes convivió con varios dux lo sabíamos de sobra, gracias —dijo Giacomo.

—Ya, ya lo sé. Pero lo que no habéis sabido hasta ahora es que Ioannes no es una persona eterna... es un cargo eterno. Ha sido una identidad sucesoria que ha pasado de generación en generación, precisamente para proteger lo que contiene el cofre.

—Eso tiene más sentido... ya empezaba a ofenderme el hecho de que me hubiera vencido un viejo de más de mil quinientos años —comentó John.

—¿Si supisteis que Ioannes siempre se había ocultado en Venecia, por qué las excavaciones en Éfeso? —preguntó María con celeridad para que el estúpido comentario de su ex novio quedara rápido en el olvido.

—Sabemos que Ioannes acompañó a Enrico Dandolo...

—Una cosa —interrumpió Riccardo Loredan—, ¿por qué se posicionó con los dux? ¿Qué tenía que ver eso con su misión de proteger el cofre?

—Entendemos que protegiendo Venecia, protegía su secreto.

—¿Y por qué cojones no me avisaste de todas estas cosas, muchacho? —le espetó Giacomo airado—. Habría arrojado algo de luz sobre todo esto.

Heinz Meier suspiró y esbozó media sonrisa.

—Os vuelvo a recordar que casi todos los que han llegado a saber de esta búsqueda, están muertos. Cuanto menos supierais, más a salvo estaríais.

Nadie añadió nada. Pero María seguía con la duda que quería solventar.

—Hablabas de Éfeso...

—Cierto —asintió el suizo—. En un documento del siglo trece, se decía que

Dandolo apoyaba su vejez en la figura de un extraño consejero. Dado que siempre se le menciona bajo ese apelativo las pocas veces que hay referencias sobre él en la Historia, entendimos que dicho consejero era Ioannes. Pues bien, en esas notas se hacía constar que el consejero pidió al dux Dandolo que, antes de ceder su cargo a otra persona, le permitiera esconder en Éfeso parte del tesoro que guardaba. Porque Venecia ya no era tan segura.

—¿Y cómo pudo nadie escribir eso? —se extrañó María.

—Forma parte de la última página de un diario de viaje de un tal Orio, un soldado veneciano.

—Pero ¿cómo se iba a enterar un soldado de algo tan...? —preguntó María.

—Porque seguramente sería él quien fuera designado como el sucesor de Ioannes —aclaró John.

—No dejas de sorprenderme, Sheppard —dijo Heinz con ironía.

—Era sencillo. Si llegó a enterarse de algo tan importante y además, esa fue la última página de su diario...

—Exacto. Además, ésta es la última referencia escrita que se encontró sobre el caballero Ioannes. Jamás nadie volvió a escribir sobre él... o al menos, nosotros no lo encontramos. Por eso se fue a buscar a Éfeso.

—Además, supongo que en Venecia es difícil buscar algo que no se haya encontrado ya —apuntó Riccardo.

—Así es —confirmó Heinz—. Creímos, bueno... creyeron los que en su momento lo encontraron, que fuera lo que fuese que aquel cofre contenía se quedó en Éfeso.

—Pero allí solo encontramos el cuerpo de Enrico Dandolo... —añadió María— cuyos restos se supone que descansaban en Santa Sofía.

Heinz Meier asintió sin palabras. Después miró hacia John Sheppard. Mantuvo el gesto serio y continuó hablando.

—El papa Hilario II ya mandó una expedición a Éfeso... —dijo arrastrando las palabras.

—¿Cómo? —saltó María—. ¿No fuimos los primeros allí?

—No... En cuanto se encontró el documento del tal Orio, se quiso encargar una expedición en el sur de Turquía. No se escatimarían medios. Debía ser algo importante si León Magno se tomó tantas precauciones para ocultarlo antes de la inminente caída de Imperio Romano. Se buscaba a alguien, un arqueólogo, que pudiera aportar medios privados y que conociera bien Venecia y su historia...

—¡Joder! —soltó John llevando su cabeza hacia detrás, mirando hacia el techo.

Nadie dijo nada. El sacerdote y Giacomo no comprendieron aquel gesto. María intuyó lo que John pensaba. Y Heinz supo que el londinense había averiguado lo que intentaba decir...

—Mi padre... —dijo por fin John—. Millonario, arqueólogo entre otras cosas, y enamorado de Venecia...

—Sí —admitió Heinz apretando sus mandíbulas.

—¿Quiere eso decir que no murió en África?

—Fue asesinado... en Éfeso. Como todo su equipo. Un atentado mortal en las excavaciones. Debió producirse una explosión devastadora.

—¿Primero él y luego mi hermano? —preguntó con rabia dirigiéndose hacia Heinz—. ¿Qué cojones hace la Iglesia mandando a mi hermano después de que mataran a mi padre? ¿Me vais a proponer ahora a mí para continuar la mierda esa en Éfeso? ¡Joder!

Los gritos de John permanecieron flotando en el tenso ambiente durante unos segundos. El londinense se levantó y se dirigió hacia la mesa del comedor. Se quedó allí de espaldas, apoyando sus manos sobre la superficie del tablero.

—Antes de enviar a tu hermano, se envió a un segundo equipo. Pero sucedió lo mismo... otro atentado. Años después, llegó Pedro II y quiso continuar con ello. Se mandó a tu hermano porque era el mejor. Pero el papa puso todos los medios para incrementar la seguridad, consciente de lo que le ocurrió a vuestro padre. No se informó a nadie de la excavación. Ni siquiera a tu hermano como líder de la expedición: nunca supo qué buscaba. Aparte del pontífice y de mí, conocían el asunto muy pocas personas en el Vaticano. Yo lo supe porque acababa de ser nombrado vicecomandante y me fue encargada la seguridad de la expedición. Estuve allí de incógnito trabajando con agentes de campo que nunca supieron cuál era su misión. De hecho, me crucé con Dave en alguna ocasión. Estuve cerca de vosotros todo el tiempo —dijo mirando a María—. Protegiéndoos.

—Pues hiciste un trabajo de cojones —dijo John, volviéndose hacia él.

—Lo sé... No sabemos qué ocurrió.

—¡Pues que todo se encendió! Eso es lo que pasó... —musitó María.

—Sí, pero no sabemos cómo se pudo... Lo teníamos todo controlado. Mis hombres me avisaron de lo que ocurría en la excavación. Cuando fui para allá recuerdo que me crucé con Dave, que huía en un jeep. Después el resto de la expedición se largó de allí. Todo se había quedado destrozado: de aquella misión, tan solo quedó claro que parecía haberse encontrado el cuerpo de Dandolo... que no entendimos lo que hacía allí, por cierto. Entonces, visto lo visto, Pedro II no quiso ahondar en el asunto y prefirió que se enfriara para retomarlo más tarde. Yo volví con el encargo de seguir indagando sobre quién estaba detrás... pero hubo nuevos asuntos que reclamaron mi atención y no sacamos nada en claro. Hasta que hace algunos días, aquel caballero que se llevara el famoso cofre de Roma volvió a aparecer en lo alto del Campanile tras asesinar al papa. Llevaba capa y un águila, como se mencionaba en los antiguos textos. Todo concordaba: alguien se hacía pasar por Ioannes. Por eso

vine.

—¿Te mandaron que vinieras para coger al asesino? —preguntó Giacomo.

—No... no me he explicado bien. Hasta hace poco, los únicos que sabíamos de las razones de la expedición podían contarse con los dedos de la mano. El atentado de hace días en Roma mató a las personas que el papa había designado para encargarse del tema un tiempo antes...

—¿El coche bomba? —preguntó María.

—Exacto. Mató a aquellos que precisamente fueron los encargados de reclutar a Dave Sheppard. Aparte de ellos, solo sabíamos del porqué de la excavación el papa y yo mismo.

—¿Y tus hombres que se supone que te ayudaron a proteger la expedición? —inquirió John con cierta incredulidad.

—Ya he dicho antes que ellos no sabían de qué iba todo aquello. Solo cumplían órdenes.

—¿Y nosotros, qué? —preguntó María.

—Vosotros no sabíais qué buscabais.

—Perfecto... ¿Y entonces por qué nos está matando?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar. En las dos expediciones anteriores, quien quiera que esté detrás de esto, tan solo atentó contra la excavación en sí, echando todo a perder... lo que ocurre es que en esas explosiones se perdió alguna vida, claro. Entre ellas, la del padre de John. Pero ahora... —el suizo miró hacia el suelo, dejando ver por primera vez un signo de afección por todo aquello—. Ahora es distinto: el coche bomba, el papa y los demás...

Riccardo Loredan volvió a pasear por la casa, haciendo que sus pisadas violentaran el silencio causado tras las palabras del suizo. La cara del sacerdote estaba arrugada en un gesto de concentración.

—A ver, que yo me aclare... —dijo por fin, al detenerse—. Un caballero llamado Ioannes encontró hace mil quinientos años un cofre que contenía algo importante y se lo llevó a León Magno. El papa le nombró protector del cofre y, como visteis que aparecía mencionado esporádicamente en algún documento como consejero de algunos dux, dedujisteis que León le mandó al Véneto para mantenerlo a salvo de las invasiones bárbaras. Después, ese cargo de «protector» por llamarlo así, se hizo sucesorio pasando de generación en generación.

—Correcto —apuntó Heinz asintiendo.

—Entonces —siguió Riccardo como si hablara para sí mismo y no le importara la aprobación por parte del guardia suizo—, Hilario I vio el mensaje de su antecesor, el papa León, en su anillo papal y, por eso, dejó escrita la frase de que Ioannes protege no sé qué alianzas con Dios... Esa nota la encontró siglos después Hilario II que puso a la gente a indagar sobre el tema. Y así, se encontró un diario de viaje de un soldado

que decía que Dandolo permitió a Ioannes esconder su tesoro en tierras turcas. Por eso se mandó al padre de Sheppard a una expedición allí. Hubo un atentado y murió. Después, se organizó otra con el mismo resultado. Y, años más tarde, Pedro II retomó el asunto mandando a Dave Sheppard a Turquía.

—Donde encontramos el cuerpo de Enrico Dandolo —añadió María.

—Todavía no sabemos por qué estaba allí ese cuerpo, ¿verdad? —preguntó Giacomo esperando que su ignorancia fuera compartida.

—No... —negó Heinz con la cabeza—. Yo por lo menos, no lo sé.

—A continuación se incendió todo —prosiguió Riccardo como si quisiera terminar lo que había empezado—, y después, el que esté detrás de esto, se preocupó por ir más allá que en ocasiones anteriores...

—El coche bomba, el papa, mi hermano y un largo etcétera... —enunció John.

—Todo para acabar con cualquiera que supiera sobre la expedición —dijo Heinz.

—¿Y por qué no han acabado contigo? —le preguntó John.

—¿Vuelven tus sospechas sobre mí, Sheppard?

—¿Justo cuando empezaba a enterarme de algo, vais a interrumpirme con vuestras chorradas? —preguntó Giacomo, pasándose la mano por su cabeza rasurada.

—¿Y qué fue de mi hermano desde el incendio hasta su muerte?

—Le localizamos un tiempo después aquí en Venecia. Llevando una vida absolutamente normal. Vivía en un piso que ya había utilizado en anteriores ocasiones. Según lo que pudimos saber, pasaba largas temporadas en la isla.

María Ayarza golpeó sus rodillas con las palmas de las manos antes de levantarse y ponerse a deambular por el salón.

—¿Podemos centrarnos, por favor? —espetó llevándose las manos a la cabeza—. ¡Tengo un cincuenta por ciento de probabilidades de ser la siguiente!

—¿Le has traído las fotografías asociadas a las identificaciones? —preguntó Heinz a Giacomo como si María no estuviera delante.

—Sí. Tenemos ya a los dos posibles candidatos. Así que quedan María y uno de esos dos desgraciados que ella ha identificado antes de que vosotros vinierais con vuestras peleas. Ya he dado orden para que crucen los nombres con las personas que se supone que entraron en la isla en los últimos días. Las aerolíneas nos facilitarán el trabajo.

—Sería más fácil si solo tuvieran que encontrar un nombre en lugar de dos —suspiró Riccardo.

—Pero es lo que hay: nos han repetido mil veces desde autopsias que será imposible identificar al «quemado» de la Plaza de San Marcos —dijo Giacomo encogiéndose de hombros—. Así que trabajaremos con la premisa de que quedan dos víctimas: María y uno de los dos identificados.

John volvió a la conversación, dejando de lado sus reproches a Heinz y a la

Iglesia, a quienes culpaba implícitamente por la muerte de su padre y su hermano. El recordar que María seguía en peligro le hizo ponerse en guardia de nuevo.

—¿Cuándo será el siguiente show? ¿Qué pasa con la última pista?

—Donde el purpurado rechazó a las legítimas... y los siete ángeles tocarán las siete trompetas... —enunció Riccardo sin variar su gesto tranquilo—. Es sencillo: Ioannes actuará mañana a las siete de la tarde en la iglesia de Santa Maria della Visitazione.

Todos permanecieron en silencio unos segundos. Preguntándose por qué razón el sacerdote había hablado con tanta contundencia.

—¿Así y ya está? —inquirió Giacomo.

—Así y ya está —dijo él con desinterés y sentándose en el sofá por primera vez desde que comenzara la conversación.

—Esto es importante, Don Riccardo.

—Sobre todo para mí —añadió María.

Riccardo Loredan suspiró y se hundió en el sofá como si le hubiera llegado todo el cansancio de repente.

—El purpurado... se refiere a *il prete rosso*.

—Gracias, ahora lo entiendo —dijo John.

—Calla, majadero y déjame hablar. Llamaban así a un famoso músico veneciano que se ordenó sacerdote y que era pelirrojo.

—¡Como tú, Heinz! —dijo John con sarcasmo.

—Ese sacerdote renunció a sus funciones alegando falta de salud. Pero en realidad las abandonó para dedicarse a lo que más le importaba: la música. Hizo de maestro en el Ospicio della Pietá. Los hospicios eran lugares donde se recogía a las huérfanas y se les daba la formación que no podían adquirir de sus padres. La formación musical en dicho hospicio fue impartida por este sacerdote...

—Llamado Antonio Vivaldi —concluyó John, que conocía la historia y entendió de pronto el razonamiento de Riccardo—. Y se hizo tan popular que todos quisieron mandar a sus hijas allí... aunque fueran hijas legítimas.

—Exacto, majadero —corroboró el sacerdote—. Por eso se hizo colocar una placa, que hoy está detrás de la Iglesia de Santa María della Visitazione, que decía que no se admitiría a niñas que no fueran huérfanas... para que los padres se abstuvieran de dejar en la puerta del hospicio a sus hijas tan solo para que recibieran la mejor formación musical.

—Vale, de acuerdo —dijo Giacomo, que era el más pragmático de aquella reunión—. ¿Y por qué mañana a las siete? Supongo que por lo de las siete trompetas pero ¿por qué está tan seguro?

—Porque volvemos al formato habitual de las pistas de Ioannes: se indica un lugar y un tiempo. El lugar ya lo tenemos. La cita del Apocalipsis ha de referirse al

tiempo: así que mañana a las siete.

—¿Y por qué mañana y no hoy?

—Porque mañana será el séptimo día desde el Vuelo de la Paloma... y será a las siete de la tarde porque, precisamente, a las siete de la mañana no se habrían cumplido esos siete días desde el asesinato del papa.

De nuevo, silencio. Y de nuevo, aceptación implícita al razonamiento de Riccardo Loredan. Por su aplastante lógica y porque nadie tenía nada mejor que ofrecer.

—Pero lo importante es por qué está pasando todo esto, ¿no? —preguntó de pronto María hastiada—. ¿Qué contiene ese maldito cofre para que Ioannes quiera matarnos a todos?

—No lo sé... —contestó Heinz, más participativo en aquella conversación que en todos los días previos desde que le conocieran—. Las personas que en algún momento intentaron averiguarlo o que investigaron sobre ello están muertas.

—Repíteme la frase de la nota de Hilario I, por favor —le pidió Riccardo.

—Ioannes deberá proteger eternamente el cofre que contiene la alianza de Dios con los hombres... alianza por la cual vino la Salvación.

—Y las excavaciones —intervino María— fueron siempre en la zona de Éfeso...

—Sí, pero eso ya he explicado que tuvo su origen en el diario del soldado Orio...

—Bueno, ésa es la razón para que se fuera a buscar allí... pero no la razón por la cual Ioannes decidió enterrar su tesoro en aquellas tierras —matizó la bilbaína.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó el escolta con su impaciencia habitual ante las adivinanzas.

—Sabemos que usa el nombre de Ioannes por su relación con San Juan. De ahí el águila, las pistas del Apocalipsis que escribió el propio evangelista, y su pretensión de hacerse pasar por eterno, por aquella frase del Nuevo Testamento...

—De acuerdo —dijo Giacomo comprimiendo su rostro como si se concentrara por estar receptivo y entender el enigma.

—Es posible que el soldado que llevó el cofre al papa León adoptara el nombre de Ioannes precisamente por la especialidad de su misión. No creo que fuera su nombre.

—Ésa fue una de las teorías que se manejaron, según creo recordar... —añadió Heinz Meier.

—Pues bien: cuando Cristo estaba en la Cruz, le encomendó a San Juan que se encargara de su madre. Y se sabe que su discípulo cuidó de ella, abandonando su ciudad natal para irse a vivir a Éfeso, ¿no es así, Riccardo?

—Sí, y ya sé por dónde vas, pero no me convence lo que quieres... —comenzó a decir el sacerdote.

—El cofre contiene la alianza por la cual vino la salvación... —dijo ella sin prestar atención a Riccardo—. Se supone que Dios prometió enviar un Mesías para

salvar al mundo... Y lo hizo a través de una joven virgen judía. ¿Y si esto se mantuvo en secreto porque no se quería desvirtuar la creencia de que la Virgen María ascendió al cielo en cuerpo y alma?

—Hoy eso es verdad de fe —matizó el guardia suizo.

—Lo sé... Son solo conjeturas, pero... ¿y si el cofre contenía los restos mortales de la Virgen María?

EL JURAMENTO

Venecia, seis días después del Vuelo de la Paloma

—Gracias por venir —dijo María—. Prefiero ir acompañada a tener que hacer todo el camino con unos guardaespaldas sin conversación.

—No lo hago por ti. Lo hago por joder a ese idiota de Heinz —respondió con sequedad John.

Ella puso los ojos en blanco. «Todavía no explotes, María», se imploró a sí misma. «De acuerdo, de acuerdo... pero no pienso pasarle ni una más», se contestó con determinación, poniendo así fin a su diálogo interno.

Paseaban por las apagadas callejuelas de la isla. Oían detrás los pasos de los guardaespaldas y veían a diez metros por delante a otros dos hombres también encargados de la seguridad de la mujer.

Después de salir de la casa de la madre de Riccardo, Heinz Meier se había ofrecido a acompañar a María. Eso había bastado para que John saltara y se interpusiera entre el suizo y la mujer. Para nuevo regocijo de María, por supuesto.

—En fin, siento lo de tu padre —dijo ella en son de paz, refiriéndose a lo que Heinz les había desvelado.

—Ya estaba muerto de todos modos. Ahora tan solo sé cómo y por qué.

—¿Y qué opinas del resto de la historia?

—¿A qué te refieres? —preguntó él sin dejar de mirar hacia el frente.

—A Ioannes, el papa León, las excavaciones, el cofre...

—Todo eso me trae sin cuidado —dijo él haciéndose el desinteresado—. Lo único que quiero es que esto se resuelva pronto, cojamos al asesino y así me dejen llevarme el cuerpo de mi hermano para enterrarlo. Eso es todo lo que me preocupa. No veo el momento de abandonar esta maldita isla.

Fue en ese momento cuando María recordó lo que se había prometido a sí misma segundos antes. Ni una impertinencia más...

—¡Perfecto! ¿No vas a bajar la guardia conmigo? —le preguntó con tono cansado—. ¿De verdad vamos a seguir así todo el rato?

—Pero ahora qué...

—Ese rollo de «todo me da igual» está empezando a tocarme los... ¿No te importo nada? Vale, hice una cagada y estás enfadado... ¿Merezco la muerte? O como mínimo, ¿merezco que te importe nada que me maten? Joder, Sheppard, no recuerdo ya de quién demonios me enamoré perdidamente hace años...

John calló durante unos segundos. Con una mezcla entre vergüenza y rabia. Porque, después de todo, era perfectamente consciente de su enconamiento.

—Dame tiempo, María... —dijo él, con el gesto aún serio.

—¿Tiempo para qué?

—Para olvidar. Necesito tiempo.

—¡Joder, es justo lo que no tengo, John! Mañana igual soy asesinada... ¿recuerdas?

—No te va a pasar nada —le dijo él con firmeza.

—¿Seguro? ¡Mira lo que ocurrió en la ópera! Estaba hasta arriba de agentes y no pudo hacerse nada para evitar otro asesinato...

Él se detuvo y agarró los brazos de María para obligarla a que le dirigiera su mirada. John abrió la boca pero las palabras se resistieron a salir. Después, suspiró y desvió sus ojos al suelo.

—Te juro que no te pasará nada —murmuró por fin.

Ella clavó su mirada en él. Esa mirada que John tan bien conocía. Sus rostros estaban ahora a escasos treinta centímetros. Él seguía agarrando suavemente sus brazos. Los labios de María comenzaron a moverse con suavidad, ejerciendo sobre John un magnetismo incontrolable.

—No necesito que me digas eso, Sheppard... —le confesó con voz trémula.

—¿Por qué?

—No puedes asegurarme que no me pasará nada... Lamentablemente, está fuera de tu alcance —susurró ella, haciendo que John notara su aliento en la estrecha distancia—. Además, hay muchas personas que se dedicarán a protegerme. En ti busco algo distinto.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó él en voz baja.

—Tu perdón... Tan solo eso... No quiero obligarte a nada más. Aunque lo desee...

Una fuerza ajena y caprichosa provocaba que sus rostros estuvieran cada vez más cerca.

—Quédate conmigo hoy... —María habló como si no fuera un ruego. Sino un mandato. Como si fuera consciente de su capacidad de encantamiento.

De pronto, la mujer notó que la presión de las manos de John en sus brazos aumentaba. Como si opusiera resistencia a doblarse.

Después, dejó de notar el contacto y el londinense se apartó de ella con cierta brusquedad. Como si despertara de un sueño.

—Por ahora... —dijo John con voz profunda—. Yo... haré lo posible para que estés a salvo.

Y después dio media vuelta, para alejarse con paso incierto y mientras negaba con la cabeza.

María Ayarza permaneció inmóvil. Sintió frío y soledad. Había sentido un pequeño desgarró dentro de sí cuando las manos de John se separaron de sus brazos.

Acto seguido a que John la dejara, los guardaespaldas se aproximaron hacia ella para sustituirle. Ahora serían ellos los que acompañarían de cerca sus pasos.

—Perfecto... —murmuró ella resignada.

EL GONDOLERO

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:00 horas)

Heinz Meier había acompañado a Giacomo hasta el antiguo hospicio de Vivaldi. Allí todo estaba preparado: había agentes en los tejados y en los distintos niveles de los edificios circundantes, así como en la calle de la Pietá y en las demás cercanas al templo.

La blanca iglesia de la Piedad permanecía estática y apagada. Inconsciente de lo que la rodeaba. El suizo esperaba junto con el escolta en la pequeña explanada donde se enmarcaba el templo, entre los dos anchos puentes de escaleras que salvaban los canales que llegaban hasta la laguna, en la parte sur de la isla.

A unos metros de donde ellos esperaban, habían dispuesto unas mesas plegables como centro de operaciones, junto a una de las farolas de tres brazos de la calle. El oficial Marconi estaba allí, frente a un gran mapa de la zona, junto con otros agentes de las distintas fuerzas que aquella noche cubrirían aquella operación. A todos se los veía nerviosos, cogiendo sus teléfonos móviles para dar los partes a los máximos responsables que esperaban noticias desde el calor de los cuarteles y oficinas centrales.

El suizo mesaba nerviosamente su espesa barba pelirroja. Él allí sobraba. Si Ioannes aparecía había suficiente gente para hacerse cargo.

—Estás ausente —dijo Giacomo como afirmación más que como pregunta.

—Pienso. Solo eso —contestó él.

—Pues no me jodas y actívate...

—¿Dónde está el sacerdote?

—En la casa de su madre. Después de todo, no pinta nada aquí.

—Por fin comienza a imperar el sentido común... —apuntó Heinz con mueca de hastío.

De pronto se dibujo en el horizonte nocturno una embarcación con dos tripulantes. Marco Alfieri guiaba una góndola en la que estaba sentado John Sheppard.

—He dicho demasiado pronto lo del sentido común —matizó Heinz al ver a John—. Es absurdo que un hombre sin experiencia esté en la operación.

—Cuando acabe todo esto, voy a hacer que vayáis a terapia de pareja —dijo Giacomo pasando la mano por su calva.

El guardia suizo no apuntó nada. No dejaba de mirar a Marco. Con desconfianza. Con respeto. Con cautela.

—Buenas noches, señores —dijo John al llegar a la ribera—. Gracias Marco, yo

que tú me alejaría todo lo posible.

—De acuerdo, jefe —apuntó él tocándose el ala de su sombrero—. Cuando dejes de jugar a polis y cacos, avísame si me necesitas.

Y posó el pie en la orilla para impulsar la embarcación y alejarse mientras silbaba risueño.

Giacomo Meazza posó la mano en el hombro de John y se lo llevó hacia donde estaba el centro de operaciones. Se dirigieron hacia el oficial Marconi y comenzaron a hablar y a dar instrucciones al londinense para que pidiera un atuendo adecuado y para que ocupara algún lugar en el que no molestase demasiado.

Las palabras pronunciadas en aquella mesa comenzaron a perder fuerza en los oídos de Heinz a medida que sus pasos lo alejaban de allí.

Con el semblante inmutable, empezó a caminar con cierta urgencia hacia donde la góndola de Marco Alfieri se había dirigido. Por fin había encontrado una tarea que requiriera de sus servicios. Había estado detrás de una pista y la urgencia de la situación dejaba de hacer necesaria las cautelas previas para conseguir respuestas.

No se despidió de sus compañeros. Les dejaba en un escenario controvertido pero sabía que su presencia no añadía nada. Solo miró hacia atrás una vez.

Y vio los ojos resignados de Giacomo Meazza clavados en él.

LA CORRESPONDENCIA

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:13 horas)

—Ánimo, Valentino, mamá ya está en el cielo —dijo Riccardo al teléfono, mientras paseaba por su salón.

—Ya sabes que eso no me consuela... preferiría que estuviese en su casa de Venecia.

—Bueno... eso ya no es posible.

—¿Cuándo va a terminar esa locura que reina en la isla? —preguntó Valentino, airado por no haber podido velar el cuerpo de su madre por el veto de entrada en Venecia—. En las noticias no deja de aparecer el asunto ¿es verdad que está habiendo asesinatos?

—No lo sé, Valentino. Yo ya me quedo aparte.

—Bueno... Tú donde deberías estar sería en Roma, ¿no?

—Sí —admitió él con resignación—. Pero tampoco eso es posible por ahora, así que no hay que darle vueltas.

—Joder, qué locura... Llámame mañana, Riccardo.

—De acuerdo, Valentino. Un abrazo.

Y colgó el teléfono antes de derrumbarse en el sofá. Escuchó el silencio reinante. El silencio de una isla en la que lo único que se movía por la noche era el agua de los canales... y últimamente también un asesino encapuchado.

Miró a su alrededor. No sabía qué hacer. Estar enjaulado en su propia casa le producía claustrofobia. Pero le habían dicho que era lo mejor. No era de utilidad en la calle. Y además, después de lo de su madre, era mejor que estuviera protegido. Giacomo había asignado a un par de agentes para ello.

De pronto, una llamada entró a su móvil. No conocía el número.

—¿Sí? —contestó extrañado.

—¿Riccardo Loredan?

—Sí, soy yo.

—¡Por fin! Soy Mauro, el agente que estuvo con ustedes en La Fenice.

—Te recuerdo.

—No logro localizar a Giacomo Meazza y esto es por algo que me encargó cuando estaba usted delante. Por eso le llamo.

—Pero ¿cómo que no le localizas?

—Debe tener el móvil apagado. Quizá está en medio de la operación y no puede atenderme pero...

—¿Y qué has encontrado, hijo?

—Sabe quiénes son Thomas Andersson y Jan Bergholz, ¿verdad?

—Sí, claro, son los dos nombres que había que buscar como posibles víctimas.

—Eso es. Según me dijo Giacomo, teníamos que intentar localizar a los dos candidatos que había identificado la señorita Ayarza. Sabíamos que uno de los dos sería la víctima carbonizada y el otro, una de las dos víctimas restantes...

—Exacto. ¿Has encontrado algo sobre ellos?

—Precisamente —apuntó Mauro—. Esta mañana descubrimos que la familia del señor Andersson, residente en Estocolmo, había dado parte a las autoridades locales de la desaparición de su hijo.

—¿Cuándo fue esto? —se interesó Riccardo interrumpiendo su paseo por la casa.

—Hace dos días aproximadamente. Lo hemos sabido por el cruce de datos institucionales. Hemos llamado a Estocolmo y lógicamente ellos no habían dado importancia alguna al tema por ahora.

—No habían pasado días suficientes...

—Eso es... Además de que hablamos de un adulto y no de un menor de edad. Así que hemos tenido que llamar a la familia. Hemos contactado con los padres y hemos simulado que llamábamos por el parte que habían dado, para no preocuparles.

—¿Y qué han dicho?

—Me han dicho que si dieron el parte fue porque su hijo había venido precisamente a Venecia...

—Lo que a estas alturas no es una sorpresa —dijo Riccardo encogiendo los hombros.

—Claro. Decían que al ver la que se había montado con el asesinato del papa, habían intentado localizar a su hijo mil veces pero no habían conseguido nada.

—Mauro, lo más importante aquí es saber por qué vino a Venecia: ¿te han dicho algo?

—No lo pueden asegurar, ya que no vivía con ellos en la misma casa. Solo saben, por algún comentario que les hizo, que había recibido una carta y que a partir de ahí comenzó su urgencia con el viaje a Venecia.

—O sea que realmente alguien ha provocado la presencia de ellos aquí... —pensó en alto el sacerdote.

—Hay más: me han dicho que les sonaba que había hablado con algún antiguo compañero de trabajo para verse aquí en Venecia. En concreto, con Bergholz...

—¿Ellos te han dicho eso?

—Sí...

—Dios mío, ¿sabes lo que puede significar eso? —preguntó con urgencia Riccardo.

—Pues a mí me suena a que Jan Bergholz se convierte en sospechoso número uno, ¿no?

—Si él ha contactado con los demás para que vengan aquí, algo esconderá, supongo. No habíamos contado con esto... No habíamos contado con que fuera uno de los propios miembros de la excavación quién les trajera a todos a la isla...

—Ya estamos detrás de su pista, pero aún no tenemos nada.

—Por lo que más quieras, Mauro, mantenme informado.

—Por supuesto —accedió el agente con diligencia.

—Una cosa... —dijo Riccardo como si hubiera caído en algo de repente.

—Usted dirá.

—¿Tenemos...? —preguntó a trompicones el sacerdote—. ¿Tenemos las direcciones personales de los demás?

—Claro, pero casi todos eran solteros y no tenemos aún la dirección de sus familias. La podemos conseguir: es tan solo que no le hemos dado prioridad a ellos, ya que...

—Están ya muertos.

—Así es. Hemos de centrarnos en los que creemos vivos que están en peligro.

—Pero la dirección y el teléfono de María Ayarza lo tendremos, ¿no?

—Sí, lo tenemos.

—Bien, pues intente conseguir el teléfono del edificio donde vive en Bilbao. Quiero hablar con el portero que cuide el inmueble, si es que tiene uno.

—De acuerdo —respondió Mauro, acostumbrado a no discutir órdenes, aunque provinieran de un sacerdote amigo de sus superiores.

Minutos más tarde, y después de que Riccardo diera más de veinte vueltas al salón de su madre, su móvil recibió otra llamada de Mauro.

—Sí...

—Soy Mauro. Le paso con el portero del inmueble. Su nombre es Aitor o algo así.

—O algo así... —bufó el sacerdote—. Anda, pásame con él.

Se oyó el chasquido por el cambio de comunicación.

—Hola, ¿Aitor? —dijo Riccardo en perfecto castellano.

—Sí, soy yo —contestó una voz grave algo desconcertada.

—Hola, soy... bueno eso da igual. Ya le habrán dicho que somos de...

—La policía, sí.

—Exacto —corroboró el sacerdote, satisfecho por no tener que dar más explicaciones—. Necesito que me haga un favor, Aitor.

—Dígame.

—Usted conoce a María Ayarza.

—Sí, ya se lo he dicho a su compañero.

—De acuerdo. Ella tiene un buzón en el portal, claro.

—Claro...

—Necesito que vaya hasta él.

—Estoy delante de él ahora mismo.

—¿Tiene llave para abrirlo?

—Desde luego —se oyó un tintineo cuando Aitor manipulaba un manajo de llaves—. Ya está... Abierto.

—Saque las cartas que haya dentro y vaya diciéndome lo que ve, por favor.

—A ver... luz... agua... banco, banco y banco... ¡oh! Ésta no tiene remite.

Riccardo Loredan suspiró con fuerza.

—Aitor... —dijo con solemnidad—. Necesito que abra esa carta y me diga lo que ve dentro...

EL RELÁMPAGO

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:30 horas)

John Sheppard y Giacomo esperaban en silencio. Ya no había tanto revuelo como hacía media hora: ahora todos estaban en sus puestos aguardando expectantes.

El londinense ya había sido adoctrinado convenientemente. Se le había proporcionado un atuendo oscuro y se le había insinuado que no molestara demasiado. No obstante, le habían dado una pistola por lo que pudiera pasar. A pesar de su impericia, su imponente figura vestida para la ocasión con atuendo militar, no le hacía pasar desapercibido entre los cientos de agentes.

Ellos, Giacomo y John, estaban apostados en un pequeño rincón pegado a la pared, vigilando la calle de la Piedad, a la derecha del templo.

A lo lejos, en el ya oscuro firmamento, se veían los indicios de una inminente tormenta. Los truenos comenzaban a escucharse lejanos, pero pronto retumbarían en los oídos de todos los venecianos.

—¿Por dónde aparecerá? —preguntó por lo bajo John al escolta.

—Si lo supiéramos, ¿crees que estaríamos aquí desperdigados en cada uno de los malditos metros cuadrados que rodean la zona, Sheppard?

—Era una pregunta retórica —indicó con desinterés el londinense.

—Y por tanto innecesaria.

—Te veo alterado, Giacomo —le soltó con ironía John—. ¿Ya duermes bien?

—Joder, estoy empezando a comprender lo que siente por ti, Heinz...

—Que por cierto, ¿dónde está? ¿Ha vuelto a desaparecer cuando más se le necesita?

—Mira, muchacho —dijo el escolta pasando su mano por la cabeza rapada—, he aprendido que en esta vida hay dos cosas de las que es mejor no hablar. Y una de ellas es lo que hace la gente del Vaticano. Llevo mucho tiempo trabajando con ellos... Todo lo que hacen esos hombres de Dios tiene un sentido así que es mejor fiarse.

—¿Heinz, un hombre de Dios? Pero si ha intentado levantarme a María varias veces en pocos días... Tiene poco claras sus prioridades...

—¿Pero no se suponía que lo vuestro había terminado y que la odiabas? Mira, aclárate muchacho, pero a mí déjame en paz. Y ahora, céntrate que esto es importante —dijo Giacomo volviendo a mirar hacia la angosta calle.

—¿Y qué era lo otro? —preguntó frunciendo el ceño John tocando en el hombro al escolta.

—Joder, Sheppard, ¿qué coño dices ahora?

—Decías que había dos cosas de las que era mejor no hablar. Me has dicho una, ¿cuál sería la...?

—La familia política. Nunca hables de ella. No te lleva a...

De pronto, un relámpago partió en dos la noche veneciana, iluminando la isla de un modo lúgubre y fantasmagórico. Una milésima de segundo después, un trueno retumbó con violencia haciendo casi temblar la tierra.

Giacomo dejó de hablar. Y todos los agentes que circundaban el área contuvieron la respiración.

Comenzaron a caer las primeras gotas.

—Esto lo empeora todo —se quejó Giacomo chasqueando la lengua.

Esperaron en silencio unos minutos más. La lluvia comenzó a arreciar con más fuerza. El sonido del repicar de las gotas de agua contra pavimento, fachadas, canales y el mar, no hacía sino incrementar la tensión.

—Hoy lo va a tener jodido —dijo Giacomo en un susurro.

—También lo tuvo difícil en la ópera.

—Pero ahora sabemos quién puede ser una de sus dos víctimas. Y esta protegidísima —dijo el escolta refiriéndose a María Ayarza—. Es imposible que la rapte y la traiga a hasta este sitio para...

—Eso espero —dijo John, que sacó su móvil para ver precisamente si la mujer había intentado contactar con él.

Ahora era cuando lamentaba haberla dejado así el día anterior, cuando ella había provocado un acercamiento. Quería pensar que nada iba a ocurrir... pero si ocurría, lamentaría para siempre su actitud con ella...

—Qué raro... ¿no tengo cobertura aquí? —dijo al mirar su teléfono móvil, protegiéndolo con la mano para que no se mojara.

—Sí tendría que haber —respondió el escolta con desinterés sin dejar de mirar a la calle.

—Pero no la hay. ¿Puedes mirar tu teléfono, por favor?

—Joder, Sheppard —bufó Giacomo mientras llevaba la mano al bolsillo—, estamos aquí para algo importante y no para mandar mensajitos... ¡Vaya! Yo tampoco tengo cobertura...

—Pues según tú, tendría que haber cobertura aquí —dijo John con intención.

—Calla, muchacho... —dijo Giacomo mientras intentaba contactar por el comunicador con el resto de los equipos.

El escolta usó el pinganillo que llevaba en el oído y después el *walkie talkie*. Pero nada. Algo ocurría porque hasta hacía unos minutos habían podido hablar unos con otros con total normalidad.

Giacomo Meazza buscó con la mirada a los agentes más cercanos de su posición. Por medio de señas, llevando su dedo índice al oído, constató que todos tenían el

mismo problema.

—Esto es provocado... —dijo el escolta—. Ese hijo de puta ha debido activar algún inhibidor o algo parecido. No soy un experto pero tiene que ser algo de eso...

—¿Para qué querrá que no tengamos comunicación entre nosotros? —se preguntó John.

* * *

Veinticinco minutos después, el reloj marcaba la hora funesta: las siete de la tarde. Pero todo seguía igual. Llovía, no era posible la comunicación, y el asesino seguía sin aparecer.

De repente, al final de la pequeña calle comenzaron a escucharse unas voces. En ellas había urgencia y nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Giacomo.

—Son de los nuestros —dijo John entornando sus ojos—. Algo ha ocurrido al final de la calle.

—No se ve nada por la oscuridad...

—Es cierto, será mejor que nos acerquemos por si necesitan ayuda —dijo John sin alterar el tono de voz mientras se incorporaba y comenzaba a caminar.

—Pero ¿a dónde vas? —le espetó Giacomo sujetándolo por el brazo—. Hemos de mantener la posición.

—¿Y si Ioannes ha aparecido?

—Tenemos gente en cada recoveco, muchacho. ¿Tantas ganas tienes de vértelas con ese fantasma?

John Sheppard emitió un pequeño bufido. Apretó la mandíbula y acercó sus casi dos metros al rostro de Giacomo.

—Ha matado a mi padre y a mi hermano... ¿Tú qué crees?

Las voces se tornaron más audibles y alguna de ellas requirió ayuda. Aquello fue suficiente para que John y Giacomo se decidieran a echarse a correr por la negra callejuela para descubrir lo que ocurría.

Cuando llevaban unos segundos de carrera, otro fulgurante relámpago, más pequeño que el anterior, cruzó el cielo. El rayo hizo que se iluminara durante unos instantes la antes opaca calle veneciana por donde Giacomo y John pateaban.

Aquel relámpago les permitió ver lo que había provocado las llamadas de ayuda de algunos de los agentes. Y la imagen les encogió el corazón.

A diez metros sobre el suelo, colgando de una cuerda, había un hombre ahorcado.

A pesar de la intensa lluvia que desdibujaba todos los contornos, tanto John como Giacomo pudieron distinguir de quién era el cuerpo inerte que colgaba balanceándose. La empapada barba y los cabellos pelirrojos no dejaron lugar a dudas.

Heinz Meier, el imponente vicecomandante de la Guardia Suiza, había sido asesinado.

EL DUELO. PRIMERA PARTE

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (19:45 horas)

John corría bajo la intensa lluvia. Lo hacía como nunca en su vida.

Sus piernas perseguían el rastro de los desdibujados y fugaces movimientos de una capa blanca que atisbaba a lo lejos. Una capa blanca que se movía a una velocidad endiablada.

Bordeaban con rapidez la costa sur de la isla. Justo cuando John intuía que llegaba a la Plaza de San Marcos, perdió de pista a su perseguido.

Se detuvo, jadeando con fuerza. La lluvia se confundía con el sudor de su cuerpo ya absolutamente empapado. Miró a su alrededor con urgencia. No había movimiento en la oscura plaza. Ni iluminación nocturna, ni establecimientos abiertos, ni persona alguna. El toque de queda propuesto por las autoridades y el temporal, ayudaban al respecto.

John Sheppard estaba desesperado. Sus labios temblaban. No veía a Ioannes. No podía ser. No podía volver a escapar...

De pronto, vio algo fuera de lo normal. En el Palacio Ducal, las puertas de entradas habían sido violentadas y estaban abiertas de par en par.

John se apartó el pelo de su frente y se frotó los ojos. Como si quisiera asegurarse. Negó con la cabeza. Y acto seguido se puso a correr hacia el interior del edificio.

Mientras avanzaba, se percató de que la interrupción de su persecución había provocado una bajada de adrenalina en su cuerpo. La rabia había cedido paso a la duda, y ésta al miedo.

Entró en las dependencias, aún más oscuras que la noche veneciana. Esperó a que sus ojos se acostumbraran y caminó por el interior. Silencio. Inmovilidad. John pensó que su corazón hacía un ruido estrepitoso al palpar.

Comprobó que la puerta que daba al patio interior del palacio estaba también abierta. Se dirigió a ella, ya sin urgencia. Su ímpetu por coger a Ioannes había sido ahogado por el temor. Ahora lamentaba no haber esperado a algún agente para hacer frente a aquel fantasma.

Cuando se disponía a cruzar el umbral que daba al enorme patio, vio en el suelo una espada clavada entre dos piedras del pavimento. Inhiesta y tranquila, la espada se movía levemente como si alguien acabara de insertarla allí segundos antes.

John reconoció en aquella arma la misma que Ioannes le tendiera unas noches atrás para su duelo.

Suspiró y la miró detenidamente. Como si del análisis detallado de los atributos

físicos de aquella espada, John pudiera determinar si debía tomarla o no.

Porque sabía que hacerlo solo suponía una cosa: batirse de nuevo con el demonio.

Era una provocación por parte de Ioannes. Un desafío. Un desafío que John Sheppard finalmente decidió aceptar. Llevó su diestra a la empuñadura y, agarrándola con fuerza, la separó del pavimento.

Ahora lamentaba haber dejado atrás la pistola que le habían prestado.

Caminó unos pasos más, para franquear la columnata que enmarcaba el patio. Con la espada en la mano, comenzó a sentirse más seguro... hasta que vio la escena que tenía lugar ante él.

A escasos treinta metros, bajo la intensa lluvia, la corpulenta figura de Ioannes se erguía en medio del patio del Palacio Ducal. Con la cabeza gacha, y la capucha cubriendo su rostro, sujetaba en su mano enguantada otra espada. Con sangre en el filo.

A poca distancia de él, yacía en un charco de sangre el cuerpo de María Ayarza.

John Sheppard abrió sus ojos desmesuradamente como si alguien acabara de arrancarle el corazón.

Una voz potente pudo escucharse por encima del repicar de la lluvia, desde el abismo de aquella capa blanca.

—¡Llegas tarde! —gritó el asesino.

Sheppard desvió su mirada hacia Ioannes. Su boca era incapaz de articular palabra. Las lágrimas invadieron sus ojos y al deslizarse por su rostro se confundieron con las gotas de lluvia. Apretó con fuerza la empuñadura de su espada, haciendo que blanquearan sus nudillos.

De nuevo, la rabia ahuyentaba su miedo.

EL CEBO

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:30 horas)

—Es absolutamente imposible, señorita —dijo el agente Fabio, que había entrado en la habitación de María a requerimiento de ésta.

—También lo era en la ópera, ¿no?

—Pero aquí es distinto. Ahora sabemos quién es la... —se interrumpió voluntariamente.

—La víctima, puede decirlo abiertamente.

—Sí... Aquí fuera estamos diez agentes. Y otros veinte debajo.

—Ya, de acuerdo —dijo ella dándose la vuelta y volviendo a sentarse en uno de los sofás de la habitación—. Gracias.

—De nada, señorita —respondió el agente dejándola sola.

Ella encendió la televisión. Los dos primeros canales que encontró hablaban de lo que ocurría en Venecia. Su dedo apretó nervioso el mando a distancia hasta que la pantalla dejó ver algo que no tuviera que ver con aquella pesadilla: halló un canal que emitía videoclips musicales. Suficiente para perder su pensamiento.

De pronto, un relámpago partió en dos la noche veneciana, iluminando la isla de un modo lúgubre y fantasmagórico. Una milésima de segundo después, un trueno retumbó con violencia haciendo casi temblar la tierra.

María miró por la ventana. Comprobó que empezaba a llover.

En ese momento, su teléfono móvil vibró un par de veces, sacando a la mujer de su aletargamiento.

Había recibido un mensaje. Se levantó con pereza y llegó hasta la mesilla donde tenía el teléfono. Comprobó que había recibido un archivo multimedia. Y que el remitente era desconocido.

Frunció el ceño y abrió el archivo. Era un vídeo. Presionó el botón de «Play» y pudo visualizarlo.

La primera imagen dejó ver en primer plano algo como un temporizador que mostraba una cuenta atrás de algo más de una hora. Mientras los números se descontaban de ese temporizador, la imagen comenzó a retroceder dejando ver un manojo de cables que se confundían en un pequeño aparato.

María tuvo claro que era una bomba.

La imagen se movió entonces y permitió comprobar a la mujer dónde se había grabado el vídeo. En lo alto de la Iglesia de la Piedad. Donde estaban todos los equipos agrupados para capturar al asesino...

Los últimos segundos del vídeo dejaron ver un acercamiento de la imagen hacia

un recoveco de un callejón. A medida que la imagen se acercaba, María intuía lo que vería... Intuía a quién vería. En medio de la penumbra, y a pesar de la mala calidad de la imagen por el gran zoom desde el tejado de la iglesia, pudieron distinguirse las figuras de John Sheppard y Giacomo Meazza.

Así finalizó el vídeo. María soltó el móvil que cayó al suelo. Y fue corriendo al pasillo a hablar con el agente Fabio, que hacía unos minutos abandonara su habitación.

Después de contarle atropelladamente lo que había sucedido y permitir que él también visualizara el vídeo, el agente tomó su propio teléfono para contactar con los equipos que estaban en la operación.

—Es extraño, no dan señal —dijo Fabio.

—¡Como que...! ¡Hay que avisarles!

—Ya lo sé, señorita, por favor... —dijo él intentando calmarla y volviendo a hacer otra llamada—. ¡Nada! Es imposible. Lo he intentado ya con tres personas.

María volvió a coger su móvil e intentó llamar a John. Esperó unos segundos hasta darse ella también por vencida.

—¿Pero qué puede pasar? —se lamentó.

—Inhibidores, claro —dijo el agente negando con la cabeza—. Todos los equipos allí estarán incomunicados.

—¡Tenemos que ir a avisarles!

—Usted no se moverá de aquí.

María Ayarza se le acercó unos centímetros.

—¿Y va a permitir que pesen sobre su conciencia la muerte de decenas de personas?

—Mandaré un equipo de los que estamos aquí.

—No pienso quedarme en este hotel sin la mitad de la gente que me está protegiendo... O nos vamos todos o nada.

—¿Pero no se da cuenta de que esto puede ser un cebo para que usted abandone el hotel?

—¡Gracias, no me había dado cuenta! —respondió ella airada—. Como es algo tan insignificante como mi vida lo que depende de ello, estas nimiedades se me pasan por alto... ¡Ya lo sé, agente! Por eso vamos a ir todos a la vez. Para que sea más difícil que ocurra nada.

Y acto seguido, se puso un chubasquero y caminó enérgicamente abandonando la habitación.

El agente suspiró y negó con la cabeza. Se llevó el dedo al oído para colocarse el pinganillo y comunicarse con los equipos del hotel de la mujer.

—Nos movemos —anunció Fabio.

EL ESPÍA

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:10 horas)

Heinz Meier había seguido la góndola de Marco Alfieri durante unos minutos.

Había ascendido por el Gran Canal, pero después se había internado hacia el Este de la ciudad por uno de los pequeños canales.

Meier se detuvo cuando comprobó que el gondolero intentaba atracar su embarcación en uno de los postes cercanos a un pequeño puente. Oculto tras una esquina y bajo las sombras nocturnas, echaba rápidas ojeadas para ver lo que hacía el gondolero de pelo cano y nariz redonda.

Esperó unos instantes más oculto y, cuando dejó de escuchar los leves ruidos de la manipulación de la embarcación por parte de Marco, volvió a mirar hacia el lugar.

Pero esta vez solo vio la góndola. El gondolero había desaparecido como por arte de magia.

«No puede haberse largado tan rápidamente», se dijo a sí mismo Heinz.

Y de repente, notó que alguien lo agarraba por el cuello con fuerza, inmovilizándolo.

—¿Qué cojones haces siguiéndome, pelirrojo?

Heinz Meier no respondió. Se relajó durante unos instantes hasta que, de improviso, tomó el brazo que lo sujetaba y realizó un movimiento enérgico para zafarse de su captor.

Marco, lejos de amilanarse por la agilidad de su oponente, lanzó una patada hacia la parte exterior de la rodilla de Heinz. Pero él la paró con la espinilla y a su vez mandó un derechazo hacia el rostro del gondolero. Marco lo recibió y cayó de bruces.

El suizo aprovechó para abalanzarse sobre él, pero Alfieri flexionó las rodillas y recibió el cuerpo de su oponente con los pies, aprovechando para lanzarlo por los aires. Heinz se golpeó duramente contra la fachada pero se repuso rápidamente, levantándose.

Ahora de nuevo estaban ambos frente a frente en actitud ofensiva. Heinz ya tenía claro que sus sospechas no eran gratuitas y que, por su manera de combatir en el cuerpo a cuerpo, aquel hombre era un profesional.

Tras unos breves segundos de observación mutua, volvieron ambos a la carga. Puños, patadas y llaves lanzadas y contrarrestadas casi siempre por unos luchadores demasiado hábiles.

Heinz Meier aprovechó un golpe fallido de su rival para lanzarlo contra el suelo. Pero Marco lo agarró fuertemente en su caída y ambos estuvieron rodando por el estrecho empedrado de la callejuela hasta que quedaron a escasos centímetros del

canal. Heinz empujó la cabeza del gondolero hacia el agua pero recibió un duro rodillazo en su zona lumbar que lo hizo apartarse de encima de su oponente.

Marco se levantó y el suizo hizo lo propio. De nuevo, frente a frente.

—¿Qué es lo que buscas? —preguntó el gondolero jadeando.

Meier le miró fijamente. Como si calibrara sus medidas para ver si se amoldaban a las del asesino.

—Eres tú... —dijo por fin.

—Yo soy... ¿quién? —Marco Alfieri le miró con extrañeza.

—Ioannes.

El gondolero bufó con sorna, después de relajarse. Se tocó su labio sangrante con la mano y después volvió a mirar al suizo.

—¿Quién? ¿Estás loco?

—Siempre tan cerca de nosotros, de John... Desaparecido en los momentos clave, y con claras virtudes físicas —razonó en alto Heinz.

—Gracias por el cumplido.

—Si no, ¿por qué me has atacado?

—Me seguías.

—¿Y para un simple gondolero ésa es razón suficiente para atacar como una bestia?

—¿Y para un simple cura, es razón suficiente sospechar de alguien para intentar matarlo?

—Soy guardia suizo, no sacerdote —dijo él cansado de tener que aclarar ese extremo.

—Ni yo soy gondolero...

—Jamás lo habría dicho —dijo Heinz sin mutar su rostro.

—Trabajo para el gobierno —afirmó con cierto recelo—. Mi verdadero nombre es Yonatan Mizrahi.

Heinz Meier frunció el ceño y entornó su mirada.

—¿Eres del Mossad?

—No, de la KGB —respondió él con sorna—. ¿A ti qué te parece?

—Viniste con el primer ministro... —resolvió Heinz pensando en alto.

—Eso es.

—Pero él ya abandonó la isla.

—A él sí se le permitió hacerlo pero no a nosotros. Porque que no vinimos con el séquito oficial, sino encubiertos.

—Estoy seguro que alguien del Mossad no habría tenido problemas para abandonar la isla de un modo no oficial.

—Mis hombres se fueron pero yo me quedé para resolver esto —dijo él abriendo sus brazos, refiriéndose a la situación que se vivía en la isla.

—¿Qué tienes que ver tú con todo esto?

Yonatan se relajó y buscó la pared para sentarse allí reposando su espalda.

—El encuentro que iba a tener lugar aquí entre el papa y el primer ministro, fue provocado...

—¿Provocado? —se extrañó Heinz—. Eso es imposible. Pedro II llevaba tiempo preparando esta reunión. Estaba ilusionado con conseguir acercar las posturas entre vosotros y Palestina. Para él era lo más importante del mundo.

—Lo sé, lo sé —bufó él—. Pero si has estado enterado del asunto, mi primer ministro se negó al encuentro hasta hace bien poco...

—Lo recuerdo... hubo un cambio de actitud repentino.

—Digamos que alguien le animó a asistir al encuentro.

—¿Por qué?

—El primer ministro recibió una oferta increíble hace poco tiempo. Por medio de una llamada telefónica anónima que, evidentemente, no se pudo localizar. Se nos ofreció algo a cambio de dos cosas: por un lado, una importante suma de dinero y por otro, que... el gobierno aceptase a asistir a esta reunión.

—¿Y aceptasteis?

—Sí, pero por eso vinimos los agentes del Mossad. Para averiguar qué había detrás de todo esto. Cuando asesinaron al papa, entendimos que ésa era la razón por la que querían que se aceptara la reunión. El que estaba detrás de todo esto quería que Pedro II viniera a la isla.

—¿Para matarlo? ¿Y el resto de asesinatos?

—Cuando se le hizo la oferta al primer ministro, también se le aseguró la legitimidad del activo ofrecido, por llamarlo así... Al principio no lo entendimos, pero después comprendí que el papa y los demás debían estar al tanto de algo que pusiera en entredicho lo que se nos ofertaba y que...

—¡Un momento! —interrumpió Heinz Meier—. ¿Qué fue exactamente lo que se le ofreció al primer ministro?

Yonatan Mizrahi esbozó media sonrisa.

LO INEVITABLE

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:40 horas)

María Ayarza había sido acomodada en una de las embarcaciones oficiales, acompañada por cuatro agentes. Delante y detrás les acompañarían otras naves plagadas de soldados.

Llovía a cántaros y los paraguas y chubasqueros poco pudieron hacer para que todos estuvieran calados en menos de un minuto desde que abandonaran la protección del hotel.

—Debemos darnos prisa, por favor —requirió María al agente Fabio.

Él estaba demasiado ocupado organizando a los equipos y las embarcaciones. Se le notaba nervioso.

—En el hotel estábamos más seguros —afirmó cuando se sentó por fin junto a María.

—Como no llegemos a avisarles, morirán. No sé cuántos minutos pueden quedar ya...

—Llevo yo la cuenta, tenemos tiempo suficiente. Así que mejor que nos aseguremos de que usted esté protegida en este viaje.

—Perfecto... pero démonos prisa.

—Todo sería más fácil si no lloviese como si se fuera a acabar el mundo —se quejó Fabio mirando al cielo nocturno.

Las embarcaciones se pusieron en marcha. Desde donde se encontraba el hotel de María, la ruta más fácil era la de abandonar el entramado de canales de la isla y bordearla desde la parte oriental para dirigirse hacia el sur.

La bilbaína estaba agazapada en cubierta para protegerse del temporal. Fabio aguardaba a su lado.

Cuando ya enfilaban el canal que les llevaba a la salida hacia la laguna, un estruendo conmovió a todos los navegantes de las tres embarcaciones. En la calle de la ribera que les quedaba a la derecha, un artefacto había hecho explosión.

Todos se pusieron en alarma. Gritos, confusión y armas apuntando hacia el lugar.

El agente Fabio abandonó su asiento para sacar su pistola y ponerse en pie. No dejaba de dar instrucciones a quienes estaban en la parte de proa de la nave. En medio del descontrol, el ruido y la fuerte lluvia, María Ayarza sintió la necesidad de volver a acercarse al agente para no estar sola.

—¡Fabio! —gritó para ser escuchada por encima de la lluvia—. ¡Fabio! ¿Qué ocurre?

Puso la mano en su hombro para que el agente supiera que estaba detrás de él. Y

fue entonces cuando notó que Fabio se desplomaba. Una cuchilla de unos diez centímetros estaba insertada en su frente.

—¡Joder! —gritó María mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Al mismo tiempo, mientras la mujer miraba al cadáver del agente y el resto de los equipos dirigían su atención hacia la explosión ocurrida a la derecha de la embarcación, ocurrió algo en la dirección contraria. Desde las sombras de una callejuela perpendicular, emergió una imagen blanca volando a gran velocidad.

María se volvió por instinto. Solo vio que una capa ondeaba hacia ella. Y sin poder hacer nada por evitarlo, notó como una fuerza imponente la llevaba en volandas fuera de la embarcación, para dirigirse hacia la penumbra de la callejuela, al otro lado del canal.

La mujer intuyó que se deslizaban por un cable a modo de tirolina tendida sobre el canal e invisible por la fuerte lluvia. También comprendió que la pequeña explosión había sido una maniobra de distracción. Y, sobre todo, lo que le quedó dolorosamente claro fue que el vídeo que le habían remitido a su móvil, tal y como habían imaginado, había sido el cebo para que ella abandonara la protección del hotel. El cebo para que ocurriera lo inevitable y que Ioannes lograra capturar a su presa.

Cuando se posaron en el suelo, ya estaban demasiado adentrados en la calle perpendicular a la del canal como para ser vistos desde las embarcaciones.

María notó que Ioannes, sin decir nada, la sujetaba con autoridad por detrás y la hacía avanzar con urgencia. Ella reprimió sus lágrimas e intentó revolverse. Pero fue inútil.

Un rayo de esperanza asomó en su ánimo cuando vislumbró una figura conocida al final de la calle.

Heinz Meier, el guardia suizo, se encontraba a unos treinta metros, con un móvil en la mano. Les había visto y se dirigía corriendo hacia ellos.

María suspiró de alivio.

LA CARRERA

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (19:30 horas)

Los equipos del antiguo hospicio que se encomendara a Antonio Vivaldi seguían esperando. El tedio y la impaciencia eran generalizados. Llevaban demasiado tiempo bajo la lluvia.

El cuerpo inerte de Heinz Meier había sido descolgado y puesto en un lugar seguro. Giacomo Meazza y John Sheppard seguían sin hablar de ello. Tan solo habían ayudado a rescatar el cuerpo, inmersos en un completo mutismo.

Ambos pensaban lo mismo. A pesar de las diferencias de John con el suizo, Meier era considerado por los dos hombres como un imponente soldado. Y que Ioannes hubiera dado cuenta de él con el sarcasmo añadido de colgarlo de lo alto, era algo que les inundaba de pesimismo. Se enfrentaban al mismo demonio.

—¿No tienes ni idea de a dónde se dirigía cuando desapareció? —preguntó casi en un susurro John al escolta.

Estaban de nuevo agazapados y esperando. Absolutamente expuestos al temporal. Ioannes llegaba tarde a su cita, aunque ya les había dejado el regalito previo. A pesar de ello, no le habían encontrado por ningún sitio. Por tanto, habían decidido volver a apostarse en sus lugares correspondientes.

—No lo sé, muchacho, pero...

Fueron interrumpidos por uno de los soldados que se acercó hasta ellos por detrás.

—Señor, me han pedido que le informe de que han encontrado una bomba en el tejado de la iglesia.

Como los supuestos inhibidores seguían funcionando, la comunicación entre los equipos se hacía imposible. Ésa era la razón de que aquel soldado estuviera informando personalmente a todos los que podía.

—¿Y los artificieros qué dicen? —preguntó Giacomo.

—Ya no hay tiempo para desactivarla. Tiene un temporizador y...

—¿Cuándo...? —le cortó el escolta.

—Dentro de cinco minutos exactamente.

Giacomo miró su reloj.

—A las 19:35... ¿Se ha dado orden de desalojar?

—Sí, ya se han dado las órdenes —apuntó el soldado.

—¿Y los civiles de la zona?

—Solo se verían afectados dos hoteles. Los artificieros dicen que la bomba no es lo suficientemente potente como para dañar más que la iglesia. Se ha dado

instrucción de que los pocos huéspedes que hay no abandonen el hotel pero sí acudan a su parte trasera.

—De acuerdo —asintió Giacomo.

—Ustedes tienen que marcharse de aquí. El punto de reunión es al sudeste de esta posición. Bajen hasta Riva degli Schiavoni y aléjense hacia la izquierda.

—¿Y por qué no ir hacia San Marcos? —propuso Giacomo—. Tendríamos más espacio.

—Seguramente por el viento —intervino John.

—Así es —confirmó el soldado—. Hay que alejarse justo en dirección contraria.

Sin más conversación, el hombre desapareció para seguir informando. Y el escolta y John se levantaron y corrieron bajo el temporal hacia la laguna, siguiendo las indicaciones del soldado.

Cuando llegaron allí y torcieron hacia a la izquierda, vieron que ya casi todos los equipos estaban en el punto de encuentro.

Pero percibieron algo. Todo el mundo miraba en una misma dirección. Justo hacia detrás de donde John y el escolta estaban. Ellos se volvieron para mirar en dirección contraria.

A lo lejos y más allá del puente que quedaba al otro lado de la iglesia, estaba Ioannes altivo e inmóvil, bajo la lluvia. Con su brazo derecho sujetaba a una mujer.

—¡María! —gritó John.

Y comenzó a correr hacia ellos. Giacomo intentó sujetarle sin éxito.

—¡John! ¡Vuelve aquí! —le gritó con fuerza—. ¡Quedan segundos para que explote! ¡No llegarás a cruzar!

Pero él no podía escucharlo. Tan solo corría y corría. Su cerebro no podía concentrarse en otra cosa que no fuera en ordenar a sus músculos de que respondieran al máximo.

Ioannes cargó con facilidad el cuerpo de la mujer sobre su hombro y empezó también a alejarse a gran velocidad.

Giacomo, así como todo el resto de los miembros del equipo, miró su reloj... Tan solo unos instantes separaban a aquel joven londinense de la muerte.

John se acercó al puente cercano a la iglesia. Y la bomba explotó iluminando la oscura y lluviosa noche veneciana.

A un lado del fuego y de la lluvia de añicos de la iglesia destrozada, el escolta italiano murmuraba unos juramentos intercalados con oraciones por el alma de aquel desdichado.

Al otro lado, el cuerpo magullado de John Sheppard, que había rodado por el suelo por el impacto de la explosión, se levantaba decidido a continuar en su carrera hacia la mujer de su vida.

ÚLTIMOS MINUTOS DE LA CONVERSACIÓN TELEFÓNICA ENTRE EL GUARDIA Y EL SACERDOTE

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:35 horas)

El guardia suizo continuaba corriendo ya sin la intensidad de segundos antes. Consumía las distancias de las negras callejuelas venecianas con un solo pensamiento en su cabeza: llegar hasta la mujer.

De pronto, un relámpago partió en dos la noche veneciana, iluminando la isla de un modo lúgubre y fantasmagórico. Una milésima de segundo después, un trueno retumbó con violencia haciendo casi temblar la tierra.

Se puso a llover.

Heinz llevaba un móvil pegado al oído. Miró al cielo sin detener su marcha y chasqueó la lengua.

—Estoy llegando... —dijo él entrecortándose—. Todo esto es una locura...

—Lo sé, hijo. Después de todo —el sacerdote, al otro lado de la línea, hizo una pausa como si quisiera resumir en una frase toda la conversación mantenida—, ¡lo importante al final era el continente más que el contenido!

—La alianza de Dios con los hombres —citó el suizo de memoria—. Alianza por la cual vino la Salvación.

Pasados unos minutos de carrera en silencio, Heinz Meier se detuvo en seco en una pequeña calle perpendicular a aquella donde se encontraba el hotel de María.

Al fondo de la calle había una figura con capa blanca que sujetaba a una mujer.

—Le estoy viendo, Don Riccardo... —dijo con jadeos ahogados.

—¿A quién? —preguntó el nervioso.

—A Ioannes... Tiene a María.

—Ve a por ella, hijo. Que Dios te bendiga —le dijo con solemnidad.

—He de colgar.

Heinz guardó su teléfono. Y aguzó su vista hacia el fantasma. Supo que Ioannes también le había visto a él.

El suizo se fue acercando lentamente, al ver que su enemigo no se movía un ápice. Comprobó que María Ayarza había detectado su presencia y que su cara se iluminaba con una expresión de esperanza.

Heinz detuvo su paso y adoptó una postura desafiante, sin dejar de mirar hacia la penumbra infinita de aquella capucha.

—¡Sé quién eres en realidad, Ioannes! —gritó.

LA OTRA CAPA BLANCA

Venecia, un mes después del Vuelo de la Paloma

Venecia volvía a ser Venecia.

Las vidas perdidas en la funesta noche de hacía tres semanas, no habían dejado rastro alguno de melancolía en la olvidadiza ciudad del ocio y la indolencia.

Nadie sabía que, de nuevo, una personalidad importante visitaba la isla. Ni el propio personaje ni las autoridades habían querido provocar ningún revuelo, para no hacer mella alguna en el recuperado pero aún maltrecho ánimo de la ciudad.

La razón de aquella insigne visita era que el gobierno italiano había encontrado por fin el tesoro de Ioannes.

Con los responsables de la calamidad vivida por la ciudad aún en paradero desconocido, al menos se había hallado el escondite ya huérfano del misterioso caballero blanco. Y allí, el tesoro que Ioannes custodiara desde hacía más de mil quinientos años.

El hombre que visitaba la isla era conducido en un discreto barco por el Gran Canal, y miraba a través de los ahumados vidrios de la cabina donde se encontraba. Desde que, dos días antes, se enterara del hallazgo, había deseado ardientemente ir a verlo con sus propios ojos.

Llegaron a su destino. El personaje abandonó la embarcación y posó sus pies sobre las viejas maderas del pequeño muelle. Importantes autoridades italianas lo esperaban allí para acompañarlo.

Su immaculado atuendo blanco, recordaba al de aquel enigmático caballero. Pero no podía haber antagonismo mayor entre ambas personalidades. Similar a aquel antagonismo que se pudo presenciar en Mantua en el año 452, cuando las figuras de Atila y el papa León Magno se encontraron frente a frente.

—Su Santidad —anunció el que lideraba la comitiva, inclinándose para besar la mano al pontífice.

—Señor ministro —respondió el recién nombrado Pedro III, con una sonrisa afable.

El papa acababa de ser elegido pocos días antes. Una sucesión sin ningún revuelo mediático: natural y bastante esperada por la gente cercana al Vaticano. Había resultado elegido un cardenal, también italiano como el anterior pontífice, y que había sido una de las manos derechas de Pedro II. Por eso había escogido el mismo nombre que su mentor. Y por eso había querido ir a ver en persona aquello que su predecesor había mandado buscar y por lo que se había montado todo el jaleo veneciano de hacía unas semanas.

Le condujeron hacia el interior de un viejo palacio abandonado que, aunque hubiera visto tiempos mejores, nunca habría gozado de una posición preeminente entre los cientos de *palazzos* venecianos. De arquitectura sencilla y no muy elaborada, ahora el inmueble parecía caerse a pedazos.

Nadie habló mientras los miembros de la policía les llevaban por el piso inferior hasta una especie de pasadizo oculto entre dos estanterías ajadas y roídas. Había una puerta de piedra retirada en un lado, lo que daba a entender que, realmente, aquel lugar había sido diseñado para pasar inadvertido.

Tras unos segundos de paseo por un angosto pasillo, llegaron hasta una cavidad de unos ochenta metros cuadrados.

Tanto el papa como el resto de las autoridades que lo acompañaban, contuvieron la respiración.

El lugar parecía un auténtico arsenal de tiempos pasados. Lanzas, espadas, escudos, ballestas, arcos... todos exquisitamente ordenados en estanterías o colgados en la pared.

Además, había tres soportes de madera maciza que hacían las veces de maniqués, y que estaban engalanados con sendas armaduras: petos de cuero con el águila tallada y exquisitas capas blancas con capucha a la espalda.

Los hombres pasearon indistintamente por la estancia, observando aquel extraño lugar.

Observaron que también había un espacio con varios ordenadores apagados, y carpetas apiladas. También unas baldas metálicas llenas de artefactos modernos, como poleas, cuerdas de gran resistencia y varios explosivos.

—Ahí podían ver casi toda la ciudad —dijo uno de los agentes señalando los ordenadores—. Debían tener cámaras ocultas casi en cada rincón de Venecia.

—¿Y esto? —preguntó el ministro mirando las baldas metálicas llenas de objetos.

—Eso es el soporte técnico que usaron para montar los numeritos... —dijo él suspirando—. Para lanzarse del Campanile al palacio usó la cuerda ya establecida para el Vuelo de la Paloma pero con una de estas poleas que hay aquí. También hay explosivos como los que usaron para volar aquel viejo edificio. Vamos, aquí está la explicación técnica de todo —hizo un gesto con los brazos como para abarcar todo lo que veían. Después provocó un silencio para dar importancia a lo que quería decir a continuación—. Pero acérquense por aquí. Creo que han venido a ver esto, ¿no?

El policía se dirigió hacia la pared del fondo, que estaba tapada por unas lánguidas cortinas grisáceas.

Se detuvo y echó una sugerente mirada a la insigne y expectante comitiva que había allí congregada. Y recorrió las cortinas con energía.

Pedro III se llevó la mano a boca y casi sintió ganas de llorar.

«El cofre que contiene la alianza de Dios con los hombres... alianza por la cual

vino la Salvación», recitó en su cabeza.

Allí, inhiesta y orgullosa, sujeta por cuatro pilares, había un cofre de madera oscura y de ricas ornamentaciones doradas.

Era el Arca de la Alianza.

EL DUELO. SEGUNDA PARTE

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (19:55 horas)

John calibraba en su mano el peso del florete, de empuñadura y cazoleta francesas según pudo adivinar.

Al contrario de lo ocurrido unas noches atrás, cuando había sido atravesado por Ioannes, ahora su mente estaba absolutamente concentrada en aquel duelo. Como si pensar en lo que ocurría a su alrededor fuera demasiado doloroso, su cerebro le protegía centrándose exclusivamente y de un modo calculador en la espada que sostenía y en su oponente.

Se acercó lentamente hacia Ioannes caminando bajo la lluvia. No quiso volver a dirigir su mirada hacia el cuerpo de María, que yacía a escasos metros a su izquierda. Al llegar hasta su enemigo, elevó su espada y tomó una postura perfilada con las piernas semiflexionadas, adoptando la posición de guardia. Entornó sus ojos, desafiante.

—Esto no es un combate olímpico, Sheppard —dijo el caballero con sorna.

John no respondió y mantuvo su disciplinada postura sin moverla un ápice.

Entonces, Ioannes lanzó la primera estocada de preaviso con un golpe recto. John la paró sin dificultad. Después, el caballero soltó media estocada en tercia y un falso ataque. Todo previsto por el londinense que permaneció sin romper distancia.

Después, fue John quien atacó en cuarta pero el caballero paró el golpe lanzando una estocada que a punto estuvo de clavarse en el hombro del londinense.

John iba cogiendo confianza. Habían pasado muchos años pero empezaba a recordar. Además, la práctica de su oponente no era tan depurada como la suya, de eso estaba seguro. Se vio con posibilidades.

Así, se lanzó de nuevo contra Ioannes atacando y enganchando, haciendo que el caballero retrocediera poco a poco. Los tiradores se movieron unos quince metros desde su posición original, fruto del afán ofensivo por parte de John, que a pesar de todo, no consiguió tocar a su oponente.

La tormenta de golpes amainó y ambos esgrimistas permanecieron frente a frente. Lanzaban continuos jadeos, enmudecidos por el fuerte repicar de las gotas de lluvia en todo el adoquinado.

Ahí estaban, frente a frente, dos tiradores en mitad del patio del Palacio Ducal de Venecia. Prescindiendo del atuendo de John Sheppard, el resto del contexto olía a viejas épocas de mayor gloria, valor y romanticismo.

John probó suerte de nuevo, ya plenamente consciente de su superioridad técnica y se batió a fondo, haciendo retroceder de nuevo al fantasma blanco, hasta las

fastuosas escaleras que llevaban hasta el atrio superior.

Ioannes se defendió sin demasiado rigor en el arte, pero a la perfección y casi sin esfuerzo. Todo ello fruto de su fuerza y agilidad descomunales.

De nuevo, otro parón y posiciones en guardia. John empezó a dudar. Y Ioannes rió por lo bajo. Parecía estar solo probando a su presa.

—Estamos aquí para matarnos, Sheppard —anunció con voz grave—. No para ganar un torneo...

Así, el caballero alzó su espada y lanzó su primera estocada en serio. Potente y violenta. De izquierda a derecha a una velocidad vertiginosa. John dudó sobre si debía neutralizarla pero, al ver que la fuerza del golpe podía desarmarlo, prefirió apartarse tirándose al suelo.

Después, Ioannes, casi sin periodo de recuperación, lanzó otro golpe de arriba abajo. Y John tuvo que rodar por el suelo y trepar por los primeros peldaños de las escaleras para que la hoja golpeará en el adoquinado.

Fue en ese momento cuando recuperó las nefastas sensaciones de la noche de su anterior duelo. Comprendió que no todo se resolvería en un duelo de movimientos laterales limitados y respetando las técnicas más puras de la esgrima.

Como había dicho Ioannes, estaban allí para matarse. Y debían usar las espadas que tenían en sus manos de la manera más efectiva posible para tal fin. Eso era todo.

Ioannes siguió lanzando estocadas terribles que levantaron chispas del suelo a cada roce. Y John fue intentando esquivarlas reptando por las resbaladizas escaleras mojadas.

El londinense hubo de parar el siguiente golpe con su florete, en la parte más cercana a su empuñadura. Eso le daba más resistencia, pero menos movilidad de la espada para contraatacar. Así que optó por defenderse a la vieja usanza y lanzó una fuerte patada contra el cuerpo de Ioannes, que la recibió de lleno, haciéndole retroceder unos peldaños.

John casi quedó sorprendido. Según pudo recordar, aquella era la primera vez desde que emergiera a la luz el caballero, en que alguien le había infringido un daño. No sabía si eso debía darle ánimos o amedrentarle por miedo a la reacción que tendría el fantasma.

Sin tiempo a decidirse por una u otra sensación, vio que Ioannes lanzaba rápidamente otra estocada, pero de trayectoria bastante errada. John pensó que se debía a que su golpe anterior le había descolocado.

Fuera como fuese, el joven londinense pudo levantarse y recuperar cierta compostura con su florete. Con la pierna izquierda en un peldaño y la derecha dos escalones más abajo, blandía la hoja hacia su oponente.

Se aventuró a lanzar una estocada a fondo, pero Ioannes la paró golpeando el florete de John con tanta fuerza que la espada se le escapó de la mano al londinense y

cayó detrás de él. Él se giró con ímpetu y subió varios peldaños para recoger su arma. Después ascendió hasta el claustro del piso superior: allí no entraba tanta agua y podía ver a su adversario con más claridad.

El caballero blanco subió con agilidad y de nuevo quedó frente a John. Los duelistas estaban separados por no más de diez metros en el largo pasillo del atrio. A su derecha, quedaban las paredes del palacio. A su izquierda, la columnata separada por las barandillas de piedra que daban al patio, varios metros más abajo.

John comenzó a intuir lo inminente de aquella situación. No quedaba mucho más espacio donde huir. No quedaban más cartuchos que quemar. Era matar o ser matado, y a pesar de las pocas posibilidades fácticas que veía en la primera opción, le resulto ésta mucho más deseable que la segunda. Con lo que resopló con fuerza y comenzó a correr hacia su adversario.

Ioannes pareció vacilar. Y justo eso era lo que John pretendía: sabía que un ataque frontal de aquella manera bien podía terminar con él ensartado en el florete enemigo, pero si jugaba con el factor sorpresa y se abalanzaba con la rabia suficiente, quizá pudiera derribar a su enemigo.

Justo antes de llegar a él, John elevó sus poderosos ciento noventa centímetros en un salto y lanzó una estocada hacia la empuñadura del caballero blanco. Ioannes, algo desconcertado, pudo detenerla pero eso le hizo despreocuparse por el resto del ataque: es decir, por el cuerpo del propio John que se abalanzaba hacia él.

Ambos terminaron rodando por el suelo, ya sin las espadas. Se lanzaban golpes ciegos y forcejeaban sin parar.

Ioannes gruñó de rabia antes de coger a John y lanzarlo a fuerza de piernas contra la barandilla. El joven se golpeó en el espinazo y quedó algo aturdido. El caballero blanco se levantó y empujó a John hacia detrás intentando tirarlo al vacío. El joven tenía arqueada la espalda con el trasero en la parte superior de la barandilla y los pies despegados del suelo por la fuerza con la que presionaba Ioannes. Sus manos dudaban de si aferrarse al balconcillo o sujetar a su enemigo para forzarlo a que lo soltara. Pero sabía que ambas opciones eran inútiles. Estaba en una posición de clara desventaja y se encontraba completamente a merced de Ioannes. Pensó que todo había terminado...

El rostro de John quedó de nuevo bañado por la intensa lluvia al encontrarse a la intemperie. La cortina de agua no permitió al londinense ver lo que en ese momento ocurrió...

Pero sí percibió que el cuerpo de Ioannes se convulsionaba y que la presión sobre él cedía.

John volvió a aferrarse a la barandilla y logró tocar de nuevo el suelo con sus pies. Se frotó los ojos y vio que Ioannes se volvía para arremeter contra otra persona que lo había atacado por detrás. En ese momento, John decidió que el enemigo de su

enemigo era su amigo y ayudó al tercero en escena propinando un fortísimo puñetazo en la espalda del caballero blanco.

Eso hizo que Ioannes se tambaleara y el hombre desconocido aprovechó la ocasión para empujar al fantasma que chocó contra la barandilla y cayó al vacío de espaldas...

John miró al hombre que lo había ayudado y no se creyó lo que veía: no se creyó a quién veía... Un pelo cano y una nariz redonda. Marco Alfieri, su gondolero personal, le había salvado la vida.

Sobraron las palabras entre los dos hombres, que lo siguiente que hicieron fue asomarse a la barandilla para observar el maltrecho cuerpo de Ioannes.

Y fue entonces cuando John Sheppard sintió, una vez más aquella noche, su alma absolutamente rota.

A varios metros por debajo, yacía el cuerpo inerte de un caballero blanco con la capucha por primera vez retirada de su testa: con la faz al descubierto.

Y el rostro de aquel fantasma no era otro que el de Dave Sheppard, su propio hermano.

PRIMERA PARTE DE LA CONVERSACIÓN TELEFÓNICA ENTRE EL GUARDIA Y EL SACERDOTE

Venecia, siete días después del Vuelo de la Paloma (18:30 horas)

Heinz Meier pateaba a gran velocidad por las desiertas calles de Venecia. Llevaba un móvil en el oído y hablaba con la única persona con la que había podido contactar: Riccardo Loredan. Giacomo Meazza y los equipos de la operación estaban absolutamente incomunicados.

Se dirigía como alma que llevaba el diablo hacia el hotel de María por expresa orden del sacerdote, que era lo primero que le había pedido según había descolgado el teléfono. Él no había hecho preguntas y había accedido al requerimiento.

Durante el camino, le contaba su historia con el espía israelí.

—¿Del Mossad? —preguntó al otro lado del teléfono Riccardo Loredan.

—Eso es —respondió Heinz después de contarle su conversación con Yonatan Mizrahi.

—A ver si me aclaro —dijo el cura que no paraba de dar nerviosos paseos por su casa—. Al primer ministro se le ofreció el Arca de la Alianza por mil millones de euros.

—Exacto —corroboró Heinz, al que se oía jadeante por el ritmo de su carrera—, y a cambio también de que accediera a mantener la reunión que el papa Pedro II quería organizar para interceder en el conflicto con los palestinos.

—¿Sabes lo que eso significa? —preguntó con retórica el sacerdote llevándose la mano a la frente—. El Arca... para los judíos es...

—También lo es para los cristianos —añadió Heinz.

—Sí pero para ellos tiene un sentido... —Riccardo estaba muy excitado como para acabar ninguna frase—. De acuerdo, es igual. Entonces, a Marco se le encomendó la tarea de investigar quién estaba detrás del ofrecimiento, ¿no?

—A Yonatan... —corrigió Meier.

—Eso, a Yonatan.

—Aunque ese tampoco será su verdadero nombre, seguramente —matizó de nuevo Heinz.

—Bueno, bien, ¡me da igual! Dejémoslo en Yonatan...

—De acuerdo... —accedió el suizo—. Y sí, así es: él entró en Venecia días antes con un equipo de agentes de paisano. Y descubrió algo...

—Hijo mío, ahórrate el suspense y sé directo —pidió Riccardo enfurruñado.

—¿Sabe esas famosas obras en el limo de la laguna que llevan invadiendo Venecia unos años para impedir que se hunda?

—Como no voy a conocerlas...

—Pues el Mossad descubrió que, en realidad, tenían otro sentido añadido...

—Encontrar el Arca... —se anticipó el sacerdote.

—Exacto. El fin de las obras es el que todos conocemos, claro, pero una importante organización se las había apañado para inyectar capital por vías indirectas en aras de lograr un objetivo añadido. Siempre en el más absoluto de los secretos.

—¿Y cómo lograron hallar la conexión los del Mossad?

—Yonatan me ha dicho que, sencillamente, un mes antes del encuentro, la mitad de la agencia se puso a investigar todo lo relacionado con Venecia, y con las intenciones del papa para la reunión.

—¡El pobre Pedro II no tenía nada que ver!

—No, claro. El tema es que descubrieron lo de las obras.

—¿Y cuál es esa organización de la que hablas?

—Lo cierto es que no es una organización en sí, sino una facción concreta dentro de una organización que se hace llamar World's Angels.

—¿No es esa la organización semisecreta de personas millonarias?

—Sí, bueno... En realidad, está formada por personas de todo tipo, siempre muy poderosas: monarcas, multimillonarios, políticos retirados... La mala prensa le achaca participar en las decisiones más importantes de las cumbres internacionales como si los países y líderes políticos fueran sus marionetas. Ellos defienden que solo promueven causas humanitarias y medioambientales a las que dedican sus importantes recursos.

—Bien, al grano: ¿dices que una facción de World's Angels es la que está detrás de esto?

—Según Yonatan, es una rama radical... El Mossad y, según me ha dicho, otras agencias, ya conocían de ella. Nunca se ha podido demostrar nada pero todo indica que han participado en más de algún conflicto mundial, para salvaguardar sus intereses políticos y económicos. Guerras por petróleo, títeres políticos puestos en el poder por ellos, y un largo etcétera.

—La cuestión es que por esas inyecciones de dinero en las malditas obras en el limo, hallaron la relación con World's Angels, ¿no?

—Un momento... —pidió el suizo.

Heinz Meier hizo una parada en su carrera. Miró a varias callejuelas que se abrían ante sí. Odiaba que en aquella ciudad fuera imposible llegar a los sitios por la vía recta: siempre había que hacer rodeos para sortear canales y cruzar puentes. Después, se decidió por una de las calles y continuó corriendo por el empedrado.

—Ya está —anunció el guardia—. Y sí, así lograron encontrar la relación. Pero no

es eso lo más fuerte. ¿Sabe quién es el supuesto líder de esa facción extrema?

—No, hijo, no lo sé —dijo el sacerdote suspirando de impaciencia.

—Liam Sheppard, el padre de John y del difunto Dave.

—¿Liam Sheppard?

—Sí. De hecho, creen que está vivo.

—Ahora me empieza a encajar un poco el asunto —dijo el cura por lo bajo.

—¿Perdón?

—Luego te cuento. Ahora termina tú.

—Bueno, me ha dicho que analizaron lo relacionado con su supuesta muerte y lo primero que descubrieron fue que no murió en África.

—Cosa que nosotros ya sabemos...

—Pero hay más... —matizó el guardia—. Después, hallaron que trabajó en una expedición para el Vaticano en Turquía y que su desaparición no fue demasiado concluyente... No les convencía.

—Así trabajaron con la suposición de que estaba vivo...

—Exacto. Y por eso, Yonatan se hizo pasar por gondolero personal de John Sheppard. Después del asesinato del papa, se hizo un listado oficial de las personas que quedaban en la isla, y allí vieron que el hijo de Liam estaba aquí, así que decidieron permanecer cerca de él por si su padre establecía contacto. Le fue fácil engatusarle aunque pronto se dio cuenta de que Sheppard no sabía nada.

—Ese majadero es un alma cándida... —suspiró el sacerdote con más compasión que recelo por John.

—Aun hay más: ¿sabe qué encontró Liam en las excavaciones?

—El cuerpo de Dandolo, como hizo su hijo años más tarde en la última expedición, ¿no?

—No —corrigió Heinz—. Según Yonatan, en la primera expedición, la que lideró Liam Sheppard, encontraron restos de algo importante: algo que fue lo que provocó la búsqueda del arca y la recuperación de la enigmática figura de Ioannes.

Riccardo Loredan cerró los ojos. Su mente trabajaba deprisa intentando atar todos los cabos que estaban sueltos en su cabeza. Quizá lo que acababa de oír podía darle el nexo de unión de todo el rompecabezas.

—¡Las tablas! —gritó por fin—. Las tablas de los Diez Mandamientos.

—¡Bingo! —confirmó el vicecomandante impresionado—. Aunque no lo saben con exactitud, el Mossad piensa que encontró algunos restos de ellas: algo que le hizo saber a Liam dónde podía hallarse el Arca de la Alianza. Si las hubiera encontrado completas o en buen estado, también las habría ofrecido al gobierno israelí, cosa que no hizo —Heinz hizo una parada para coger aire y suspirarlo con fuerza—. Lo que no saben es lo demás...

El sacerdote asintió pensando en el resto de la historia que ellos sí conocían por

medio de Heinz Meier. Intentó anudar ambas partes de los relatos.

—Ellos no saben —dijo Riccardo razonando en alto— que el papa mandó la expedición allí porque un joven soldado, llamado Orio, redactó en su diario de guerra que el enigmático Ioannes había escondido en aquellas tierras una parte del tesoro que llevaba custodiando varios siglos.

—Eso es: el nombre y la figura de Ioannes ni les suena. Cuando vieron a un hombre con capucha y vestido de medieval, se sorprendieron tanto como el resto del mundo. Lo que sí saben es que, detrás de este personaje debe estar esa facción de World's Angels, que se está encargando de limpiar del mapa a todos los que han estado relacionados con la expedición: para que nadie pueda atar cabos y que, así, el mundo no pusiera en entredicho la legitimidad de la propiedad del Arca de la Alianza en manos del gobierno israelí, en caso de conseguir la transacción.

Riccardo caminaba por la casa cada vez más nervioso. Y de pronto se detuvo como si hubiera tenido una inspiración.

—Creo que tengo todo el puzle montado, Heinz... —murmuró, como si tuviera miedo de que, al decirlo en voz alta, todo lo que estaba claro en su cabeza se desmoronara.

—¡Pero hay cosas que aún siguen sin tener ni pies ni cabeza! ¿Por qué Dave Sheppard encontró años más tarde el cuerpo de Dandolo allí? ¿Por qué una organización que lidera supuestamente Liam, es capaz de matar al propio hijo de éste?

—Porque Dave Sheppard no está muerto —afirmó Riccardo con toda la solemnidad que le fue posible.

—¿Qué? ¿Y quién es el del depósito? —preguntó desesperado el guardia suizo.

—O Thomas Andersson, o Jan Bergholz. Uno de los dos es el quemado y el otro, el del depósito.

—Empiece por el principio de ese puzle que dice que acaba de montar, por favor —le rogó Heinz—. Pero hágalo rápido porque llego ya al hotel de María.

—A ver si yo mismo me aclaro... —introdujo el sacerdote—. Liam fue a la expedición de Turquía. El Vaticano le ofreció todos los recursos para averiguar qué era eso tan precioso que, por encargo de León Magno, guardaba alguien denominado Ioannes. Según el diario de un tal Orio, parte de ese tesoro quedó enterrado en tierras turcas. Por eso el Vaticano mandó allí a Liam. Y éste halló que había indicios, como tú me has contado, de que en aquel lugar habían sido enterradas las tablas —Riccardo asintió para sí como si hubiera descubierto que, efectivamente, el primer razonamiento que había hecho, tenía sentido—. Así pues, como Liam sabía que Ioannes guardaba un cofre...

—Al ver que allí fueron enterradas las tablas —concluyó entre jadeos Heinz Meier—, comprendió que lo que custodiaba Ioannes en realidad era el Arca de la

Alianza, que precisamente se construyó para guardar las tablas de los diez mandamientos.

—Eso es, eso es —asintió el sacerdote despacio—. Por eso Liam buscó el Arca en Venecia: sabía que Ioannes regresó a la isla con el resto de su tesoro... que no era otra cosa que el Arca. Simuló su muerte para no tener que dar explicaciones al Vaticano y se puso a buscarla por su cuenta. Por medio de su poderosa organización, empezaría a remover Venecia, ocultándolo todo bajo las obras en el limo contra el hundimiento de la isla.

—Hasta aquí bien... ¿Y el cuerpo de Dandolo?

—Una pista para su hijo. Llevaría allí el cuerpo para que su hijo fuera a Estambul, tal y como fue María después. Quería que solo él descubriera el asunto: dejaría alguna señal que solo su hijo pudiera identificar o... Esto lo imagino porque sé que... —suspiró antes de proseguir— Dave Sheppard es quien está detrás de la capucha de Ioannes.

—¿Dave Sheppard es Ioannes?

—Sí, estoy casi seguro. He estado hablando ahora con unos agentes que se dedicaban a investigar a los dos últimos nombres de la lista: Andersson y Bergholz. Hallaron que uno de ellos recibió misivas animándole a venir a Venecia. Parece que alguien quería reunirles aquí. Al principio no lo sospeché, pero luego llamé a la casa donde vive María: pedí que abrieran su correo y allí había una carta de Dave Sheppard pidiendo a la mujer que viniera a Venecia para reunirse con el resto del antiguo equipo y hablar sobre lo que habían descubierto.

—Ella jamás vio la carta porque casualmente decidió venir a Venecia a buscarlo a él...

—Sí, aunque ya antes intentaron liquidarla en Estambul, porque había sido la única en seguir investigando.

—De todos modos, esa carta no me parece prueba suficiente para incriminar a Dave y defender que no está muerto...

—He pedido que un agente fuera al depósito: allí han comprobado que el muerto bajo el nombre de Dave, llevaba tatuada un águila. Y, tal y como nos contó María, ese tatuaje se lo hicieron todos los miembros del equipo menos Dave Sheppard, que ya había abandonado el barco.

—¡Pero su propio hermano fue a reconocer el cadáver!

—Un hermano que llevaba años sin verle y que se encontró con un cuerpo muy hinchado por el agua y deteriorado por los peces —matizó el sacerdote—. Además, es muy posible que le hicieran la cirugía estética o algo así.

—No me lo creo...

—Pues vete haciéndolo, hijo. El tatuaje está allí y además todo encaja.

—¡Un momento! —interrumpió Heinz—. Si el del depósito es una de las dos

posibles víctimas que quedaba junto a María... ¡Es ella en realidad la única que queda viva!

—¿Y por qué crees que te he mandado allí a toda velocidad, hijo? También he hablado con varios agentes, pero... Espero que llegues cuanto antes.

—De acuerdo que quieran matar a todos los implicados pero... ¿Por qué bajo el disfraz de Ioannes? ¿Por qué con pistas y toda la parafernalia?

—Ni idea pero supongo que, vistiéndolo así, la opinión pública jamás imaginaría que, en realidad, nos encontramos ante crímenes con un móvil meramente económico.

—De mil millones de euros.

—Sí... Además, están las pistas y las cartas que supongo que Dave mandó a su propio piso para que las viera María... todo ayudaba a que su víctima se mantuviera cerca... De todos, no lo sé, Heinz: eso es algo que ya averiguaremos. Ahora lo importante es proteger a la chica.

El guardia suizo continuaba corriendo, ya sin la misma intensidad de minutos antes. Consumía las distancias de las negras callejuelas venecianas con un solo pensamiento en su cabeza: llegar hasta la mujer.

De pronto, un relámpago partió en dos la noche veneciana, iluminando la isla de un modo lúgubre y fantasmagórico. Una milésima de segundo después, un trueno retumbó con violencia haciendo casi temblar la tierra.

Se puso a llover.

LA ESPANTADA

Venecia, nueve días después del Vuelo de la Paloma

Todo había terminado.

No todo, ya que las personas responsables de la creación de Ioannes y verdaderos pensadores de aquella trama, seguían aún sueltos y anónimos.

Don Riccardo caminaba por la Strada Nova con las luces del alba aún luchando por quebrar la noche. El amanecer despedía ese olor que hacía que Riccardo lograra recordar sentimientos ocultos por su ciudad: a esas alturas del día, el perfume del mar arrojado por la laguna no había sido aún velado y el sacerdote intentaba inspirarlo con fuerza para grabarlo como un indeleble recuerdo hasta la próxima vez que regresara.

Sostenía un periódico en la mano que leía poco a poco sin detenerse en su caminar: a aquellas horas era imposible que se chocara con ningún transeúnte.

Además, el día anterior, después de la funesta noche de las bombas, secuestros y duelos, se había hecho público que el peligro había pasado. Con lo que los turistas habían copado el aeropuerto y las estaciones para olvidar unas vacaciones que, paradójicamente, serían inolvidables. En los corrillos venecianos se hablaba de que existían colas interminables y mucha tensión por parte de los viajeros: la avalancha de gente que quería volver a su casa hacía imposible conseguir un billete en cualquier medio de transporte.

Y las autoridades abatieron al asesino. Un loco, cuyo nombre no ha sido aún desvelado y cuyas motivaciones eran tan solo las de un asesino en serie cualquiera: solo que haber logrado asesinar al mismísimo papa y haber vestido sus obras con el numerito de la capa y la capucha, provocará que no sea recordado solo como un disparatado asesino en serie más. Eso lo singularizará y hará que se grave su nombre en uno de los tristes capítulos del Libro de la Historia. Que es exactamente lo que él buscaba.

Así pues, han quedado de lado todas las elucubraciones del ciudadano de a pie sobre si nos hallábamos ante asesinatos con motivos religiosos o políticos.

Tan solo era un loco encapuchado bien preparado y que tuvo éxito.

—Justo en el clavo, majadero —dijo por lo bajo Riccardo, después de mirar el nombre del articulista—. Lo has clavado.

El sacerdote se adentró en la parte norte del barrio de Cannaregio. Se dirigía hacia el hotel de John Sheppard.

El muchacho había quedado abatido después de todo lo que había pasado: la explosión, el duelo, María, su hermano... El sacerdote había sentido casi dolor físico

cuando vio al joven después de los acontecimientos.

La vigorosidad habitual de sus ojos había sido sustituida por los más aciagos aromas de la soledad y desesperanza. Y Riccardo siempre había creído que justamente éstos eran los dos males que atenazaban al ser humano en la sociedad actual...

—Soledad y desesperanza... —musitó el sacerdote negando por la cabeza.

Poco después, llegaba ya a la Residenza Cannaregio.

—Hola, buenos días —saludó el cura al pasar por la pequeña recepción del hotel.

Subió al segundo piso por las escaleras y fue hasta la puerta de la habitación de John. La golpeó con los nudillos. Esperó.

—¡Sheppard, majadero, soy yo! Levanta de una vez... —dijo acercándose más a la puerta.

El sacerdote suspiró y negó con la cabeza. Sintió otra punzada de compasión por el muchacho. Su hermano había resultado ser...

Dándose por vencido después de golpear la puerta un par de veces más, bajó por las escaleras y salió al precioso patio interior del hotel, hacia donde daba la habitación de John. Quería ver si las cortinas de su ventana estaban descorridas o no.

—El señor Sheppard se ha marchado —dijo una voz a sus espaldas.

—¿Cuándo? —espetó él volviéndose y encontrando ante sí a uno de los empleados del hotel.

—Esta mañana. Parecía haber conseguido un vuelo, no sé cómo —dijo el hombre.

—No hay nada que no se consiga con mucho dinero, según parece —observó el sacerdote por lo bajo.

—¿Perdón?

—Es igual, muchas gracias —dijo Riccardo dando una palmada en el hombro al empleado antes de marcharse.

El sacerdote volvió a salir y se dirigió hacia la casa de su difunta madre. Aquella misma tarde, o como mucho al día siguiente, llegaría su hermano para poder estar juntos ante la tumba de Paola.

Y después del debido duelo, Riccardo volvería a Roma. Tenía muchas cosas de las que ocuparse allí...

En ese momento, sonó su teléfono.

—María, hija, ¿cómo estás? —contestó risueño la llamada.

—Bien, Riccardo, bien. Mucho mejor. Saldré mañana por la mañana de aquí.

María Ayarza estaba en el mismo hospital que pocos días antes recibiera a John Sheppard.

Después de la muerte de Dave, John se había quedado paralizado por el shock: inmóvil, se había derrumbado al empedrado sin poder levantar la mirada del suelo durante eternos minutos.

Pero Yonatan Mizrahi había reaccionado acudiendo donde la mujer, solicitando asistencia médica para ella justo antes de desaparecer de la escena.

Todo había resultado quedar en un susto. María tenía varias heridas poco profundas y un traumatismo cerebral leve provocado por Ioannes, para dejarla sin sentido justo antes de que apareciera John.

—Esta tarde iré a verte, hija. A ver si el idiota de mi hermano me llama de una vez para decirme cuándo puede volar, pero yo creo que sí que sacaré un rato.

—De acuerdo —accedió María—. Pero trae algo de comer, por favor.

—Claro, ¿unas pastas?

—Qué pastas, ni qué... helado, pizza, un filete de ternera... La comida de aquí es una mierda —se quejó ella con sinceridad.

—Vale, vale: algo haremos...

—Por cierto, ¿no sabrás nada de...? —preguntó ella bajando la voz y casi con timidez.

—Justo estoy saliendo ahora de su hotel...

—Se ha ido ya, ¿verdad?

—Sí. Esta mañana.

—Ese imbécil no me ha venido ni a ver...

—Es un majadero —bufó Riccardo—. Pero compréndelo: hace dos días creía que su hermano y su padre habían sido asesinados y después resultó que ni habían muerto y que, además, eran los malos de la película...

—Ya lo sé... Pero ¡un momento, Riccardo! —interrumpió María—. ¿Sí? Adelante. Gracias.

El sacerdote escuchó que alguien entraba en la habitación de María. Riccardo prosiguió su camino con el paso nervioso y ágil que lo caracterizaba, sin prestar demasiada atención a lo que la mujer bilbaína hablaba con una persona al otro lado de la línea.

—Riccardo, ¿sigue ahí?

—Sí, aquí sigo. ¿Quién era?

—Me han traído unas flores.

—¿Ese majadero ha tenido el detalle después de todo?

—No creo, Riccardo —respondió ella taciturna—. O quizá sí, pero entonces es una broma de mal gusto.

—¿Qué ocurre, María?

—Las flores venían con una tarjeta... —dijo con preocupación.

—Como es lo normal, ¿no? —apuntó el cura.

María hizo una pausa antes de continuar. Por fin, dijo mientras suspiraba:

—La tarjeta lleva un águila impresa.

EL SALUDO

Roma, veinte días después del Vuelo de la Paloma

John Sheppard deambulaba por la Ciudad Eterna. Vestía con una camiseta y pantalones vaqueros, protegiendo sus ojos tras unas gafas de sol. Otro turista más entre la marea de gente que abarrotaba la ciudad aquellos días.

Hacía calor pero no llegaba a ser sofocante. El londinense sostenía un helado en sus manos y, en esos momentos, dejaba atrás la Plaza de España. Se dirigía hacia el oeste de la ciudad para cruzar el Tíber.

A medida que se acercaba a su destino, veía a más y más gente. Decían que ya había ocurrido... Y todo el mundo quería verlo.

John adecuó su camino para poder pasar frente a un lugar que le traía muchos recuerdos. Eso provocaría que tuviera que dar un pequeño rodeo pero no importaba. Tenía tiempo de sobra.

Por primera vez en días, sintió otra vez una luz en el horizonte de su grisáceo ánimo. Por primera vez, lograba disfrutar de lo que percibía a su alrededor a través de sus sentidos. La luz, el verde Tíber, las eternas formas de la ciudad romana...

Ello le llevó a pensar en los momentos de mayor resplandor en su propia vida. Momentos de lozanía que precedieron a la tormenta dolorosa de la humillación.

Pero ya no se sentía defraudado cada vez que la mujer le venía a la cabeza.

El intenso dolor sufrido en Venecia le había servido como tratamiento de choque para dar sentido al resto de sus vivencias.

Terminó su helado y se sacudió las manos con satisfacción. Miró al cielo y dejó que el sol bañara su rostro. Ya sentía el olor del Tíber.

Al otro lado del río pudo ver el Palacio de Justicia. Al inicio del puente que llevaba hasta él desde la orilla en que John se encontraba, era donde había conocido a María Ayarza. Había sido su hermano quien se la presentara... Una colega de trabajo.

Y una semana después, era en aquel mismo lugar donde John la había besado. A partir de ahí todo ocurriría con un ritmo natural durante los años siguientes: noviazgo, presentación en sociedad, preparativos para el matrimonio, miedo de última hora y boda frustrada. Salvo por lo último, todo lo demás había constituido el mejor periodo en la vida del londinense.

Llegó al puente, después de esquivar a mareas de extranjeros reunidos en la ciudad para la gran ocasión.

Cuando se acercaba, percibió una figura conocida. Unos cabellos dorados cayendo sobre una espalda estrecha pero fornida. Brazos morenos emergiendo de una camiseta sin mangas y unos ojos marrones perdiendo su triste mirada entre las

reverberaciones del Tíber. Y una postura altiva y firme, sin la cual esa personalidad no sería reconocible.

John se detuvo impactado y con sonrisa agrí dulce. Ella... Su perdición y su luminosidad. Su dolor y su placebo. Su muerte y su vida.

—María... —susurró al acercarse a ella.

La mujer tardó unos segundos en reaccionar, hasta que comprendió el significado de su nombre pronunciado en labios de John. Inspiró con fuerza y se giró, abandonando su letargo con energía, como si fuera un mimo al que acabaran de arrojar una moneda.

María no dijo nada. Tan solo le miró y dejó que sus ojos hablaran por ella ofreciendo un sinfín de mensajes. Mostraron primero tristeza por lo que John había tenido que vivir y por lo que a ella le había tocado padecer. Después arrojaron un brillo de reproche por el hecho de que John la hubiera dejado abandonada. Más tarde, comprensión... y por último, un risueño matiz de enamoramiento.

Todo ello en dos escasos segundos sin palabras.

Dos escasos segundos que precedieron a la vertiginosa bofetada que María propinó a John.

Una bofetada que, a su vez, precedió al posterior beso.

Un beso, que selló por fin el perdón mutuo.

* * *

Dos horas después, la Plaza de San Pedro era un hervidero.

Todos miraban en una dirección. Todos salvo Yonatan Mizrahi que, detrás de unas gafas de sol de pasta negra, sorteaba a los fieles congregados intentando llegar dónde quería.

Minutos después, divisó a John Sheppard. Aguardó unos instantes a que la mujer que estaba con él se alejara y apareció en escena.

—Hola, artista —dijo sentándose en la silla de madera vacía que había a su lado y sin dejar de mirar al frente.

—¡Pero qué...!

—¿Dónde ha ido María? Veo que os habéis reconciliado...

—Bueno, sí... Ella ha ido a los baños que... —John se interrumpió a sí mismo—. ¡Me quieres decir qué haces aquí! ¡Desapareciste!

—Tú también, según tengo entendido.

—Ni siquiera pude agradecerte que...

—No tienes nada que agradecerme... —Yonatan se giró por primera vez para dirigirse a John—. Porque yo no estuve en Venecia, ¿entiendes?

—Sí —dijo John asintiendo—. Bueno, la verdad es que no. Cuando Riccardo me

lo contó no me lo pude creer. ¿Espía?

—Vuelve a llamarme así, Sheppard, y tendré que matarte a ti y a todos los que estén a un radio suficiente de aquí como para escuchar esa maldita palabra.

John negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—El sacerdote me contó que te hiciste pasar por gondolero y todo lo demás...

—¡El sacerdote! —bufó Yonatan—. Ya se ha visto que él también tenía secretos que ocultar, ¿no? —dijo con sorna.

—¿Por qué estás aquí?

—Por la misma razón que todo el mundo —sonrió con ironía—. Por la fumata blanca...

—No me jodas, Marco.

—¿Marco?

—Perdona... ¿era Yonatan?

—Tampoco, en realidad, pero no importa —el espía apartó sus gafas de sol y lanzó una mirada sincera a John—. Estoy aquí porque no tuve oportunidad de despedirme. Perdona mis engaños, pero esto es muy gordo. Seguimos detrás de la organización y quiero que sepas que encontraremos a los responsables.

El londinense se revolvió en su silla. Suspiró con fuerza dando a entender que no se sentía cómodo hablando de aquello. No quería recordar nada de lo ocurrido durante el resto de sus días.

—¿Es cierto que quizá mi padre siga vivo?

—Es muy posible. De hecho, también he venido para advertirte... Si alguna vez intenta ponerse en contacto contigo...

—Si eso ocurre —le interrumpió el londinense—, ¿me pides que entregue a mi propio padre?

—Sí, Sheppard, es lo que te pido. No sabes lo que hay detrás de esa organización clandestina... Guerras, dictadores puestos a dedo en países subdesarrollados, absoluto control de recursos y energías...

—Asesinato de papas... —continuó el mismo John.

—Y todo muchas veces indemostrable... pero evidente.

—No creo que ocurra jamás pero... si mi padre está vivo y se intenta poner en contacto conmigo, ¿dónde puedo localizarte?

—No puedes... Pero desde lo de Venecia, todas las agencias estamos al tanto y trabajando en una misma dirección.

John se frotó los ojos con las manos. Aquellas sensaciones eran tan increíbles que prefería guardarlas en un cajón de su mente y no abrirlo jamás.

—Yonatan, ¿por qué las pistas, las cartas y el resto de esa mierda?

—De esa organización te puedes esperar cualquier cosa. Tu sacerdote —dijo señalando al Vaticano— tiene la teoría de que era la mejor manera de despistar a las

autoridades, según creo. Para ocultar que eran crímenes con un puro fin económico. Y puede ser... No lo sabemos ni yo ni nadie...

—Pero...

—Viene tu chica —advirtió Yonatan levantándose—. Yo no he estado contigo. Y recuerda: no caigas en el mismo error que tu hermano. No te dejes encandilar por nadie. Si algún día se ponen en contacto contigo, denúncialo... a quien sea.

Y el espía israelí desapareció con suaves movimientos entre el mar de personas.

María se acercó con una sonrisa. John la correspondió. Las dos últimas horas eran lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

Ella se sentó y se recogió el pelo en una coleta.

—Por cierto, John, no me ha dado tiempo a darte las gracias por las flores del hospital. Pero el detalle del águila fue un poco macabro, ¿no?

—No entiendo —dijo él dando un respingo—. ¿A qué flores te...?

De repente, un clamor inundó la Plaza de San Pedro. Un vocerío que ahogó el resto de los sonidos.

Una cortina de color púrpura y de gruesa textura se descorría en uno de los balcones del Vaticano.

El nuevo papa, Pedro III, aparecía en el palco saludando con timidez, abrumado por la carga y el peso del encargo recién recibido. Sonreía con humildad.

John Sheppard miró a una de las pantallas repartidas por la plaza, que mostraba el rostro en primer plano del recién elegido pontífice. El londinense conocía lo suficiente a aquel hombre como para vislumbrar la tempestad de sentimientos encontrados que revolotearían dentro de aquella cabeza testaruda.

Riccardo Loredan, revestido de un blanco inmaculado, saludaba a los millones de fieles de los que a partir de aquel día sería servidor y cabeza.

LA NUEVA USANZA

Río de Janeiro, Brasil, veinte días después del Vuelo de la Paloma

Un hombre caminaba por el paseo de Ipanema, en los albores de un nuevo día, cuando las playas aún se encontraban desiertas y las estrellas iban atenuando sus brillos.

El caminante llevaba un traje de lino beige y camisa blanca sin abotonar por completo. Paseaba tranquilo, con una fina elegancia impresa en todos sus movimientos.

La vibración de su teléfono le dio cuenta de una nueva llamada entrante.

—¿Hola? —dijo en inglés tras llevarse el móvil al oído.

—Señor Sheppard, soy yo —dijo una voz femenina.

Liam Sheppard reconoció a Mireia. La mujer de ojos grises que les había ayudado en Turquía. Uno de los cientos de recursos que la organización tenía activados en todo el mundo. Ella, en concreto, era una de las mejores. Una mujer soldado que no rebasaría los cuarenta años, a pesar de su caracterización de anciana en Estambul, y que llevaba trabajando para ellos mucho tiempo.

En esos momentos, Mireia se había encargado de vigilar al hijo de Liam Sheppard después de todo lo ocurrido.

—Hola, querida, cuéntame cómo va todo —pidió Liam con media sonrisa.

—Sigue en Roma con la mujer, señor. Parece haberse reconciliado con ella — Mireia dijo esto último con cierto reparo, pensando que era poco profesional resaltar ese dato.

—¡Bien! Me alegro por él. Se ve que nuestras flores causaron efecto...

—Con todos los respetos, señor, no entiendo cómo he pasado de tener el encargo de acabar con esa mujer, a tener que mandar flores al hospital...

—¡Querida, no tengas una visión tan limitada! —rió Liam—. No somos terroristas ni asesinos. Hacemos lo que es necesario para mantener un orden mundial, solo eso. En su momento, era mejor callar todas las bocas. Pero ahora que no hemos podido evitar perder esta pequeña batalla, no merece la pena mantener las rencillas. ¡Hemos de ser unos caballeros por encima de todo! —volvió a reír Liam—. Y los caballeros mandan flores a las señoritas. Si con eso hemos favorecido la relación entre dos personas, por parecer que las flores las mandaba John, mejor que mejor.

Mireia se quedó callada unos instantes. En esos momentos estaba en su habitación de hotel en Roma mirando a través de la ventana. Se descubrió pensando que hacía semanas que no oía la risa de su superior. Y que las carcajadas que ahora acababa de escuchar eran en cierto modo falsas. Mireia era consciente de que la muerte del hijo

de Liam aún pesaba en su conciencia.

—En cualquier caso, señor, ya sabe que yo siempre dije que este asunto debía resolverse a la vieja usanza... sin pistas, ni disfraces —la mujer apelaba a la confianza de tantos años trabajando para la organización para poder emitir sus opiniones sinceras—. Si se trataba de callar bocas, hay mejores métodos.

—No puedes matar a un papa a la vieja usanza... —repuso Liam, deteniendo su paseo y perdiendo su mirada en la bahía brasileña—. Necesitábamos algo histriónico, algo como Ioannes. La gente necesitaba un culpable y nosotros se lo dimos: el hecho de que fuera un encapuchado desconocido no importaba. Lo relevante era que todo el mundo pensara que, cuando ese loco encapuchado muriera, ya no existiría ninguna amenaza para el mundo. Para nosotros, lo importante no es que las autoridades no sepan que existimos: eso es imposible. Todas las agencias de inteligencia lo intuyen. Lo importante es que sea el mundo el que no sepa que existimos, ya que de esa manera, los gobiernos no tienen la presión del pueblo... no tienen un deber moral tan acuciante de encontrarnos.

—Señor, ¿ha dicho usted que Ioannes —Mireia usó ese sobrenombre para no sacar el nombre de su hijo fallecido—, debía morir?

—Sí, era la única manera de cerrar el círculo y dejarnos a nosotros en la sombra: atribuirlo todo a la locura de un hombre. No obstante, si es a lo que te refieres, no maquiné la muerte de mi propio hijo. Teníamos pensado usar un cuerpo distinto, como es lógico. Darles un cadáver de cualquier desgraciado. Al final, tuvo que ser mi hijo el que... —Liam se detuvo y se mordió el labio inferior.

—Perdone, señor, no quería sacar el asunto.

—Es igual. Hemos perdido esta batalla pero al menos su muerte no ha sido en vano. Se ha dado al mundo lo que quería: un culpable muerto.

Mireia se encogió de hombros y volvió a caminar por la suite del hotel de lujo donde se hospedaba, para continuar haciendo su maleta mientras seguía al teléfono.

Jamás lo diría en voz alta, pero ella seguía pensando que, a pesar de lo que decía Liam de que no quería a su hijo muerto, era precisamente la enfermiza obsesión con aquel histórico caballero lo que le había llevado a la tumba. Desde que el padre se reencontrara con el hijo en Estambul, todo había sido adiestramiento: no solo físico, sino también espiritual para que Dave Sheppard se convirtiera en otro de los Ioannes de la Historia. Y la manipulación psicológica —Mireia no encontraba otras palabras para calificar la actuación de Liam y sus acólitos con el joven— había terminado por convertir absolutamente a Dave. Había terminado también por convertirlo en el fiambre que ahora era.

—Aun y todo, señor, las pistas y los acertijos me parecieron demasiado...

—Eran necesarias, querida. Si queríamos vestirlo como una serie de crímenes sin más motivación que el de la locura de un asesino, había que pensar en los detalles.

Por eso, y por medio de nuestros contactos, se provocó que los arqueólogos recalaran en Venecia como por casualidad: dándoles un trabajo allí, como a Brichon; haciendo que Villar ejerciera su ministerio en una parroquia veneciana; o convocando por carta una reunión de antiguos colegas para hablar de trabajo... Todo debía parecer normal. Era la única manera de hacerlo creíble y, además, las pistas nos ayudaban a tener controlados a nuestros perseguidores: siempre les teníamos donde queríamos.

—Lo que usted diga —Mireia no se sentía con fuerzas de seguir discutiendo. Le pagaban demasiado bien como para quejarse de nada.

—Además, ¿no ves algo más puro... más romántico, en hacerlo del modo en que lo hemos hecho? No me negarás que no fue divertido... —dijo con una irónica sonrisa que trataba de enterrar el trágico recuerdo de su hijo.

—Ustedes mandan, señor. Yo solo me atengo a ello. En cuanto a John, debe saber que alguien se le ha acercado hoy a hurtadillas.

—¿De alguna agencia?

—Mossad.

—Yonatan.

—Sí, el gondolero. Quiero decir que parece que las agencias se están tomando cada vez más en serio lo de venir tras nosotros.

—Es imposible. Estamos dentro y fuera. No tienen opción alguna. Para cogernos, primero tendrían que hacer una gran purga en sus plantillas...

—¿Y qué va a hacer con John?

—Nada —respondió él suspirando y volviendo a caminar por el solitario paseo—. Dejémosle que viva su vida. No contactaré con él: es distinto a su hermano.

Liam se detuvo de nuevo y perdió su mirada en el sol naciente.

—Él... —dijo por fin— nunca comprendería nada de esto.



ALFONSO DEL RÍO. (Bilbao, 1980) es licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto, con especialidad en Económicas. Trabaja como asociado senior en un bufete internacional y es profesor de materias fiscales y financieras en la Universidad de Deusto y en la Universidad del País Vasco. Colabora en distintos medios de prensa escrita como analista de la actualidad económica.